

Orlando Fals Borda

**La
subversión
en Colombia
El cambio social en la historia**

4° Edición Actualizada

Colección

FTCo - ICAEPA

Bogotá, D. C., 2008

ISBN DE LA OBRA 958-8239-27-5

1º Edición española, 1967

Universidad Nacional de Colombia/ Tercer Mundo
Bogotá, Colombia.

2º Edición Española, 1968.

Idem.

3º Edición Inglesa, 1969.

Columbia University Press, New York

4º Edición puesta al día, 2008.

Bogotá, Colombia

Coedición



Fundación para la Investigación y la Cultura

Cali · Bucaramanga · Bogotá

Correo: fundafica@gmail.com

www.cronicon.net/fica/index.html



Diagramación e impresión:



Tel. 751 92 96

luarltlda@yahoo.com

Diseño de carátula:

Carlos Garzón, Cincco

Retrato solapa:

Carlos Duque. 2006

Hecho en Colombia

Abril de 2008

A la memoria de Camilo Torres Restrepo,
fundador del Socialismo Raizal e impulsor
de los primeros esfuerzos para alcanzarlo en
Colombia.

PRÓLOGO	7
De la presente edición puesta al día	7
1. Estructura del libro	8
2. Herramientas conceptuales	12
3. Agradecimientos	13
Prólogo (1967)	15
1. De la Subversión y la Finalidad Histórica	23
Telos y utopía	24
Subversión: Concepto Teleológico	30
2. La Descomposición del Orden	35
La Idea de Orden Social	36
Transición e Incongruencia	39
Cambio, Desarrollo y Revolución	44
El Análisis de la Descomposición del Orden	50
3. Apogeo y Perigeo del Orden	57
Sacralidad y Tolerancia	59
Lo Comunal y lo Providencial	61
Del Vecindario al Incipiente Estado	62
La Azada y la Energía Humana	63
4. De la Utopía a la Realidad	65
Utopía Absoluta y Utopía Relativa	66
Subversión Cristiana del Orden Áylico	70
El Ajuste en los Valores	73
El Ajuste en las Normas	80
Señores y Ladinos	82
El Salto al Arado y al Hierro	88
La Paz Hispana	93
5. Subversión y Frustración en el Siglo XIX	99
El Mito de la Igualdad	102
Endogénesis: Normas en Contrapunto	108
Exogénesis: Economía e Ideología	111
La Captación de la Antiélite	119
El Sentido de la Frustración	123

6. Ajuste y Compulsión	127
Creación de una Clase Media Rural	129
Formación de la Gran Burguesía	133
La Compulsión Religiosa y el Bipartidismo	139
Ajuste y Captación Reaccionaria	146
Télesis, Desarrollo y Avance	151
7. Subversión y Frustración en el Siglo XX	157
Acumulación Técnica y Punto Crítico.	159
La Utopía y los Campos Claves.	167
Difusión de la Secularidad Instrumental	171
Captación Positiva y Refrenamiento Cruento	179
Algunos Resultados del Desarrollo	190
La Paz Burguesa	194
8. Reiteración de la Utopía	203
Nacimiento del Pluralismo Utópico	207
Decantación de la Utopía Pluralista	216
9. Alternativas para la Proyección	219
Bases para la Proyección del Desarrollo	221
Estrategia de la Subversión	229
10. El Ritmo Social de la Historia	237
Epílogo	249
1. El clímax: guerra y uribismo	249
2. ¿Hacia un Quinto Orden?	268
Bibliografía	277
REFERENCIAS ADICIONALES	296
(Prólogo y epílogo)	296

PRÓLOGO

De la presente edición puesta al día

LO QUE VA DE AYER A HOY

En las vacaciones de fin del año pasado de 2007, volví a leer el prólogo escrito en 1967, poco antes de mi salida de la Universidad Nacional de Colombia. Recordé las recomendaciones que hacía años me habían hecho estudiosos respetables como Eduardo Umaña Luna, Alberto Mendoza Morales y Lauchlin Currie sobre la necesidad de volver a publicar el presente libro. Miré ahora, con mis cansados ojos, a aquel joven sociólogo que empezaba a ser golpeado por la historia viva. Quedé abrumado. Cuando leí los capítulos analíticos quede asombrado: había olvidado los detalles de aquella construcción intelectual. La lectura no me conmovió tanto por el método de análisis cuanto por los horizontes que proyectaba. Era ortodoxia con profecía. Y caí en la idea de reeditar.

Para realizar este proyecto, hube de escoger entre dos versiones: la primera de 1967 adelantada en la Universidad de Wisconsin, y la segunda de 1968, traducida al inglés con el título, *Subersion and Social Change in Colombia*, con ajustes y modificaciones parciales. El texto perdió coherencia y, aunque auspiciado por Columbia University en New York, no

fue bien recibido, con razón, por los reseñadores de las revistas científicas internacionales. Me concentre, pues, ahora en la primera edición, para lo cual acordé lo siguiente:

1. Dejar intacta la redacción original de los diez capítulos histórico-descriptivos; y la copiosa bibliografía, por razones de contexto y momento. Fueron soporte de las tesis del libro y del método analítico de la historia que había adoptado entonces, método que, a decir verdad, hallé pertinente y aplicable para el examen de hechos más recientes o contemporáneos, como lo explico más adelante. La principal diferencia formal apareció en la bibliografía, porque el examen y redacción de los nuevos materiales (epílogo) exigían, naturalmente, bases referenciales más actuales. Compilé entonces las “Referencias adicionales” que aparecen a continuación de la bibliografía original.

Son también justo homenaje y reconocimiento al esencial aporte de investigadores eminentes al conocimiento y comprensión de los últimos procesos nacionales. Es indudable que las ciencias sociales colombianas se han enriquecido mucho desde 1967.

2. Como consecuencia de lo anterior, eliminé los tres apéndices conceptuales por considerarlos superados u obsoletos dentro de la actual disciplina sociológica; y también omití la polémica “galería de héroes subversivos”, interesante aunque prematuro esfuerzo para visibilizar olvidados dirigentes populares. Tanto los apéndices como la galería pueden compulsarse en las primeras ediciones.

3. Elaborar este nuevo prólogo, para explicar el proyecto y los ajustes necesarios.

4. Redactar un epílogo que trate de llevar el relato analítico desde 1965 a la actualidad del siglo XXI, con el marco de referencia adoptado entonces, con caracterizaciones concisas y con reflexiones críticas y autocríticas pertinentes, tareas necesarias en búsquedas alternas y urgentes de cambio social en el país.

1. Estructura del libro

El lector podrá constatar que no se trata de hacer autobombo. El diagnóstico de la situación colombiana como la

veía en aquellos años y que aparece en el prólogo de la primera edición, puede dictarse casi al pié de la letra para hoy, a pesar de progresos, como los materiales y educativos, la promulgación de la Carta de 1991, y el avance de movimientos y partidos populares, como el Polo Democrático Alternativo con sus recientes triunfos, que han debilitado al bipartidismo tradicional.

Continúan las graves grietas estructurales y las responsabilidades que adjudico, desde entonces, a las clases altas y a los gobernantes sucesivos con sus partidos e instituciones culpables sea por acción o por omisión.

Ha pasado demasiado tiempo con la Violencia múltiple a cuestas, tanto que ya no alcanzan los tropos para describirla: como la implacable espiral, la anaconda envolvente, el mito de Prometeo, y el recurrente *tsunami*. Al recordar los últimos años y, en especial, los últimos eventos del siglo XXI, con sus avances y altibajos, he aventurado en el epílogo presentar la hipótesis de un clímax saturante de la Violencia acumulada, cuya expresión se halla en el desarrollo de la política de “seguridad democrática” puesta en marcha por el presidente Alvaro Uribe Vélez. Los últimos hechos tan desiguales y a veces erráticos, me llevaron a dedicar atención especial al régimen Uribista.

El tema principal - subversión y orden - lleva naturalmente a plantear el qué hacer. El presente libro no es un vademécum, y por eso apenas esboza aspectos teóricos-prácticos generales. Aquí no elaboro estas metodologías, sino que remito a la abundante literatura sobre IAP (investigación Acción Participativa) producida desde 1970 en nuestro medio y en muchas otras partes del mundo. Además, se conocen mis posiciones sobre organizaciones populares y el avance del Socialismo Raizal, como pasos hacia la paz, como debería culminar nuestra historia.

Mis últimas contribuciones acaban de salir en español e inglés, a raíz de los Premios Malinowski y Diskin que recibí en estos últimos meses, textos a los cuales me remito (ver la siguiente sección de este prólogo). Hay, pues, respuesta concreta sobre cómo proceder en relación con la Violencia pero este reedición no es el sitio para elaborarlo.

Cuando escribí este libro distinguí en la historia de Colombia cuatro Órdenes Sociales y anticipé un Quinto Orden en el horizonte del siglo XXI. El primer Orden es el aborígen precolombino al que bauticé como “Áyllico” empleando la palabra Quechua para “tierra” con el fin de destacar la importancia de lo telúrico en nuestra cultura y personalidad. Es el vínculo fundamental con el trópico nuestro, cuyos guardianes, como pueblo originario, es el indígena lo que no puede perderse, so pena de desaparecernos de la faz del planeta.

El segundo orden social es el “Señorial” y de castas, impuesto por los invasores europeos del siglo XVI. El más largo de todos los órdenes, ha resistido parcialmente hasta nuestros días. El orden “burgués-conservador” también muy estable, es el tercero de la historia desde finales del siglo XIX. Y el cuarto orden social, identificado como “Social-Burgués” ya corre con el siglo XX anticipando cambios que llegan hasta hoy. La visión del Quinto Orden, dejada a medias en 1967, recibe ahora una mayor atención en vista de la aceleración de procesos de cambio en los últimos decenios.

Cada orden social va anunciado y precedido por las tensiones y conflictos de períodos y *sui generis* que denominé “subversiones”. Distinto de las definiciones usuales de diccionario, a estas subversiones les añadí el adjetivo “moral” para indicar las motivaciones ideológicas de cambio social de sus actores. La primera subversión moral es la “cristiana”, representada por la Cruz y la Espada de los conquistadores europeos. La segunda es la “liberal” inspirada en la Ilustración de mediados del siglo XIX, que tuvo también visos socialistas, y radicales, valores frustrados por el Orden Burgués. La tercera subversión moral es la “socialista” de comienzos del siglo XX a su vez seguida por la alianza del Orden Social-Burgués. Planteo una cuarta subversión moral, la “neosocialista”, que anticiparía el Quinto Orden que he postulado como posible.

Esta subversión, la neosocialista, es la que tiene como símbolo la vida y obra de Camilo Torres Restrepo como intelectual y líder político. Dedicué los capítulos 8 y 9 de esta obra al Padre Torres y a la Utopía Pluralista con principios

políticos en el Frente Unido. No creo que con la muerte se haya disipado este sentimiento popular; al contrario, la vigencia del Padre Torres y de sus ideas se ha vuelto universal y en Colombia ha fructificado con previos trabajos alternativos como los de Antonio García y Gerardo Molina. Por eso este libro se dedico a la memoria de Camilo Torres.

Las fechas de comienzo y terminación de cada periodo son tentativas. Las escogí por su pertinencia y visibilidad como elementos de ayuda analítica y mnemotécnica. Es destacable, por ejemplo, que las subversiones socialistas que provienen del siglo XIX aparezcan en nuestra historia repetidamente. Es interesante que el neosocialismo de este viejo libro se registre hacia el siglo XXI (no hay nada nuevo bajo el sol), y que, por lo tanto, el Quinto Orden puede estar seriamente condicionado por esta conocida ideología ahora en su modalidad raizal o radical. Hechos recientes parecen confirmar estas circunstancias y/o tendencias, especialmente en Venezuela, Bolivia y Ecuador. El péndulo de la historia se desplaza a la izquierda, acaba de tocar al Paraguay.

Cada orden y cada subversión tiene lo que llamé sus “condicionantes”. Son agentes dinámicos que incluyen grupos claves, instituciones, tecnologías, valores y normas dedicados a los fines de transformación o construcción de la sociedad. La efectividad de los condicionantes depende de la naturaleza de las propuestas de cambio para el caso de la subversión moral. Los condicionantes se detallan en los capítulos 7 y 10 junto a los cuatro elementos dinámicos de todo orden, a saber: valores, normas, instituciones y tecnologías. Se retoma en la página 15 de mi folleto complementario, *Revoluciones inconclusas en América Latina*, publicado en México en 1970. Para ello desarrollo la teoría de la refracción de la Utopía, del anarquista Gustav Landauer (1919) al plantear el concepto alternativo y práctico de la “Topia”

Como lo sugerí antes, la utilización de la metodología participativa o IAP que entonces llame “investigación telética” con base en el concepto de *telesis* (*telos* significa finalidad) de Wilhelm Dilthey. Sirvió para justificar las funciones de la sociología como ciencia útil dejando atrás las exógenas escuelas funcionalistas-positivistas que todavía tratan inútil-

mente, de imitar a las ciencias exactas. He querido enfatizar, antes y ahora, el compromiso sociopolítico de los científicos y activistas con un pueblo que sigue ansioso de justicia y equidad. Todavía en nuestra época se necesita superar el paradigma aún vigente en instituciones y para llegar al más pertinente paradigma “*holista*” con la aplicación de la IAP. Sobre este marco filosófico remito nuevamente a mis últimos escritos para los premios citados (2007 y 2008).

2. Herramientas conceptuales

Como era de esperarse, hay conceptos y vocablos empleados en este libro que necesitan aclararse en términos contemporáneos, porque siguen teniendo vigencia. Acabo de mencionar los conceptos de subversión, socialismo, telenovela y Utopía. Otros saltan a la vista el más importante de los cuales es el de “desarrollo”, que campea por casi todo el texto. No es el desarrollo imitativo del Norte, que algunos llaman hoy “reformismo” y promulgado como gesto triunfalista de la “guerra fría” por el presidente norteamericano Harry Truman en 1949, que es el tipo de desarrollo oficial en Colombia. Por fortuna advertí sus falacias y redefiní aquí el desarrollo como “el paso que lleva de un orden social a otro”, según la época. Como lo recuerdo en el epílogo del presente libro, esta diferencia me distanció de los “desarrollistas” del partido liberal y sus tendencias de cooptación.

“Cooptación” es otro concepto relacionado con la teoría de la antiélites que no han perdido actualidad. En este libro emplee el más castizo término, “captación”. Al “ethos” lo use de manera más general a como lo haría hoy para describir valores fundantes o normas dominantes. Al concepto “disórgano”, criticado a veces por ortodoxos, lo hallé útil como elemento de la subversión en contrapunteo dialéctico con “organismos institucionales” de la tradición (por eso utilicé el prefijo “dis”). Praxis con frónesis constituyen otra innovación conceptual que frena el abuso del activismo político “puro”, lo que sigue siendo asunto de interés contemporáneo.

Entre estas búsquedas de lo propio y del volar con alas propias así ayer como hoy, sobresale el gigantesco aporte

de los colegas colombianos para el avance en estos cuarenta años de la historia regional y de las ciencias aplicadas desde la antropología hasta la botánica. La riqueza informativa local se ha centuplicado en nuestro país, lo que ha llevado a ajustar la imagen pública de diversos dirigentes, tales como Juan José Nieto, Quintín Lame, Manuel Murillo Toro, Pedro Justo Berrío y Aquileo Parra. A Nieto y Lame no los alcancé a mencionar en 1967; sobre los otros ya he hecho interpretaciones más informadas. El papel orientador del Olimpo Radical apenas lo sugerí. Hoy le concedo gran importancia político-social. Pero el análisis del poder político hereditario o dinástico de “los delfines” que hago en este libro, sigue muy actual..

En general, hallo consistencias teóricas y convergencias metodológicas entre el texto de 1967 y mis artículos más recientes sobre pueblos originarios, valores fundantes y el Socialismo Raizal o Radical (del latín *radix*, raíz), como los publicados en la revista CEPA (Bogotá 2007). Puede verse también mi libro con este tema publicado por CEPA y “desde abajo”. Esta es la meta que todavía vislumbro para nuestros pueblos, con el empleo de la praxis con fronesis, a partir de los dinámicos eventos de Sur América en sus profundas transformaciones. Por ahí es la cosa, a pesar de transitorias derrotas.

Habría que re-estudiar el encadenamiento de ordenes sociales y periodos subversivos que presenta nuestra historia, con los condicionantes respectivos. Me parece que ayuda a aclarar, y también a descubrir de forma urgente los nuevos horizontes de acción política. Lo cual fue precisamente, propósito del prólogo de la primera edición, que he retomado en la presente reflexión introductoria.

3. Agradecimientos

La tarea de ampliación de este libro se hizo en la acogedora Casona “Firaya” en las verdes colinas de Paipa, refugio del conocido dirigente y respetado profesor, don Pedro de Pacanchique y Ávila, con su generosa hospitalidad y con el valioso recuerdo de sus ancestros: el del Cacicazgo Muisca

de Ramiriquí (Boyacá) y el de Salamanca, Provincia de Ávila en España.

Registro con inmenso reconocimiento la acogida que también tuve de familias de Paipa, cuyos miembros me sirvieron de ojos, pies y manos, y para estudiar y discutir ideas, con el fin de completar el tomo. Además va mi agradecido recuerdo por la labor de apoyo y lazos de amistad de la colega Luisa María Díaz Vargas, los esposos Rueda- Vargas y las familias Pulido y Díaz Pacheco con sus maravillosas proles.

Agradezco los grandes servicios que para éste y otros trabajos, y por un buen tiempo, me ha prestado el talentoso comunicador y activista Víctor Edilson Jiménez, con invaluable amistad y solidaridad, así como las de su querida madre la antigua líder sindical, doña Clara Inéz Jiménez, del barrio Casa Rey en Usme al sur de Bogotá.

Finalmente, mi cariñoso abrazo zenú a mis hermanos, hermanas, cuñados y cuñadas Kornerup-Fals, Fals-Ortiz, Fals-Aldeman, Navia-Fals-Newendyke, Torrijos-Kornerup-Fals, por haber sido mi sostén moral y material en las crisis recientes que he sufrido, y por sus estimulantes comentarios al presente libro.

Orlando Fals Borda
Paipa (Boyacá), 2008

Prólogo (1967)

El presente libro es primordialmente el resultado de una preocupación: la del futuro de Colombia. País privilegiado en muchos aspectos, que una vez fue capaz de desarrollarse por sí solo y de sobresalir como pueblo progresista y heroico en la América Latina, ha venido sufriendo durante el presente siglo un melancólico eclipse de su anterior prestigio. A través de una serie de frustraciones colectivas, “nuestro lindo país colombiano” se ha visto envuelto en una red de deformidades espirituales, económicas y políticas. Semejante desastre exige atención y debe producir preocupación, no solo entre las clases dominantes a cuyas decisiones se debe la debacle, sino entre los científicos sociales cuya misión es entender el sentido de aquellos acontecimientos, así como el de los portentos que habrán de venir.

La encrucijada es de tal complejidad que no queda otro camino que examinar la situación con una nueva objetividad, aquella derivada de la aplicación del método científico a realidades problemáticas y conflictivas. Por regla general, la objetividad se ha vinculado hasta ahora, al estudio de problemas de “alcance medio”, con técnicas de corte seccional, para determinar situaciones de funcionalidad en sistemas sociales. En el presente caso, la problemática que se plantea

el científico, por lo agudo y apremiante del conflicto, lleva en sí cierta tendencia a buscar salidas, a señalar alternativas y hasta a hacer admoniciones y llamadas a la acción, como ocurre en este libro en las secciones referentes a la situación actual y sus alternativas. Esto es así, porque se anhela ganar el conocimiento, no como una meta en sí misma, sino para proyectar hacia el futuro una sociedad superior a la que se tiene, que es aquella lograda por generaciones anteriores de colombianos a veces bien intencionados, y otras veces solo engegucidos por la ambición del poder.

Colombia necesita que se le estudie desde este nuevo ángulo, porque requiere proyectarse hacia el futuro con claridad de miras y al menor costo social. El país ha pagado muy caro en vidas humanas y en recursos materiales los ensayos anteriores que desembocaron en frustraciones colectivas, estancamiento económico y atraso tecnológico. Los intelectuales y hombres de ciencia colombianos, por lo menos, deberíamos sentir la urgencia de comprometernos en esta gran tarea del siglo, que es la de diseñar y vigilar la construcción de una nueva sociedad entre nosotros, capaz de llevar a su realización plena las potencialidades de la tierra y de llenar las aspiraciones de quienes la habitamos y trabajamos, especialmente los miembros de las clases humildes. Ese es el compromiso central a que lleva este libro. Lo he escrito, no solo como un estudio sociológico dirigido a mis colegas, sino también con el fin de aclarar -para mí mismo y los amigos de todos los grupos que tienen similares preocupaciones- algunos procesos históricos que inciden en las realidades actuales, con miras a delinear una estrategia que pueda ser útil para asegurar el advenimiento de aquella sociedad a que todos aspiramos.

Admito, pues, que tengo el sesgo de lo que Lester Ward llamaría la “télesis social”, o sea, el reconocimiento de la finalidad en los hechos sociales. Al admitirlo, reconozco también dos elementos concomitantes: 1) que el conflicto va implícito en todo esfuerzo estratégico de superación colectiva; y 2) que el paradigma que emerge del análisis de los procesos históricos nacionales es el del desequilibrio social. El empleo de este paradigma, junto con el enfoque de la télesis, lleva a

la recomendación del método proyectivo, anticipante o telético al que han favorecido en sus tratados los sociólogos más genuinamente interesados en situaciones de “progreso” y conflicto, así los del siglo XIX como algunos del presente (véase el Apéndice C).

Por supuesto, el adoptar el paradigma del desequilibrio no implica rechazar de plano el otro sesgo, el de los funcionalistas que siguen el marco del equilibrio, porque éste puede ser útil en el análisis de aspectos o sectores relativamente estables de las sociedades humanas. En la práctica, como lo enseñan diversos autores, resulta fructuoso combinar el estudio de lo sincrónico con el análisis de lo discrónico, y en este libro se trata de seguir aquellas pautas y señalar rutas para realizar esfuerzos similares posteriores. Solo se observan, de paso, aquellas incongruencias teóricas que ocurren cuando se trasladan literalmente los mismos conceptos de un marco a otro.

Al reconocer las dificultades técnicas de la tarea que me propuse, quiero anticipar, además, que la aplicación del método telético dentro del marco del conflicto y del desequilibrio puede atraer las iras de aquellos grupos cuyos intereses se ven afectados por el estudio del cambio social, al quedar visibles los mecanismos que han venido usando, consciente e inconscientemente, para imponerse de manera señorial y autocrática al resto de la sociedad.

La dominación de los grupos religiosos, políticos y económicos tradicionales se ha basado, en especial, en la ignorancia pasiva del pueblo. Como ésta se eroda tarde o temprano por la investigación sociológica seria (y la de las otras ciencias sociales), la sociología se mira por aquellos como “ciencia subversiva”, tal como sucedió con la ciencia política en los días del período dictatorial de Bolívar, o con la ciencia económica durante la década de 1940.

Esta puede ser, en verdad, la prueba de fuego de las ciencias sociales en los países que surgen hoy: su efectividad como tales puede compulsarse en razón de su capacidad de entender y medir lo que se quiere decir con el término “subversión”. Una sociología comprometida a través de sus practicantes en este sentido, puede ofrecer más aportes de entidad

a la sociedad y a la ciencia, que la sociología “profiláctica” o la pseudociencia que se enseña en algunas universidades del país bajo la guisa de sociología. Esto debe ser así, porque la verdadera sociología (la científica) encara la problemática vital de la colectividad y no la disfraza con verbalismos o con esguinces de diferente índole. Cuando la sociología evita el compromiso que la lleva a esos sitios de acción y pasión, temiendo los ataques que le puedan dirigir algunos grupos interesados, no logra tampoco llegar al corazón de la explicación causal de los cambios históricos, y se frustra allí mismo su razón de ser como ciencia positiva y como factor real del progreso de los pueblos.

No sobra recalcar, finalmente, que otro propósito de este esbozo histórico-social ha sido entender mejor la naturaleza de la transformación intensa que se desarrolla hoy en Colombia y, por posible analogía, en otros países del mundo. Aunque esta tarea analítica se realiza aquí dentro de un marco relativamente diferente, no se innova conceptualmente porque sí, ni mucho menos se pretende ofrecer teoría nueva de cambio social. Se espera, eso sí, que el libro sea leído y considerado como un todo, pues se ha integrado conceptualmente de manera sistemática, y sería falta ética citar sus partes o comentarlas fuera de contexto. Es posible que del empleo preliminar y experimental del marco integrativo ofrecido en este libro puedan derivarse algunas hipótesis de interés, que animen a los estudiosos a investigarlas más profundamente. Ello sería sumamente provechoso, ya que serviría, entre otras cosas, para descartar lo que deba ser olvidado de este empeño.

Siendo que la América Latina parece acercarse al momento histórico de su afirmación universal, no podemos menos que prestar ordenada atención a las características de la situación actual. En Colombia se hace necesario, además, proyectar las alternativas que faciliten la solución de los problemas inherentes a esa situación. Porque todavía está incompleta la tarea de ganar las metas valoradas que tanto algunos dirigentes como el pueblo mismo han planteado desde 1925. Son metas que han vuelto a reiterarse dramáticamente en nuestros días, para modificar fundamentalmente un orden social

que sigue siendo injusto desde el punto de vista del pueblo en despertar y de un creciente número de colombianos de otras capas sociales identificados con, el mismo pueblo en su inusitado esfuerzo de superación. Este es el esfuerzo que debe ir determinando el otro impulso creador trascendente, aquél que llevaría hacia la transfiguración de Colombia.

Escribir un libro no es un simple acto de: voluntad. El que hoy sale a la luz pública es el resultado de un proceso de muchos años de investigación sociológica e histórica combinada con aplicaciones prácticas en situaciones reales de cambio social. Como es de suponer, el pensamiento aquí contenido no proviene de una sola fuente o escuela, ni está condicionado por una sola serie de contactos. Refleja el estímulo que el autor ha recibido de aquellas experiencias y a través de la lectura de diversos autores, y del contacto personal y discusión con colegas colombianos y de otras partes del mundo. A algunos de ellos quisiera destacar particularmente para testimoniarles mi reconocimiento personal, sin que ello implique que sean responsables de lo consignado en este libro.

En primer lugar, debo mencionar a los compañeros de la lucha universitaria y del esfuerzo de creación académica y científica que culminó en la antigua Facultad de Sociología hoy Departamento de la nueva Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia. Descuella en este grupo el padre Camilo Torres Restrepo, símbolo de nuestra “generación de la Violencia”, cuya visión ideológica y consistencia de carácter se están perfilando con claridad. El fútil silencio que se ha decretado en el país sobre su vida y su obra en favor de la causa de la renovación nacional, queda compensado con creces, no solo por la lealtad de los diversos grupos nacionales que mantienen viva su memoria, sino por la resonancia internacional que el padre Torres ha ganado desde su muerte en febrero de 1966. Sus principios, y el relato de su vida, aparecen con comentarios en periódicos y revistas de todo el mundo, y se incluyen en agendas de reuniones eclesiásticas y seculares. Son actos de justicia que seguirán multiplicándose a medida que pasa el tiempo. La influencia intelectual y personal del padre Torres ha sido y seguirá siendo importante. Fue el tipo del subversor moral,

de los que abren trocha nueva. Por eso, el dedicarle este libro es no solo un acto de amistad, sino uno de justo reconocimiento a su contribución para entender el sentido de la época en que nos ha tocado vivir.

Otros colegas de la Facultad, colombianos y extranjeros, me brindaron esencial ayuda en la confección de este libro, especialmente con sus críticas al primer borrador o a través de comentarios en diversas ocasiones. Son ellos: María Cristina Salazar, Gerardo Molina, Jorge Graciarena, Darío Mesa, Eduardo Umaña Luna, Carlos Castillo, Cecilia Muñoz de Castillo, Rodrigo Parra, Federico Nebbia, Guillermo Briones, Tomás Ducay, Luis Ratinoff, Humberto Rojas, Álvaro Camacho, Magdalena León Gómez y Fernando Uricoechea.

En igual sentido debo expresarme sobre los profesores T. Lynn Smith (Universidad de Florida), José A. Silva Micheleña (U. Central de Venezuela y Massachusetts Institute of Technology), Frank Bonilla (M.I.T.), Celso Furtado (U. de París), Bryce Ryan (U. de Miami), Wilbert E. Moore (Russell Sage Foundation), Charles Wagley, Lewis Hanke y Amitai Etzioni (U. de Columbia), Arthur Vidich (Nero School for Social Research), Kalman Silvert (Dartmouth College), A. Eugene Havens (U. de Wisconsin), Florestan Fernandes (U. de São Paulo), Luis A. Costa Pinto (United Nations Institute for Training and Research), Andrew Pearse (Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria), José Matos Mar (U. de San Marcos) y Pablo González Casanova (U. Autónoma de México); así como también agradezco las orientaciones recibidas de los reverendos Gonzalo Castillo C., Juan A. Mackay y François Houtart.

No menor ha sido la influencia crítica de mis alumnos en las Universidades de Wisconsin y Columbia durante el año de 1966, a quienes presenté el marco diseñado para este libro. Extraordinario fue también el estímulo que recibí durante mi visita a Cambridge en enero de 1967, cuando después de mi exposición sobre el concepto .revaluado de subversión hicieron comentarios muy útiles los profesores Gino Germani y Albert O. Hirschman (U. de Harvard), Everett E. Hagen (M.I.T.) y Glaucio A. Dillon Soares (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), entre otros.

Entre los compañeros de lides intelectuales cuyas ideas he utilizado en más de una ocasión en este libro, se destaca el doctor Otto Morales Benítez. Sus estudios sobre la colonización de la región quindiana, sobre los caudillos y otros temas de interés colombiano, aparte de la devoción de su autor a la defensa del hombre y de los recursos naturales del país, serán tareas que apreciaremos los colombianos cada vez más.

Al Land Tenure Center y al Departamento de Sociología Rural de la Universidad de Wisconsin, al Instituto de Estudios Latinoamericanos y al Departamento de Sociología de la Universidad de Columbia debo el importante apoyo financiero e institucional que hizo posible que terminase este libro durante el año de 1966. A sus directores: Peter Dorner, Douglas C. Marshall, Charles Wagley y Herbert H. Hyman, respectivamente, van mis cordiales agradecimientos.

A mis familiares y amigos personales que me animaron en la tarea, no menos que al dedicado personal de secretaría que con paciencia elaboró el texto para la imprenta, les rindo también mis más sinceros reconocimientos. Ahora, al terminar esta etapa, la ayuda de todos no será menos esencial, porque se inicia otra durante la cual será indispensable contar también con su apoyo y amistad.

Orlando Fals Borda
Bogotá, febrero de 1967.

1.

De la Subversión y la Finalidad Histórica

Aunque el tema es tan antiguo como las civilizaciones históricas, la relación entre el orden y la violencia ha encontrado su más conocido expositor en Thomas Hobbes. A través de las páginas de su *Leviatán* (1651)¹ se presentan con dramática fuerza los polos opuestos del violento y primario “estado natural” y del coercitivo y ordenado “estado social”, con el fin de explicar la razón de ser o el propósito de la vida en comunidad. La comunidad se ha organizado para controlar la violencia que primaría entre los hombres en vista de la escasez de los recursos de que disponen para subsistir. Pero la conquista de la violencia no implica que se ha vacunado a la sociedad contra ella. En efecto, el orden que emerge a través de la coerción social lleva en sí mismo los ingredientes suficientes para hacerlo problemático: es un orden basado en tensiones, incongruencias y anomias.

* Los títulos de las obras citadas y otra información bibliográfica se encuentran al final del libro. En el texto solo se citan el año de impresión y las páginas pertinentes, además del apellido del autor.

Es lógico esperar que un orden social tan precario sufra alternativas de significación, y la historia universal así lo demuestra. Ilustres estudiosos desde Heráclito hasta Toynbee han escrito sobre el devenir y el fluir, la tesis, antítesis y síntesis, el Yin y el Yang, la Luz y las Tinieblas, el mundo terreno y la Nueva Jerusalén. Las sociedades humanas experimentan ritmos que van de una relativa estabilidad a un período de intensa mutación, para advenir a otra etapa de relativa estabilidad. Los altibajos principales aparecen como oleadas que surgen de empeños colectivos para transformar la sociedad, de acuerdo con determinadas pautas religiosas, ideales o políticas.

Para entender la historia colombiana en sus grandes ritmos y desde el punto de vista sociológico, resulta importante analizar concretamente los empeños colectivos que periódicamente han surgido para transformar la sociedad local. Tales esfuerzos son movimientos sociales, y como tales poseen una dinámica propia con mecanismos adecuados para llegar a las metas que se proponen, a través de las cuales se define el propósito de la sociedad. Por eso, en el fondo, son luchas teleológicas que se traducen en elementos sociales. Un análisis socio-histórico así concebido permite aguzar y perfeccionar la observación de las situaciones generales actuales de conflicto que caracterizan la vida en las comarcas de Colombia y otros países latinoamericanos, vincula esas situaciones a eventos significativos del pasado histórico, y lleva a una concepción anticipante o proyectiva de los fenómenos estudiados, estableciendo un método adecuado de predicción. Porque tendría implícito el reconocimiento del *telos* o propósito de la sociedad, sin el cual, si seguimos a Hobbes, no se entendería la vida humana ni sería posible la organización social (cf. Hegel, 1896).

Telos y utopía

Distinto a como son los procesos del mundo orgánico, los del superorgánico llevan en sí mismos una finalidad fundamental. Esta es tesis clásica de la sociología desde los días de Comte, Spencer y Ward. El primero, como se sabe, acepta el “desarrollo” como inmanente a la sociedad, para llevar al hom-

bre, a través de sucesivas etapas, hacia la sociedad positivista (1851-1854). El segundo establece una “ley del progreso” que conduce a metas de libertad, seguridad y riqueza por medio de sucesivas diferenciaciones en los grupos (1857). El tercero menciona una “ley de agregación” para explicar el tránsito del universo de una cosmogenia a una sociogenia, en la que esta última etapa debería permitirle al hombre controlar la sociedad para alcanzar el sumo bien y la felicidad (1883).

Despojadas del misticismo que impidió la seria consideración de estas teorías en las décadas siguientes a las de su exposición, bien puede verse su básico acierto, a través de las incidencias históricas. En efecto, en cada uno de los grandes ritmos o empeños colectivos periódicos que se han estudiado en Colombia, se destacan las metas hacia las cuales se han movido las sociedades: en buena parte han sido “utopías”, estimulantes ideas que aguijonean la acción para llegar a una “tierra prometida”, pero que al fin se condicionan o decantan por la realidad ambiente, dejando residuos en la historia con improntas de las tensiones producidas.

Para el análisis sociológico de la historia colombiana el concepto de utopía se ha encontrado útil y revelador. Complejos culturales de ese tipo se encuentran al comienzo de cada uno de los grandes períodos de transición examinados. Una vez diluida una utopía y dirimido el conflicto subsiguiente dentro de los elementos de la sociedad, aparece un nuevo orden social relativamente estable, pero aún con las tensiones e incongruencias implícitas. Por esta razón, aparte de la explotación que se ha hecho de las teorías de los sociólogos del conflicto (especialmente los del siglo XIX, cuyas circunstancias eran similares a las de los observadores; en los países que surgen hoy), para fines del presente libro se ha buscado sustentación teórica en dos obras aparentemente contradictorias, que llegan a complementarse en el plano de la sociología del conocimiento y en la interpretación proyectiva de la historia: *Ideología y utopía*, de Karl Mannheim (1941) y *Die Revolution*, del anarquista alemán Gustav Landauer (1919).

Mannheim concibe la utopía como un complejo de ideas que tienden a determinar actividades cuyo objeto es modificar el orden social vigente; son “orientaciones que trascienden

la realidad cuando, al pasar al plano de la práctica, tiendan a destruir... el orden de cosas existente en una determinada época” (1941, p. 169). Como tal se opone a la “ideología”, que es el complejo de ideas que buscan el mantenimiento del orden establecido o el de una particular situación social. Ex hypothesi, la utopía (“sin lugar”) es irrealizable, lo cual lleva a Mannheim a postular la existencia de utopías absolutas y relativas; estas últimas son las que se alcanzan parcialmente, con su porción de ideología. Hay por lo mismo cierto proceso de pérdida o decantación en la transición que va de una utopía a su realización, sin que ninguna se pueda alcanzar de lleno, antes bien la realización de la utopía deja al descubierto las inconsistencias, contradicciones e “hipocresías” de las sociedades humanas.

La naturaleza misma del orden social vigente es blanco de la observación crítica de Landauer. Lo llama die Topie, o “topía”, y establece para ella características de estabilidad y autoridad, conformadas por las instituciones tradicionales en un período determinado de tiempo (1919, p. 12). La relativa estabilidad de la topía va cambiando gradualmente, hasta que llega a un punto de equilibrio inestable: allí surge la utopía para llevar a formas de acción colectiva y de exaltación popular. No obstante, este ritmo no realiza la utopía, sino que conduce a una nueva topía, debido al proceso interno de contradicción, implícito en toda sociedad humana; y así se escalona el ritmo sucesivamente. Ahora bien, aparece un período histórico durante el cual la antigua topía no existe más, y tampoco se ha alcanzado la nueva. Este período conflictivo y anónimo se denomina “revolución” y lleva de la relativa estabilidad de la primera topía a la relativa estabilidad de la segunda.

Tanto Mannheim como Landauer están de acuerdo, por lo tanto, en que las utopías solo se ganan parcialmente, dejando residuos en las topías y órdenes sociales, o produciendo utopías relativas. Esto implica no solo un proceso evolutivo histórico, sino también uno dialéctico, pues la topía, o el orden vigente, permite que surjan “ideas y valores que contienen... las tendencias irrealizadas que representan las

necesidades de cada época... capaces de destruir el orden vigente” (Mannheim, 1941, p. 175).

Sin embargo, aunque postulan el papel de una minoría en la inyección de la utopía, ninguno de estos dos pensadores se detuvo lo suficiente como para indicar qué elementos sociales intervienen en el período “revolucionario”, esto es, cuáles son los elementos dialécticos del proceso de decantación de la utopía absoluta. Este es un vacío que bien merece ser llenado. Porque, precisamente, Colombia y la América Latina se encuentran en uno de esos períodos de transición entre órdenes sociales, cuando se quiere descartar una topía de cuatrocientos años, para buscar, a empujones, una nueva sociedad.

Resultó infructuosa la búsqueda, en la literatura consultada, de un planteamiento específico de esta clase, particularmente conectado con la nomotecnia sociológica. Los pensadores dan el salto de una etapa de desarrollo histórico a otra, señalando que existe el período agudo de transición, pero sin dar indicaciones sistemáticas sobre la naturaleza misma de este. Los principales autores describen aspectos generales o parciales del fenómeno. Así, por ejemplo, Marx en sus estudios de la revolución en Francia (1928, trad. inglesa de C. P. Dutt), y Engels en los de Alemania y Austria (1933, ed. inglesa de la Marxist Library), establecen la interrelación de ideologías y grupos económicos para la promoción y frustración de movimientos sociales; Ogburn describe las situaciones de retraso cultural entre los componentes materiales y no materiales de un orden social (1922; ed. rev. 1950); Toynbee subraya el papel del cisma en el cuerpo social, las minorías creadoras y dominantes y el proletariado interno y externo, es decir, muestra la importancia de la organización social en el proceso de formación y decadencia de las civilizaciones (1947); Sorokin destaca la importancia de los valores y las ideas en el cambio social, para llevar a una sociedad de un tipo de cultura ideacional a otra idealista o sensorial (1957). Seguramente, con base en tales autores se puede derivar un marco sociológico ‘integrante que permita ordenar y sistematizar las observaciones sobre los hechos mismos de la transición. Análogos resultados pueden obtenerse de la

lectura de los modernos continuadores de la sociología del conflicto: Simmel (1908; ed. 1955), Coser (1956; ed. 1961), Munch (1956) y Dahrendorf (1958, 1959).

Lo que se necesita, en últimas, para entender los ritmos socio-históricos colombianos, es un concepto maestro semejante al de “revolución” de Landauer, que describa y analice satisfactoriamente la condición o situación de la transición específica, o la conformación del orden cambiante durante el período crítico, y no solo los procesos del cambio (diferenciación, revolución, conflicto, asimilación, aculturación, acumulación, adopción, etc.) definidos corrientemente, o sus resultados. Se necesita un “modelo” o una abstracción mental que abra la posibilidad del análisis de los componentes del orden social vistos en una etapa muy dinámica y contradictoria, y que también logre sistematizar las observaciones adecuadamente. En cierta forma, habría de obtenerse una “instantánea” del proceso de transición, en el sentido de Bergson (1930, p. 327), no solo para determinar sus elementos y factores sincrónicos, sino para facilitar la aprehensión discrónica del fenómeno, dentro de su dinámica peculiar, para establecer sus relaciones de causa y efecto en el tiempo. Este intento de armonizar lo estructural con lo dinámico, con fines de entender una situación de cambio, podría ayudar a analizar el temple de la sociedad que se tiene hoy entre manos en Colombia y en la América Latina, y que tiende a eludirse cuando va sometida, al rigor científico.

Si se toma, pues, el período crítico de la transición misma y se concibe como expresión temporal de una entidad o hecho en sí mismo, podrían aislarse los elementos sociales que llevan de un orden social a otro. Es importante reconocer las posibilidades que ofrece el concebir esta entidad superorgánica como un tipo de sociedad transicional, con su propia forma de integración, distinta de la sociedad relativamente estable de la que surge en un momento histórico. La tipología de esta clase no ha dejado de hacer incursiones en la literatura sociológica; pero no lleva muy lejos, aparte de demostrar lo esperado, es decir, que las sociedades que cambian rápidamente muestran contrastes internos agudos.

En cambio, el estudio de la dirección de la transformación

(que es otra forma de plantear el telos) puede llevar a entender el problema del cambio de órdenes sociales de manera más definida, porque no es suficiente con decir que existen tipos de sociedades transicionales, cosa por demás sabida, sino establecer la esencia y características teóricas y empíricas del fenómeno concreto de la transición.

Los sociólogos mencionados atrás están de acuerdo en sostener que el cambio social en momentos de desarrollo intenso implica una dirección y que tiene una finalidad o propósito colectivo expreso. Estas metas son las que determinan la dirección del proceso: sujeto al acondicionamiento producido por elementos tecnológicos, económicos o demográficos, es un factor valorativo el que en últimas hace mover a una sociedad en determinado sentido, para dejar su marca en la historia.

La explicación teleológica, que ha tenido tan distinguidos propulsores en la sociología, es altamente pertinente aquí. Ella lleva nuevamente a las tesis iniciales sobre topía y utopía, pues no puede haber utopías, ni sociedades con movimientos sociales conscientes, sin metas. Y en realidad, bien se ve para el caso de Colombia que ha habido por lo menos tres ocasiones en que aparecen utopías absolutas o relativas dentro de contextos económicos, sociales y tecnológicos, que van produciendo transiciones agudas y penosas: 1) la transición misional, cuya ideología impulsó a los conquistadores y los padres doctrineros a modificar la forma de vida americana, y construir con ella una nueva sociedad mediante la alianza de la cruz con la espada; 2) la transición liberal-democrática, que en parte era una reacción contra la topía anterior, contra las “cornetas y campanas” (Sarmiento, 1883), y que hizo descartar parcialmente, por primera vez, la herencia colonial a mediados del siglo pasado; y 3) la transición socialista, cuya ideología surge en Colombia visiblemente desde 1925, en respuesta a los modernos movimientos de redención del proletariado, por su descubrimiento de los mecanismos de control de los medios de producción y por el impulso popular para ganar el “progreso” y un mejor nivel de vida.

Como veremos, las tres utopías que aparecen en esos periodos se decantaron al cabo de un tiempo, dejando tras de sí

residuos en forma de órdenes sociales, condicionados por las metas o propósitos colectivos que se perseguían. Un cuarto período de transición parece delinarse en nuestros días, al combinarse las condiciones sociales y económicas del momento con una reiteración más auténticamente americana de la utopía socialista. Así en el pasado como en el presente, en todos estos períodos se destaca plenamente el telos; y el esfuerzo de llenar ciertos modelos o de alcanzar determinadas metas ha llevado o lleva a períodos de agudos conflictos sociales en que cumplen determinadas funciones teléticas las ideologías, los grupos, las instituciones y las técnicas.

Se ha postulado que estos períodos son expresiones temporales de un hecho social en sí mismo -la “revolución” de Landauer- que hace las veces de puente entre las realidades que quedan como residuos de la utopía frustrada, por una parte, y aquella que se busca infructuosamente, por otra. Vale decir, entre la topía o el orden social que se quiere superar, y la otra u otro que aún no se alcanza. Esa es la entidad específica que recibe atención central en este libro, y para cuyo estudio se propone concebirla sociológicamente. Es la situación o condición que, dentro de una sociedad, se llama subversión.

Subversión: Concepto Teleológico

La condición de subversión ha sido vista, tradicionalmente, como una amenaza para la sociedad, porque busca destruirla. Así se percibe desde el tiempo de los romanos, como cuando Cayo Salustio hablaba de “subvertere leges ac libertatem” al referirse a Catilina. La misma idea latina se transmite al idioma castellano, en cuyos diccionarios aparece “subvertir” como “trastornar, revolver, desordenar, destruir... en sentido moral, como subvertir el orden social” (Real Academia Española), preservándose en igual sentido negativo, como algo malo o inmoral, en todos los diccionarios y textos ortodoxos. Se emplea también en la literatura macartista, en simposiums y congresos anticomunistas y, en general, por personas acomodadas en el orden social que temen la acción de grupos rebeldes. Este sentido ha predominado histórica-

mente, olvidándose de que aquellos que lo originaron eran ciudadanos satisfechos con el *statu quo* y beneficiarios de sistemas imperantes (a veces aberrantes), como era el caso de Cayo Salustio.

La definición ortodoxa de subversión se ha concebido en tal forma que la convierte, por reacción, en elemento justificante del orden social vigente en un momento histórico determinado. Quien subvierte es enemigo de la sociedad: es un antisocial. Cosa semejante ocurre con la idea de herejía y de los herejes, cuyo destino es la pira. Las instituciones y sus personeros, no menos que los diccionarios y las academias, se convierten así en guardianes del orden establecido, sin importarles la necesidad de su cambio y manteniendo la ficción de su vitalidad. En los casos genuinos de subversión y herejía, se olvida con frecuencia que muchos subversores y herejes pasan a ser, con el tiempo, héroes de la sociedad nueva y santos de la Iglesia revitalizada. Sus actitudes y creencias no fueron comprendidas en su tiempo, porque afectaban intereses creados. Dentro de la perspectiva histórica, los antisociales resultan ser otros: son los que defienden un orden injusto, creyendo que es justo solo porque es tradicional.

En realidad, los subversores de esta categoría no quieren destruir sino lo que consideran incongruente con sus ideales, y tratan más bien de reconstruir la sociedad según nuevas normas y pautas. Probablemente el primer rebelde de este talante fue Moisés, acaudillando a su pueblo ante la tiranía de los Faraones. Según las Sagradas Escrituras, la rebelión de Moisés fue legitimada por el mismo Jehová y respaldada por la divinidad con grandes plagas contra aquellos opresores que defendían el orden social. A esos orígenes subversivos de la nación judía llamarán la atención todas las voces proféticas de protesta social en la historia el Viejo Testamento (Castillo, 1967). De la misma manera, aunque sin la sublimidad mosaica, puede pensarse en los grupos subversivos colombianos de 1850 y 1922, combatiendo por ideales que consideraban justos, con sincero afán de crear una nueva sociedad. Entonces eran vistos como malos elementos, peligrosos y hasta traidores. Hoy muchas de sus innovaciones son aceptadas, y se reconoce que tenían razón. Si se cono-

ciera el vocablo Chibcha para “subversor”, quizás sabríamos cómo consideraba nuestro pueblo americano de indeseables a los caciques cristianados que colaboraron con los españoles para destruir las instituciones nativas; son los mismos que luego reconstruyeron la sociedad americana dentro del mundo señorial, que encuentra su justificación normativa y moral más adelante.

La persistencia de la idea de subversión como algo inmoral frente a la evidencia histórica que demuestra que la subversión puede ser moral, plantea un problema para la epistemología. Un concepto que pierde su sentido al cabo de unos años, es inútil o incompleto, porque no responde a la realidad. Esto nos indica, en cambio, que el subversor no solo destruye lo que cree incongruente, sino que quiere reconstruir dentro de nuevas pautas morales. Por eso no es un criminal común. No parece ser ese tampoco el sentir de los tiempos modernos, cuando se tiende a reevaluar las bases tradicionales de todas las sociedades.

En el presente caso, la idea sociológica de subversión debe ofrecer la posibilidad de analizar situaciones reales de conflicto social y de transición entre una forma de vida y otra, reconociendo que en ambas pueden existir conjuntos normativos y morales autónomos de relativa aceptación, eliminando del concepto su ingrediente tradicional de inmoralidad.

En efecto, al analizar en los próximos capítulos los componentes del orden social durante los períodos de transición en Colombia, se pueden discernir sus propios elementos y los elementos contrarios que surgen por el proceso dialéctico inherente, al descubrirse las incongruencias e inconsistencias normativas de la sociedad. Por una parte, los propios elementos del orden mantienen su finalidad y se coligan alrededor de la condición de tradición. Por otra parte, los elementos contrarios se refractan por el conflicto y se integran a su vez entre sí, para formar la entidad que expresa y busca el cambio, y cuya condición se identifica aquí como subversión. Esta puede definirse entonces, sociológicamente, como aquella condición que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de éste en un

período histórico determinado, a la luz de nuevas metas valoradas que una sociedad quiere alcanzar.

Finalmente, el período de una subversión corre desde el descubrimiento articulado de las incongruencias del orden vigente producido por impactos utópicos en condiciones históricas, económicas o sociales determinadas, hasta la emergencia del nuevo orden social, de acuerdo con las metas que se habían propuesto alcanzar aquellos grupos que antes se consideraban rebeldes o utopistas.

2. La Descomposición del Orden

Del análisis de la historia de Colombia se desprende que toda subversión, por el hecho de incidir, produce la descomposición del orden social en que se experimenta. Las contradicciones que genera la subversión llegan a ser de tal magnitud, que el orden social que emerge del proceso es distinto del original. Para entender la trascendencia de este proceso y proseguir la discusión iniciada, es indispensable tener una idea muy clara sobre lo que es el orden social. También resulta importante aclarar anticipadamente el sentido de algunos conceptos que se emplean a todo lo largo del texto, como cambio, desarrollo y revolución, relacionándolos con la idea central de subversión. Y además conviene sentar las reglas de procedimiento para el estudio de aquellos períodos históricos.

Hay muchas maneras de concebir el orden social, de allí que reine confusión al respecto. Que tiene atributos de realidad, lo demuestra la persistencia con que aparece, así en obras del siglo pasado como de la actualidad, lo que indica que puede poseer utilidad como concepto general, para referirse a distintos modos de vida en una región y en un pueblo.

De tan antigua e ilustre tradición en la sociología, bien merece ahora que se metodice un poco y se fije su significado, porque otros conceptos similares potencialmente útiles para la explicación causal de la sociedad, se han visto reducidos en su sentido o extralimitados a su alcance. Quizás la vuelta a los manantiales de origen pueda ser útil en esta ocasión, ya que no debemos detenernos en el orden, sino proseguir al análisis de su descomposición subversiva, para lo cual los pensadores del siglo pasado y comienzos del actual también nos brindaron muchas luces.

La Idea de Orden Social

Definido en los términos más generales, un orden social es el conjunto de formas de vida actuante que se manifiestan en una sociedad durante un período histórico, a través de mecanismos conformados por elementos socioculturales. Esta definición es demasiado amplia para que pueda ser útil en una investigación sociológica, y por eso se hace indispensable especificar cuáles son aquellos mecanismos cuyo intercambio en el tiempo permite advertir la existencia y sentir el ritmo del orden social. Seguramente se encuentran expresiones concretas de tales mecanismos en complejos como los de la agricultura, en instituciones como la iglesia, o en grupos como la parentela. Una visión de conjunto de ellos podrá advertir cierta congruencia formal, de la que se deriva la sensación de entidad que tiene el orden social; así, las prácticas agrícolas, la institución eclesiástica, y el grupo familiar pueden verse como hechos sociales que se soportan mutuamente. Sin embargo, dentro de esta armonía formal se advierten contrapuntos inarmónicos, inconsistencias de criterio o tendencias cismogénicas (Bateson, 1958, pp. 171-197), que cuando no son conscientes por lo menos van latentes en las realidades del orden social.

Una manera de entender mejor estos mecanismos de congruencia formal y cismogénesis latente es objetivarlos sistemáticamente (“operacionalizarlos”), agrupándolos en componentes de mecanismos afines. Así y el orden social puede concebirse como una entidad real también a través de

sus componentes. Estos sirven, en su totalidad, de congruencia e inarmonía, para suministrar a los habitantes de una determinada región una imagen social propia y del mundo, y un estilo de actuar, percibir y evaluar que se registra con una durabilidad temporal suficiente para transmitirse de una generación a otra (cf. Mannheim, 1941, p. 170; Gellner, 1965, pp. 60-61). Tales componentes son:

1. Los valores sociales;
2. Las normas sociales;
3. La organización social; y
4. Las técnicas.

No debe causar sorpresa que estos componentes resulten ser los conceptos más básicos y antiguos de la sociología: en efecto, su importancia es tanta, que sin ellos no es posible aún articular la explicación sociológica. (Los lectores encontrarán definiciones pertinentes en el Apéndice. B). A través de sus diferentes combinaciones -sutiles las unas, complejas las más- los sociólogos de ayer y de hoy pueden describir y codificar, en la historia, los hechos principales de la vida en comunidad. Este marco macro-sociológico e histórico se considera indispensable porque debe servir como punto de partida para desarrollos teóricos específicos y para las proposiciones o hipótesis de trabajo sobre el cambio social. En especial, este marco destaca la relatividad y la contradicción interna de los componentes del orden social porque estos deben concebirse y entenderse dentro de una determinada situación: en efecto, los valores, las normas, la organización social y las técnicas, como los elementos que difieren de ellos o los contradicen, están histórica y sociológicamente determinados.

No obstante, hay cierta ventaja en ver estos componentes como básicamente congruentes, no solo porque siempre van juntos en la realidad, sino porque permiten ejecutar estudios discrónicos con “instantáneas” sincrónicas estructurales. Así, puede apreciarse que los componentes presentan una jerarquía según su importancia en la integración del orden social, y en especial los valores y las ideas dominantes tienden a tener efectos saturantes mediante su irradiación en los

otros componentes (cf. Smelser, 1962, pp. 25-33)². Esto no quiere decir que los otros componentes no tengan efectos en el orden social, especialmente como causales del cambio en este. Particularmente se destaca el impacto que la acumulación autónoma en el componente tecnológico pueda tener en un momento dado, al estimular reacciones endógenas de tipo demográfico o económico. Sin embargo, estas reacciones en sí deben lograr el soporte de los valores y traducirse a instituciones para que su efecto tenga alguna permanencia.

Por estas razones, es conveniente contar con una definición concreta de orden social que cubra los aspectos discrónicos y sincrónicos del asunto, como la ofrecida atrás, que se deriva de los planteamientos de Mannheim y Gellner y cuyas fuentes están en el pensamiento de los sociólogos y pensadores del siglo XIX. Por eso mismo deben evitarse concepciones parciales, como la idea de “orden moral” (Cooley, 1902; Redfield, 1957), pues así se cubre solo el sistema de valores, y se fomenta aún más el caos que ya existe sobre el particular, si se sigue confundiendo con el “mito de autoridad” (Mac Iver, 1947, p. 42), o con las “reglas de conducta que se aceptan por los miembros de una comunidad” (Goodenough, 1963, p. 100), en lo que le suplanta el marco normativo. Tampoco es satisfactorio decir que el orden social es un conjunto de

2 ¹ Smelser plantea su “teoría del comportamiento colectivo” dentro del marco de la teoría de la acción social de manera paralela a como se realiza aquí. Sin embargo, reconoce que los “componentes de la acción social” constituyen una jerarquía según “su importancia en la integración del orden social” (subrayado nuestro). Por otra parte, la teoría de la acción social lleva al uso del concepto de sistema social, que sigue Smelser y que se evita en este libro por los peligros monistas y de circuito cerrado que ofrece, aparte de que se basa en unidades dudosas que dificultan la explicación finalista de las sociedades. Esto ha dado lugar a polémica y desorientación científica (cf. Moore, 1966; Cahnman y Boskoff, 1964, p. 10).

Por esa causa, aquí se ha preferido como marco teórico el concepto de orden social al de “estructura” o al de “sociedad”, porque estos dos tienen referentes específicos en la literatura sociológica moderna, tendiendo a emplearse en el contexto más reducido del sistema social. Igualmente, los conceptos afines a orden social, como “civilización” y “cultura”, también se han descartado, por denotar entidades aún más generales que los órdenes como se conciben aquí. Así, sin salir del campo de la civilización o cultura occidental, se experimentan tres órdenes sociales en Colombia, desde la conquista española hasta hoy.

sistemas con subsistemas relativamente autónomos, porque aparte de duplicar la definición corriente de sociedad como sistema social mayor, se cae en el defecto de *definitio ab definiendum* (Moore, 1963, p. 15).

Como se dijo antes, los componentes del orden social se alteran o refractan en determinadas circunstancias, perdiendo su armonía formal, intensificando el conflicto latente y resaltando sus incongruencias larvadas. Ello puede ocurrir particularmente cuando las interpretaciones divergentes y las tendencias cismogénicas de la sociedad pasan a expresarse abierta y conscientemente, así: 1) por desarrollos endógenos o por contactos económicos y socioculturales con pueblos diferentes; 2) por conquista, especialmente la de índole político-ideológica; o 3) por la acumulación tecnológica, cuando ésta llega a un punto crítico tal que requiere nuevas formas de organización social y económica. Cuando esto sucede, sin que hubieran tenido éxito los esfuerzos en contrario para mantener el *statu quo*, el orden social se descompone y experimenta una subversión profunda. Esta destruye en parte lo existente, pero lo reconstruye en otros moldes, transformando así, de manera significativa, las pautas tradicionales de vida.

Transición e Incongruencia

En los períodos de subversión, con sus etapas de destrucción y reconstrucción del orden, no todas las pautas de la tradición se pierden. Por el contrario, aun conquistado militarmente, el orden social tiende a ser muy durable, adquiriendo resistencia al cambio y produciendo organismos *ad hoc* que se enfrentan a los que buscan o tratan de imponer el cambio. Pero este conflicto en sí mismo debilita el orden, levándolo a más graves incongruencias.

Por una parte, durante períodos de subversión crece la sensación de que las normas aprendidas en el período de socialización familiar de la actual generación adulta, no ofrecen una base firme de conducta, ni una referencia estable en casos de duda sobre cómo actuar, ni son más una respuesta clara a los interrogantes que los procesos sociales van plan-

teando a las gentes de manera irreductible. La incongruencia aparece en muchas formas que van desde quiebres en la cultura material hasta descoyuntamientos en el recinto más sagrado de las convicciones personales.

En consecuencia, la vida se torna paradójica y contradictoria. La de Colombia hoy, como en otros períodos del pasado, y como en muchos países en desarrollo, es una forma de vida llena de escollos para la explicación racional. Y aún así, sus contrastes encierran un peculiar encanto: el del estímulo de lo inesperado o el del acicate de lo arriesgado, dentro de las pautas antiguas que van perdiendo su rancio sabor, o de las otras que nacen para contrarrestar el rigor de aquellas. Es una vida dinámica, de cambio muy rápido, en la que se mezcla lo antiguo, lo presente y hasta algo del futuro, en la que toda norma parece tener, de manera casi igualmente aceptada, su elemento contrario.

En lo que tiene que ver con el período de transición más reciente, solo es necesario echar una rápida mirada al contorno del país, para descubrir que no todo está cortado ya por la tijera que delineó a la estable sociedad colonial, aunque esta siga persistiendo en muchas formas. Han ocurrido tantos desplazamientos de actitudes y lealtades, agrietamientos de instituciones aparentemente monolíticas, deslizamientos y derrumbes de mitos personales y colectivos, que tales hechos no podían menos que dejar a flor de tierra la raíz y sustancia de la tradición colonial, segando los veneros que por cuatrocientos años le dieron impresionante vitalidad. Y aún así, es reconocible todavía la fisonomía de las costumbres golpeadas, y se siente el bramido de la corriente de la tradición que sigue barriendo el cauce profundo del cambio.

Estas escisiones e incongruencias se notan en todos los niveles, desde los de la sociedad nacional hasta los de la comunidad y grupo ecológico local. Por una parte, se montan grandes luchas en el plano de las ideas, muchas de las cuales tienen origen en divergencias latentes o en planteamientos revolucionarios y utópicos a la Mannheim, que buscan el progreso y el mejoramiento de la sociedad colombiana, especialmente de las clases trabajadoras. Profesores, universitarios, y muchas veces los mismos obreros y campesi-

nos, descubren las desigualdades económicas inherentes y las inconsistencias morales hasta entonces encubiertas en el orden vigente, las traducen instintivamente a la acción y se declaran en rebeldía contra ellas. Se lanzan a las calles o a los campos, en intrépido gesto para dramatizar sus puntos de vista y acelerar el cambio, buscando las ventajas del poder político para imponer sus ideales. Pero, por otra parte, saltan a la brecha grupos y personas comprometidos con la continuidad del orden vigente, dispuestos a jugarse a fondo en la lucha y a contrarrestar el efecto de los grupos subversores.

Las incongruencias se agudizan cuando aparecen no solo grupos y partidos nuevos de estampa revolucionaria, sino también su movimiento oligarca contrario de “La Mano Negra”. Se organizan huelgas, guerrillas y brigadas; pero también surgen organismos de contrachoque, bien financiados y aviados. Se establecen comandos de propaganda y juntas de acción comunitaria y se publican revistas y folletos con el fin de hacer despertar al pueblo; solo para que se les saboteen, se capten sutilmente, o se terminen por el silencio y a través de sangrías económicas provocadas por campeones y personeros del *statu quo*. Aparece la cristiana rebelión de sacerdotes comprometidos con el “aggiornamento”; y la reacción respectiva de la institución eclesiástica local, en anatemas fulminantes. Levantan su voz los intelectuales de avanzada del liberalismo y del conservatismo, en oportuno esfuerzo para renovar las plataformas de sus partidos; solo para que los jefes de los mismos les contesten con el golpe sordo de las componendas y las máquinas de votos de antaño.

Pero principalmente se destaca la “Violencia”, en sus monstruosas formas incongruentes, que ha agitado la comarca colombiana con aceleración suicida y cruel a partir de 1949. Solo es necesario recordar el sentido de esta revuelta y examinar sus incidencias, para apreciar el turbión de la transformación social que se impulsa y luego se reprime política y militarmente. Un pueblo en despertar, que buscaba su redención, ve cerradas las vías de acceso a la utopía que sus dirigentes le habían presentado. En consecuencia, reac-

ciona fieramente y al hacerlo acelera el ritmo y la intensidad del cambio. Se aleja cada vez más del orden de cosas anterior, que pierde su lustre de tradición y su plena habilidad coercitiva.

De allí que en estos períodos de anomías heroicas se hable de “crisis moral” y se experimente una aguda sensación de perplejidad. No hay respuesta que satisfaga. Además, aumenta la intensidad del conflicto interno. Suben los índices de criminalidad en todas partes; se recrudece la inseguridad personal en las ciudades y en el campo; se elevan las tasas de suicidio, atraco, robo y despojo. Los jóvenes ignoran a sus padres y se levantan murallas de incompreensión dentro y fuera de la familia. Las iglesias pierden parte de su grey, los partidos parte de su electorado, y los comentaristas de prensa parte de sus lectores. Los hombres de negocios luchan con sus obreros que quieren impedir el cierre de fábricas. Y como si este cuadro digno de Hobbes no fuera suficiente, la nación como tal sufre un ocaso en el concurso mundial y queda el margen de las decisiones importantes que atañen a la técnica y la cultura universales.

Mientras tanto, en los niveles fundamentales de la comunidad y la familia, también se libran batallas en pro y en contra de la tradición del orden social vigente, cuya vitalidad, no obstante sigue sintiéndose. En muchos sitios, este conflicto anómico de cuernos entrelazados se constata al menor esfuerzo del investigador: letreros colocados en encrucijadas de caminos principales pueden anunciar la existencia de importantes *innovaciones*, como tiendas comunales o cooperativas agrícolas e invitar a detenerse en las mismas a los camiones de reparto que llevan víveres y artículos de las ciudades hacia el campo. Pero tales establecimientos, con sus nuevas reglas impersonales de funcionamiento, están localizados cerca de antiguas tiendas de cerveza, herederas de las chicherías venerables, donde siguen reuniéndose como en club rural los campesinos jugadores de tejo y taba, enruanados como los padres y abuelos.

A poca distancia de las carreteras pueden encontrarse lotes experimentales donde entidades oficiales, con la aprobación de los dueños, están adelantando ensayos para sembrar

productos agrícolas mejorados. Sin embargo, los dueños de estos mismos lotes, tan receptivos aparentemente al cambio, tiene otros a corta distancia, donde se inclinan reverentes ante la tradición y siguen sembrando discrónicamente sus semillas, como si no conociesen entidad técnica alguna.

Si el visitante tuviese la fortuna de ser invitado a dormir en alguna de aquellas casas -la mitad del tradicional techo de paja, la otra de la resistente teja de asbesto fabricada en la ciudad- tendría la sorpresa de encontrar, al lado de las efigies sacras que cubren parte de la pared, el diploma cuidadosamente enmarcado que testifica del curso sobre desarrollo de la comunidad ofrecido en alguna universidad, al que asistió el hijo mayor. Más acá, sobre una mesita de noche, aparece un inusitado invasor, el radio de transistores. Al amanecer, cuando la familia se apresta a levantarse para reanudar la jornada, se escuchan al mismo tiempo, en irreverente mezcla, el rezo acompasado de la abuela que despierta, y el corrido mexicano eruptando de la radio que ha encendido, como su primer movimiento del día, el joven nieto que se despereza en la penumbra.

Este joven, a su vez, puede ser víctima de incongruencias internas, que experimenta consciente o inconscientemente. Por ejemplo, aunque acepte el radio en su crasa realidad mecánica, seguirá echándole sal al agua que acaba de borbotear en un nuevo pozo, para asegurar mágicamente que ella siga corriendo. Ansía ser chofer o mecánico y salir a conocer el mundo; pero también le tira el afán de no perder la seguridad del nicho de su comunidad, llevando consigo las actitudes ahora ineficaces del campesino. Se burla de los fantasmas que desterró la luz eléctrica en su caserío; pero sigue creyendo en los mohanes de los ríos, concebidos ahora no como gigantescos animales de oro, sino como negras locomotoras.

En fin, es fácil ver que semejantes incongruencias se observan en el trato familiar (especialmente a través del conflicto entre las generaciones), en la interpretación de fenómenos naturales, en las diferencias de técnicas agrícolas y hasta en la propia personalidad individual. Por supuesto, los ejemplos descritos son parciales, y no destacan suficientemente

que en los mismos sitios están persistiendo todavía valores que disminuyen la velocidad del cambio, que tienen que ver con instituciones económicas, políticas, religiosas y educativas tradicionales. Sin embargo es significativo registrar no solo la tendencia saturante del cambio, que va afectando a todas las instituciones; sino la aceptación muchas veces discordante de lo nuevo dentro de lo antiguo. Creencias, actos y hechos que en décadas pasadas hubieran producido dura protesta o severa sanción, son hoy aceptados como parte del devenir de las cosas, y las gentes buscan el acomodo necesario para seguir la rutina de la vida dentro de los nuevos e inestables moldes culturales. Algunos logran cierta medida de acomodación; otros experimentan serias tensiones psicológicas, o se encuentran en posiciones de inquina con vecinos, parientes o amigos.

Incongruencia, discordancia, inconsistencia, discronía, anomia, crisis moral, son así ingredientes o atributos de la situación de conflicto por la que pasan o han pasado periódicamente muchas gentes de Colombia, así en el campo como en la ciudad. Es un proceso telético de descomposición del orden y de creación de una nueva sociedad, en el que están envueltos todos, voluntaria o involuntariamente, los de avanzada y los rezagados, los desconfiados y los arriesgados, los viejos y los jóvenes. Es un proceso que muchas veces no se puede entender ni sentir, porque se va embarcado en él, inmerso en el ritmo de su dinámica envolvente. Pero que va dejando su marca en casi todas las costumbres y creencias, en casi todas las expresiones de la vida social, y hasta en la propia personalidad.

Cambio, Desarrollo y Revolución

Las ideas de cambio, desarrollo y revolución mencionadas aisladamente en las páginas anteriores, y que se utilizan también más adelante, merecen un corto tratamiento especial, con el fin de relacionarlas con el marco conceptual que se ha adoptado. Entendiendo los conceptos de orden, tradición y subversión en su contexto histórico, no debe ser muy arduo establecer las conexiones entre estos y aquellos.

El cambio social, entidad genérica de lo aquí estudiado, es uno de los procesos fundamentales de todo grupo humano: se encuentra inmanente en la sociedad, por el hecho de existir (Sorokin, 1957, caps., 38 y 39). Según la unidad a que se atribuya, puede ser endógeno o exógeno; y según el grado de intencionalidad es espontáneo (sin anticipar) o dirigido (planificado) (Moore, 1963, pp. 29-30). El cambio sigue cursos “normales”, de efectos latentes e inconscientes durante la vigencia del orden social, pudiendo alcanzar etapas evolutivas de largo alcance, o seguir secuencias más o menos esperadas (Sahlins y Service, 1960). Solo cuando se acelera o cuando cambia del rumbo acostumbrado, se torna en parte consciente y empieza a adquirir un sentido definido (cf. Hegel, 1896). ‘Ni aun la calidad del cambio dirigido es necesariamente subversiva, porque puede aplicarse dentro de márgenes apropiados por agencias o instituciones interesadas en controlarlo para mantener el *statu quo*. El cambio solo se torna subversivo cuando lo promueven los grupos comprometidos con la transición entre órdenes sociales.

En contraste, si se acepta que toda subversión tiene una finalidad histórica expresa en sus ideas, el esfuerzo para alcanzar esas metas da una tonalidad especial al cambio y lo convierte en desarrollo socioeconómico, que es una especie de movimiento social. Por lo tanto, el ejemplo telético viene a ser porción intrínseca de la definición de desarrollo socioeconómico. Así lo señalan, entre otros, Furtado y Fernández. En efecto, Furtado(1961) sienta las bases técnicas determinar las diferencias entre un país desarrollado y otro subdesarrollado, empleando conceptos clásicos de la ciencia económica, como el modelo de la nación capitalista, los índices de productividad y la tasa de acumulación de capital; el crecimiento de la renta y el producto bruto nacional y la diversificación de los servicios. Da un segundo paso (1965, 1966) para reconocer el papel de los grupos dominantes en la promoción y detención del proceso del desarrollo, la incidencia de los factores políticos y la importancia de las ideologías, en lo que completa el círculo de la casualidad económico-social. Fernández explícate desarrollo de la siguiente manera: “El desarrollo social traduce, literalmente, la forma histórica

por la cual los hombres luchan socialmente, por el destino del mundo en que viven, con los ideales correspondientes de organización de la vida humana y de dominio activo y creciente sobre los factores de desequilibrio de la sociedad de clases” (1960, p. 223).

Viéndolo en esta forma, el desarrollo socioeconómico debe ser el proceso telético que lleva de un orden social a otro. Se gana el desarrollo cuando se completa la transición entre un orden social y el siguiente, esto es, cuando se crea, resuelve y supera la subversión correspondiente.

Los científicos han fijado indicadores para saber si un país se mueve o no en esta dirección, especialmente en el sentido contemporáneo de buscar la modernización y la industrialización, con “modelos” determinados en mente. Sin embargo, el concepto como tal no puede considerarse como aplicable solo a situaciones modernas y si así fuera, no tendría mayor importancia. El término mismo, con igual sentido, no es nuevo, pues ya aparece en discusiones del *Economiste Francais* en 1895 (“países en vía de desarrollo”). El fenómeno, por lo tanto, tiene periodicidad histórica. Puede decirse que hubo desarrollo al adaptarse por los americanos el orden de vida colonial, así hubieran perdido muchos valores que fuesen superiores a los de los ibéricos. Y también lo hubo al crearse en Colombia nuevos grupos económicos entre 1848 y 1867.

Las diferencias con el proceso actual de “modernización”, al que generalmente se designa como “desarrollo”, son más de contenido que de forma: 1) por el mayor énfasis que se concede hoy a la planificación estadística y al control técnico, como resultado de la acumulación científica; 2) por la naturaleza de los grupos claves que juegan papel en la transición industrial; 3) por la naturaleza de los valores y las normas transmitidos en las situaciones de contacto y transición; y 4) por fenómenos relativamente nuevos, como el de la “estratificación ‘internacional’” y las pautas de dominación y dependencia en las relaciones económicas y políticas entre los países modernos (Horowitz, 1966). Hubo desarrollo hasta en la sangrienta y difícil etapa de la subversión socialista del presente siglo, lo que puede verse no solo a través de los índices económicos y demográficos del período, sino también

por el esencial cambio en actitudes y valores experimentado por el campesinado, todo lo cual dio origen a un nuevo orden social.

Se dirá que esto es extender demasiado el, concepto de desarrollo. Sin embargo, la alternativa sería peor: reducido a sinónimo de modernización, en cuyo caso debería descartarse por inútil. Porque, como se dijo antes, la idea misma de modernización (como la de tradicionalidad) es relativa y necesita referentes específicos en tiempo y lugar para que se entienda cabalmente su sentido. En otra forma podría equivaler a la imitación servil de los países que hoy se consideran, modernos, solución cuya procedencia debe estudiarse cuidadosamente en los países subdesarrollados, porque puede ser histórica y socialmente inaplicable en estos. Ni siquiera es peculiar a la modernización (de hoy) la idea de la planificación, porque muchas sociedades de la antigüedad consiguieron realizar, a su manera, el mismo tipo de actividad controlada o cambio social dirigido. En muchos aspectos, el esfuerzo colonizador español fue planificado, y en una medida y con una efectividad tales que todavía hoy se observan sus efectos.

Por eso, si se va a preservar del todo este concepto de desarrollo, deberá buscársele bases de recurrencia en el pasado y reconocérsele su calidad telética o de movimiento social dentro de circunstancias históricas determinadas. Al generalizar este fenómeno a otros períodos históricos y a diversos países, dentro del mismo marco, se responde a la muy justa crítica de Blumer (1966), quien observa la poca seriedad de muchas monografías, desconectadas y superficiales, que pretenden estudiar el “desarrollo”, y cuyo sentido se les evade porque sus autores no están suficientemente comprometidos con el proceso, ni estudian el subfondo histórico. Así, no debe hacerse este concepto sinónimo de modernización, aunque el paso hacia un tipo concreto de modernización, como la industrial -dentro de un “modelo” capitalista, socialista o de una índole que sea autóctona de América Latina-, pueda formar parte de las metas de muchas sociedades contemporáneas o de los diseños que preparan los ideólogos y los planificadores de nuestros días.

Viéndolo desde otro punto de vista, el desarrollo viene a ser también el proceso por el cual se descompone el orden y se frustra a la vez la utopía absoluta. Si la sociedad va a pasar de un orden social a otro, es decir, de una topía a otra, el desarrollo irá a preservar muchos elementos del orden anterior y buscará ajustes realistas y compromisos muchas veces frustrantes. De allí resulta la posibilidad empírica de medir el efecto del desarrollo al cabo de algún tiempo, para determinar en qué medida se va apartando de las metas originales estipuladas por la utopía, y si el progreso es significativo o no. Uno de los criterios fundamentales que pueden utilizarse para este fin es el del “costo social”. A través del “costo” se podría establecer en qué campos hubo avance y a expensas de qué elementos tradicionales o subversores (Silva Michelena, 1967).

Esta posibilidad empírica es especialmente atrayente como parte del método proyectivo, diseñado para anticipar los efectos del cambio según instituciones o sectores, y que se deduce de los planteamientos de las páginas anteriores. Evidentemente, sería útil arrojar luz sobre cómo hacer menos costoso el ganar una topía que de todos modos se va a realizar, quizás improductivamente. Permitiría también evaluar procesos de desarrollo ya terminados, en los que hubo desenlaces no anticipados, como el estancamiento y la decadencia de algunos sectores.

Finalmente, en cuanto al encaje del concepto de revolución dentro de este marco, es importante observar la diferencia entre el cambio social que se realiza por compulsión violenta y aquel que se alcanza por ajustes y maniobras políticas dentro del período de una subversión (de allí que difiera del concepto más amplio de “revolución” de Landauer). Ambos cambios pueden hacer avanzar la sociedad hacia las metas de la utopía, cada uno cumpliendo las funciones que le corresponden. En efecto, ha habido casos en que la condición de subversión se supera sin apelar a la violencia extrema o total, para alcanzar un nuevo orden social, como ocurrió en el Japón hacia 1871 y en Inglaterra a raíz del desarrollo industrial. Sin embargo, puede llegar un momento en que el empleo de la violencia se hace indispensable para evitar la

frustración del élan subversivo, imponiéndose como estrategia predominante para alcanzar las metas valoradas por acceso al poder político, especialmente si los grupos rebeldes ya han avanzado en posición y se consideran en peligro de perder lo alcanzado (Brinton, 1952, pp. 277-285). Aparecen entonces los “precipitantes” (Mac Iver, 1942, pp. 163-164) o los “aceleradores” de la subversión (Johnson, 1966, pp. 98-99). El uso de la fuerza y la violencia y el aprovechamiento de las circunstancias (sea como precipitantes o como aceleradores del conflicto), convierten al desarrollo, en ese momento, en una revolución.

Obsérvese que tales circunstancias propicias para la revolución emergen del período anterior de subversión. Hasta cierto punto, una revolución se prepara directa o indirectamente al comienzo de la subversión, y erupción según las necesidades y el desenvolvimiento posterior. Por eso no tienen éxito las revoluciones que se intentan como exabruptos, o a raíz de un momento de entusiasmo fanático.

Bien puede verse este proceso de preparación y de aceleración por precipitantes, en los casos revolucionarios de países como México en 1910, Rusia en 1917, China en 1949, y Cuba en 1959. Una vez avanzada la necesaria subversión, se decide estratégicamente actuar con la violencia para seguir compulsando el cambio. A partir de ese instante se agudiza la anarquía normativa, aumenta la perplejidad, la indecisión y la inseguridad en las gentes y se derrumban las pautas de expectación de la conducta establecidas en el período de socialización anterior, hasta que termina la revolución (cf. Johnson, 1966, pp. 2-14).

En Colombia no ha habido sino dos casos de revolución concebida en esta forma, una entre 1853 y 1854, y otra en 1948. Ambas fueron frustradas en cuanto a las metas globales que se proponían. No obstante, se realizó el desarrollo socioeconómico que se venía impulsando desde los años anteriores, cuando se iniciaron las subversiones correspondientes. Indudablemente, la revolución triunfante compele más hacia la utopía absoluta (Hobsbawm, 1959); no llega a alcanzarla (Landauer, 1919). Pero dramatiza la transformación social y económica y abre grandes posibilidades de

invención y experimentación social; aunque a un costo en vidas humanas y recursos materiales, y en el sentido de pérdida de libertad personal y dignidad colectiva, que a muchos parece exorbitante.

Obviamente, revolución no es lo mismo que golpe de Estado, circulación o relevo de élites dentro del mismo orden de cosas, o guerra palaciega (Sorokin, 1957, Parte III; Mendieta, 1959). Además, la revolución debe verse como reflejo y consecuencia de la otra violencia, la de la represión o coerción, que sigue su curso normal por los canales tradicionales. Si ella se encuentra justificada por la élite del poder para mantener situaciones incongruentes con las metas valoradas de la sociedad, no se ve cómo no pueda justificarse en manos de quienes buscan la terminación de las injusticias, por razones estratégicas. Este es el concepto de la rebelión justa, o “contraviolencia”, al cual se retornará más adelante.

El Análisis de la Descomposición del Orden

Debe advertirse otra vez que el presente libro no es sino un esbozo para fijar los hitos más prominentes que aparecen del análisis sociológico de la historia de Colombia. Por la naturaleza de los datos y las circunstancias del trabajo, esta obra en sí representa la combinación de dos técnicas investigativas: una predominantemente histórica, con base en lectura de fuentes primarias y secundarias, por las que se trató de constatar algunas regularidades o recurrencias en la historia del país; y otra predominantemente sociológica, por la cual se llevaron las hipótesis al terreno de la realidad en diversas comunidades contemporáneas. La observación de los eventos históricos y la constatación sincrónica de evidencias actuales que pueden ser medidas u operacionalizadas, han sido tareas esenciales para concebir este libro. Además, los datos obtenidos constituyen soportes para establecer cadenas de causalidad y efecto. De estas se gana un concepto más preciso del papel que han jugado en la historia, y juegan aún, ciertos tipos de grupos; y se esclarece también la función de las filosofías, ideologías y actitudes que les inspiraron, e inspiran, a actuar en momentos cruciales.

No se trata, pues, de una simple historia cronológica, que culmina con estudios actuales de corte seccional. Se trata más bien de un análisis de entidades sociales vistas en el pasado y en el presente con fines comparativos, para ganar un mayor entendimiento de las realidades que nos rodean y para contestar a la manida pregunta, ¿de dónde venimos y para dónde vamos? En cuanto al pasado, se estudia a través de sucesos históricos, como fueron registrados por cronistas, archiveros, historiadores y autobiógrafos, aún admitiendo las desventajas derivadas de las fallas de observación y de sistematización de sus obras: no queda otra alternativa. En cuanto al presente, se procede a través de la observación directa y medición sistemática de expresiones de la vida en grupos en diversas regiones del país.

Este libro se reduce a las implicaciones derivadas del estudio histórico, y no presenta sino datos cualitativos e hipótesis generales, algunas de las cuales se han puesto a prueba en varias comunidades³.

3 La observación sistemática de los fenómenos del cambio socioeconómico en Colombia, por parte del autor, cubre desde 1955 hasta la fecha. Durante este período, en diferentes lugares se realizaron estudios empíricos (individualmente o en colaboración), algunos de los cuales dieron origen a diversas publicaciones. En Colombia: municipios centrales de Boyacá; Buga y Siloé (Valle); San José de Albán y Consacá (Nariño); Líbano, Cunday y Villarrica (Tolima); Yarumal y Piedrasblancas (Antioquia); Tolú (Córdoba); Sucre (Bolívar); municipios centrales del Chocó; Candelaria, Manatí y El Bosque (Atlántico); San Pedro de Arimena (Meta); Leticia (Amazonas); Fómeque, Manta, Machetá y Chocontá (Cundinamarca). En el Brasil: Palmital y Padre Noso (Vicosa, Minas Gerais). Observaciones pertinentes, pero más superficiales, se han realizado por el autor en el nordeste y el sur del Brasil y en casi todos los países de América; también en la región del Lago Victoria en el África Oriental, y en España y porción central de Italia.

El autor se ha mantenido - en casi permanente contacto con la comunidad de Chocontá y su vecindario de Saucío, en Cundinamarca, desde 1950, cuando primero los estudió. (Se publicaron los informes respectivos de aquel primer contacto con la realidad rural, en 1955 y 1961). En Saucío se realizaron tres encuestas totales (1958, 1961, 1964), en busca de datos y medidas sobre los fenómenos de transformación social y el autor participó activamente en los procesos del cambio en un esfuerzo para dirigirlo hacia metas de desarrollo. Hay informes parciales (1959, 1961b, 1965a). El estudio de 1965a plantea por primera vez el tema de la contranorma, y analiza estadísticamente el cambio de actitudes entre los campesinos según grupos de tenencia de la tierra. Los informes subsiguientes, basados en los datos recogidos en el terreno, se relacionarán

Otras monografías permitirán la confrontación de hipótesis con la realidad actual, con medidas de lo que sea mensurable, y proponiendo las correcciones que sean necesarias⁴.

Para el efecto, tanto en el análisis histórico como en la medición sociológica actual, se aplican seis reglas de procedimiento, para desarrollar el marco de referencia del estudio de la subversión:

1. Aíslense no solo los elementos y factores que producen la durabilidad o estabilidad del orden social, sino los contradictorios (encubiertos o manifiestos) que explican su implícita inestabilidad.

2. Especifíquese la naturaleza de los elementos que participan en la transformación social, especialmente su contenido cultural.

3. Refiéranse los elementos a tiempo y lugar concreto, para evitar la relatividad teórica de conceptos como tradicionalidad y modernismo.

4. Adóptese una perspectiva popular, en el sentido de establecer la influencia que en los grupos dirigentes puedan tener movimientos conscientes de masas o, por el contrario, el efecto que los eventos dirigidos por élites puedan tener en las comunidades locales y en las clases humildes o trabajadoras.

5. Reúnanse los elementos según analogías o características similares, o según rasgos dominantes, para permitir la visión de conjunto de los procesos y la construcción de conceptos generales (como el ethos y el marco normativo), lo que tiene también ventajas memotécnicas.

6. Determínense grupos claves que resulten fundamen-

concretamente al marco de referencia presentado en este libro (que no fue elaborado en su forma final sino, en 1966) y pondrán a prueba las hipótesis que de él se deriven.

4 Debido a la importancia que han tenido las utopías absolutas y relativas originadas en Europa para la transformación de los órdenes sociales en Colombia, la presente obra destaca inevitablemente los factores exogénicos del cambio. No quiere ello decir que los elementos de transformación interna no sean importantes, y en efecto, podrá observarse que, aunque se fija en el exterior la fuente ideológica del cambio, se analizan los mecanismos locales que autónomamente traducen aquellas ideas al contexto nacional, con su propia dinámica endógena. En otros países americanos los procesos son distintos y merecen tratamientos especiales.

tales tanto para el funcionamiento de la sociedad durante el período de vigencia del orden social respectivo como para los períodos de transición, en tal forma que ayuden a distinguirlos de entre sus congéneres. Con la determinación de tales grupos puede identificarse a un orden social o a una subversión, lo cual es económico en descripción y discusión.

Puede verse que el marco de referencia del estudio de la subversión se ha concebido por fuera del funcionalismo, aunque al concretar los elementos del conflicto social, el esfuerzo de “fijados” y evitar que se desvanezcan en el brumoso campo del análisis histórico pueda dar cierta sensación funcionalista. Esto resulta porque las técnicas aplicadas son discrónicas y sincrónicas, utilizadas de acuerdo con lo que permite el desarrollo actual de la teoría y del método sociológico. Seguramente estas técnicas de manejo de datos y organización de materiales será perfeccionada en el futuro al acumularse el conocimiento, lo cual es la aspiración de toda escuela científica seria. En todo caso, al preparar el presente libro como un paso inicial en esa dirección, se trató de enmarcar las evidencias encontradas dentro del contexto de los procesos sociales, para que no perdieran el sentido de la realidad conflictiva en que se encuentran. Además, se aspiró a descubrir mecanismos y factores de índole sociológica que tendieran a repetirse en el tiempo, con miras a hacer una proyección hacia el futuro, lo cual es también una normal preocupación científica y humana.

El análisis histórico-social de las crisis a que da lugar la refracción y descomposición de órdenes en Colombia, cuenta con el valioso aporte del profesor Luis López de Mesa, quien publicó un *Escrutinio sociológico de la historia colombiana* en 1956. Es esta una obra mucho más sistemática que su anterior y clásico estudio, *De cómo se ha formado la nación colombiana* (1934)⁵. Merece la atención especial de las personas interesadas en el cambio social en

5 Fue este el primer estudio integral moderno de la nacionalidad colombiana, que combina la historia con la sociología, la economía y la psicología social. Tratados semejantes posteriores (como los de Nieto Arteta, Montaña Cuéllar, García, Liévano Aguirre, Hernández Rodríguez, Gómez Hurtado, Jaramillo Uribe, etc.) son menos ambiciosos, aunque igualmente importantes. (Véase la bibliografía).

Colombia, y sirve como punto de partida a los planteamientos que siguen.

Percibe el profesor López de Mesa seis “frustraciones” en la historia de Colombia, al estilo de Toynbee con sus tesis sobre el reto y la respuesta: 1) la desaparición de la cultura de San Agustín, por el impacto de la invasión Caribe; 2) la “desaparición” de la cultura Muisca o Chibcha, por la conquista española; 3) la decapitación de la intelectualidad colonial durante la reconquista española en la guerra de independencia; 4) la disolución de la Gran Colombia en 1830; 5) la falta de articulación nacional a fines del siglo XIX, el desastre de la última guerra civil y la pérdida del Istmo de Panamá en 1903; y 6) la “Violencia” política de 1948 y años subsiguientes.

Tanto el enfoque del profesor López de Mesa como el del presente libro reconocen las crisis de la conquista española y las del período reciente de la Violencia. Difieren en cuanto a San Agustín, el efecto de la guerra de liberación nacional y la Gran Colombia, y la concepción del desastre de Panamá.

En cuanto al primer punto, sería posible el acuerdo si se hubiese empezado aquí con el análisis del siglo V, cuando, según parece, se hallaba la cultura agustiniana en pleno apogeo (Duque Gómez, 1963, p. 107). Sin embargo, todos los investigadores admiten que el misterio de San Agustín no se ha resuelto todavía y cualquier intento interpretativo puede resultar aventurado. Aún así, es muy loable que el profesor López de Mesa hubiese fijado el comienzo de la historia de Colombia en San Agustín y no en la fundación de Santa Marta o de Santa Fe de Bogotá, como es la actitud implícita de muchos otros académicos de la historia.

Las otras divergencias se deben naturalmente al desarrollo de la hipótesis central del profesor: que la causa de las frustraciones es el desequilibrio ponderable que existe entre las clases intelectuales y el pueblo en general. “El centro de gravedad” del pueblo colombiano “está muy alto”, en la oligarquía, lo cual hace que la estructura sea inestable (p. 274). De allí se entienden las fallas de 1816 a 1830 y de fines del siglo XIX: es una concepción elitica de la historia, muy respetable y quizás justificada.

Sin embargo, esta concepción no permite advertir la otra dimensión, aquella que se gana desde la perspectiva y posición del pueblo mismo. Una vez que se traducen los hechos históricos a movimientos de participación de masas, por haber sido estas involucradas consciente o libremente en los procesos del cambio, resaltan precisamente las crisis de la subversión de 1848 a 1867, que estudiaremos más adelante, y que el profesor López de Mesa omite en su análisis. Dentro de esta concepción popular de la historia, adquieren mucha más importancia los hechos de la dictadura de José María Melo, por ejemplo, que la libido imperandi de Rafael Núñez, la compulsión religiosa de Miguel Antonio Caro o el escepticismo de José Manuel Marroquín. Las guerras de independencia y la fragmentación de la Gran Colombia no aparecen sino como apoteósicos relevos de clases dirigentes, sin mayores consecuencias sociales y económicas para el pueblo.

No deja de tener razón el profesor López de Mesa en cuanto al papel que las élites colombianas han jugado en las calamidades que el país ha sufrido en su historia. Su valiente recriminación a “los cuatro” causantes de la Violencia, es una pieza de antología. Solo resta complementar estas tesis del profesor con el examen de otros conceptos, como el de la antiélite, que se hará en los sitios apropiados de los capítulos siguientes.

3.

Apogeo y Perigeo del Orden

Es difícil realizar un estudio a fondo del orden de las cosas existente en Colombia antes de la llegada de los españoles, ni tampoco es ello necesario para fines del presente libro. Aplicar a aquella historia puntos de vista un poco exigentes, como el análisis de la dinámica latente, es poco menos que imposible. No hay documentos ni códices de aquella época que puedan ilustrar al respecto y los datos disponibles son todos de origen arqueológico o provienen de crónicas parcializadas, escritas poco después de la Conquista. Tales datos impiden extenderse sobre el tema o bucear en las implicaciones sociológicas del mismo.

No será posible tampoco hacer una síntesis etnológica que cubra todas las culturas precolombinas, en lo que se caería en un error de generalización. Las culturas de América difirieron mucho unas de otras y su estudio comparativo no permite aún realizar ninguna síntesis conceptual adecuada. Como alternativa, siguiendo la pauta del profesor López de Mesa, se puede tomar como grupo central a los Chibchas que ocupaban la sabana de Bogotá y se extendían hasta la comarca de los Guanes, en lo que hoy es el Departamento de Santander, pasando por Tunja y Sogamoso.

Comarca central del Nuevo Reino de Granada, allí se estableció la capital virreinal y desde allí gobernó la élite peninsular. Antes de la Conquista pareció ser el sitio donde florecía la cultura más avanzada de toda el área (Pérez de Barradas, 1950-1951). La influencia de los Chibchas se hacía sentir en porciones alejadas de su territorio de control directo mediante vinculaciones militares y de trueque de productos. Los dialectos de aquellas porciones, que cubrían casi todo el país colombiano de hoy, se emparentaron con la lengua Chibcha. Por lo tanto, la cultura de este grupo central es de gran importancia para entender las formas de vida actuante que regían antes de la Conquista, y en sí misma es un tipo digno de tomarse en cuenta por parte de los investigadores. Su grupo clave era ecológico-humano, el vecindario rural que llamaban *sybyn*⁶.

Los *sybyn* tenían importancia básica entre los Chibchas, a juzgar por los relatos de los cronistas. Eran análogos de los más conocidos *ayllus* de la etapa formativa del imperio incaico, y parece que funcionaban de manera similar. De allí se deriva el adjetivo áylico, para bautizar el orden que se estudia. No necesariamente es aplicable este término a la civilización incaica (o a la azteca) en el momento de la Conquista, ya que esta había avanzado considerablemente hacia una estructura autocrática y centralizada: muy racional. No obstante, quizás pueda aplicarse a grupos menos desarrollados políticamente, como los Chibchas.

Se quiso evitar el uso de los términos “indígena”, “nativo”, “primitivo” o “tribal” para designar este orden, por tener connotaciones negativas o de inferioridad, en relación con los otros órdenes, lo cual no sería teóricamente productivo, ni se ajustaría a la realidad de aspectos específicos de las sociedades estudiadas. Tampoco se ajustaría a la regla de ver la historia en lo posible desde el ángulo popular, en este caso desde la perspectiva del pueblo conquistado. Además, no se encontró justificado emplear el término “Chibcha”, por

6 1 La palabra *sybyn* se encuentra en la Gramática, vocabulario, catecismo y confesionario de la Lengua Chibcha, compilada con base en la original del Padre Bernardo de Lugo por Ezequiel Uricoechea (1871, p. 127). Significaba “capitán”, y por extensión, “capitanía”, según el uso de los españoles.

denotar este una cultura y no la organización social cuya vigencia es crítica en el orden respectivo. Sería como emplear el término “Occidental” para referirse al orden señorial, así perdiéndose en el océano de sentidos que tiene la compleja entidad cultural de Europa y América. Estudiaremos aquí someramente los componentes del orden áylico: sus valores, normas, organización social y técnicas.

Sacralidad y Tolerancia

En la época de llegada de los españoles a la sabana de Bogotá -bautizada por ellos como “el valle de los alcázares” por la multitud de cercados que se abrió ante sus ojos- los Chibchas tenían una civilización muy peculiar. Por una parte, habían dejado la etapa puramente tribal y empezaban a vislumbrar un nuevo tipo de sociedad. Por otra, no habían llegado a la complejidad de la cultura incaica. En situación intermedia, los pueblos de las sabanas andinas aparentemente experimentaban un activo proceso de cambio que les hacía receptivos a los intrusos conquistadores.

Esta actitud, que saturaba sus valores, hacía del orden social algo flexible, dinámico, orientado hacia el futuro, como parece que ocurrió también en determinados momentos de la historia de los Mayas (Spinden, 1930). Irónicamente, no fueron las huestes del rey Aquiminzaque las que lograron aquella meta valorada por la sociedad, sino las de su némesis, el político-militar Hernán Pérez, hermano de Quesada. En Hernán Pérez se cumplen las profecías del apogeo del imperio Chibcha; pero al mismo tiempo que logra la unidad política de la región, por razones no previstas en la dinámica de los sybyn, precipita a estos en el perigeo del que no podrían salir sino completamente transformados.

El ethos que aparece es el de un grupo dispuesto al desarrollo social y alerta a las posibilidades del contacto cultural con los españoles. Es un ethos de tolerancia incipiente, en contraste con el ethos de resistencia que desplegaron tanto las civilizaciones americanas más adelantadas (la Azteca y la Cuzqueña) como los grupos menos desarrollados (los Pijaos y los Motilones, por ejemplo). Siendo que está conformado

por dos elementos, uno religioso y otro de disposición al desarrollo, este ethos podría ser de Sacralidad tolerante, como epítome de un conjunto que incluiría principalmente los siguientes valores:

1. Una orientación *animista* hacia los fenómenos del universo, con aceptación pasiva del poder de la naturaleza (esíritus o deidades) sobre el hombre. Esta orientación se ve muy clara en los ritos de fertilidad descritos por los cronistas, especialmente en el papel que jugaban ciertos animales como la rana, la culebra y el lagarto (Piedrahita, 1942, I, pp. 14 et passim). Los Chibchas adoraban el Sol y la Luna, y las rocas, las montañas y el viento también compartían la veneración popular (Simón, 1953, II, pp. 249-250; Piedrahita, 1942, I, pp. 40-49). Buena parte de los ritos religiosos y de las impresionantes ceremonias que realizaban en los lagos, tenían raíces animistas (Zerda, 1888; Triana, 1951, pp. 156-161; Zamora, 1945, I, p. 202; Simón, 1953, II, pp. 163-170).

2. Una orientación *familista* o primaria en las relaciones sociales. Parece que predominaba la, unión monógama en grupos locales, aunque los uzaques eran polígamos. La matrilinealidad estimulaba vinculaciones amplias de parentelas, útiles para las tareas del campo y la acción guerrera. El etnocentrismo, se manifestaba en conflictos y recelos entre diversas tribus, especialmente entre los grupos del norte y del sur, y la lealtad a los diversos uzaques se simbolizaba de diversas maneras, como pendones y señales corporales (Castellanos, 1886, I, pp. 69-72). La lealtad al grupo primario se destacó como fundamental en esta sociedad andina.

3. Un tipo de actividad *natural*, es decir, orientada hacia el ritmo del medio ambiente geográfico en que vivían. El respeto a las formas y procesos de la naturaleza era muy grande, especialmente aquellos conectados con, expresiones animistas. El agua, en especial, tenía características tremendas, por las diversas expresiones que tomaba en la región: cataratas como la del Tequendama, inundaciones periódicas de la sabana, pantanos de donde sacaban plantas fibrosas para diversas artesanías, lagos sagrados, lluvias y neblinas que tenían sentido específico. En general, los Chibchas estaban a merced de los elementos naturales, especialmente en

cuanto al ciclo y actividad agrícolas, de los que se derivaron las normas de Providencialidad a qué se hace referencia más adelante.

También aprovecharon la naturaleza de, manera ingeniosa, como lo demostraron la vivienda y los materiales que usaban para su construcción, la fabricación de instrumentos musicales, ollas, telas, pigmentos y decoraciones varias, la domesticación del curí y la extensa herbología.

4. Una tendencia *futurista* en cuanto a las metas colectivas de la sociedad. La sociedad Chibcha parece que combinaba el élan socio-político con el impulso religioso. La evidencia recogida a raíz del proceso de asimilación socio-cultural durante la Colonia, indica que la religión, Chibcha era mucho más fuerte y resistente al cambio que el aparato político en ciernes. Pero la sociedad local resultó tan receptiva al cambio (en contraste con civilizaciones americanas para entonces plenamente conformadas), que en los primeros meses del contacto con los españoles los Chibchas hicieron esfuerzos conscientes para asimilar a aquellos como “hijos del sol” (Suaguagua) que según las leyendas eran esperados (Simón, 1953, I, pp. 281-282); o también trataron de amalgamarse con ellos racialmente y aun de adoptar sus nuevas herramientas y prácticas de manejo de la tierra. Hubo hasta el caso de un uzaque que al día siguiente de conocer a Quesada pidió ser bautizado (Castellanos, 1886, I, p. 107; Aguado, 1906, p. 136); no que hubiese abandonado sus antiguas deidades, sino que el uzaque experimentó pocas dificultades en asimilar las nuevas que traían los conquistadores. La receptividad cultural se demostró después, aun ante la resistencia bélica y social que estimularon los mismos españoles con sus abusos, al aprender los nativos el castellana y olvidar casi completamente su idioma vernáculo, en el curso de sesenta años (véase el próximo capítulo).

Lo Comunal y lo Providencial

El marco normativo de los Chibchas, legitimado por sus valores sacros y derivado de ellos, llevaba a planos más concretos las metas y principios que guiaban la conducta de los

sybyn. Con las naturales salvedades provenientes del estudio a distancia histórica y del empleo de fuentes secundarias parecen discernirse los siguientes conjuntos de las muchas normas pertinentes: 1) el de la *Estabilidad comunal* para asegurar la identidad, homogeneidad y continuidad de los grupos primarios, y para reforzar la necesidad de la ayuda mutua y la acción colectiva en las tareas de subsistencia; y 2) el de la *Providencialidad*, como compulsión a respetar las formas genéticas de utilización del medio ambiente natural, con una concepción elemental de la riqueza.

La Estabilidad comunal se manifiesta en la forma como sobrevivieron los vecindarios Chibchas el impacto de la Conquista, a pesar de prácticas centrífugas como las mitas y mingas que impusieron los españoles. Lograron los naturales mantener sus grupos primarios, los mismos que les habían servido para hacer sus casas, para trabajar en común la tierra de los caciques y sacerdotes, para organizar sus grupos de guerreros, sus artesanías y sitios de comercio y para procrearse y transmitir la cultura tradicional.

La Providencialidad se documenta especialmente con las descripciones de herramientas agrícolas que utilizaban los Chibchas, y que no eran mucho más que burdos utensilios de macana y piedra. La vivienda y las técnicas de curación, las costumbres de transacción de mercados, los medios de transporte también expresaban las mismas normas. La principal excepción (aunque sin salir del marco) es la construcción de terrazas agrícolas (Broadbent, 1964b). En todo caso, estas no alcanzaron nunca la extensión o intensidad de utilización de grupos similares en otras partes del continente.

Del Vecindario al Incipiente Estado

Como se dijo antes, los Chibchas estaban integrados con base en unidades ecológicas pequeñas o vecindarios primarios, los *sybyn*, que los hispanos identificaron como “parcialidades”, “partes”, o “capitanías”. Las parcialidades eran conjuntos de familias, muchas veces emparentadas entre sí matrilinealmente, que convivían en un determinado espacio geográfico bajo la dirección avuncularia de un capitán

(Broadbent, 1964a, pp. 15-22). Eran los grupos primarios fundamentales para la sociabilización de los habitantes, que activaban instituciones de ayuda mutua y utilización individual o colectiva de la tierra, con obligaciones comunales respecto al cacique y al sacerdote. Parece que se identificaban con un toponímico o en su defecto con el nombre del capitán de turno.

De esta etapa del vecindario, los Chibchas estaban pasando a otra basada en la conveniencia de un estado central, gracias al predominio que empezaba a ejercer el Zipa o rey de Hunza (hoy Funza), sobre los uzaques o jefes de tribus. Se reconocían jerarquías entre los uzaques y los capitanes. Los primeros, como los reyes, vivían en aldeas cercadas, algunas de considerable tamaño; los capitanes residían a campo abierto con sus respectivos vecinos, practicando una agricultura sedentaria. Los Chibchas presentaban una estratificación incipiente, con algunas familias directoras que tendían a crear una casta superior (los procesos de la herencia de cargos y propiedades, por ejemplo, aún eran flexibles, y se practicaba la exogamia junto con la endogamia). Predominaban los roles adscritos y la acción resultante, en términos generales, era prescriptiva, porque ni los valores ni las normas permitían fácilmente la desviación en la conducta personal.

Existía, además, una especialización económica regional con sitios de mercado y transacción comercial, una religión con algunas prácticas de peregrinación en común (“correr la tierra”) y un sistema de comunicación entre los cercados. Los Chibchas tenían también grupos especializados en diversas artes y oficios.

La Azada y la Energía Humana

La adaptación al medio ambiente natural la realizó el grupo Chibcha mediante la agricultura del palo cavador y de la azada de madera con punta de piedra, con periódicas aplicaciones del fuego. Para el efecto sus parcialidades se asentaron en poblamientos dispersos en las porciones secas de las sabanas y en los declives de las colinas donde, como se dijo antes, a veces construyeron rudimentarias terrazas. Los

tubérculos (especialmente las papas, los cubios, las rubas y las ibias) fueron su principal alimento. Tanto sus formas de poblamiento como el cultivo de tubérculos han persistido como elementos culturales a través de los siglos (Fals Borda, 1957, caps. 4 y 9). Además, los Chibchas poseían técnicas empíricas de cuidado de la salud, conocimientos básicos de metalurgia, hilandería, orfebrería, minería y construcción; pero no conocían la rueda y su astronomía era muy rudimentaria. Las armas de ataque y de defensa se reducían a artefactos sencillos que dependían exclusivamente, como los elementos anteriores, de la energía humana.

Con estos mecanismos socioculturales, estudiados aquí como componentes del orden áylico, se enfrentaron los Chibchas a las fuerzas materiales y espirituales del conquistador hispano. El primer contacto, corto e intenso, fue sumamente destructivo de la sociedad local. Era el golpe de rayo de la ideología extraña a la tierra americana que impulsaba a la Conquista. Los subsiguientes episodios descompusieron el antiguo orden y moldearon uno nuevo, a través de propósitos y actos de personas e instituciones que buscaban transformar los vecindarios Chibchas en grupos homogéneos de feudatarios. Así desaparece formalmente el orden áylico, dejando apenas su marca en elementos aislados que se involucran en el nuevo orden por la tenacidad de los descendientes de los Chibchas, y también por la tolerancia realista que demostraron muchos conquistadores.

4.

De la Utopía a la Realidad

No es necesario hacer aquí una reconstrucción de la cultura hispánica del siglo XVI (como se hizo con la Chibcha) para explicar las formas que aparecieron en el territorio ocupado por los españoles en el Nuevo Mundo. Por una parte, hay mucha y conocida información sobre el particular. Por otra, solo interesa determinar cuáles fueron los aspectos especiales de la sociedad y cultura hispánica de entre la gran variedad que ofrecían las diversas subculturas de la península que fueron trasladados a las colonias y luego establecidos definitivamente.

No debe olvidarse que existió una condición de conquista y subyugación que llevó coercitivamente a la adopción de determinados aspectos de la cultura del vencedor; pero también los vencidos que sobrevivieron el choque lograron aplicar un criterio selectivo que aceleró la aceptación de determinadas *innovaciones* y retardó la de otras, mediante la defensa de valores tradicionales, provenientes del orden áylico. Estas condiciones de receptividad y resistencia locales hacen de la Conquista un caso especial de subversión.

Los procesos de decantación de utopías, conflicto e innovación (con sus concomitantes de ajuste y compulsión, dife-

renciación social, especialización de ocupaciones y otros procesos similares) se examinan ahora sumariamente, desde la perspectiva de los grupos claves que tomaron parte directa en la contienda y advirtiendo sus efectos en el pueblo conquistado, en cuyo seno se realiza la subversión.

Utopía Absoluta y Utopía Relativa

De los elementos hispánicos trasladados a la América, ninguno tuvo mayor trascendencia que el aparato político-religioso diseñado a raíz del descubrimiento. La filosofía general que animó el diseño y la teoría del Estado a que dio lugar fueron, seguramente, producto de la época; pero en ello también intervinieron las cualidades del pueblo español y la personalidad vigorosa e idealista de sus reyes, especialmente de la reina Isabel 1 de Castilla, la Católica. Mujer fuerte como Déborah, era una reina de profundas convicciones cristianas, formadas al calor de la lucha contra los infieles. Como defensora de la fe e impulsora de la empresa colombina, no podía menos que tratar de trasladar sus ideas a actos de gobierno, pues por la toma de Granada veía aquellas confirmadas por la voluntad divina para que se esparcieran por el mundo recién descubierto.

Fue así como el descubrimiento de América podía interpretarse como un premio sobrenatural a un pueblo místico, esforzado y heroico que, a diferencia del resto de Europa, había sacado a la religión de los fríos claustros y de las discusiones de concilios, para colocarla en el frente de batalla, en la realidad de la confrontación violenta (Ganivet, 1923). Y había triunfado. Un Estado así no podía ser un fin en sí, sino un medio para acrecentar el Reino de Dios en la tierra.

La expansión americana brindaba esta oportunidad. Del intento de aprovecharla al máximo se derivó la dinámica utopía inicial de la conquista, que combinaba la espada con la cruz, de la que emergió la Iglesia-Estado como “instrumento histórico de la epopeya católica” (De los Ríos, 1927). Este desarrollo de la utopía misional afectó por igual a América y a España, transformándolas a ambas.

La idea misionera de la reina Isabel aparece ya en los documentos intercambiados con la Santa Sede, para producir la *Bula Inter Caeteris*, de Alejandro VI, el 3 de mayo de 1493. El compromiso adquirido por los reyes de Castilla se basaba en la convicción de que no solo había necesidad de salvar las almas de los indios, sino que estos estaban dispuestos a abrazar la fe católica. Esta oportunidad no podía dejarse pasar por alto. Para alcanzar esa meta, el Papa, como Vicario de Cristo en la tierra, donó el patronato a los reyes de Castilla, a quienes se tituló en adelante “Patriarcas de las Indias”.

La utopía misional isabelina del acrecentamiento del Reino de Dios quedó plasmada en las primeras instrucciones y capitulaciones entregadas a los descubridores y expedicionarios. En toda empresa debía haber capellán o confesor, que vigilara la conducta de soldados y colonos y viera porque cumplieran los principios cristianos y se ganaran las metas valoradas: la finalidad de justicia y la necesidad de salvación de la raza humana, dentro del marco del cristianismo. La conquista española vino a ser así “uno de los más gigantescos esfuerzos que el mundo haya visto de hacer valer los preceptos cristianos en las relaciones entre las personas” (Hanke, 1949, p. 1).

España podía hacerlo: en aquella época era la principal potencia de Europa. Los reyes, especialmente Carlos I, V de Alemania, tuvieron cuidado de impartir las órdenes del caso, inclusive trataron de entender mejor la naturaleza del contacto cultural, a través de una serie de experimentos realizados en La Española, Cuba, Venezuela y Guatemala, para evitarle perjuicios a los indios (Hanke, 1935). Grandes debates se suscitaron en las primeras décadas del siglo XVI para determinar la naturaleza del “justo título” de los reyes a las tierras de América, sobre las circunstancias en que pudiera alegarse “guerra justa” en esas comarcas (Solórzano, 1647), y sobre la “humanidad” del indio. La propia experiencia colonizadora en el sur de España abrió la posibilidad de” concebir un nuevo tipo de poblamiento para las tierras de ultramar, con plaza rectangular y calles rectas, un poco más eficiente que el antiguo en la Iberia (Foster, 1960). El mismo ambiente renacentista de la época estimuló a muchas personas a con-

cebir *innovaciones* de todo tipo, desde inventos materiales de mil clases (nuevos tipos de barcos, herramientas y armas, por ejemplo), hasta el bautizo de regiones y ciudades como “Nuevas”. Inclusive las utopías basadas en La República de Platón, que encontraron eco en Tomás Moro y Campanella, dieron lugar a ensayos sociales importantes en América, como los hospitales-pueblos del Obispo Vasco de Quiroga, en México (Zavala, 1937). Fray Bartolomé de las Casas, seguramente, personificó esta utopía y batalló por ella hasta su muerte. El también realizó experimentos humanitarios en Venezuela y otras partes.

Juzgando por estos síntomas, a la élite política e intelectual de la España de aquel entonces la animaba un intenso afán de colocarse a la altura moral de las circunstancias y de aprovechar la oportunidad para crear una verdadera civilización cristiana así en España como en el Nuevo Mundo. Por tal razón puede advertirse que, en esas circunstancias, la religión dejaba de ser una experiencia esotérica, para aportar una ideología específica, traducible a hechos de organización social en un *orbis christianus* concreto y temporal, con una “ética colonial escolástica” y con derechos y doctrinas, tanto como lo exigían para sus propias ideologías seculares otros grupos posteriores (Höffner, 1957). Es una ideología tanto como un complejo de ritos lo que se trasplanta a la América para crear el orden señorial, como resultado de la decantación de la utopía misional.

Sin embargo, la utopía encontró eco solo en la élite gubernamental de España y en unos cuantos apóstoles, algunos de los cuales ingresaron al santoral romano. No pudo ser traducida al contexto americano (y español) sino a través de segundones y representantes que eran menos quijotescos y más oportunistas. A éstos también les atraía el destello de lo nuevo, para empezar nueva vida o crear una sociedad en América que fuese en muchos aspectos superior a la de Europa. Pero en el proceso diluyeron la utopía absoluta de los reyes y papas para producir una utopía relativa con su propia ideología, la de los agentes del señorío que tenían que hacerle frente a la doble realidad de los indígenas y de la conquista. La utopía absoluta queda registrada en las Leyes

de Indias y simbolizada en la corona del Rey-Patriarca; la utopía relativa se traduce al ambiente americano en el derecho consuetudinario indiano, como un nuevo orden social en el que se mezcla la tradición americana con la subversión de la decantada utopía, dejando al descubierto las inconsistencias, contradicciones e hipocresías de la sociedad. Las leyes de la utopía absoluta se obedecen; pero no se cumplen en la realidad. Se brinda homenaje al rey como lejana deidad que unifica el imperio; pero se gobierna a través del muy humano Consejo de Indias.

Los conquistadores mismos tenían sus propias ideas respecto a la naturaleza de su misión. Muchos no vinieron a América sino con afán de riqueza y ansia de poder. Justificaron estos impulsos a través de la religión como puede advertirse en las crónicas de todos los países. El poner a Dios, Santiago o la Virgen al servicio de las huestes conquistadoras para capturar a un rey idólatra y tomar sus tesoros, por ejemplo, fue cosa muy común (cf. Groot, 1889, I, p. 23). Sin embargo, una vez satisfecha la codicia terrenal, retornaron a las colonias para reconstruir la sociedad local según la ideología de la señorialidad. Así, por ejemplo, tomaron la idea de la behetría y la transformaron en la encomienda; se liberaron de las constricciones de la Mesta e inventaron la hacienda; se declararon insatisfechos con los confusos poblamientos de la península y construyeron pueblos según un plan racional; colaboraron con los misioneros en el adoctrinamiento de los indios, para quienes hallaron posiciones convenientes en la estructura de la nueva sociedad, sin destruirlos innecesariamente; promovieron un ajuste entre lo indígena y lo hispano que debía destacar lo mejor y lo más útil de ambos, destruyendo del primero lo que según la utopía debía ser destruido: los ídolos y templos paganos, las tribus que no aceptasen a Cristo como Salvador y al Rey como Señor.

De todo el intento idealista de la época había, de quedar un residuo manifestado en las formas de vida actuante de las gentes, no solo en los nuevos dominios, sino también en la Península, expresadas en las instituciones que surgieron de las situaciones, en los valores y las ideas que aparecieron, en

una imagen social propia y del mundo y en un estilo hispano-criollo de actuar, percibir y evaluar. Vale decir, se dibuja el nuevo orden social basado en el grupo clave de los “señores” que se forma en el período subversor de la Conquista.

Si la meta absoluta era la formación de la “Ciudad de Dios”, las metas reales resultaron ser la traslación y reproducción de una utopía relativa e ideología, con adiciones, sustituciones y adopciones: esto es, la sociedad señorial que regía en la península ibérica. Aún así, esta utopía relativa fue efectiva para transformar el orden áylico. El Patriarca de las Indias habría de gobernar, al fin de cuentas, a vasallos que querían ser no ángeles, sino hombres; y más que hombres, señores. De esta decantación de propósitos se desarrolla la sociedad síntesis de la colonia.

Subversión Cristiana del Orden Áylico

El trasplante de los ideales de la utopía misional, y su traducción realista a valores y normas concretas y a tipos de organización social, produce en América la descomposición del orden áylico vigente, que era moralmente autónomo, permitiendo la aparición de una condición completa de subversión.

Para entender cabalmente la naturaleza de este conflicto, es necesario examinar la forma como los componentes del orden áylico (valores, normas, organización social y técnicas) se polarizan y coligan entre sí al refractarse el orden con la llegada de los españoles, conformando la situación o condición natural de tradición. Se articulan y se hacen más conscientes debido al Impacto cultural o enfrentamiento que le hacen los componentes del orden intruso, con su respectiva serie de elementos. El conflicto hace ver a estos elementos intrusos como valores nuevos que se oponen a los tradicionales de los Chibchas; como normas extrañas ante las activadas localmente; como instituciones sociales diferentes, que buscan la modificación de las autóctonas; y como técnicas y prácticas novedosas y hasta extraordinarias, que complementan o suplantán las desarrolladas por los agricultores y artesanos de la región. En otras palabras, durante este perío-

do de clímax en la confrontación y el conflicto, los valores, normas, instituciones y técnicas de la subversión cristiana se ven como contra-elementos, desde el punto de vista del pueblo americano que defiende sus tradiciones. Estos contra-elementos son respuestas dialécticas a la condición opuesta, y por eso pueden reunirse en cuatro categorías que replican las de la tradición. Para facilitar la discusión y el análisis (siguiendo las reglas de procedimiento descritas en el Capítulo II) estas categorías de contra-elementos se designan aquí como antivalores, contranormas, contra-instituciones o disórdenes e *innovaciones técnicas*, respectivamente.

En desarrollo de este marco, puede verse que la imposición de conquista resultó efectiva principalmente en la transformación de las instituciones políticas, en la destrucción de la religión de Bochica, y en la adopción de complejos sociales aislados, como el mercado, el vestido, el idioma y prácticas agrícolas. Pero no fue tan efectiva en otras expresiones socioculturales, como el contenido valorativo y emotivo de la religión nativa, los mitos, leyendas y creencias populares, la música, la herbología y ocupaciones como la alfarería, minería e hilandería, áreas en las cuales se realizaron ajustes entre lo subversivo ladino e hispano y lo tradicional americano (véase más adelante).

No obstante, la muerte de sus jefes principales y sus sucesores, entre 1537 y 1539, produjo una desmoralización casi total entre los Chibchas. Hubo grupos que huyeron a los montes; otros realizaron suicidios colectivos; aún otros ejecutaron el retraimiento anímico, alejándose socialmente de los españoles (Aguado, 1906, p. 207). Epidemias de enfermedades nuevas como las venéreas y las viruelas, fueron aniquilantes.

La anomia del clímax de la subversión solo pudo refugiarse en la pasividad y resignación de aquellos que sobrevivieron las pestes, las mitas y las guerras, y que permanecieron en sus sitios.

La duración y características de este período anómico en el orden áylico pueden derivarse de los datos sobre adopción de complejos socioculturales hispánicos, por parte de los indígenas, y sobre la acomodación definitiva de éstos en

el nuevo orden social. Por una parte, parece que el último levantamiento de entidad promovido por los uzaques de Tundama y Sugamuxi, ocurrió en la parte norte de la región Chibcha hacia 1540. Después no se tiene noticia alguna de acción bélica, y bien parece que los grupos todos empezaron a acomodarse. En cambio, hubo una intensa lucha de los americanos para defender sus tierras de cultivo en los sybyn, lucha que al fin se gana parcialmente con el reconocimiento legal y amojonamiento de los resguardos de tierras hacia fines del siglo XVI (Fals Borda, 1957, pp. 72-77; 1961a, pp. 115-116). Este importante hecho no era todavía índice suficiente de la absorción de la cultura Chibcha por el grupo dominante, o del ajuste que siguió al contacto, aunque ya se habían delineado los marcos en los cuales se conformaría el nuevo orden señorial.

Siguiendo las pautas de la utopía, era obvio que el campo religioso sería esencial para medir el alcance de la subversión cristiana del orden áylico. En efecto, se registra hacia 1590, de manera significativa aunque solo por su aspecto formal, el surgimiento del culto a Nuestra Señora de Chiquinquirá, que por sus características de romería regional, podría interpretarse como una sustitución sincrética de los desplazamientos sagrados hacia Suamoz y Guatavita (Groot, 1889, I. pp. 193-197; Triana, 1951, p. 159). En otros complejos el cambio fue más radical y completo, como parece que ocurrió con el vestido y el idioma nativos, elementos simbólicos de la mayor importancia, que nos pueden ayudar a determinar la época de terminación de la subversión y algunas pautas de su resolución.

Según los datos disponibles, el vestido Chibcha sufrió dos ataques exógenos: uno proveniente de los misioneros españoles, quienes a través de sucesivas ordenanzas prohibieron la desnudez, obligando a los indios a llevar calzones y blusas y a recortarse el cabello; y otro proveniente de los yanacunas o guías Quechuas que un grupo de conquistadores había traído consigo desde el Perú, quienes introdujeron el bayetón o poncho originario de los Mapuches-Huilliches, la pieza que más tarde se convierte en la ruana actual. Ambas contranormas implicaron serios conflictos con la tradición local: el recorte del cabello era un castigo, como era infamante colo-

carse al cuello una manta cortada al estilo del bayetón. En todo caso, ya a fines del siglo XVI los indígenas se vestían conforme a las nuevas normas y hasta los caciques habían adoptado el vestido del hidalgo español (Fals Borda, 1953).

En igual forma, hacia 1598 el idioma Chibcha ya no se empleaba para realizar actividades tan fundamentales como las económicas. Los Jesuitas hallaron que podían hacerse entender de los nativos en español y descartaron el habla Chibcha que habían aprendido en el convento (Groot, 1889,1, pp. 211, 226). Es posible que en el seno de la familia el dialecto tradicional hubiese continuado y la supervivencia de algunas palabras chibchas hasta hoy así lo testifica. Pero la emergencia de una nueva generación en contacto abierto y aceptado con los españoles eliminó la posibilidad de la resistencia idiomática fuerte que se halló entre los americanos de habla Quechua, Aymara o Maya, por ejemplo.

Estos datos relativos a la absorción de nuevos elementos culturales, como el idioma y el vestido de los grupos subversores cristianos, la posesión de la tierra de los resguardos, y la aparición del culto a Nuestra Señora de Chiquinquirá, nos indican que el período de contradicción aguda y pronunciada incongruencia de la subversión del orden áylico termina hacia fines del siglo XVI, es decir, al cabo de dos generaciones (60 años) a partir del contacto de 1537. La congruencia cultural y social se reconstruye luego con base en la sociedad y cultura de los grupos dominantes, con los ajustes necesarios para asegurar la durabilidad, pero dirigidos hacia el ethos hispánico.

De allí surge una sociedad totalista, mucho más resistente al cambio, más “sacra” que la que aparentemente tenían tanto los chibchas como los hispanos. Aún así, conservó las incongruencias latentes que se delinearon al decantarse la utopía, al realizarse la síntesis con los elementos supervivientes del orden áylico.

El Ajuste en los Valores

Obviamente, los españoles contaban con una reserva cultural compleja y sazónada, la de la cultura occidental, que no podían dejar de utilizar, así se hubiesen hecho esfuerzos por

la Corona de superarla moralmente. Precisamente, la fuerza ideológica de aquellas costumbres y creencias llevadas al otro lado del océano es la que impide ver en el orden señorial la expresión perfecta de la utopía isabelina y la que origina parte de sus contradicciones manifiestas o latentes. En cambio, aparecen valores, normas e instituciones muy humanas, que se resumen aquí como la realidad de las formas de vida actuante durante la época colonial.

Estas formas de vida -contra-elementos del orden áylico- no sintetizan la decantación de la utopía solamente, sino que reflejan también la influencia de elementos socioculturales del orden áylico cambiante. No fue posible realizar en la colonia una imposición total y a la fuerza, de conquistador a conquistado. En efecto, se hallan señales de avenimiento y comprensión en muchas áreas de contacto. Se desarrolla, en cambio, un proceso de ajuste y compulsión que lleva a la síntesis de la nueva topía. Por el ajuste se busca la asimilación, el sincretismo o la acomodación entre los elementos discordantes. Por la compulsión se persigue imponer dirección al cambio, para alcanzar luego su estabilización relativa.

Los valores (especialmente los dominantes) producen consecuencias saturantes en un orden social. Dentro del componente valorativo, el ethos y los valores centrales o dominantes son los que determinan el sentido vital y afectivo de la sociedad, y los que ofrecen el marco existencial para la conducta de las gentes. Aún a riesgo de simplificar el fenómeno, podría plantearse la tesis de que los antivalores dominantes de la “topía hispánica” (que condicionaron buena parte del ajuste por razón de la Conquista) giraban alrededor de dos ideas capitales: la idea de las castas como patrón de vida moralmente justificada, y la idea de la concentración urbana como paradigma de la forma civilizada de organizar y controlar la sociedad. De la combinación de éstas dos ideas en una especie de ethos de Urbanismo de castas surgen los patrones de conducta fundamentales para la vida en las colonias americanas.

La idea de las castas, como capas sociales en que se perpetúan los linajes y se evitan las mezclas con determinados grupos, era muy antigua en España. Se remontaba por lo

menos a los tiempos de la desintegración de los imperios, cuando aparecieron los feudos. En la península ibérica, el feudalismo tuvo ciertas modalidades que le distinguieron de su contraparte norteña, esencialmente en lo relativo a los fueros y a ciertos derechos de los feudatarios y vasallos (Hinojosa, 1905; Zavala, 1935). Su estructura fundamental se basaba en posiciones adscritas y hereditarias, resumidas en dos capas sociales superpuestas, la de los señores y la de los siervos. Al afianzarse como valor social, recibe la sanción positiva de la Iglesia, cuyos teólogos producen argumentos que justifican su existencia. Son los argumentos que se esgrimen por el grupo comandado por Juan Ginés de Sepúlveda y por el obispo Juan de Quevedo a primeros del siglo XVI, para reforzar doctrinal e ideológicamente la posición de los encomenderos. Una persona convencida de estos argumentos no podía menos que adquirir actitudes de aceptación de las diferencias entre los grupos (especialmente los económicos y los raciales) y racionalizarlas como hechos dentro del orden divino del universo. Las condiciones en que se verificó la Conquista, por supuesto, vinieron a facilitar la aplicación de estas ideas y a confirmar su bondad en más de un sentido. Encuentran expresión concreta en las contranormas señoriales y en las instituciones sociales que estudiaremos más adelante.

La idea de *civitas*, de conocimiento muy limitado entre los Chibchas, había alcanzado alguna prominencia en España a raíz de la ocupación árabe, cuyas concentraciones urbanas eran el foco de una gran civilización. Implica éste complejo la aparición de una élite administrativa, política, religiosa y letrada dentro de un medio no rústico, circunscrito a veces por construcciones defensivas, que depende para su subsistencia física de un campesinado (*paysanage, peasantry, pagensis*) en el área rural circundante o extramuros. Este es un grupo nativo que queda dominado por el grupo ciudadano de poder, con el cual establece una nueva economía monetaria, un sistema impersonal de mercados, servicio militar, tasación e impuestos (Redfield, 1956). Se produce así un nivel de integración que incluye tanto los grupos locales básicos como los grupos de la concentración urbana con ellos co-

nectados. Para el caso de las comunidades del antiguo dominio Chibcha, tales grupos funcionan primero en las capitales (Santa Fe, Tunja). Más tarde, al crecer las reducciones o convertirse en parroquias, aparecen allí los grupos blancos de la burocracia y la administración.

Al pasar a América con este complejo urbano, se procede a convertir gradualmente a los indígenas en campesinos o labradores, al estilo de aquellos encontrados en Castilla, con fines muy concretos de manejo social y control económico y religioso. En consecuencia, uno de los primeros esfuerzos de la administración colonial es el de concentrar la población nativa a son de campanas en pueblos o reducciones donde se civilizara de acuerdo a las pautas conocidas en la Península. Por supuesto, no todo el complejo se duplica, y este ingente y continuado esfuerzo de civilizar a través de concentraciones urbanas se convierte en un fracaso parcial en aquellas regiones donde ya existía el poblamiento disperso. Los españoles hubieron de aceptar entonces el ajuste con los habitantes y dejarlos asentados conforme a sus costumbres, exigiéndoles solamente la convocatoria semanal con fines de doctrina y mercado, en los centros de servicios o en las reducciones. No obstante, poco a poco se va estableciendo con éxito una estructura político-urbana centralizada, más madura y fuerte que la vigente antes de 1537, reforzada por otra religiosa -también más institucionalizada- que abre la posibilidad de realizar integraciones vecinales y comunales mucho más amplias que los antiguos *ayllus* o *sybyn*, aunque respetando a éstos.

La imposición de los antivalores del urbanismo de castas al orden áylico, lleva a consecuencias significativas en los valores de éste. Pueden advertirse tres procesos de ajuste y compulsión distintos: 1) la asimilación de los valores áylicos del Animismo, el Familismo y el Naturalismo; 2) la sustitución de los valores del Futurismo, por los antivalores del Ultramundismo y la sumisión terrenal; y 3) la adición de valores nuevos, los del Neo-maniqueísmo.

En cuanto a los ajustes de asimilación en el Animismo, el Familismo y el Naturalismo, debe recordarse que en estos tres conjuntos de antivalores la: cultura chibcha era muy

compatible con la hispánica. Por ejemplo, en relación con el Animismo mágico, la creencia en la malignidad de los vientos o en el mal de ojos, que muchas veces se imputa a los indígenas, en realidad era española. Leyendas, fábulas e imágenes, especialmente las relativas a animales y frutos autóctonos, como la rana, el lagarto, el maíz y la piña, se mantienen y propagan, junto a aquellas traídas de la península ibérica. Se refuerzan así las creencias populares, los mitos y las leyendas de ambos pueblos, creando un núcleo cultural muy resistente, rico y variado al mismo tiempo, que se expresa de paso en el admirable arte “barroco americano” de iglesias, conventos y palacios con sus esculturas, grabados y artesonados de madera.

Esta base se amplía con el arreglo al que se hubo de llegar para la adopción de algunas deidades y conceptos cristianos, a través de sincretismos y de estímulos sensoriales o formalistas. En vista de las dificultades de comprensión que experimentaron los americanos, se enfatizaron desmedidamente las imágenes, los ritos y la liturgia como alternativas de misión. Así, con la tolerancia de los clérigos, se adoraba a una deidad tricéfala como si fuese la Santísima Trinidad; las imágenes de Bochica se incrustaban y recubrían dentro de los crucifijos; se quemaba la palma bendita para aplacar la tempestad (Groot, 1889, 1, pp. 327, 427; Fals Borda, 1961a, pp. 280-284). Las dificultades de enseñanza de ideas teológicas, como la de “alma” o la de “adoración”, eran insuperables (Uricoechea, 1871, p. xlix). En fin, el sincretismo y el formalismo impuestos por el ajuste con el Animismo local, hubieron de dejar a la religión popular y campesina casi vacua de su sentido original (Mariátegui, 1934; Rojas, 1928), en lo que se alía a la variedad de la utopía decantada que se trajo en la Conquista.

Luego, aunque los chibchas podían ser polígamos, en la práctica parece que predominaba la monogamia y así los requerimientos que sobre el particular hacían los misioneros no debieron encontrar mucha resistencia, por la compatibilidad de este tipo de familia dentro del orden señorial y en la misma España. Quizás las prácticas familiares indígenas que subsistieron por más largo tiempo y que se observan aún

en diferentes localidades de la región andina, son el incesto y el amaño, pero solo esporádicamente y sujetos a fuertes restricciones. Además, buena parte de la sociabilización familiar pasó a la institución religiosa, en el recinto de las reducciones donde se aprendía la religión católica, o en las haciendas con concertados. En esta forma, fue fácil llegar a una síntesis entre los antivalores y los valores tradicionales del Familismo; que quedaron prácticamente reforzados en la colonia.

De manera semejante, entre los valores y antivalores relacionados con el Naturalismo se experimentó el mismo tipo de ajuste asimilativo que rendía a enriquecer la base cultural. Tanto los españoles como los americanos tenían una gran reverencia por la Madre Natura, y su tecnología era del tipo adaptativo, respetuosa de los procesos genéticos del ambiente.

Las actividades básicas del respeto al *mileu* o medio ambiente natural se reforzaron mutuamente. También hubo asimilación y adición en áreas como la música y la recreación, en las que los Chibchas se expresaban mediante instrumentos esencialmente naturales (flautas de chusque, guacharacas, caracolas), mientras que los españoles aportaron instrumentos de cuerda como la vihuela y el arpa, sin dejar de lado la peculiar carraca de burro.

En cambio, el *Ultramundismo* fue uno de los antivalores que más enfatizaron los misioneros españoles, y en esto alcanzaron impresionante éxito por medio de la imposición de los ritos y la liturgia de la Iglesia, elementos que, como se dijo antes, estaban más al alcance de la mentalidad indígena. No hay indicación alguna de que hubiese habido una actitud semejante, entre los americanos, antes de la Conquista. Los chibchas se refugiaron en ella como escape a su condición de pueblo subyugado, sublimando su *taedium vitae* en los ritos sagrados y en las visiones del otro mundo, que les presentaron los curas doctrineros.

Se produjo en esta forma un complejo bifronte: 1) por una parte, el fatalismo pasivo y la indolencia entre las gentes (que sustituyeron al antiguo y más dinámico Futurismo), del que testifican casi todos los observadores de la época colonial; y

2) la sumisión y la subordinación a las castas superiores, que toman a los campesinos en gleba o entes encadenados a la tierra. De allí provienen actitudes de resignación y fatigabilidad tan saturantes como la de “Dios lo dio, Dios lo quitó”, o la reacción del “¿para qué?” y la superficialidad en asuntos de religión, que todavía se advertían en el campo en 1950 (Fals Borda, 1961a, pp. 276-280).

El Ultramundismo de sumisión no se reduce a los grupos dominados: también aparece en los grupos dominantes como una pauta de conducta que justifica la sumisión, la legítima y la espera de las gentes subyugadas. Para los nuevos grupos superiores, la sumisión es parte del ordenamiento moral de las cosas y, como tal, la forma normal de vida dentro de la señorialidad. En el fondo es una actitud positiva hacia el presente. Por una parte, los nuevos grupos dominantes aseguran el pan, la riqueza, el prestigio y el poder terrenales; y por otra; los campesinos encuentran en estos valores un ancla de seguridad cuya pérdida acarrearía castigos tales como la expulsión del lote concertado en la hacienda, el cepo, y el látigo, o el descarte del nicho respectivo en el cielo, desde cualquier púlpito o confesionario. La aceptación y sociabilización de estas actitudes pasivas fue tan profunda en el área andina del Nuevo Reino de Granada, que se alcanzó una verdadera Paz Hispana, alterada solamente durante la revuelta de los Comuneros (véase más adelante).

Los antivalores del *Neo-maniqueísmo* se añaden al nuevo orden señorial como parte de la doctrina cristiana enseñada a los americanos. Implica la definición de la naturaleza humana como pecaminosa, el desprecio del hombre como fuente de pecado y de maldad, y la búsqueda del supremo bien y de Dios como Paracleto y refugio de bondad.

La introducción de la idea de pecado, como la concibe un cristiano, produjo confusión en costumbres indígenas, como la antropofagia, la desnudez, la poligamia, el ayuntamiento matrimonial o amaño y quizás la sodomía. Además, los ídolos fueron vistos como personificaciones del demonio. Pero muchos americanos persistieron en sus creencias, a ocultas. La persistencia encubierta de muchas de esas prácticas, de antiguo valoradas, es elemento de la clásica “reserva del in-

dio”, de su “melancolía”, de su hipócrita desconfianza, de que se precian aún hoy en muchas partes.

Aún más: el énfasis en la búsqueda de Dios como refugio de bondad tiende a brindar al creyente un escape de su sufrida condición terrenal, confirmando desde nuevos ángulos su pasividad política y bendiciendo su conformidad con el orden de castas. De este mundo malo solo había escape en la muerte. Por eso resultó funcional promover entre los indígenas la idea del Cristo Ensangrentado, crucificado e impotente, el Cristo de la tradición popular, “nacido en Tánger”, que hizo una vez decir a Unamuno (1922): “Este Cristo de mi tierra es tierra”. Este culto cristocéntrico de la muerte lleva a actitudes de menosprecio de la vida terrenal, al ascetismo y a la pasividad entre los creyentes (Mackay, 1003; López de Mesa, 1934, pp. 14-15). Por eso el Neo-maniqueísmo reúne una serie de antivalores que refuerzan el orden señorial, tomándose luego en defensa casi inmovible de la tradición sacra.

El Ajuste en las Normas

Un proceso de ajuste y compulsión parecido al de los valores, con adiciones y asimilaciones, ocurre también en el marco normativo del orden señorial. Del orden áylico continúan las dos normas generales de Estabilidad comunal y Providencialidad, con adaptaciones a la condición de subversión impuesta por la Conquista. Se adicionan dos contranormas por los hispánicos: la de la Rigidez prescriptiva y la de Moralidad acrítica.

Las antiguas normas de Estabilidad comunal se asimilaron primordialmente al esquema de las reducciones y los resguardos de tierras. Tanto las unas como los otros respetaron la forma colectiva de utilización de la tierra y la tradicional organización indígena de los *sybyn*, cuyos jefes mantuvieron su posición como capitanes, con nuevas funciones de mando y control y nuevos papeles que cumplir frente a los conquistadores. Los españoles a su vez impusieron condiciones análogas de morada y de labor a los particulares que quisieran poseer tierras, así fuese por merced, venta o composición.

Estos ajustes fueron importantes porque consiguieron fijar la población rural a las tierras ocupadas y permitieron a los españoles acomodarse como casta superior en la estructura de las comunidades, sin destruir los sistemas en funcionamiento y asegurando la continuidad de los grupos y el pago de los tributos. Solo el concertaje rompe la comunidad, al desplazar a familias aisladas en terrenos de haciendas. Pero allí se reconstruye otra comunidad, que encaja también en el orden señorial.

Las contranormas españolas de la Providencialidad no parece que hubieran sido muy incompatibles con las normas tradicionales. Tanto los hispanos como los Chibchas estaban a merced de la naturaleza en muchos aspectos, aunque los primeros poseían herramientas y medicinas superiores (véase más adelante). De todos modos, los americanos adoptaron animales, técnicas agrícolas y mineras del orden intruso, y los españoles a su vez asimilaron elementos de la herbología, la agricultura y la comida indígena. Además, los españoles trajeron una concepción de mercadeo y del comercio a base de moneda que, según parece, tenían contrapartes algo equivalentes entre los Chibchas (Aguado, 1906, p. 266; Simón, 1953, II, p. 273; Oviedo y Valdés, 1852, II, p. 409). En este campo, por lo tanto, no parece que hubiera habido mayor conflicto, y se facilitó mucho el ajuste.

En cambio, la *Rigidez prescriptiva* hubo de ser adicionada a la tradición áylica. Incluye aquellas normas que perpetúan la estructura de castas sustentada por el ethos de la cultura hispánica. Estas normas se aplican a la sociedad señorial para diferenciar según las razas, la ocupación y la posición social, práctica especialmente prominente en la educación, el gobierno local y la promoción de funcionarios y clérigos. Los que pertenecían a las “castas inferiores” o quienes tenían sangre de “mala raza” u ocupaciones serviles o manuales casi no podían levantar cabeza. Y, al contrario, los que pertenecían a las castas superiores no podían degradarse adoptando ocupaciones domésticas o haciendo oficios manuales. La prosapia era calidad fundamental para la vida distinguida en la colonia, para las promociones políticas, religiosas y sociales en general. Tal fue el caso en la región andina, donde

se forma la casta “chapetona” de los señores, burócratas y hacendados; la de los artesanos y ladinos; y la de los pequeños agricultores e indígenas. Estas castas se acomodan dentro de la estructura de la colonia.

La *Moralidad acrítica* se refiere a aquellas nuevas normas del orden señorial que derivan su vigencia solo por el acatamiento a la autoridad formal, especialmente la política y la religiosa (prescripciones, dogmas y creencias)¹. Se afianzan con el correr de los años; en la parte política, consistente con la utopía, se refugian en la imagen “sacra” del rey de España, que llega a ser casi deificado por los indígenas; en la parte religiosa, se legitima por la regla, “Doctores tiene la Santa Madre la Iglesia”. Se constata en comunidades rurales de ayer y de hoy al analizar actitudes hacia algunas prácticas agrícolas, como el cuidado de la semilla, o hacia implicaciones de algunas innovaciones; como juntas comunales y hospitales. La legitimidad de estas normas no se encuentra en ninguna estructura que hoy denominaríamos “racional”, ni tampoco en el orden áylico, del que son contranormas: solo se justifican con referencia a los valores emergentes del orden señorial.

1 Este es un componente de la “inercia cultural” o la tendencia intrínseca a conservar y observar las costumbres por el solo hecho de su existencia. Por lo tanto, envuelve un cierto sentido de “no racionalidad” desde el punto de vista secular. En realidad es una racionalidad concebida en términos del orden señorial que es prescriptivo; Becker la llama prescriptive rationality (1957, pp. 136, 147, 156). Obsérvese que la conducta puede ser también racional en otros aspectos normativos, organizativos o tecnológicos, dentro del orden señorial.

Señores y Ladinos

La difusión de estas contranormas y antivalores corrió a cargo de una serie de instituciones y grupos subversores establecidos por los españoles –los disórganos-, a los que respondieron los americanos con nuevas formas de organización social. Los conquistadores partieron de su concepción

peninsular del Urbanismo de castas; algunos Chibchas respondieron con disórrganos adecuados para la tarea de difusión de lo nuevo a diversos niveles llegando al vecinal, en armonía con este ethos.

Como se dijo al principio del capítulo, una dificultad que desvirtuó rápidamente el valor y el sentido de la utopía misional absoluta del Estado-Iglesia fue que los súbditos que se trasladaron a la “tierra prometida” no tenían ni el idealismo ni la visión profética de los reyes y los papas. Las actitudes y las normas que transmitieran aquellos cristianos peculiares a los grupos locales solo en parte dejaron traslucir el destello de la utopía. Por el contrario, buena parte del impulso de las conquistadores provenía del no muy celestial afán de riqueza y del ansia de poder. Su ideal de hombría era el soldado, y aun los religiosos y místicos resultaron ser “caballeros a lo divino”. Aunque hablaban mucho de la justo, demostraron tener solo un sentido abstracto de la justicia y en cambio poseían un sentido humano demasiado concreto (Mackay, 1933, p. 17).

Por eso, no debe sorprender que los gigantescos esfuerzos de Fray Bartolomé de las Casas en organizar su malhadada colonia agrícola de Cumaná se hubieran venido a pique, porque los labradores que llevó de España decidieron “sentirse caballeros”, “yéndose con los conquistadores a robar” (Las Casas, 1929, Libro 3, caps. 156-160). Por eso mismo declaraba Bernal Díaz en su Historia verdadera que sus compañeros habían venido a servir a Dios, pero también a enriquecerse (1943, II, p. 394). Así se adoraba en verdad al “Dios de las batallas”, a la deidad del Viejo Testamento, y no tanto al Cristo de los místicos españoles.

El trasplante del señorío fue automático con el del cristianismo. Por un lado, estaba el derecho de manu captere. Por otro, había los antecedentes comprometedores de las behertrías en la península (Ots Capdequí, 1946; Ballesteros, 1944, I, p. 689). No menor efecto tuvieron la disponibilidad y la docilidad de buena parte de los grupos americanos conquistados. Sobre este particular se verificó toda una batalla, entre los defensores de la utopía misional y los conquistadores que no podían subsistir sin el servicio de los indios. La hu-

manitaria expedición de las Nuevas Leyes de 1542 por Carlos V (última victoria de los utopistas) que ordenaban terminar las encomiendas, produjo serias rebeliones en todas partes, especialmente en el Perú, hasta el punto de que el mismo Emperador hubo de echar pie atrás cuatro años más tarde. Evidentemente, había tocado con el mecanismo fundamental de la transmisión del señorío a la América. Este habría de preservarse, si se quería llevar a cabo la colonización, bajo el mando simbólico y unificante de la Corona de Castilla.

La encomienda, con sus instituciones subsidiarias: el repartimiento, el tributo y la doctrina (Zavala, 1935), se estableció en la región andina desde 1538, poco después de la llegada de Quesada a la sabana de Bogotá. No implicaba poseer tierras, porque era más que todo un expediente de control de tributos y de adoctrinamiento religioso. A los indios había de servirles y tratarles bien, sin tomar sus posesiones. Sin embargo, en la práctica se corrige la teoría, y muy pronto la encomienda se torna en pleno instrumento de dominación económica, que permite tomar ilegalmente la tierra de los encomendados.

La tendencia se mantiene aún frente a la oposición de los reyes. Una vez expedidas las Nuevas Leyes (aunque en la práctica lo habían hecho desde antes), el estratégico grupo de encomenderos inventa una institución de tenencia que satura luego la historia de América: la hacienda, con los mismos elementos señoriales excepto el tributo, y dentro del marco legal de las mercedes de tierras (Bishko, 1952). El tributo pasa a camuflarse en otro invento social, el sistema de concertaje, con residencia de trabajadores agrícolas sin tierras en porciones de haciendas, mercedes o estancias, y en condiciones serviles (Fals Borda, 1957, pp. 77-81). Así se duplica el binomio señor-siervo que regía en la península Ibérica.

Con los elementos provistos por los dos grupos básicos de los encomenderos y hacendados, se obtienen las bases sociales, políticas y económicas para establecer una estructura institucional de dominio resistente al cambio y sumamente eficaz, que confirma la estratificación cerrada del tipo de castas. A las rudimentarias castas del orden áylico, una vez

decapitadas con la muerte de Zipas y Zaques, se sobrepone ahora una superior, la de los señores blancos, que se torna endogámica y soberbia. Entran también a ella los grupos de la burocracia o administración colonial, la oficialidad y la jerarquía eclesiástica. Se confirma así el predominio de las posiciones adscritas, y el conjunto de sus valores y normas induce a la acción eminentemente prescriptiva.

Mientras tanto, en el estrato inferior de la sociedad de castas se acomodan los americanos. Sin embargo, no resulta de, este proceso de acomodación una distribución uniforme. Aparecen distintos grupos colocados en diferentes posiciones y supliendo determinadas funciones de aculturación y difusión que van haciendo, más compleja y diferenciada a la sociedad local.

La subversión del orden áylico provino no solamente del grupo conquistador, sino también de personas, grupos y entidades del orden tradicional que compartieron desde temprano aquel intento. Estos disórrganos fueron un puente social y elemento catalítico entre las dos culturas, y en los primeros años hubieron de enfrentarse abiertamente a los personeros tradicionales de su propia sociedad. Sin embargo, con el respaldo institucional de los señores; lograron romper resistencias en muchos campos. Estos grupos-puentes de la subversión cristiana, o las personas que los componían, se denominaron (y denominan aún generalmente), ladinos. Dentro de nuestro marco de referencia, son un tipo de disórrganos cuyos sistemas valorativos y normativos son básicamente los de los españoles, en oposición a los tradicionales del orden áylico. Su influencia llega en diáspora hasta el nivel básico de los vecindarios rurales, a través de un proceso de difusión y saturación social subversiva. Este proceso fundamental, del que se constituyen en personeros y motores, les hace convertir en grupos claves prominentes del período. De ellos depende, en gran parte, la adopción de lo nuevo y la estabilidad del orden emergente.

El primer conjunto de ladinos, y el más importante, destaca un fenómeno que se encuentra en las tres subversiones que se estudian en el presente libro y que debe plantearse formalmente aquí: el de la división del grupo dominante

tradicional, para dar paso a un subgrupo rebelde, iconoclasta, que no comparte el orden de vida existente. En las dos subversiones posteriores, este grupo rebelde surge interna y espontáneamente, sin necesidad de coacción militar externa. En el caso de la presente subversión, el cambio es exogenético e impuesto parcialmente. Pero es en toda forma una confrontación de fuerzas que parte en dos a la élite local tradicional. De allí que pueda denominarse *antiélite* aquel conjunto de personas que perteneciendo a los grupos dominantes de una sociedad, se tornan contra el orden de cosas existente por razones ideológicas, buscando el cambio de este (cf. Eisenstadt, 1964, pp. 308-316; Bottomore, 1964, p. 9). (Véase también el Apéndice B).

La antiélite de la época de la Conquista, dentro de la sociedad en cuyo seno ocurre la subversión, se forma con los caciques que se convierten al cristianismo (así fuese nominalmente), tomando a la casta superior española como su grupo de referencia, y enfrentándose a sus antiguos reyes o uzaques que persisten en hacer resistencia. Esta antiélite se distingue de varias maneras: 1) por la adopción del vestido del hijodalgo; 2) por el aprendizaje del idioma español, para lo cual contaron con escuelas especiales organizadas por la Iglesia; 3) por la aceptación de cargos u oficios dentro de la nueva estructura social, como el de sacristán, el de gobernador de resguardos o el de recolector de tributos; 4) por la formalización de haciendas propias al estilo de los españoles; 5) por la adopción de nombres españoles y del título de Don; y 6) por la formación de alianzas militares con españoles para combatir tribus enemigas (V. Restrepo, 1895; Triana, 1922; Groot, 1889). La asimilación de las pautas señoriales por los antiguos caciques les tornó, en muchos casos, en peores déspotas que antes, y el ejemplo de su “cristiano” grupo de referencia, con sus nuevas formas de coerción y castigo, inflamó el ansia de mando de los gobernadores indígenas, erodando todavía más la utopía misional en el ambiente real de la colonia y produciendo incongruencias latentes en el orden señorial.

Otro disórgano importante, cuya influencia en la durabilidad del nuevo orden creció con el correr de los años fue el

grupo de personas que, aunque pertenecieran racialmente al grupo común de indígenas, se asimilaban culturalmente al grupo dominante. Son los ladinos propiamente dichos, que se acomodan en posiciones subordinadas dentro de la estructura de castas. Sus grupos de referencia parecieron ser tanto los españoles como la antiélite ladina o los otros grupos locales de transición. Establecieron conexiones entre sus compañeros y los españoles, especialmente aquellos indígenas que salieron de los resguardos para adoptar una artesanía o comercio, o para localizarse de manera permanente en las haciendas, como concertados o mayordomos. Este grupo incluye los que adoptaron nuevos oficios de tipo europeo, como la talabartería, la curtiembre, la herrería, la sastrería y la zapatería; los primeros en usar la tecnología española en la agricultura y la minería; los que se dedicaron a actividades varias, especialmente como vendedores ambulantes de cosas hispanas o como sirvientes personales de encomenderos y sus familias; los que aprendieron a cantar la misa y canciones populares españolas, o a ejecutar en instrumentos musicales europeos, para lo cual los misioneros establecieron algunas escuelas; y los que acomodaron las artesanías americanas, como la orfebrería, la alfarería y la hilandería, a la posición subordinada que les esperaba en el nuevo orden.

También pertenecen a esta categoría los mestizos, que empiezan a alcanzar posiciones de responsabilidad hacia 1570, cuya lealtad dividida les hace periclitarse hacia el campo de lo hispánico. El hecho de que no hubiese habido mujeres blancas durante los primeros quince años de la Conquista, en esta parte de América, produjo una incongruencia latente en el orden señorial, que tenía que ver con la posición marginal, muchas veces injusta, de los nuevos ladinos-mestizos, que surgieron por aquellas circunstancias. Este proceso de amalgama racial fue esencial en el ajuste del nuevo orden y sumamente estratégico para la durabilidad de las nuevas formas de vida. De este grupo mestizo (luego criollo) surge después parte del liderazgo de las guerras de Independencia. En aquel entonces, sin embargo, como grupo paria, que no podía vivir en los resguardos indígenas ni ser vecinos plenos

en las parroquias de blancos, inicia serias ofensivas en varias direcciones. Por una parte, contra los indios para apropiarse de sus tierras; por otra, en busca del reconocimiento de españoles para ingresar a instituciones de prestigio, como la eclesiástica. Su labor de saturación subversiva por eso es importante. El predominio de este grupo va creciendo a medida que se multiplica, mientras decaen las comunidades indígenas, es decir, a medida que la subversión cristiana se va resolviendo, ajustando sus elementos al nuevo orden social.

Evidentemente, estos procesos de ajuste y compulsión, asimilación y acomodación social, amalgama racial y difusión de valores y normas subversivas, fueron más efectivos y rápidos en Colombia que en otros países de América. De allí surgen muchas de las diferencias contemporáneas entre las sociedades americanas. Lo cual destaca el papel que aquellos procesos jugaron para impartirle una dirección determinada al cambio y al desarrollo social que fomentaban. Los grupos dominantes, señores (con los clérigos) y ladinos, fueron fundamentales en este sentido. Hubo también otros que merecen mencionarse: los protectores de indios, como españoles de respeto, efectivos cuando mantenían contactos regulares con sus protegidos; los corregidores de indios, con derecho a residencia en los resguardos, de quienes se creó fueron elemento fundamental en la difusión de los nuevos complejos agrícolas del arado rudimentario; y los agricultores blancos, pobres y aislados, del tipo que inmigró a Antioquia, que se denominaron “vecinos y agregados” y que subsecuentemente jugaron papel en las invasiones de resguardos (Fals Borda, 1957, p. 93). Cabe esperar que un análisis más profundo de estos elementos, como grupos de referencia que buscaban la durabilidad del nuevo orden y la reforma del antiguo, logre clarificar más el proceso del ajuste histórico y social que vamos describiendo.

El Salto al Arado y al Hierro

Por la misma época, tuvo lugar un importante proceso de acumulación tecnológica con la adición, a la cultura americana, de vehículos de rueda y animales de tiro y transporte,

herramientas de hierro, el sistema del arado rudimentario de madera y los granos y cultivos de voleo. También se introdujeron nuevos tipos de armas y técnicas de defensa y combate en que se utilizaba la fuerza humana en combinación con la energía animal. Esta tecnología fue elemento coadyuvante de la subversión cristiana, pues rompió resistencias en aspectos de la cultura tradicional como no habría sido posible en otra forma. Particularmente efectivo fue el impacto de la nueva técnica en las actividades de subsistencia.

Este paso, tan gigantesco para el desarrollo económico de América, desgraciadamente ha sido poco estudiado, especialmente en el área colombiana, en tal forma que muy poco sabemos del impacto sobre las herramientas antiguas y de los ajustes que en las prácticas tradicionales del uso de la tierra y de la energía debieron provocar los complejos traídos por los españoles.

Hay, no obstante, alguna información general sobre la forma como la tecnología peninsular coadyuvó a cimentar y reforzar el orden señorial. En primer lugar, los utensilios de hierro para el laboreo de la tierra fueron de propiedad casi exclusiva de los españoles; eran escasos y costosos y no se encontraban sino en las haciendas (Friede, 1944). Siendo tan superiores a las herramientas indígenas, esta discriminación era de esperarse. Sin embargo, a raíz del sistema de las mitas mineras y agrícolas, los americanos fueron conociendo y aprendiendo las prácticas nuevas, utilizando en sus propias faenas las herramientas de los encomenderos y hacendados, que eran mucho más eficientes que las macanas con piedra y los “ganchos” de madera (Mojica, 1948, p. 19). Esto fue particularmente importante en la aplicación de los nuevos elementos a la minería de esmeraldas y sal gema y a los cultivos tradicionales, como los tubérculos y el maíz, donde la azada ancha de hierro podía levantar las plantas (y los surcos) más fácil y eficientemente que los “ganchos”. Es posible, por lo tanto, que hubiese habido una difusión, si no de la propiedad de la azada, por lo menos de la utilización de esta, dentro del marco señorial y para reforzarlo. Hoy, como se sabe, el azadón es herramienta ubicua en la región andina, y el “gancho” ha quedado relegado a funciones secunda-

rias -como el afloje de la tierra- y a la cosecha de tubérculos en tierras arenosas.

Una discriminación parecida sucedió con la introducción del complejo del trigo, la cebada, el centeno y la avena, que fueron sembrados primordialmente por y para los españoles en los primeros años (Simón, 1953, III, p. 124; Aguado, 1906, p. 315). El control de los granos y su comercio quedó en manos de la casta superior a través de los molinos que construyeron en parroquias de blancos y en algunas haciendas. En todo caso, los americanos aprendieron pronto a uncir los bueyes, arar la tierra y sembrar al voleo, tarea de enseñanza que luego recayó en los corregidores como medio para asegurar el tributo (Groot, 1889, 1, pp. 317, 516-520). La velocidad y extensión de la adopción del trigo puede juzgarse fácilmente por la lectura de las crónicas y por los datos sobre grandes cosechas en la región. Tuvo tal intensidad, que algunos observadores opinan que buena parte de las tierras de Cundinamarca y Boyacá que hoy son eriales, se tornaron así por la plantación del trigo y la excesiva rotación de la tierra, (T. L. Smith, 1948). Los granos se trillaban con mulares de haciendas. Más tarde, los granos se difundieron a la campiña de los resguardos indígenas, donde desplazaron parcialmente a la quinua, de la que se hacía el “pan” tradicional. Por otra parte, quizás debido a la naturaleza del terreno y a la calidad de las semillas, no resultó el empleo de la guadaña para cosechar los granos, y se limitó la tarea a la pequeña hoz; pero no se han encontrado datos históricos que prueben este aserto. En el hecho, hoy aún no se usa la guadaña (que es más eficiente) casi para nada.

La introducción de animales también tuvo algunos efectos diferenciales según castas. Parece que había animales que se aceptaban y difundían más fácilmente que otros entre los nativos, y unos llevaban ciertos rasgos de distinción que no compartían otros más rústicos. Fueron hechos de que seguramente tomaron nota los “extensionistas agrícolas” españoles de aquella época. La gallina europea, por ejemplo (pudo haber habido variedades americanas, cf. Sauer, 1952, pp. 57-60), fue tan popular, entre los nativos que en muchos casos “volaba” delante de los conquistadores, difundiéndose

espontáneamente en regiones a las cuales los peninsulares todavía no habían llegado (Aguado, 1906, p. 475). La oveja tuvo una gran aceptación entre los campesinos, creando una tradición que hasta hoy nos llega, de que ella es como la caja de ahorros del pobre; en cambio, los vacunos fueron como el banco para el capital de los ricos, que tendieron a monopolizarlos (Fals Borda, 1961a, p. 97; Kubler, 1946). De igual manera, el ganado caballar se restringió a los señores, hacendados y caciques de la antiélite, pues guardó los rasgos aristocráticos del sur de Europa en la era de los romanos. Esta actitud hacia el, “caballo en sí pareció ser importante, porque no permitió el traslado a esta parte de América del complejo del arado de la Europa central, en el que el caballo, y no el buey, es la fuente principal de energía (cf. Jovellanos, 1887, p. 362; White, 1962, caps. 1 y 2). Esta preferencia del buey por el caballo indujo a la adopción de determinados tipos de arados y de tecnologías menos eficientes que las empleadas en el centro y norte de Europa, que al traspasarlas a Inglaterra y a los Estados Unidos de América permitieron el extraordinario desarrollo de herramientas mejoradas, a principios de siglo XIX (Fussell, 1952; T. L. Smith, 1953). En esta forma, la región andina hubo de permanecer en la etapa del arado rudimentario, de tipo antiguo que empleaban etruscos y egipcios. Y, al mismo tiempo, a través de la adopción diferencial de tales animales de labor, cría y transporte, se protocolizó y reforzó la estructura de la sociedad señorial.

Hubo animales, como el cerdo y el perro (distinto al gozque americano), que sufrieron una transformación en su aceptación por los grupos nativos. Utilizados durante la conquista como fuerzas de ataque -el cerdo hozando y tragando las sementeras de los indios, el perro de presa destrozando a estos- pasaron a ser casi constantes compañeros de los campesinos andinos. Pero no se conocen detalles del proceso. Además se registró la introducción de muchos otros elementos a la región, algunos de los cuales, como el cultivo del anís y del olivo, están hoy prácticamente olvidados. Algunas frutas europeas (peras, manzanas, ciruelas) se aclimataron y crecieron al lado de las nativas (uchuvas, cerezas, curubas,

moras). En muchas partes llegaron a ser patrimonio tanto del rico como del pobre, del español y del americano.

No obstante, en términos generales puede argumentarse que la mayor producción y más amplia distribución y comercialización de productos que resultó de todas estas innovaciones e introducciones, no se irradió con equidad entre las familias de la colonia. La tecnología nueva sirvió para aumentar la riqueza y afianzar el poder de las castas dominantes que percibían los tributos en varias formas, especialmente en productos agrícolas y mineros. Es este un fenómeno que también se observa en transiciones posteriores. La acumulación tecnológica, principalmente la agraria y pastoril, se llevó a cabo con relativa velocidad y eficiencia, como elemento coadyuvante del orden señorial. Nunca dejó de reforzar a este, y su desenvolvimiento posterior ni siquiera le hizo llegar al punto crítico en que se producen efectos dinámicos en los componentes valorativos, normativos y organizativos. Solo en la región de Santander, al norte de Boyacá, se logró desarrollar cierta industria fabril, en la segunda mitad del siglo XVIII, que indujo a algunos síntomas de subversión del orden señorial poco más tarde (Nieto Arteta, 1962, pp. 46-47, 322-325). Allí ocurrió, precisamente, el primer acto importante de sedición nacional en el país, al levantarse los Comuneros en 1781.

La confusión ideológica que reinaba entonces, la división que se provocó entre los dirigentes del movimiento -pues para los indios fue nativista, para los criollos puramente fiscal-, y la ingenuidad con que todos procedieron, frustraron un hecho social que pudo tener grandes consecuencias sociales y económicas. La sangrienta represión de los cabecillas genuinos, como José Antonio Galán, resultó efectiva dentro del molde reducido de la colonia. Sin embargo, sentó las bases y creó los antecedentes para la revuelta política, treinta años después (Morales Benítez, 1957, pp. 82-102). No se modifica entonces el orden social; pero la acumulación tecnológica, especialmente en las artesanías, continúa, para tornarse en elemento importante de la subversión liberal de 1848.

La Paz Hispana

Una vez resuelta la subversión cristiana, y sostenida su finalidad en dos generaciones con ajustes en el orden áylico y por compulsión impuesta por los señores y los disórdenes locales, el orden señorial adquiere una durabilidad impresionante.

Casi todas las instituciones establecidas por el ajuste socio-cultural desde el comienzo del proceso subsisten por varios siglos, a pesar de la oposición oficial de la Corona a algunas de ellas. La encomienda, por ejemplo, que había sido declarada ilegal por los reyes de España en el siglo XVI, y abolida por última vez por Felipe V en 1718, persiste por muchas décadas más. Todavía había unos cuantos encomenderos al declararse la independencia de España en 1810 (Hernández Rodríguez, 1949, p. 232). Los resguardos empiezan a decaer solo a mediados del siglo XVIII por las invasiones de agregados y mestizos, pero no desaparecen definitivamente de la antigua región central sino a mediados del siglo siguiente. El concertaje sobrevive en muchas partes hasta el siglo XX. El habla castellana del siglo XVI se cristaliza y perdura en las expresiones de los campesinos andinos hasta finales del siglo XIX (Cuervo, 1914, p. xxiv), y persiste en décadas del siglo actual. Nombres propios todavía en uso, como el de Pioquinto, se refieren al Papa Pío V, reinante en el siglo XVI.

Bailes y coplas populares, como los del torbellino y el bambuco, tienen origen muy probable en la música que trajeron los conquistadores y que guardaron los campesinos (Fals Borda, 1961a, pp. 222-229). Y así por el estilo.

Esta extraordinaria durabilidad nos lleva a preguntarnos cómo se logró, porque puede servir de paradigma a movimientos similares de transformación social en el futuro o confines teléticos de desarrollo. Evidentemente, hubo una primera etapa de intenso conflicto, o clímax, entre 1537 y 1541, en que se siente el impacto destructor de la conquista impelida por la utopía misional isabelina. En estos años se reta y subvierte por los cristianos el orden existente (que era moral para los americanos), se crea una antiélite y se aplican

todos los elementos de violencia, coerción y persuasión para evitar que retornara al seno de la anterior sociedad, cosa que fue posible alcanzar por la situación misma de conquista. Sigue luego el anticlímax de la subversión, entre 1541 y 1595, durante el cual los disórrganos de la antiélite se institucionalizan mediante un proceso de compulsión y ajuste por parte de los hispanos y de ajuste y acomodación por parte de los americanos. Y por último, ocurre una etapa de estabilización relativa de 1595 en adelante -luego de dos generaciones en este caso-, en la que los grupos señoriales dominantes mantienen la dirección del cambio en el nuevo orden.

El éxito obtenido en la institucionalización del desarrollo durante el crucial período del clímax y del anticlímax subversor, puede entenderse mejor por la aplicación de varios mecanismos compulsores dentro del proceso general de cambio a que se ha hecho referencia. Los mecanismos de compulsión que resaltan, son: 1) la dominación hegemónica; 2) la habilidad directiva; y 3) la difusión social.

1. La *dominación hegemónica* implica la conformación de un equipo gobernante que piensa de manera similar respecto a la transformación social y económica y que es capaz de aplicar el poder escuetamente para la obtención de las metas valoradas, en lo social, lo político y lo económico. Implica el apoyo a las antiélites y la constitución de grupos de referencia revolucionario o reformistas dentro de la estructura del poder de la sociedad mayor o nación, para respaldar a los otros disórrganos que actúan en las comunidades locales. Con este objeto se coordinaron las maquinarias del Estado y de la Iglesia en la época colonial para promover la subversión cristiana y el desarrollo socioeconómico en todos los niveles de la sociedad. La tarea estatal se tradujo en aquel entonces a procesos de ajuste entre la subversión y la tradición, como la asimilación cultural, la sustitución valorativa, la amalgama racial, el sincretismo religioso y la acumulación tecnológica. Esta eficaz alianza de Estado e Iglesia proveía no solo el combustible ideológico y valorativo del esfuerzo creador de la sociedad, sino el aparato organizativo y temporal para respaldar las decisiones relativas a la marcha de la nueva sociedad. Se satisfacían así todos los componentes

del orden social, y se alcanzaba una armonía o congruencia formal entre ellos, suficiente para producir un verdadero monolito sociocultural.

2. La *habilidad directiva* exige que las personas que comandan la subversión ejerzan el liderazgo con inteligencia, anticipando sagazmente el movimiento de los adversarios, disimulando debilidades, retirándose estratégicamente para volver a cargar con mayor empeño, aprovechando al máximo los recursos disponibles y las aperturas que se presentan en el frente contrario, atacando con decisión o astucia, según las circunstancias. Esta habilidad fue característica evidente de los conquistadores y sus colaboradores y seguidores, los señores y los clérigos. La falta de ella lleva a frustraciones y fracasos en transiciones a nuevas etapas de desarrollo, como veremos más adelante.

3. La *difusión social* (diáspora) es proceso indispensable para llevar el desarrollo y su ideología a todos los niveles de integración de la sociedad, especialmente los locales como el vecindario y la familia, que son los fundamentales para estos propósitos. El hecho de haber existido una diáspora de señores, ladinos y mestizos cristianos saturando de su nueva ideología a la sociedad americana de la época, dispuestos a fomentar la subversión del orden y la transformación de la sociedad local, fue esencial para el advenimiento del mundo señorial.

De igual importancia son los *factores estabilizantes* que se aplican parcialmente durante el período de la subversión (por ser corto e intenso), pero con mayor constancia después, y cuyo fin es mantener una dirección determinada en el desarrollo, asegurar su telos y evitar posibles detenciones. Van implícitos en el proceso de la compulsión. Son ellos: 1) la sociabilización del desarrollo; 2) la legitimación de la coerción; 3) la persistencia ideológica; y 4) la coadyuvancia tecnológica.

1. La *sociabilización del desarrollo* exige el control pleno de los medios de dominación por un tiempo prudencial, por lo menos una generación durante el clímax y el anticlímax de la subversión, suficiente para que las nuevas normas y valores se transmitan de padres a hijos, dejen de ser vistas como

subversivas o inmorales, se acepten positivamente por las gentes, y adquieran la fuerza y congruencia de la tradición. Los señores y ladinos, a través de los mecanismos de ajuste y compulsión que diseñaron y aplicaron, lograron asegurar la superación de la condición de subversión, dándole impulso para que el nuevo orden siguiera adelante autónomamente.

2. *La legitimación de la coerción* implica el grado de control que es necesario imponer para evitar una excesiva anormatividad, el caos y el desorden en general, que puedan perjudicar el alcanzar las metas valoradas. Los españoles lograron estabilizar la situación gracias a la eficaz maquinaria político-religiosa que estuvo a su disposición.

3. *La persistencia ideológica*, requiere la fidelidad de los grupos activos y otros disórganos, especialmente de las anti-élites, a los principios originales del movimiento subversivo, aunque estos no sean sino decantaciones de utopías o lleven a ajustes sucesivos. Hubo mística, vigor y constancia en la conquista y en la primera colonia. Las metas de dominación y los ideales de la sociedad estaban claros, y a ellos se dedicaron los señores y los ladinos, sin claudicar ni variar de opinión, por lo menos durante el período crítico de la socialización de una generación por otra.

4. *La coadyuvancia tecnológica* resulta cuando los elementos relacionados con el uso de la energía y el empleo de la tierra, la industria, la defensa, el transporte, la comunicación, la medicina y actividades similares, refuerzan el orden social o su transformación a través de una tecnocracia o de un cuerpo especializado (como el ejército), o por medio de grupos sociales y papeles diferenciados con que se practican las nuevas técnicas. Evidentemente, las innovaciones promovidas por los españoles, especialmente en la agricultura y en la defensa, rompieron resistencias en la tradición e hicieron a los grupos dominantes aun más poderosos y prósperos; aseguraron el éxito de la subversión cristiana por el lado material, físico y económico-ecológico.

En contra de la impresión general que se tiene sobre la diversidad de condiciones entre la Conquista y las crisis históricas posteriores (lo cual es cierto de manera formal), el análisis sociológico tiende a demostrar que tanto en la una

como en las otras se han empleado mecanismos y factores muy similares a los descritos. En el fondo los agentes del desarrollo siempre buscan imponerlo primero, y mantenerlo luego. No hay razón para diferenciar, en este sentido, a los subversores cristianos de los liberales, los socialistas y los pluralistas que vienen después. Una prueba estriba en la forma como los disórrganos lograron difundir la subversión cristiana al nivel de las masas, en tal forma que la sociabilización familiar se tornó, a partir de ese momento, en defensa de la nueva tradición y en fuente de resistencia al cambio significativo por varias generaciones. Este hecho enseña que el verdadero desarrollo es aquel que satura hasta el vecindario, la parentela y la personalidad, y que en estos niveles ocurre el enfrentamiento real con la tradición, donde se decide el triunfo o el fracaso de los movimientos reformistas o revolucionarios. Por esa razón, los mecanismos del proceso del desarrollo resultan ser esencialmente los mismos en 1560 como en 1860 y 1960, y así se plantea en los capítulos siguientes.

Por otra parte, la eficacia del monolito político, religioso y económico de la señorialidad salta a la vista, pues no ha habido un imperio que haya logrado tamaño control ni tanta influencia, así en los niveles regionales como en las estructuras locales. Con este totalismo no se logró realizar la utopía isabelina absoluta; pero sí se pudo ganar una paz social casi sin precedentes en la historia universal.

Sin embargo, no parecía ser una paz social totalmente productiva o estimulante. Por una parte, era un poco artificial, tomando en cuenta el aislamiento económico y cultural que promovió el Consejo de Indias, en defensa del dominio español. Por otra, vino a ser algo cercano a la “paz del cementerio”, que era una de las pasiones espirituales de San Ignacio de Loyola. En efecto, aunque fracasaran los experimentos humanitarios del siglo XVI, los Jesuitas de Loyola sí lograron realizar, a su modo, la utopía: las reducciones del Paraguay fueron su triunfo más dramático. Pero tanto allí como en el Nuevo Reino de Granada, el pueblo que laboraba la tierra y que rezaba con unción en los templos, estaba condicionado mecánica y ritualmente, por la religión y el

Estado, a su indigna posición servil. De esta contradicción profunda, de este sopor de tumba y de ignorancia, no habría de empezar a salir sino en el siglo XX.

El totalismo político que resultó de la subversión cristiana, con la continuidad cultural, permite que surjan actitudes significativas que deben tomarse en cuenta para el estudio de las subversiones siguientes, pues destacan las incongruencias históricas de la señorialidad: son los extremos de la opulencia y la pobreza en el país; el hambre del pueblo campesino que vive en tierra fértil; la ignorancia que degrada al hombre cristiano; las hipocresías y el fariseísmo de las clases sociales; la contradicción entre la Iglesia universal y el establecimiento señorial-eclesiástico nacional. Son expresiones clásicas de un pueblo que no se ha encontrado a sí mismo y que sufre por las fallas de sus dirigentes y por el vacío espiritual que deja el descarte consciente de utopías.

En todo caso, cumplida su tarea de desarrollo en esta etapa, los elementos de la subversión cristiana se decantan en la topía señorial junto con los valores ajustados del orden *áylico*, para tomar las formas latentes y manifiestas, armónicas e incongruentes del nuevo orden social. Así producen otra imagen propia y del mundo y un nuevo estilo de conducta, de percepción y de evaluación de las cosas, dentro de la perspectiva general de la civilización occidental.

5. Subversión y Frustración en el Siglo XIX

La paz hispana se mantiene por tres centurias hasta principios del siglo XIX, sin que hubiera surgido mientras tanto ninguna subversión fundamental. Ni siquiera la rebelión de los Comuneros puede catalogarse como tal, porque el esfuerzo de Galán (el único dirigente de alguna visión) fue sofocado en su cuna sin que lograra hacer impacto de entidad en la sociedad colonial.

Tampoco puede considerarse como subversión la guerra de la Independencia, excepto en cuanto al reto que sus personajes y capitanes hicieron de algunas normas del orden señorial. Esto en sí mismo es importante y en cierta forma prepara el advenimiento del *élan* subversor de 1848, cuando no solo las normas sino también los valores fueron afectados. Seguramente los libertadores abrigaban grandes ideales para la patria, y Bolívar fue quien más enfatizó las metas a alcanzar. Pero su acción no tuvo el poder de difusión y saturación social necesario para inducir una verdadera transformación en el orden social, y sus generales y otros subordinados preservaron conscientemente muchos aspectos de la señorialidad. De ahí que buena parte del sueño de Bolívar no se hubiera realizado, y que el Libertador muriera pensando que había “arado en el mar”.

El estudio de la subversión liberal, cuyo momento agudo y revolucionario ocurre en Colombia entre 1848 y 1854 (con su anticlímax hacia 1867), permite observar todo el proceso transformador que va de un orden social a otro, en condiciones de autonomía y equilibrio políticos. La subversión cristiana había tenido a su favor la condición de conquista: los señores y los ladinos apoyaron y fomentaron la subversión contra la élite americana tradicional, a través de medios que iban desde la plena coerción física hasta el compromiso y la tolerancia. En el caso de la subversión liberal, ocurre al principio un serio cisma en el seno del propio grupo dominante, que se articula luego y reacciona victoriosamente ante la revolución, promoviendo los ajustes y arreglos necesarios para asegurar su propia continuidad.

Tanto en la una como en la otra situación, se producen tensiones, conflictos, discronías y anomias profundas y significativas. Dentro de las condiciones del devenir histórico y de los factores sociales y económicos de los respectivos períodos, ambas subversiones se alimentan de utopías que primero iluminan las incongruencias larvadas y las inconsistencias encubiertas de los órdenes sociales vigentes, para luego decantarse en la realidad social. El impacto de la subversión cristiana toma dos generaciones, durante las cuales se conforma el orden señorial, para perdurar en ocho más. El de la subversión liberal no alcanza a completar una generación, y por eso se protocoliza su frustración; pero aún así, lleva a transformaciones importantes debidas a la fuerza dialéctica del pensamiento utópico, que ayuda a descomponer el orden señorial. Los tradicionalistas hubieron de transigir con él y aceptar algunos ajustes para superar el caos consecuente.

Las contradicciones latentes y las incongruencias del orden señorial, vistas a la luz de los ideales humanitarios de su comienzo, empezaron a adquirir contornos de relieve desde mediados del siglo XVIII. Por una parte, se agudiza el problema moral de la esclavitud por las licencias concedidas por los Borbones a diversas compañías para intensificar y organizar mejor la trata de negros. Con tales antecedentes, se permite la creación de nuevas compañías comerciales que se enriquecen exageradamente, a costa de los productores de las colonias, como fue el caso de la Guipuzcoana (Arcila

Farías, 1946). La tierra misma, paradójicamente, empieza a escasear, tornándose en un grave problema económico y político. Las soluciones que tratan de dársele a este asunto, a través de composiciones de tierras, demoliciones de resguardos, venta o cesión de realengas, o reconocimiento de mayorazgos y manos muertas, solo empeoran la situación, afirmando la existencia de una oligarquía de propietarios y de una masa indigente de agregados, arrendatarios y vecinos pobres. Además, se aumentan abusivamente los impuestos y se desestimulan las artesanías, de donde surgen graves tensiones en los grupos productores del Socorro, y toma auge el contrabando de metales preciosos por el Chocó y otros sitios (Liévano, 1963, III, pp. 75-98). Estos síntomas políticos y económicos, preludio de los graves hechos que se sucederían más adelante, también indicaban un renacer de la conciencia americana, como nueva ideología que abriría la puerta a la sedición, para examinar críticamente algunos aspectos formales incongruentes del régimen señorial.

España misma, bajo los reinados de Carlos III y Carlos IV, pasaba por una época de recapitulación e introspección que llevó a un gran resurgimiento intelectual. Era la época de Jovellanos y de los sabios de la Sociedad Económica de Madrid. Independientemente del resto de Europa, aunque alerta al pensamiento inglés y francés que hizo posible la revolución en sus países, estos sabios habían hecho un inventario del estado del Imperio, poniendo en cuarentena muchas ideas hasta entonces consideradas como absolutas, y proponiendo importantes *innovaciones* políticas, sociales y económicas.

En esa atmósfera de tolerancia hacia posibilidades de cambio y bajo aquellas condiciones sociales y económicas, se formaron los progresistas virreyes que van de Manuel Guirior a Pedro Mendinueta, antes de trasladarse a Santa Fe de Bogotá, para gobernar el Nuevo Reino de Granada entre 1773 y 1803. En los cofres de uno de ellos, don José de Ezpeleta, parece que llegó a la colonia un libro cuya lectura habría de dar pábulo al contagio de la nueva utopía: la de la Revolución Francesa, con su lema de “Libertad, igualdad, fraternidad”.

El Mito de la Igualdad

El movimiento ilustrado de los Borbones halló expresión en las colonias, en los planes de estudios que trataron de dar un vuelco a los anticuados sistemas educacionales que imperaban hasta el momento. También repercutió aquel movimiento en impresionantes empeños de investigación científica. Por una parte, Guirior estimuló las reformas de currículum propuestas por su fiscal, don Francisco Antonio Moreno y Escandón, adelantadas luego por el Virrey-Arzbispo Antonio Caballero y Góngora, que pusieron al día la enseñanza de ciencias como la astronomía y la medicina. Por otra parte, llega a Santa Fe don José Celestino Mutis, grande maestro e investigador, quien organiza la Expedición Botánica y cuya obra, como la de sus discípulos, atrae la atención y la visita de científicos como Humboldt y Bonpland.

De aquel ambiente estimulante de investigación y estudio de las realidades americanas, que en parte desafiaba las normas de la Moralidad acrítica, emerge un conjunto juvenil que se convertiría en paladín de la guerra de Independencia quince años más tarde, y en mártir de la misma. Comenzando con simples actividades literarias, en tertulia como la Eutropélica y la del Buen Gusto, jóvenes como Camilo Torres, Frutos Joaquín Gutiérrez, José Fernández Madrid, José María Lozano, Francisco José de Caldas, José Luis Azuola, Francisco

Antonio Zea, Joaquín Camacho y Antonio Nariño, van adquiriendo conciencia de grupo político y, a la vez, conciencia americana (Posada e Ibáñez, 1903, pp. 16, 119). De sus labios habrá de salir el mensaje del nuevo humanismo, el que agitó a Europa en el siglo XVIII, y cuyo eco al fin llega a la colonia.

En ese humanismo resplandecía el ideal de la igualdad entre los hombres. La igualdad se había tornado en grito de guerra intelectual y civil en Europa, especialmente desde cuando John Locke la postuló como función de la libertad, justificando ideológicamente el ascenso de las nuevas clases propietarias de Inglaterra, especialmente de la media. Era, también, un resultado de la reacción secularista de la épo-

ca impulsada por el reto científico al dogma religioso, personificado por Galileo y Copérnico en lo físico, y por Machiavelli en cuanto a lo social. Encuentra apoyo en los filósofos de la ilustración, a través de la idea del progreso, y de la felicidad y perfección del hombre, como ser racional y básicamente bueno. La igualdad se convierte en meta valorada de los arquitectos de la Revolución Francesa, a nombre de la nueva sociedad democrática que habría de alcanzarse siguiendo las leyes eternas de la naturaleza y la razón.

Es esta concepción integral de la transformación de la sociedad humana, con sus implicaciones revolucionarias, la que anima a pensadores como Rousseau a escribir tratados como el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (1755). Su influencia en toda Europa, inclusive España, no deja de causar impactos políticos. El mensaje roussoniano llega al Nuevo Reino de Granada, paradójicamente, a través de un libro escrito por un realista furibundo (que publicó luego el panegírico de Luis XVI y María Antonieta), el señor Christophe Félix de la Touloubre (Galart) Montjoie: *Las causas y comienzo de la Revolución*⁷. No era un libro entusiasta por los acontecimientos de la Bastilla; pero contenía la transcripción de la “Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano”. Un oficial de la guardia del virrey Ezpeleta entregó a Antonio Nariño ese libro, para su lectura y aprovechamiento, en agosto de 1794 (Vergara y Vergara, 1903).

Nariño traduce la “Declaración”, la imprime en su propio taller y sale a venderla a la calle. No ha repartido o vendido sino dos copias, cuando el gobierno y la sociedad declaran todo subversivo. Impresionado, Nariño trata de recoger los ejemplares sueltos y quema el resto (Posada e Ibáñez, 1903,

7 No fue posible al autor constatar la existencia del libro que los historiadores más conocidos indican como de Montjoie, la Historia de la Asamblea Constituyente de Francia (Henao y Arrubla, 1952, p. 311). Según el esbozo de la personalidad de Montjoie contenida en la edición inglesa de su Historia de la Conspiración de Maximilien Robespierre (1796, p. A-2), él solo escribió L'ami du Roi y Les causes et commencement de la Revolution, en los primeros días de la Revolución Francesa, y la Historia de la Conjura de Orleáns y los libros sobre la pareja real, años más tarde. El mismo Nariño nunca especificó de dónde tomó la Declaración (Posada e Ibáñez, 1903, pp. 51-110).

p. 95). Demasiado tarde. Es apresado, juzgado y condenado a presidio en África, extrañamiento perpetuo de América y confiscación de bienes. También se aprovecha esta coyuntura para poner en pretina a los jóvenes de las tertulias literarias, a quienes se les llama “ociosos, libertinos y dedicados a la moderna por sus perversas máximas, inclinados y propensos a la subversión”, según declaración del chantre de la iglesia, el doctor Diego Terán (Posada e Ibáñez, 1903, p. 50). Con estos eventos comienza en el Nuevo Reino de Granada el impacto de la nueva utopía, la utopía del liberalismo democrático, que sufre desde el comienzo sucesivas decantaciones, como las experimentadas por su contraparte misional en el siglo XVI.

Marginado Nariño temporalmente, la concreción de la utopía liberal-democrática encuentra un campeón en su compañero intelectual, el jurisconsulto payanés Camilo Torres. Frente a la crisis política producida por las invasiones napoleónicas, Torres destaca la importancia estratégica de mantenerse leal a la corona española sin intermediarios, dando a entender que las colonias deben empezar a ser tratadas como verdaderas provincias, como las de la Península. Protesta así por la discriminación que hace la Junta Central de España contra los criollos americanos, recordando que éstos son descendientes directos de los conquistadores. En su famoso “Memorial de agravios” (20 de noviembre de 1809) pide justicia y declara que los americanos no quieren seguir siendo “manadas de ovejas al arbitrio de mercenarios” y clama por la “¡Igualdad, santo derecho de la Igualdad!” La lectura del Memorial indica que Torres no piensa aquí en la igualdad social roussoniana o en las metas humanitarias de la revolución francesa, sino en algo mucho más pragmático: la igualdad entre los dos grupos blancos de la casta superior de propietarios de la sociedad colonial, los “españoles peninsulares” y los “españoles americanos”. Esta reducción ideológica de la utopía liberal hacia la interpretación lockiana, sigue saturando los eventos sucesivos que llevan a la declaración de la Independencia en 1810 (cf. Umaña Luna, 1952).

No obstante, la visión rebelde de Torres, como la de sus compañeros, les lleva a la utilización de los preceptos de la

Revolución Francesa -y luego de la filosofía de la Revolución Norteamericana- para envolver al pueblo en general (y en especial al pueblo de Bogotá) en su esfuerzo de desplazar a la élite gobernante. Empiezan a sostener que “la soberanía reside esencialmente es la masa de la nación”, tesis opuesta a la monárquica de derecho divino. Esta contra-ideología sirve para sostener los puntos de vista de la élite criolla frente a los intereses de perpetuación del grupo peninsular de los “chispetones”. Gracias al hábil manejo demagógico de los “chispetos” del 20 de julio de 1810, se impone el punto de vista de Torres y se releva el grupo gobernante español por el grupo local de criollos distinguidos. Los excesos de la “masa de la nación”, estimulados por la corta orgía de la destitución del virrey Antonio Amar y Borbón, llevan prontamente al nuevo grupo dominante a decretar su alejamiento, declarando “reo de traición” a quien convocase nuevamente al pueblo (Henao y Arrubla, 1952, p. 349). Siguen así “iguales”, pero separados. La nueva igualdad solo se alcanza entre los, miembros de la clase gobernante.

Es así como el grito de Independencia, como se ha dicho tantas veces, no implicó un apartamiento radical de la forma de vida señorial: era más que todo una operación de tipo formal con cambio en el personal de guardia. Las gentes, acostumbradas al boato del virrey, echaron en cara al Presidente Jorge Tadeo Lozano su sencillez en el trato, lo que fue elemento de su ulterior destitución. El primer congreso de aquella “Patria Boba”, convocado en diciembre de 1810, se dio a sí mismo el tratamiento de “Alteza Serenísima”, y sus miembros eran personeros de la alta sociedad y del clero que estaba a favor del relevo. Seguían interpretando la utopía liberal a su acomodo, decantándola aún más por la creación de instituciones que no afectaban la situación social y económica fundamentalmente.

Dos de ellas fueron el *caudillismo y la democracia representativa*. Los caudillos, o “Supremos”, transfieren al contexto “democrático” las antiguas pautas de la señorialidad (cf. J. M. Samper, 1861): Carmona en Cartagena, González en el Socorro, Reyes Patria en Tunja, luego Neira, Herrán, Mosquera y tantos otros. Según Juan Francisco Ortiz, eran

“especie de reyezuelos que se apoyaban en las montoneras, es decir, en tropas de infantería o de caballería colectadas a la ligera y mal disciplinadas” (1907, pp. 121-122). Igualmente, según José Manuel Restrepo, “donde quiera que hubo un demagogo o aristócrata ambicioso que deseara figurar, se vieron aparecer juntas independientes y soberanas, aún en ciudades y parroquias miserables” (1858, I, p. 89). Por eso, los caudillos empiezan a fomentar conflictos entre sí, llevando a las primeras guerras civiles en Colombia. Desaparecidas las autoridades de la colonia, el poder real en el nivel de la comunidad rural recae en aquellas personas capaces de levantar tropas o montoneras y de ejercer influencia y control en las respectivas comunidades, es decir, en los hacendados coloniales y en los nuevos terratenientes creados por la república para compensar servicios prestados, especialmente en el ejército. Estos hacendados disponen de arrendatarios y concertados, negros o mestizos, organizados con capitanes y segundones a quienes se les denomina “gamonales”, listos para el pronunciamiento o la guerra civil. Entre todos mantienen sin afectar la estructura de castas existente, dejando a la gleba de ciudadanos en su tradicional situación subordinada.

Por otra parte, la adopción formal de las instituciones “calvinistas” de la democracia representativa, al estilo de las de los Estados Unidos de América, produjo también incongruencias visibles en todos los niveles, como lo observó oportunamente don Mariano Ospina Rodríguez en 1842 (cf. López Michelsen, 1955, pp. 136-202). El hecho mismo de redactar constituciones con base en textos extraños era en sí incongruente; pero como parte integral de los procedimientos democráticos derivados del “contrato social”, había de producir las para “afianzar la felicidad pública”, según reza la primera de la “Patria Boba” en 1811. La moda constitucionalista se torna en excusa para suplantarse unas élites por otras, mediante una cadena de conflictos civiles que toma casi todo el siglo XIX. En el fondo, tanto las constituciones como los conflictos reflejan las inconsistencias implícitas en el injerto de la utopía liberal, que en estas tierras americanas, a través del diafragma interpretativo de las clases dirigentes, deja-

ba virginal el régimen señorial y diluía el ideal democrático de igualdad en libertad, para convertido en un simple mito. Solo existió una especie de “democracia ateniense”, para las minorías gobernantes y letradas.

Sin embargo, esta peculiar idea de igualdad llevó a las clases dominantes a fomentar la adopción de una ética individualista y empresarial muy emparentada con la “calvinista” o “puritana”, que había sido ingrediente también de la revolución industrial en Europa (Smelser, 1959; M. Weber, 1958). Florece esta mentalidad más entre los miembros de la élite (que luego forman una alta burguesía) y entre el grupo antioqueño, del que surge una clase media rural. En otras partes, esa mentalidad se traduce en actitudes románticas como el otorgamiento a los “indígenas” del pleno derecho de propiedad sobre las tierras de resguardo, para convertidos en verdaderos ciudadanos, tema recurrente que aparece cada vez que se hizo indispensable rendir sacrificios a la diosa Democracia. Es rito que se cumple también para demostrar la evolución de la sociedad hacia etapas más civilizadas, considerando la propiedad colectiva como primitiva, tendencia que empezaban a documentar los etnólogos, basados en tesis darwinistas y en la más amplia aceptación de la ética calvinista. En consecuencia, se ordena por el Congreso de Cúcuta repartir los resguardos, según ley del 11 de octubre de 1821, para que “los indígenas recuperen en todo sus derechos, igualándose a los demás ciudadanos”, orden que empieza a cumplirse hacia 1839. Termina así el criterio comunalista de propiedad de la tierra que había sido preservado en la colonia y que recogía ajustes del orden áylico; se acaba también con los requisitos de morada y labor en la tierra para ser propietario, que habían impuesto los españoles. El resultado (aplicable también a los negros) fue protocolizar la desigualdad existente, empeorando en muchos casos la situación económica de los campesinos.

A pesar de todo, con el avance político y el afianzamiento de la República, empieza a observarse una clara tendencia a modificar el orden señorial, así en la élite como en muchos grupos populares (Morales Benítez, 1957, pp. 12-13). Este efecto tuvo dos antecedentes discernibles, uno endógeno y

otro exógeno. El endógeno fue la reacción anti-española que siguió a la guerra de liberación; el exógeno, la intensificación de los contactos culturales y económicos con Europa. Entre ambos van llevando a los grupos dominantes a revisar la situación, para tratar de impulsar al país hacia las metas democráticas de progreso y bienestar que los libertadores habían dibujado en su místico entusiasmo. Este impulso cuaja en la década de 1840 a 1850, para dar origen al importante fenómeno de la subversión liberal.

Endogénesis: Normas en Contrapunto

La reacción endógena anti-española, consecuencia natural de la encarnizada guerra de liberación, llevó a la sociedad local y a sus grupos gobernantes a adoptar posiciones e impulsar políticas que tendían a negar parcialmente la herencia señorial” acercándose a la doctrina de la democracia liberal. Bolívar, Santander, Zea, y los más connotados dirigentes nacionales, trataron de modificar el marco normativo de la sociedad colonial, aun con la oposición de entidades tradicionales importantes. Sin embargo, por respeto a éstas y por exceso de prudencia, no se atrevieron a retar los valores mismos. De allí que sus esfuerzos hubiesen tenido solo resultados superficiales, que afectaron más la forma que la sustancia de la sociedad de sus días, en el esplendor de la Gran Colombia (cf. Bushnell, 1966).

Las contranormas liberales más visibles fueron aquellas que retaron las normas señoriales de Rigidez prescriptiva y Estabilidad comunal. En principio, los libertadores eliminaron los mayorazgos y los títulos nobiliarios, suprimieron los tratamientos oficiales de magistrados (para llamarlos simplemente “ciudadanos”) y democratizaron un tanto los títulos personales. El “Don” empieza a difundirse libremente, como aparece en la magnífica novela documental del período, *Manuela*, de Eugenio Díaz (editada en 1889), y no se detiene una vez que toma el impulso adecuado: en años posteriores, “cualquier arriero que adquiriera una partida de mulas y un potrero, obtiene de hecho el título de Don”, decía don Miguel Samper (1898, 1, p. 196). Otra liberación formal de las nor-

mas de rigidez, fue la del título de “Doctor”, cuyo uso, antes muy restringido, empieza a generalizarse en 1848, cuando personas como don Aquileo Parra aceptan como “distinción personal” que le digan “doctor” sin serlo (Parra, 1912, pp. 684-685).

Un poco más atrevidos fueron los cambios exigidos por contranormas que derruían el sistema señorial de educación restringida a las castas superiores. Los gobernantes impulsan la instrucción pública, organizan universidades oficiales, establecen escuelas Lancasterianas, adoptan textos utilitaristas (recibidos a través de los liberales españoles) y estimulan la difusión de la Biblia. No hay duda de que aumenta prodigiosamente el número de estudiantes en las escuelas (Fals Borda, 1962). Pero también se radicaliza la oposición de la Iglesia Católica, cuyos obispos habían de predicar contra las “filosofías racionales” de Kant y Hegel, contra Bentham y la Sociedad Bíblica Británica. También, para poner coto al asunto, los obispos citan a San Agatón y recuerdan a los creyentes que “la novedad no es admisible entre católicos” (Mosquera, 1858, II, pp. 5, 174, 477 *et passím*). Bolívar, chamuscado por el atentado contra su vida en septiembre de 1828, se encarga de detener este contrapunto en las normas, suprimiendo los textos utilitaristas, restringiendo a las sociedades bíblicas y persiguiendo a los estudiantes universitarios. En efecto, para el Libertador, “las ciencias políticas que se han enseñado a los estudiantes de la universidad contienen muchas máximas opuestas a la tranquilidad de los pueblos”, en lo que eran condenables (citado. por Nieto Arteta, 1962, p. 82). Postura que se repite periódicamente en la historia de Colombia, con idénticos fines. El puntillazo final lo da don Mariano Ospina Rodríguez hacia 1843 con la expedición de su plan educativo, considerado “cuartelario” por muchos, que era de puro temple católico. y autoritario.

Otro intento de quebrar las normas de Rigidez prescriptiva fue la organización de logias masónicas, a las que se afiliaron la élite gobernante y otras personas selectas del común (Hoenigsberg, 1940; Ortíz, 1907, p. 164). He ahí otro canal de movilidad vertical que se abría a los descendientes de los señores, con status-roles nuevos y expectativas novedosas

de conducta y de relación social. La Iglesia también ataca a las logias. Sin embargo, debido a la tendencia selectiva que demuestran en el reclutamiento de sus miembros y a la reacción clerical de fines de siglo (cf. Rivera y G., 1897, p. 303), queda la masonería reducida a los grupos dominantes y muy debilitada en su influencia, persistiendo con efectos más que todo honoríficos, durante todo el siglo XIX. Sobreviven los masones en el siglo actual, pero no parece que tengan ni la influencia profética ni la efectividad de sus hermanos de otros países.

Es cierto que la situación económica y de orden público de la post-guerra no permitía mayores experimentos ni riesgos. Esta, actitud prudente se resume en la memoria de don Francisco Soto Secretario de Hacienda del Presidente Santander, en 1833: “No tanto importa crear como conservar lo que existe”, lo que da fuerza a la política proteccionista del Estado y al mantenimiento del statu-quo. Pero esto no fue óbice para imponer contranormas individualistas y debilitar las normas de Estabilidad comunal, cuya vigencia provenía de los tiempos áylicos, y cuya principal expresión se hallaba en los resguardos indígenas y en las reducciones. Por ley se tornan en propietarios absolutos e individuales, a quiénes por tradición venían sembrando la tierra cobijados por concesiones colectivas de la Corona. Es posible que en estos resguardos ya se hubiera deteriorado la situación, encontrándose expresiones de explotación individual; pero ello no eliminaba la supervivencia de las propias tierras en común, los ejidos y pastizales de que se beneficiaban todos los comuneros. Además, no se había puesto en duda la bondad de la, filosofía misma de la comunalidad, hasta cuando la Independencia permitió la llegada del liberalismo lockiano, y el mito de la propiedad absoluta. Ya sé mencionaron los efectos económicos que tuvieron las medidas que torpedearon las normas de Estabilidad comunal, así entre los indios como entre los mestizos y los negros. Estas ‘normas tuvieron que tomar las formas alternativas de la actual “vereda” o vecindario rural, en el que priman los minifundistas o pequeños propietarios.

El hecho de que la reacción anti-española de la post-gue-

rra no hubiese pasado del marco normativo, como hemos visto, dejando casi sin tocar el área más vital de los valores, era un desarrollo que bien podía preverse. No obstante, prepara y refuerza las transformaciones que tuvieron lugar un poco más adelante, cuando no solo se atacan las normas señoriales, sino también los valores, produciendo y estimulando los disórdenes necesarios para realizar la subversión. Esta etapa, que se estudia en seguida, fue más exogenética, porque tuvo que ver con las nuevas relaciones de intercambio económico y cultural con Europa y con el estímulo de las revoluciones democráticas de 1848 en Francia, Austria y Alemania.

Exogénesis: Economía e Ideología

La llegada de la subversión liberal se anuncia por un cambio en la política económica nacional y la reacción social que produjo: la adopción de la libertad de la industria y de los cambios, hacia 1847, por el primer gobierno del general Tomás Cipriano de Mosquera, siendo secretario de Hacienda, don Florentino González.

González, distinguido economista llegado de Europa hacia poco (donde se entusiasmó con las innovaciones del libre-cambismo inglés), insistió en mantener la estructura latifundista del país para acelerar la exportación de sus productos. Adoptando una posición neo-mercantilista y de *laissez faire*, retiró el apoyo a las nacientes industrias locales, que se venían formando desde los días del Socorro, alienando así el apoyo de artesanos y manufactureros. Esta decisión, por supuesto, le abre la puerta a la subversión y prepara la escena para los acontecimientos posteriores.

Sin embargo, las medidas económicas más importantes tuvieron que ver con el fomento del comercio internacional y el transporte interno. Empiezan a abrirse caminos carreterables, a mejorarse algunos canales como el del Dique y el de Puebloviejo en la costa atlántica, a establecerse la navegación a vapor por el río Magdalena, y a diseñarse y planearse los primeros ferrocarriles. Se extinguen, además, ciertos monopolios estatales heredados de la colonia, como el del

tabaco, para ceder el paso a la iniciativa privada y fomentar las primeras grandes industrias agrícolas y las plantaciones (véase el próximo capítulo).

Tres años más tarde, se ordena por el presidente José Hilario López hacer un inventario nacional de recursos naturales, creando una Comisión Corográfica encabezada por el coronel Agustín Codazzi, cuyo equipo ejecuta una extraordinaria faena, solo comparable a la de la Expedición Botánica del siglo XVIII. La Comisión Corográfica alimenta el localismo y el incipiente Nacionalismo, infunde mayor confianza en el valor de lo propio, borra prejuicios y anima a los grupos dominantes a seguir adelante en su esfuerzo de transformación económica y anti-colonial (Morales Benítez, 1957, pp. 210-212).

Estas iniciativas encuentran estímulos adicionales en los tumultuosos eventos de la Revolución Francesa de 1848, la que derribó a Luis Felipe. Los granadinos seleccionan de esta revolución, no la forma concreta de ella -que era hasta cierto punto reaccionaria y anti-maquinista por venir de artesanos y estudiantes que miraban al pasado y no tanto hacia el futuro- sino su contenido, expresado en ideologías como el socialismo (del que Engels llamó “utópico”), el anarquismo y el positivismo.

Alfonso de Lamartine y su *Historia de los Girondinos* se convierten en profeta y biblia de las nuevas utopías. Los granadinos ilustrados adoptan también, de paso, la conciencia nacionalista que irrumpía en Europa, especialmente en los estados italianos y alemanes, con el fin ostensible de integrar el país colombiano. A través de este esfuerzo de autoexamen y comparación ideológica, quedan visibles, de manera significativa, las incongruencias y tensiones del orden señorial; es decir, se entra al período de una subversión, (cf. Nieto Artaeta, 1962, pp. 115-119, 229-238). Específicamente, se atacan los valores señoriales del Naturalismo, el Ultramundismo y el Neo-maniqueísmo.

A través de los avances del *Mecanicismo industrial*, empiezan a vislumbrarse antivalores del Naturalismo que llevarían después a la articulación en Colombia de los valores tecnocráticos del siglo XX. El saber que existía la posibilidad de

controlar los procesos naturales, así fuese parcialmente, no dejaría de provocar expresiones de incredulidad en las gentes sencillas de aquella época. Pero tuvo efectos inmediatos en la sociedad y la cultura, y prueba de ello fue la actitud retadora de buena parte de los artesanos de Bogotá en los años críticos de la subversión, que hicieron frente a las instituciones tradicionales. Las instalaciones rudimentarias del Socorro y Boyacá empezaron a dar paso a industrias menores como algunas en la sabana de Bogotá (Ospina Vásquez, 1955, pp. 138-139 *et passim*). Sin embargo, este desarrollo técnico en sí mismo fue reducido, y el lento impulso a la industria, motivado por la política librecambista de González, no permitió su completo florecimiento. Más adelante, como veremos, estos antivalores mecanicistas son absorbidos por el orden señorial-burgués.

Al Ultramundismo se le ataca por el lado de las pautas de sumisión que imponían en los tiempos coloniales. Habiéndose puesto en entredicho el parapeto formal de la sociedad hispánica, la aparición de caudillos y otros nuevos jefes llevaba a una revaluación en las relaciones de súper y subordinación. En el área rural estas relaciones se mantuvieron casi inmodificadas. Pero no fue así en los poblados mayores, como Bogotá, Buga, Cali y Medellín, donde se organizó una gleba casi irreprimible, que no respetaba ni a magistrados ni a prelados. Hicieron a veces incursiones al campo, donde crearon una atmósfera de terror (véase más adelante). El efecto general fue de desafío al Ultramundismo, por el fomento a los antivalores liberalizantes de la utopía democrática.

Algo semejante ocurrió con los valores señoriales del Neomaniqueísmo. Si estos llevaban al desprecio del hombre como fuente de pecado y de maldad, y al refugio sempiterno en Dios, los antivalores de la utopía liberal presentaban una meta estimulante de superación actual de la condición humana. El hombre podía alcanzar el progreso y la felicidad en esta vida mediante el cultivo de la inteligencia y la razón; y podía alcanzar la perfección mediante nuevas formas de sociabilidad. Por eso, la idea de la igualdad debía dejar de ser un mito; y la sociedad granadina debía pensar más en el

usufructo de la vida que en los suplicios del infierno.

El planteamiento de estas ideas conducía Igualmente a debilitar las normas de Rigidez prescriptiva y Moralidad acrítica, por cuanto implicaban la apertura de canales de movilidad social antes cerrados, la adquisición de una conciencia de clase, y un desafío a las costumbres que emanaban de las instituciones tradicionales. Por ejemplo, una contranorma que empezaba a ser general ya tenía en ascuas a la Iglesia: era la “manía teológica” de muchos laicos que “se creían con el derecho de reglamentar las cosas de la Iglesia [calificando] las enseñanzas de ella o repudiando con desprecio las que les placía” (Mosquera, 1858, II, pp. 700 y sigs.). Un secretario de Gobierno, don José María Plata, pudo reírse impunemente de los cánones en plena Cámara de Representantes en 1852; por la misma época se calificó con el epíteto de “monigote morado” al arzobispo Mosquera, por los radicales (Cuervo y Cuervo, 1954, II, pp. 1356, 1377); y en Mariquita y otros sitios se decretó la supresión del catecismo del Padre Astete (Mosquera, 1858, II, pp. 339 y sigs.). Así, la situación de la Iglesia, se hacía cada vez más débil; como personera y defensora, de las normas señoriales, porque otros grupos dominantes querían abrir cauce a las contranormas liberales.

Los partidos políticos también sufrieron una serie de confusiones ideológicas y erosiones en su estructura organizativa. El partido conservador, al principio, pudo llamarse liberal; y viceversa. Hubo también “Gólgotas” (utopistas) y “Draconianos” (liberales viejos). La falta de cohesión en los partidos les llevó a una situación caótica en la, que perdieron su autoridad algunos jefes y personeros notables.

Principalmente, el impacto de la ideología liberal se registra en la organización social a través de dos asociaciones de tipo secundario, la Sociedad Democrática y la Escuela Republicana, que se convierten en activos disórganos. Las Sociedades Democráticas, en particular, fueron el mecanismo innovador más importante en esta época de aguda y, a la larga, infructuosa transición.

No se han hecho estudios imparciales y detenidos de esas Sociedades. Por indicaciones aisladas, se sabe que no eran cosa nueva en el país, pues ya desde 1838 había fundado

el ex-ministro del general Santander, don Lorenzo María Lleras, una “Sociedad democrático-republicana de artesanos y labradores progresistas” en Bogotá, con filiales en Tunja y la Villa de Leiva, que se limitó a difundir información cultural (Arboleda, 1933, I, pp. 300-302). Sirvieron esos grupos para combatir a los “ministeriales” del presidente José Ignacio de Márquez que resultaron clericales en la guerra de los conventos de Pasto (1839-1841). Sin embargo, eran esencialmente informativos, en lo que se distinguieron de los estratégicos y significativos núcleos formados hacia 1848, que quizás eran sus continuadores. En esta nueva época, aún bajo la dirección de don Lorenzo María, estaban conformados por artesanos agitados por las medidas librecambistas del gobierno, y por estudiantes del nuevo Colegio Nacional (Universidad). Al aliarse estos grupos en el nuevo contexto histórico, como lo habían hecho hacía poco sus contrapartes franceses en el Campo de Marte, produjeron un impacto subversivo de consideración. Tenían una organización nacional que contó con alrededor de 200 sociedades establecidas entre 1847 y 1852 en todo el país, en sitios como Cali, Buenaventura, Cartago, Popayán, Pasto, Tunja, Sogamoso, Zipaquirá, Chocontá y Cartagena (J. M. Restrepo, 1963, II, pp. 169-172; Galindo, 1900, p. 43; Gilmore, 1956, pp. 200-203).

En estas sociedades se hablaba del progreso y de los ideales democráticos de la última revolución francesa (igualdad, libertad, fraternidad, soberanía del pueblo, sufragio universal) y de paso se respaldaban los intereses de los artesanos que querían defender sus industrias mediante el retorno al proteccionismo. Por eso no eran ellos comunialistas sino que respetaban (con Benthan y Locke) el principio de la propiedad. Asegura Aníbal Galindo que en ellas se predicaban «las más exageradas teorías de libertad y de igualdad, en menosprecio del predominio de las clases superiores de la sociedad», lo que llevó a «innumerables atentados, violencias contra las personas y la propiedad» (Galindo, 1900, pp. 50-54; Camacho Roldán, 1892, pp. 82-84, 87; Cuervo y Cuervo, 1943, II, pp. 134 y sigs.).

Que las sociedades democráticas lograron cierta difusión y filtración al nivel de la comunidad local (de allí su signifi-

cación), lo demuestra la organización de grandes cuadrillas, bandas y guerrillas en la capital y en algunas otras regiones, como la sabana de Bogotá, el Cauca y el Valle del Cauca, donde hubo enfrentamientos violentos y otros actos de guerra. Sobresalientes fueron las bandas organizadas por el doctor José Raimundo Russi, «personaje raro» según Henao y Arrubla (1952, p. 668), que era también institutor, juez parroquial y secretario de la Sociedad Democrática (Cuervo y Cuervo, 1954, II, p. 1365). Russi combatió (y robó, según varios historiadores) en la sabana de Bogotá, y fue seguramente elemento innovador entre el pueblo humilde de la capital, con el que se vinculó personalmente. En el Valle del Cauca aparecieron las bandas de la «era del zurriago» y otras muy temibles y bien organizadas, algunas formadas por libertas, descritas por don Luciano Rivera y Garrido (1897, pp. 200-211). Estas sembraron el terror entre los hacendados y campesinos de Cali a Cartago (cf. Cuervo y Cuervo, 1954, II, pp. 1366-1370). Hubo también movimientos populares contra algunos gamonales de provincia, como el realizado en Chocontá en 1853 contra la familia dominante de los Maldonado Neira (Fals Borda, 1961a, p. 24), y desplazamientos colectivos causados por hechos locales de violencia promovidos por las Sociedades Democráticas, como ocurrió en Cartago (Cuervo y Cuervo, 1954, II, pp. 1372-1373).

De igual manera, fue importante la intervención de las Sociedades democráticas en la política nacional. En primer lugar, su participación tumultuaria en el recinto del Congreso fue factor que llevó a la elección de José Hilario López como Presidente de la República, el 7 de marzo de 1849. Luego, sin el apoyo de las Sociedades, el General José María Obando tampoco habría llegado a la Presidencia de la República en 1853. Indudablemente la subversión liberal contaba con un elemento fundamental en esas activas asociaciones populares.

Pero las Sociedades Democráticas no actuaron solas, por lo menos al comienzo: tenían su grupo subversor de referencia en otra asociación denominada Escuela Republicana, fundada el 25 de septiembre de 1850 con la presencia del propio Presidente López. Este grupo pertenecía a las clases dominantes; pero pretendía divorciarse de ellas porque a la luz

de la utopía liberal había advertido las incongruencias e inconsistencias del orden señorial. Se enfrentaba a la élite con el apoyo de las nuevas ideologías democráticas y románticas en boga en los medios prestigiosos de París. Era así un grupo de antiélite, con ínfulas de revolucionario y aparentemente decidido a propiciar la transformación del orden vigente.

Los miembros de la antiélite de la Escuela Republicana cifraban entonces entre los 20 y los 30 años de edad: eran Salvador Camacho Roldán, Santiago y Felipe Pérez, Aníbal Galindo, Manuel Murillo Toro, José María Samper, José María Rojas Garrido y Foción Soto, entre otros. Perseguían el cambio social acelerado buscando fórmulas anti-coloniales, anti-hispánicas y anti-clericales, como lo confiesa uno de ellos a fines de siglo, enfrentándose a la opinión de los miembros maduros de la élite que juzgaban imprudente la rapidez y acumulación de las reformas. No respetaban las instituciones tradicionales, como la Iglesia. En efecto, algunos miembros como José María Samper, sostenían que el «catolicismo se opone a la república», y llamaban «clerigalla» al clero (Ortiz, 1907, pp. 239; cf. J. M. Samper, 1946-1948, I, pp. 237-239). Estos jóvenes bien, creían que «para todo podía y debía apelarse a la razón humana por medio de la libre discusión» y que lo más importante era buscar el poder de la opinión pública «como el más firme apoyo de las instituciones republicanas», con lo que estimularon e impusieron la libertad de prensa (Camacho Roldán, 1889, pp. XII-XIII; 1923, pp. 75-76, 195-196). Según don Aquilea Parra, estos muchachos rebeldes carecían de «experiencia política», dando a entender que aprenderían a tiempo la lección y que luego de sus ilusos esfuerzos, regresarían al seno del grupo madre (Parra, 1912, pp. 146-147). Así iba a ocurrir, en efecto.

De rebote, los Jesuitas, que habían vuelto al país en 1844, organizan también unas sociedades del bando contrario, o conservador, para contrarrestar, a las Sociedades Democráticas. Se llamaron ellas, las Populares; y su grupo elítico de referencia se denominó la Filotémica. Estuvieron presididas por don Mariano Ospina Rodríguez (Ortiz, 1907, p. 203). Pero estos grupos, en cuanto tales, no fueron tan

efectivos como sus contrarios (Cuervo y Cuervo, 1954, II, pp. 1353-1394; Henao y Arrubla, 1952, pp. 667, 668; Morales Benítez, 1957, p.213).

El ímpetu y la diáspora de los disórrganos fue tan grande en un comienzo, que los Congresos de 1850 y 1851 se vieron compelidos a dictar, una tras otra, medidas que afectaban tanto los valores como el marco normativo y la organización, del orden señorial. Su enunciado es obvio: ley de descentralización de las rentas públicas (20 de abril de 1850); ley que suprimía el grado científico para ejercer profesiones y que organizaba escuelas sostenidas por el Estado (15 de mayo de 1850); ley de expulsión de los Jesuitas (24 de mayo de 1850); ley que establecía escuelas gratuitas de artes y oficios en los colegios nacionales (8 de junio de 1850); ley de libre enajenación de las tierras de resguardo por los indígenas y eliminación definitiva del tributo (22 de junio de 1850); ley sobre desafuero eclesiástico (14 de mayo de 1851); ley de libertad definitiva de los esclavos, la que según don Joaquín Mosquera (Cuervo y Cuervo, 1954, II, p. 1373) tuvo el efecto de «un terremoto» al nivel de la comunidades, rurales (21 de mayo de 1851) ; ley que atribuía a los cabildos y a los vecinos parroquiales el nombramiento de los curas (27 de mayo de 1851). Así se traducían al formalismo de la ley, algunas de las ideas motoras de la utopía liberal de la época.

La última ley mencionada merece destacarse, no solo porque pretendió atacar las bases tradicionales del control eclesiástico, llegando «hasta los grupos ecológicos básicos y estimulando una participación activa de la feligresía en el manejo de las parroquias; sino porque fue el origen de un cisma en Antioquia al siguiente año y del destierro del Arzobispo Mosquera de Bogotá y los obispos de Cartagena y Pamplona, por desobedecerla (Mosquera, 1858, II, pp. 497 y sigs.). Un poco más adelante se llegó a hablar en la Cámara de Representantes de cisma total de la iglesia granadina para separarla de Roma, en inusitado movimiento encabezado por el sacerdote y diputado, don Juan Nepomuceno Azuero (Cuervo y Cuervo, 1954, II, p. 1409).

Más aún: el impulso iba llevando a torpedear la estructura de la propiedad agraria y a retar la condición señorial

en los campos. Que esto empezaba a ser posible, lo testifica Eugenio Díaz en su *Manuela*. Ya los amigos del nuevo gamonal don Tadeo pedían tierras, protestaban por las condiciones de los arriendos y renegaban de los hacendados y sacerdotes coligados contra ellos (1889, II, pp. 181-182 et passim). Los acontecimientos del Cauca y del Valle del Cauca, denominados «retozas democráticas», también lo indicaban con claridad.

La subversión no podía ser ahora más aguda y peligrosa, y naturalmente, hubo de dar lugar a inmediatos esfuerzos para detenerla. No obstante, su impulso fue tan grande, que llevó a la elección del General Obando como Presidente en marzo de 1853, y al extraordinario hecho de culminar en una revolución, por la cual los disórrganos accedieron totalmente al poder político. Es el único caso de una revolución exitosa en la historia de Colombia, aunque no hubiere perdurado sino por pocos meses, hasta el 4 de diciembre de 1854. Esta fecha marca la terminación de la fase aguda, o clímax, de la subversión liberal.

La Captación de la Antiélite

Los eventos históricos que se suceden a partir de mayo de 1851 ilustran un proceso social de amplia significación que pocas veces se estudia: el de la *captación* de la voluntad de la antiélite por los grupos dominantes, con el fin inmediato de buscar detener el impulso subversor y revolucionario o de variar el sentido de su dirección hacia metas ajustadas. En el presente caso, ocurre una captación de modalidad reaccionaria, ya que los jóvenes rebelde, ceden ante la presión de sus mayores y de los personeros de los grupos dominantes, sea por temor a la pérdida de posición, prestigio o recursos, o por atracción con prebendas y privilegios o por violencia física, lo cual les lleva al compromiso ideológico y a la prostitución de los ideales principales de la subversión. A consecuencia de este proceso, vuelven arrepentidos al seno de las familias y de los grupos originales de contacto primario, los hijos pródigos que se habían embrujado temporalmente con el afán de la protesta.

Además, el período que se estudia demuestra que por el solo hecho de la subversión, por la intensidad de los conflictos que desencadena, por el descubrimiento de las incongruencias, injusticias y aberraciones del orden vigente no llega a ocurrir nunca un retorno absoluto al *statu quo ante*. Puede surgir un orden social semejante al anterior, pero distinto de éste en aspectos cualitativos, materiales o tecnológicos de significación. Así, los grupos tradicionalistas colombianos, aunque triunfan sobre la revolución en 1854, no logran recapturar en su esencia el orden señorial que venía rigiendo hasta 1848. En cambio, después de la violenta represión inicial, auspician un ajuste entre elementos subversores y tradicionales, lo que les lleva al orden burgués.

Durante el clímax de la subversión entre 1849 y 1854, ocurre la reacción, como era de esperarse. En vista de los acontecimientos tan «extraordinarios y escandalosos» a que dio lugar, la subversión liberal provocó el despertar de los grupos tradicionalistas, que pudieron articularse ideológicamente y tomar conciencia de su propia tradición, quizás por primera vez. Toman como ideas claves las de la autoridad, el orden y la religión, en respaldo de los valores y las normas señoriales, a tiempo para evitar la asimilación de las pautas subversoras, coronando su esfuerzo en el corto período de quince años.

El refrenamiento del proceso comienza con un levantamiento armado en Pasto (la provincia más conservadora y católica del país) en mayo de 1851, que es prontamente sofocado. Acto seguido se agudiza el conflicto en la propia capital, donde adquiere características de lucha de clases, identificadas por el vestido: «los de ruana» o «guaches» por un lado, conformado por los de las Sociedades Democráticas, sus amigos y parientes; y «los de casaca» o «cachacos» (decentes) por el otro, compuesto por los miembros de las clases altas, adineradas y educadas. Estos grupos chocaron repetidas veces en las calles y plazas de Bogotá, en las barras del Congreso y en las corridas de toros (V. Ortíz, 1855, pp. 22-25). Las mismas tensiones, con análogos símbolos, se comunicaron a los campesinos: entre éstos se acude a la posesión o falta de las botas, es decir, «los descalzos» constituidos por los arrenda-

tarios y la gleba en general; y «los calzados», que eran principalmente los hacendados y los clérigos con sus respectivas familias (Henaó y Arrubla, 1952, pp. 683-684; Díaz, 1889, I, pp. 111 *et passim*).

Es obvio que el movimiento revolucionario y clasista estimulado por estos disórrganos no podía ser bien visto por los colegas, pares y parientes de la clase dominante ni tampoco por los clérigos, más aún, si llegaba a sus últimas consecuencias, modificando la estructura agraria y económica y trastocando la escala de valores del orden señorial. Así, muchos padres de familia ordenaron a sus hijos retirarse de las Sociedades, y en el Colegio Nacional se suprimió el ciclo de enseñanza superior, lo que también disminuyó el contingente de aquéllas (Cuervo y Cuervo, 1954, II, pp. 1367-1370, 1420; Ortíz, 1907, pp. 204-214).

No se sabe exactamente en qué momento empezaron a cambiar de actitud los jóvenes de la *antiélite*. El hecho aparece en 1853, cuando se observan síntomas de distanciamiento con las Sociedades Democráticas, como si los «hombres maduros» de las familias liberales (de que hablaba Camacho Roldán) hubiesen ejercido presión con éxito para detener la marcha revolucionaria y captar a los miembros de la antiélite. En los conflictos clasistas de ese año, los de la Escuela Republicana se ponen de parte de los «cachacos» y se traban en lucha cuerpo a cuerpo con «los de ruana». Así lo informa don Rufino Cuervo, en carta a don Joaquín Mosquera, de 3 de agosto de 1853 (Cuervo y Cuervo, 1954, II, p. 1421). Especialmente, el retiro del grupo de referencia se registra cuando en el campo empiezan a aparecer gamonales de nueva estampa, opuestos a los tradicionales que generalmente eran hacendados con buen número de arrendatarios o concertados a sus órdenes. Por lo visto, el control de las gentes del campo estaba quedando en manos de personas que no eran de fiar, muchas veces, funcionarios regionales del gobierno, pero sin conexiones con el grupo oligárquico tradicional. Tal era el caso del doctor Russi, el de don Tadeo; y el del gobernador de la provincia de Cartago, don Carlos Gómez, complicado luego en represiones locales sangrientas (Cuervo y Cuervo, 19.54, II, pp. 1371-1372).

La copa rebosa cuando un militar de clase inferior, antes comerciante de Ibagué, el general José María Melo, usurpa el poder el 17 de abril de 1854, con el apoyo de los draconianos y los artesanos, con lo que la subversión liberal llega a su culminación revolucionaria. Esto pudo ser un error táctico, ya que el Presidente Obando simpatizaba con los subversores; pero quizás era inevitable, en vista de que actuó como acelerador o precipitante de la revolución la amenaza de un ataque personal al General Melo a raíz de un grave incidente con un subalterno en el cuartel de Bogotá. Seguramente los disórrganos pensaban que la toma del poder era la única forma de defender la subversión liberal y las conquistas alcanzadas, que ya se veían amenazadas por la fuerte reacción tradicionalista.

Evidentemente, a la percepción del peligro revolucionario de subversión de clases, salta todo el grupo dominante, unido contra el nuevo «tirano» y «la hez de la sociedad». Con la excusa de restaurar «la democracia y la legalidad» (en lo que se incluía la defensa del derecho de propiedad que vino con el mito y la utopía) la élite monta una campaña militar comandada por los mismos que habían iniciado las reformas, ahora arrepentidos de sus actos: el General Mosquera, José Hilario López, Manuel Murillo Toro, Tomás Herrera y otros. Antiguos miembros de la Escuela Republicana, como Camacho Roldán, Galindo y los Samper, identificados otra vez con la élite, empiezan a darse golpes de pecho y a tornarse en escritores y oradores más ortodoxos. (Galindo, 1880, pp. 295-307; M. Samper, 1898, II, pp. 762-764; Lozano y de la Vega, 1939, p. 227; Ortiz, 1907, pp. 202, 240).

A la fuerza de la represión se añadió la debilidad del General Melo como dirigente revolucionario, para frustrar el impacto de la subversión liberal. Según su propio amigo y colaborador, el antiguo rector del Colegio Nacional, don Juan Francisco Ortiz, Melo resultó ser un líder débil e indeciso. Se rodeó de personas ineficaces e inmorales que no imponían respeto; se inmovilizó en Facatativá mientras sus enemigos tomaban a Honda y se reunían en Congreso en Ibagué, lo cual fue un error grave de estrategia política y de táctica militar. Arrinconado más y más en posiciones indefendibles,

Melo hubo de capitular en su propio cuartel de caballería, en el corazón de la capital, el 4 de diciembre de 1854 (Ortiz, 1907, pp. 219-221).

Derrocada la dictadura de Melo, fue Camacho el encargado de enjuiciar los acontecimientos de los años anteriores como fiscal acusador del Presidente Obando. A uno de los más entusiastas promotores de las Democráticas, el Vicepresidente José de Obaldía, se le dio la tarea de terminar con ellas en 1855, enviando prisioneros a Panamá más de 150 artesanos tomados antes con las armas en la mano; lo hizo Obaldía sin ningún reato (Cuervo y Cuervo, 1954, II, p. 1401). Estas intervenciones políticas de Camacho y Obaldía, ya captados por la élite, señalan la terminación de las Sociedades Democráticas en aquella etapa aguda (pues siguieron estos organismos intermitentemente en décadas posteriores, quizás hasta 1880). Son síntomas también del comienzo en firme del refrenamiento o frenación de la subversión y el advenimiento, muy apropiado, de los gobiernos conservadores de Manuel María Mallarino y Mariano Ospina Rodríguez. Con estos presidentes se inicia el ajuste para llegar al nuevo orden señorial-burgués. Esta tendencia, interrumpida solo en el interregno de las presidencias de Mosquera (1860-1867) se estudia en el próximo capítulo. Mientras tanto, la desilusión al nivel popular quedó bien expresada por boca de don Francisco Novoa, el herrero «melista» del pueblo de la Manuela, cuando exclamó: «Los mismos que nos enseñaban en la Sociedad Democrática que ni la propiedad ni la autoridad deben ser respetadas, fueron los primeros que se armaron para tomarnos cuenta de la sublevación contra el gobierno y de la expropiación, exagerando los hechos.»

Y la vuelta al ethos de pasividad en 1867, expresado por las normas de Rigidez prescriptiva, se destaca al aceptar don Francisco que, «Yo puedo ser liberal sin ser revolucionario de aldea» (Díaz, 1889; II, pp. 240-241).

El Sentido de la Frustración

Del estudio de la etapa aguda, o clímax, de la subversión liberal se derivan algunas conclusiones que nos pueden ayu-

dar no solo a entender el fenómeno desde el punto de vista telético, sino a proyectar las implicaciones que tiene para otros movimientos sociales de similar alcance.

Obviamente, una subversión no es necesariamente irreversible, así sean radicales las incongruencias y agudos los conflictos que fomente entre los componentes del orden social hasta el punto de la revolución. Se necesita mucho más que la voluntad de iniciar las mutaciones. Los elementos subversores -antivalores, contranormas y, disórganos- pueden desaparecer, no solo por absorción asimilativa, como fue el caso de la transición colonial, sino también por refrenamiento efectivo, dispersión o captación reaccionaria, ejercidas durante el período agudo de la transición, y aún en años posteriores, si se halla justificado.

En todo caso, se abren paso durante este período algunos valores y normas que lo distinguen del orden anterior, y que permanecen a raíz de los ajustes posteriores. Sobresalen los valores del Mecanicismo, que hacen posible la introducción de varias innovaciones tecnológicas; los del Nacionalismo, que tiene mayores implicaciones para la élite en vista de su trascendencia en las relaciones económicas con otros estados; y los del Individualismo empresarial, o lo que en otras latitudes sería la «ética calvinista», que encuentra adherentes entre los nuevos ricos de las capitales y un grupo antioqueño, con efectos secundarios, a veces contraproducentes, entre los campesinos de antiguas áreas indígenas en comarcas señoriales. Se traducen a normas de *laissez faire* y de Democracia formal, con la ubicua deformación caudillista, en lo que la subversión liberal abre verdadero boquete en la integración del país. Permanecen también los ajustes o cambios en las normas de Rigidez prescriptiva impuestos por el advenimiento formal de la República.

Debe destacarse el importante papel innovador y represor a la vez, que jugó en este caso la antiélite, que se dejó captar reaccionariamente. Por un momento se vislumbraron las tremendas consecuencias que una escisión de ese tipo en los grupos dominantes podría acarrear en el resto de la sociedad. Este fenómeno de rebeldía interna -que puede tener modalidades positivas, como se estudia más adelante- ha

ocurrido varias veces en la historia, especialmente cuando las antiélites se componen de intelectuales inconformes que protestan por las inconsistencias normativas y contradicciones morales e incongruencias del orden social en que viven.

En general, el comienzo revolucionario y la dispersión posterior de la subversión liberal de 1848 a 1867, en menos de una generación, destacan otra vez (como en el caso de la subversión cristiana y el orden señorial) el papel crucial que juegan los mecanismos compulsores y los factores estabilizantes para asegurar transformaciones duraderas en la sociedad. De los tres mecanismos compulsivos necesarios para provocar los ajustes de la subversión (estipulados en el Capítulo IV), dos se hicieron presentes en este caso, con grave falla del tercero. En efecto, durante el período de la transición liberal-democrática se alcanzó un nivel satisfactorio de dominación hegemónica de la maquinaria política. Se difundió y adoptó, aunque a medias, una nueva ideología y se establecieron los disórdenes para saturar en subversión a todos los niveles de integración, inclusive el comunal (no hay noticia cierta sobre el vecinal, y los datos sobre participación campesina son contradictorios). Esta tarea de desarrollo se empezó a cumplir satisfactoriamente.

Desgraciadamente -y esto fue crucial- se registraron graves fallas en el liderazgo del movimiento, que lo debilitaron, le descuidaron los flancos y le impidieron mantener la iniciativa.

Peor aún: además de sufrir los efectos de la desmoralizante grieta en el liderazgo, la revolución liberal no pudo llamar a su favor los factores estabilizantes que aseguraran el desplazamiento del cambio hacia la dirección deseada. Así, se cortó la subversión antes de que completara siquiera el primer ciclo de socialización, sin darle tiempo a la esencial transmisión de las nuevas normas y actitudes de padres a hijos. Se falló en el control de algunos mecanismos del poder, y no se alcanzó a legitimar la coerción, produciendo en cambio un caos innecesario y un desorden marginal; esto necesariamente debilitó la acción coherente y la efectividad de la subversión; y no hubo completa constancia ni persistencia en la acción, ni fidelidad a la ideología en los grupos subversores,

en tal forma que se registraron claudicaciones entre los disórganos y los grupos tradicionales.

Además, la falta de una tecnología nueva, apta para romper la tradición y el olvido de un desarrollo popular en el componente tecnológico (por lo menos en la región andina central) impidieron que este factor coadyuvase positivamente durante el período de la subversión para cimentar el poder de los disórganos. Las *innovaciones* técnicas realizadas no estuvieron bajo el control de éstos, sino que cayeron o permanecieron en manos de aquellos grupos que estaban comprometidos a mantener el orden señorial. Los señores las usaron, no solo para defender la condición de tradición, sino para impulsar el ya inevitable ajuste del cual surgiera un orden social más expedito a sus necesidades en las nuevas condiciones, el orden burgués. Estos procesos sociales y técnicos se estudian en el próximo capítulo.

6. Ajuste y Compulsión

Los mecanismos aplicados para detener la revolución liberal e impedir la descomposición del orden señorial, tales como la captación reaccionaria de la antiélite y la represión violenta, no fueron suficientes para volver atrás el reloj de la historia y alcanzar el *statu quo* ante. La fuerza misma de las ideologías nuevas, como reacción contra el mundo político colonial, impedía tal cosa. En cambio, se llegó a un acuerdo entre los residuos de la subversión y los elementos de la tradición, en el sentido de avanzar juntos hacia un estado postcolonial con «democracia», «libertad» y *laissez faire* como nuevas metas valoradas para el desarrollo económico y social (cf. Mannheim, 1941, p. 179). Este movimiento sirvió para conformar las bases del ajuste necesario para reconstruir la sociedad, en el que se pudiera alcanzar una utopía o *modus vivendi* mediante el toma y daca de la política nacional, en vista de la imposibilidad de alcanzar la utopía liberal absoluta. Cimentó el acuerdo la aparición de una nueva tecnología, cuyos elementos podían coadyuvar en la vigencia del orden social emergente: en efecto, hacia la misma época de los ajustes, empezaron a sentirse en Colombia los primeros impactos de la invención de la máquina de vapor.

La dinámica revolucionaria de la subversión liberal haría esperar que sus personeros se tornaran en grupos claves para imponer su voluntad en la conformación del orden social naciente, para que los ajustes se hicieran sentir más sobre la condición de tradición. Eso, por lo menos, fue lo ocurrido en la situación de conquista del siglo XVI. Empero en el período que ahora estudiamos, se realiza un extraordinario trueque en los papeles históricos de las colectividades envueltas en el conflicto. Los liberales, a cuya influencia e iniciativa se debió la subversión, resultan a la larga experimentando los retrocesos más significativos para producir la síntesis de la utopía, admitiendo entre sus seguidores la captación reaccionaria; mientras que los tradicionalistas, al principio arrinconados por el cambio, toman su pánico en victoria por la asimilación para sí de los grupos claves que imponen el toque de su ideología innovadora al desarrollo socioeconómico. Al ajuste liberal responden los conservadores con la compulsión burguesa.

Los nuevos grupos claves resultan ser aquellos que aprovechan económicamente la reacción post-colonial, y que de paso apoyan el retorno al clericalismo como defensor del orden. Son grupos que aparecen en algunas ciudades como Bogotá y Medellín, a raíz de la liberación del monopolio estatal del tabaco y el fomento de productos nuevos, como el café. A ellos les acompañan las familias antioqueñas emigrantes que colonizan el sur de su Estado. Estos grupos, pequeños burgueses en esencia, se van tornando en fundamentales para la constitución del orden social. Son asimilados o captados por el partido conservador, que en esa forma gana el papel de compulsar del orden y arquitecto de la nueva sociedad.

Al pasar el clímax y el anticlímax de la subversión en 1867, el ajuste dentro del campo liberal cae en manos del doctor Rafael Núñez, el General Julián Trujillo y don José María Samper, gigantes del cálculo y arquitectos del compromiso, que se vuelven víctimas de los riesgos que tomaron frente a sus contrarios más avezados y persistentes. Y el apremio sobre la dirección del cambio y la aplicación de los torniquetes de la compulsión conservadora, fueron las trascendentales

tareas de don Miguel Antonio Caro y de don Carlos Holguín. Entre estos prohombres se completa la metamorfosis de la sociedad colonial, para dar paso a la síntesis del orden burgués en Colombia.

A través de este desarrollo y avance socioeconómico en el siglo XIX se sientan las bases del país actual. Se trabaja sobre la descomposición parcial del orden señorial, del que permanecen valores y normas con pocas variantes, apenas las requeridas por las innovaciones políticas («democracia representativa», nacionalismo), comerciales (*laissez faire*) y tecnológicas (antivalores mecanicistas). Se debilita así en varias regiones del país el antiguo abolengo, para permitir el surgimiento de un nuevo tipo de campesinado y de una nueva aristocracia del dinero. Se crea también el sistema bipartidista y policlasista de hoy, a raíz de la intensidad del conflicto político, que tomó visos de guerra santa.

Sobre estos cruciales elementos de organización social del orden burgués, como productos de un intenso proceso de ajuste y compulsión, se concentra nuestra atención en el presente capítulo.

Creación de una Clase Media Rural

Quedó dicho antes que el orden señorial tenía sus paradigmas en determinados sitios, como las capitales de los virreinos, donde confluían elementos más vinculados con las instituciones políticas directrices de España. Estos podían imponer allí fácilmente sus patrones tradicionales de vida. En cambio, en provincias marginales como Antioquia, no fue posible establecer plenamente el orden señorial, por lo menos con la intensidad y devoción de Santa Fe de Bogotá, Cartagena y Popayán.

Los orígenes de la sociedad antioqueña están todavía envueltos en misterio. Por descripciones disponibles (tales como las relaciones de mando, los informes de oidores y los escritos de científicos o historiadores como José Manuel Restrepo), no parece que hubiera florecido allí el orden señorial, sino más bien una sociedad de propietarios-comerciantes, en ciudades como Santa Fe de Antioquia, Rionegro, Marinilla y

Medellín. Para ellos, la agricultura no era una forma sacra de vida con concertajes y tributos, sino un negocio redondo con mercado interno asegurado en comunidades mineras como Santa Rosa, Yolombó y Cancan. No tenían pergaminos, ni reparaban en trabajar con sus manos. Podían pensar, aún en 1781, en actos heterodoxos como libertar esclavos (J. M Restrepo, 1849, pp. 210-215; Posada, 1933, p. 26) y tumar la selva para asentarse, como ocurrió en Don Matías y en Yarumal, por los mismos años. Evidentemente, el libertar negros no era práctica general, y la colonización selvática contradecía la forma clásica del asentamiento español, pues los conquistadores preferían los abiertos y las explanadas ya civilizadas por los indios. Por lo tanto, existe la sensación de haber sido la de Antioquia una civilización algo diferente, marginal y semi-aislada en el virreinato, excepto en cuanto a la producción y exportación de minerales preciosos (Hagen, 1962, pp. 364:378).

Varios factores parece que impidieron en Antioquia el florecimiento del orden señorial: 1) la rápida desaparición de los indígenas por epidemias o por abusos de los mineros, lo que terminó también prematuramente las encomiendas locales (Zavala, 1935, p. 329); el predominio de la minería sobre la agricultura como actividad económica, lo cual frustró el desarrollo de la hacienda y de la tecnología del arado rudimentario, pues solo en Medellín se usaba el arado de madera, y muchos, alimentos, como el cacao y el trigo se importaban (J. M. Restrepo, 1849, p. 216; J. Parsons, 1949, p. 62); 3) el origen humilde o de común vasallo de muchas familias que llegaron a la región entre los siglos XVI y XVIII (vascuences, asturianos, andaluces, gitanos, sefarditas, soldados, cristianos nuevos; Simón, 1882-1892, V, p. 322), con, actitudes diferentes respecto al trabajo manual y la propiedad de la tierra.

Estos hechos son fundamentales para entender el subsecuente desarrollo autónomo de la colonización hacia el sur y su propia naturaleza, pues de allí emerge una clase media rural, la primera en el país y quizás también en toda la América Latina. El movimiento de colonos empieza en forma poco después de establecerse la Gran Colombia y sedimen-

tarse las nuevas instituciones anti-coloniales. Los antioqueños emigran por el decaimiento de la agricultura y la minería en las comunidades antiguas por el crecimiento demográfico y las hambrunas, por la ilusión de las guacas de oro indígena y la leyenda de Pipintá, y especialmente por la presión reformista del grupo de comerciantes medellinenses establecidos en compañías colonizadoras y constructoras de caminos, como los que en 1835 eran dueños del extenso territorio de Caramanta (J. Parsons, 1949, pp. 85-95). A estos comerciantes, empresarios y contratistas les interesaba el fomento de productos comerciales no señoriales, como el café, para exportarlos a Europa y los Estados Unidos; habían descubierto que ya era buen negocio en Centro América (Ospina Vásquez, 1955, pp. 244-246, 275; J. Parsons, 1949, p. 137).

Esta nueva mentalidad burguesa que se atribuye en otras culturas a la «ética calvinista», se desarrolla aquí endógenamente y en aislamiento político-económico (Hagen, 1962, p. 370; cf. Weber, 1958). Se esparce rápidamente; pero no ataca la propiedad rural. En Antioquia permanece la estructura agraria tradicional: los colonos, en efecto, salían a tierras del Estado o a latifundios abandonados, cubiertos de selvas. En realidad ella fue una expansión de la civilización antioqueña, y como tal reprodujo las características valorativas, normativas, organizativas y tecnológicas de esa peculiar sociedad. Sin embargo, las actitudes diferentes respecto a la tierra entre los «paisas» les permitieron explotar las nuevas posesiones dentro de una modalidad nueva de corporación familiar, lo que les abrió posibilidades autónomas de independencia económica, con una aureola de dignidad para el trabajo como no había en otras partes del país. Rompieron así, en buena medida las normas antiguas de rigidez prescriptiva. El resto de la sociedad colombiana tuvo que transigir con ellos, aunque los ajustes subsecuentes hubieron de provocar actos de violencia.

Clásica fue la ocupación de las selvas del Quindío y áreas adyacentes, que más tarde constituyeron el departamento de Caldas, colonización que siguió hacia el sur para culminar entre 1880 y 1890 en porciones alejadas del Valle del Cauca y del Tolima. Los veinte jefes de familia que funda-

ron a Manizales en 1848, todos de origen humilde, algunos arrieros, se organizaron en «comunidad», como una asociación fraternal basada en la institución del «convite» o intercambio de brazos. Le hacían frente con sus hachas y la realidad de la ocupación, a los intereses poderosos de los latifundistas que no poseían sino los pergaminos de la cédula real, en este caso una, fechada en 1801 y concedida a don José María Aranzazu. Los descendientes de éste, entre ellos un presidente del mismo Estado de Antioquia, se oponen a la ocupación de facto, de lo que se derivan graves choques y hechos de sangre. Se realiza una transacción en el terreno, en 1851, y el pleito termina con un decreto del Congreso dos años más tarde, por el cual se apoyan los intereses de los colonos reconociéndoles algunos derechos a los dueños legales de la tierra (Morales Benítez, 1951, pp. 24-27, 70-80): Van, pues, los disórrganos subversores de la capital apoyando a los grupos tradicionalistas de Antioquia, en cuanto a la lucha contra el latifundismo colonial, para crear pequeños propietarios. Procesos semejantes se observan en El Líbano al norte del Tolima (Santa, 1961) y en Támenesis, al sur de Antioquia, (Havens, 1966). La tendencia a apoyar a la pequeña burguesía rural se mantiene hasta la Ley 61 de 1874, con la que los colonos ganan reconocimiento jurídico y los decretos de 1882, cuando se estimula oficialmente la colonización y se fomenta el minifundio antieconómico y el latifundio como se le conoce hoy.

Para entonces, el Gobierno había concedido todas las tierras baldías que pedían las nuevas comunidades antioqueñas y que llegaron a sumar 96.000 fanegas y 194.000 hectáreas (J. Parsons, 1949; p. 98).

El resultado de esta lucha fue la creación de un nuevo tipo de hombre pequeño-burgués, cuya misión era la producción de riqueza. No se avergonzaba del trabajo, se educaba y crecía en muchos aspectos, y podía demostrar que «se puede vivir pobre y morir rico». Gentes con esta mentalidad anti-señorial no podían dejar de formar una civilización especial, cuyas bases fueran también anticoloniales, anticlericales y mecanistas. Pero debido a la derrota de la revolución liberal y a la actitud defensiva que tuvieron los elementos

de ese partido, la mayoría de los antioqueños entraron a la corriente que buscaba la compulsión sociopolítica con la supervivencia de los aspectos principales de la tradición. En esto cumplió un papel importante el gobierno autoritario del General Pedro Justo Berrío y el de su sucesor, don Recaredo Villa, quienes convierten a Antioquia en bastión conservador burgués y en soporte de la Iglesia Católica (lo cual lleva a los liberales, de paso, a buscar equilibrio geopolítico desarrollando como fortaleza liberal al Estado de Santander; M Samper, 1898, I, pp. 259, 298).

Con el respaldo de la burguesía en las ciudades antioqueñas, primero por sus exportadores, comerciantes y compañías camineras, luego por sus pequeños industriales, florece en los campos la sociedad minifundista del café y de los pastos artificiales, con los descendientes de los colonos y arrieros que habían tumbado las selvas del Quindío. Alcanzan ellos, de rebote, aceptable prosperidad. Sin el estigma de los cultivos de surco de las comarcas señoriales, los campesinos del Quindío y El sur de Antioquia protocolizan y refuerzan la creación de la clase media rural ya mencionada, cuya influencia se sigue sintiendo hoy, a pesar de las sucesivas particiones de la tierra por herencia. Estos minifundistas cafeteros son progresistas y judeizantes en cuanto a la economía y las aventuras comerciales; pero son tradicionalistas en cuanto a la religión y a determinadas normas de conducta. En esta forma, juegan un papel fundamental, no solo en el desarrollo de la economía nacional con su propia «ética calvinista» dentro del contexto católico, sino en el equilibrio político, constituyéndose en columna vertebral y en manantial del extraordinario conservatismo del pueblo colombiano. Sin embargo, con ellos se gana buena parte de la batalla inicial por la compulsión burguesa en Colombia.

Formación de la Gran Burguesía

Así como las gentes pobres de Antioquia despiertan y aprovechan de la situación post-colonial para cambiar de posición y romper parcialmente la estructura de castas y las normas de Rigidez prescriptiva, también sé experimenta por

los mismos años el surgimiento de una clase nueva de grandes empresarios, así en el partido conservador como en el liberal. Este esfuerzo produce un avance económico autónomo, sin importación de capitales o inmigraciones masivas extranjeras.

Dos actividades eran particularmente atractivas para el grupo empresarial, dentro de las metas de la «libertad democrática» con el *laissez faire*, la libre empresa y la propiedad privada, ideologías que venían de atrás y que también impulsaban a la burguesía europea contemporánea (Toynbee, 1947, pp. 288-289). Eran ellas: 1) la plantación y la concesión selvática con miras a la exportación de productos agrícolas; y 2) el comercio, representado por la importación de manufacturas extranjeras y la exportación de artículos nacionales, especialmente el tabaco, el añil, la quina y el café. Más tarde, se embarcan también, en grande, en la industria nacional de transformación.

Estas actividades económicas implican, por lo menos, los siguientes elementos: 1) la aceptación de nuevos antivalores mecanicistas; 2) una orientación nacionalista, con una mayor identificación con el solar patrio; 3) una mayor conciencia del valor de la maquinaria del Estado y su burocracia para fines de manipulación y control; 4) una orientación centrífuga en cuanto a las aventuras económicas, con crecientes vinculaciones con mercados y grupos económicos extranjeros; y 5) el desplazamiento de la aristocracia colonial.

La plantación, se hizo posible una vez que se abren las aduanas y triunfa la política librecambista de Florentino González. El producto que más se prestó para este tipo de explotación en aquella época, con mercado seguro en Europa, especialmente en Alemania, fue el tabaco. Así, se suprime su monopolio por el Estado, y a la cabeza de su explotación y exportación se colocan los hijos jóvenes de los nuevos ricos sin mayores diferencias políticas: los Samper, Camacho, Montoya, Sáenz, Nieto, Latorre, Umaña, Brigard, Argáez, Pizano, Tanco y otros, como lo describe detalladamente don Medardo Rivas (1946, pp.117, 119, 130-136, 144, 205, 262-263, 277, 282). Hacia 1850 empiezan a bajar hacia la vertiente del Magdalena medio, tumbando las selvas de la región y

abriendo campo a los colinos del tabaco. Fundan también en el cercano puerto de Ambalema una gran factoría, en la que se prepara el producto para la exportación (Díaz, 1889, II, cap. XX). Ya por el río corrían los primeros vapores de rueda traídos desde los Estados Unidos de América por Juan B. Elbers. Pero todo esto, en realidad, no fue sino una expansión de tipo hacendil y capitalista, al trasladar a aquella región elementos básicos del antiguo orden señorial (Ospina Vásquez, 1955, pp. 196, 198). Este impulso civilizador habría de durar hasta 1870, cuando se cierran las compras de tabaco colombiano en Bremen.

No obstante, el activo grupo de empresarios agrícolas no se desanimó por la caída del tabaco. Sus plantaciones fueron convertidas en dehesas de ganado, en cultivos de caña o café, o mantenidas como fincas de recreo. La tierra se destacaba ya como un refugio primordial para el capital y el ahorro, y como un seguro en casos de guerra civil. La nueva aristocracia hacendil, liberal y conservadora por igual, procede entonces a hacerse titular baldíos de cuyas selvas explota nuevos productos de exportación como la quina, el añil y el caucho; empieza a comprar a bajos precios los lotes que los «indígenas» habían recibido durante el reparto de los resguardos, y remata las tierras que el Estado había tomado de la Iglesia a través de los decretos de desamortización.

Por otra parte, hubo un mecanismo que también impidió el completo retorno al orden señorial una vez derrotada la revolución liberal, y antes propició el advenimiento del burgués. Este mecanismo fue de naturaleza tecnológica. Comenzando dramáticamente con el mejoramiento de la navegación por el río Magdalena, sigue un impulso mecanicista con la urgencia de construir medios modernos que facilitaran el transporte y el control de los productos de exportación, cuyo comercio era la base de la economía nacional y la fuente de prosperidad de los grupos dominantes. Con tal fin, se dedicaron grandes sumas y recursos para la tecnificación de vías y medios de comunicación articulados con la «espin dorsal» del Magdalena creando un movimiento social de envergadura que llevó a la presidencia de la república a quienes don Manuel Briceño llamaba, «los presidentes ferrocarrileros»

(1878, p. 9): Manuel Murillo Toro, Santiago Pérez y Aquilea Parra. Estos prohombres liberales, provenientes de familias no muy ricas, pero distinguidas, del Tolima, Cundinamarca y Santander, respectivamente, se van tornando en hombres importantes de negocios, accionistas y empresarios de entidad, en unión de otros copartidarios.

Exceptuando el caso especial de Panamá, la fiebre constructora comienza con la línea férrea entre el nuevo y floreciente puerto fluvial de Barranquilla y la cercana rada de Sabanilla (1869-1871), alargada después a Puerto Colombia

Entre 1888 y 1893 (Ortega, 1932; Rippy, 1943, pp. 650-663). En 1874 se inicia, el ferrocarril de Medellín, a Puerto Berrío, en el Magdalena; en 1878 comienzan las líneas portuarias de Cali y Cúcuta; entre 1881 y 1891 empieza a realizarse el ferrocarril de Bogotá al Magdalena y de Bogotá a Nemocón. Hacia la misma época, se construyen otras líneas inconexas, que para 1915 ya sumaban 1082 kilómetros.

Simultáneamente, el primer telégrafo se instala entre Bogotá y Conejo en el río Magdalena, en 1865; la conexión por cable con el exterior se hace en 1882. Los primeros teléfonos y tranvías aparecen en Bogotá en 1884. Algunas segadoras y trilladoras mecánicas se importan a las haciendas, y por la misma época se sugiere la compra de vehículos terrestres y otros aparatos de vapor (Camacho Roldán, 1893, pp. 442-448; M. Samper, 1898, I. p. 136).

La acumulación del ahorro pronto le permite al grupo clave dar un paso más hacia la diferenciación social: el constituir por fin la industria nacional. Se pensaba entonces que no podía haber nación moderna sin industria, tendiendo a descartarse la libertad de los cambios para proceder a la protección estatal. Las semi-industrias de mediados de siglo (hierro, loza, papel) habían sido muy rudimentarias y de corta vida. Así, los primeros intentos serios se registran con telares de mano e hilados en Samacá (Boyacá) y en Medellín, hacia 1886. En Antioquia aparece una fábrica de aparatos de beneficiar café, de invención autóctona, lo cual destaca la importancia que para el desarrollo industrial tuvo el estímulo de la clase media campesina que había colonizado la región meridional. Instalaciones para la elaboración de chocolate,

fique, vidrio y cerveza (Bavaria, 1891) empiezan su producción. Una fábrica de abonos químicos surge en Bogotá en 1894, pero se cierra poco después por falta de mercado entre los agricultores. Por lo visto, los campesinos no habían desarrollado aún ningún interés por los antivalores técnicos: las novedades en este campo eran solo privilegio de la élite (Ospina Vásquez, 1955, pp. 307-313). Casi simultáneamente, aparecen las instituciones bancarias: en 1864 llega el Banco de Londres, México y América del Sur; el primer banco de colombianos, el de Bogotá, se protocoliza en 1871, y el Nacional en 1881; la Compañía Colombiana de Seguros inicia operaciones en 1874. En todas estas instituciones aparecen como accionistas los nuevos ricos de ambos partidos, especialmente los del grupo liberal, que había sido captado.

Este extraordinario avance socioeconómico se realiza a pesar de las guerras civiles que tuvieron lugar durante el periodo. Enriquece a los grupos dominantes, como queda descrito; no beneficia a las clases humildes sino remotamente, abriendo pocos canales de ascenso social y económico: en efecto, no tuvo irradiaciones multiplicantes en los grupos ecológicos básicos. Se repite en parte la historia de la adopción tecnológica del siglo XVI, cuando los elementos más avanzados y eficientes, como los utensilios de hierro, las cañoneras y las armas, fueron exclusiva propiedad de la élite. Ahora esta es propietaria directa o indirecta de los medios de transporte y comunicación y de los aparatos de vapor, tan estratégicos dentro de la nueva estructura económica como lo eran la carreta y el caballo en el orden señorial.

Esta diferencial tecnológica torna cada vez más próspera a la gran burguesía, por los negocios de exportación e importación, por las vinculaciones extranjeras y por el dominio de la maquinaria económica, técnica y estatal. El avance fomenta el arreglo y el acomodo en las nuevas clases dirigentes de ambos partidos, el de la subversión liberal y el de la tradición conservadora, cuyo acuerdo anti-colonial sentaba las bases del entendimiento. Para ambos podía haber oportunidad de enriquecerse. Por eso en la nómina de los nuevos ricos se encuentran tanto de los unos como de los otros. Y siendo que para el decidido fomento de las técnicas y explo-

taciones adoptadas había necesidad de relativa paz, los más envueltos en los negocios fueron dejando a un lado sus ímpetus belicosos, descartando las charreteras de general rebelde para tomarse en promotores del orden, o en empresarios, banqueros, impresores o simples exportadores. Quizás esta asimilación burguesa fue uno de los factores que indujeron a Aquileo Parra, ya próspero hombre de negocios, a ser demasiado indeciso y débil como director del partido liberal durante los duros días de 1890 a 1900, cuando se había acorralado a la colectividad y los jóvenes pedían la guerra civil.

De la mayor significación fue el proceso de circulación, suplantación y asimilación que el grupo de empresarios realizó con la antigua aristocracia de abolengo. Al arruinarse esta por aferrarse naturalmente a la estructura virreinal ahora incongruente, o por su incapacidad en la administración directa de los negocios, busca amalgamarse por matrimonio con los nuevos ricos. Los Quijano se emparentan con los Nieto; los Valenzuela con los Samper; los Torres con los Sáenz; los Rivas con los Montoya. Todos mantienen las actitudes básicas del mundo señorial; pero son los *pavenus* quienes levantan vuelo con sus aventuras comerciales, con su nueva concepción del mundo, y también por su afán de lucro, que según el botánico Edouard André (y grande observador del país a través de sus viajes en 1875) era algo impresionante (André, 1884, p. 531; von Schenck, 1953, p. 25).

Inevitablemente, hacia estos grupos nuevos de la gran burguesía, claves dentro del nuevo orden, se va desplazando el *fulcrum* del poder. Los liberales, además, encuentran afinidad espiritual y literaria para organizarse en los ágapes del Olimpo Radical, especialmente entre 1865 y 1875 (Rodríguez Piñeres, 1950), lo que les permite, de paso, ejercer alguna influencia política. Los conservadores también mantienen sus sociedades. A través de tales personeros, o por conducto de parientes en el ejército y en los partidos, los aristócratas del dinero en ambos partidos alcanzan a manipular a su arbitrio la maquinaria del Estado. Llegan a transmitirse los cargos directivos de la sociedad como si fueran herencias familiares: de Pedro Alcántara Herrán a su primo Francisco Javier Zaldúa; de Santiago Pérez a su hermano Felipe; de Felipe

Zapata a su hermano Dámaso; de Manuel Murillo Toro a su entenado Nicolás Esguerra; de Francisco Soto a su hijo Foción; de Salvador Camacho Roldán a su cuñado Nicolás Pereira Gamba; de Miguel Samper a su cuñado Manuel Ancízar o a su influyente hermano José María; de Mariano Ospina Rodríguez a su nieto Pedro Nel (y de Pedro Nel a su sobrino Mariano Ospina Pérez); de Carlos Holguín a su hijo Jorge; de Miguel Antonio Caro a su primo por matrimonio Marco Fidel Suárez. (Es el antecedente de la misma tendencia a heredar posiciones políticas en años más recientes: la de Alfonso López a su hijo Alfonso López Michelsen; la de Laureano Gómez a su hijo Álvaro; la de Gustavo Rojas Pinilla a su hija María Eugenia de Moreno Díaz; la de Jorge Eliécer Gaitán a su hija Gloria de Valencia, aunque hasta ahora estos herederos no hayan tenido el éxito de sus mayores, quizás por la naturaleza de la transición social en el país en los últimos años).

De paso, esta transición del poder político y económico prelude la decadencia de las ciudades nobles: Santa Fe de Antioquia, Pamplona, Buga, Popayán, Cartagena, Mompós; y el surgimiento de los centros comerciales de Medellín y Cali y, hacia finales de siglo, los de Barranquilla y Bucaramanga.

Nada podía demostrar mejor que se estaba viviendo dentro de un nuevo orden social, en el que se actuaba con nuevos valores de apertura hacia la máquina, el mundo, la nación y la cuenta bancaria.

La Compulsión Religiosa y el Bipartidismo

Si los golpes de la reacción llevaron al partido liberal a ejecutar sucesivos ajustes en su política y en su posición doctrinaria, la fuerza del bando contrario llenó exitosamente sus funciones de compulsión para que el desarrollo siguiera la dirección que más le convenía, en apoyo del élan burgués. Para ello los conservadores tuvieron no solo la palanca de la tradición -una ventaja en sí misma- sino una mística extraordinaria que les permitió persistir sin desfallecer. Esta mística no se derivaba de la articulación ideológica a la que habían sido llevados los antiguos miembros del partido boli-

viano, por la plataforma de José Eusebio Caro y Mariano Ospina en 1849. Provenía más que todo de las convicciones religiosas, de la confianza en la moralidad de sus ideas, de cierta tendencia quiliasta que agudizó las confrontaciones, en fin, del fanatismo que irreductiblemente iba propinando golpes y que crecía a medida de que él mismo sufría algunos reveses.

Sabida es la forma como se recrudecen los conflictos cuando van envueltas en ellos las convicciones religiosas. Esa fue la experiencia europea durante el medioevo (entre cristianos y contra el Islam), y singularmente durante las guerras entre las iglesias en el siglo XVI. Por una parte, los bandos se delimitan perfectamente según valores Maniqueos: o se va en favor o en contra de la iglesia, y se está con Dios o el Diablo. No son permisibles posiciones intermedias, y si estas existen van quedando prontamente relegadas al margen de la contienda central. Esta se torna en pugna tremenda, en la que juegan por igual los rencores personales, las rencillas de familia, la intolerancia y el atropello, en la que el odio adquiere dinámica propia para polarizar las posiciones individuales y familiares.

Esta lucha religiosa, emotiva, rencorosa y personal, hace pasar en Colombia a segundo plano la conciencia clasista, y frustra los conflictos basados en la autoidentificación popular. Así, los partidos políticos colombianos se convierten en aglomeraciones donde quedan cobijados tanto los miembros de la élite como las personas de las clases bajas que comparten su inclinación, lo que da a estas una cierta sensación de satisfacción y seguridad de acomodo. El aparato partidista viene a ser policlasista, dividiendo verticalmente a la sociedad colombiana, agrupando a las gentes en bandos contrarios según sentimiento y convicción clerical o anticlerical, tradicionalista o progresista, conservador o liberal. Además, se logra al mismo tiempo producir una diferenciación regional según partidos, creando fortines homogéneos de liberales o conservadores en pueblos y veredas con fines de defensa, lo cual estimula el mismo sentido de pertenencia y seguridad dentro del partido que se deriva de la identificación con las clases superiores. Esto lleva a resucitar el Neo-

maniqueísmo de sumisión, para adoptar reglas de conducta política y social basadas en el conformismo, que luego satura otras esferas de la vida social (Torres, 1963, p. 95).

Este bipartidismo policlasista y conformista, de defensa comunal, tiene su origen en la confrontación religiosa de la subversión liberal de 1848 a 1867. Hasta ese momento, los partidos habían sido grupos personalistas, seguidores de caudillos o gamonales sin mucha urgencia de identificación ideológica, que diferían muy poco respecto a principios (J. M. Samper, 1886, I, p. 206). Esto se demuestra a través de la lectura de los primeros manifiestos suscritos por los ideólogos de los partidos en 1849, que fueron Caro y Ospina, por el conservatismo, y Ezequiel Rojas por el liberalismo (Santa, 1964, pp. 44-52). Pero la intensidad de los conflictos inspirados por la subversión fue de tal monto, que las gentes hubieron de alinearse claramente, llevándolas a decidirse según la emoción agitada o la convicción insultada. Las heridas que se infligían los grupos subversores y los tradicionalistas fueron tan profundas, que no podían menos que producir un grave cisma en el cuerpo social. Los liberales tenían el poder y habían articulado una posición revolucionaria anticolonial y anticlerical, de desafío a las normas y valores del orden señorial, especialmente los del Ultramundismo, el Naturalismo, la Rigidez prescriptiva y la Moralidad acrítica. Sus contrarios no podían hacer otra cosa que articularse también ideológicamente, y para el efecto acudieron a las fuentes de la tradición, en las que descollaba prominente el factor religioso. Por eso, lejos de ser este «elemento de unidad nacional» y de «orden social», como reza la Constitución, fue en cambio razón de conflicto y cruenta desunión entre los colombianos.

El momento crucial de esta articulación ideológica ocurre el 5 de mayo de 1853, cuando don Rufino Cuervo hace circular la «Exposición Católica» redactada por él, y que había consultado primero con los jerarcas de la Iglesia. En esta Exposición se refiere a la «serie de actos contra la Iglesia de Jesucristo en la Nueva Granada desde 1850» y que enumera a continuación, actos algunos de los cuales fueron mencionados atrás, como la expulsión del arzobispo y de obispos, la

atribución a asociaciones populares del nombramiento de los párrocos, la supresión del fuero eclesiástico, la cancelación de primicias y la expropiación del seminario arzobispal. Declara que estos son «graves ultrajes y desmanes contra lo más sagrado de nuestras convicciones y lo más caro de nuestros afectos», lo cual lleva a defender a la religión católica, apostólica y romana «porque es la religión de nuestra conciencia, la religión de nuestro corazón, la religión de nuestros recuerdos, la religión de nuestras esperanzas: la sostenemos porque la consideramos como una propiedad de familia... porque es el único y poderoso elemento de moral y civilización para nuestras ignorantes y heterogéneas masas populares... porque es el verdadero principio conservador del orden social, tan seriamente amenazado por los bandos y parcialidades que se disputan el poder en nuestra amada patria. El profesar, conservar y defender nuestra augusta religión es algo más... que una facultad, es un deber y deber santo, deber de honor, deber de conciencia, deber de cuyo cumplimiento habremos de responder ante el juez eterno». Sugiere luego diversas formas de acción para mantener la unidad de los católicos ante sus enemigos, para terminar comprometiéndose principalmente a lo siguiente: «Crear, confesar y defender hasta rendir la vida los dogmas, misterios y doctrinas de la religión católica...; reconocer, acatar y obedecer la autoridad del Pontífice Romano, vicario de Jesucristo en la tierra... sin que sean parte para separarnos de esta obediencia el temor, los halagos, el menoscabo en los intereses, la pérdida de los destinos, la miseria, la persecución, ni linaje alguno de padecimientos...; emplear nuestros esfuerzos, recursos y relaciones para que, revocándose las leyes antieclesiásticas, sea reintegrada la Iglesia en el pleno goce de su libertad, de su autoridad y de sus derechos...; comprometemos de la manera más solemne a sostener con nuestras propias fortunas el culto católico, en la parte que nos toque, siempre que la nación no contribuya completamente para estos objetos; no convenir jamás en que los intereses de la religión sean sometidos a los de la política; y bajo este concepto no apoyar ninguno de los partidos políticos que hoy o más tarde se presentaren en la Nueva Granada hostilizando los principios

y los intereses religiosos consignados en la presente exposición» (Cuervo y Cuervo, 1954, II, pp. 1411-1416).

La declaratoria de guerra santa no podía ser más clara. La Exposición Católica de don Rufino Cuervo, leída en, las iglesias de la capital, se reparte por todo el país y queda suscrita por centenares de personas. Obsérvese que ella llega en diáspora a las unidades básicas de la sociedad, a la comunidad moral y a las veredas del campo, a través de los curas párrocos.

La lucha se lleva también a esos niveles, traduciéndose a la vida personal y vecinal. Al campesino, como al elemento de ciudad, se le compele a identificarse con la religión de los padres como manera de alcanzar una sensación mínima de seguridad; y esta actitud, suficientemente sociabilizada, se va transmitiendo a los hijos. Por eso la afiliación política del, colombiano se torna pronto, y por primera vez, en herencia familiar. A partir de ese momento se vuelve un crimen horrendo, una inmoralidad, «voltearse» para adoptar las ideas del bando contrario. Por eso empiezan a hallarse veredas y comunidades homogéneamente conservadoras o liberales, en actitud de auto-defensa, a raíz de aquel conflicto político-religioso, característica social de desunión y tensión que persiste hasta hoy. Tal fue el caso de El Cocuy, liberal, contra Güicán, conservador, que tuvieron tan marcado papel en la guerra de 1885, y de casi todas las regiones andinas (Martín, 1887, pp. 84-86; cf. Fals Borda, 1931a, pp. 297-302).

En general, las contiendas internas a partir de 1853, que ostensiblemente buscaban el control del Estado y el usufructo del presupuesto, o el cambio de una Constitución, tuvieron en el fondo visos religiosos, en armonía con las consignas de don Rufino que se tornan en piedra angular del movimiento de recuperación del conservatismo. Valiosas en este sentido son las observaciones de los actores contemporáneos. Ellos no vacilan en afirmar que en las refriegas de liberales y conservadores apareció aquel elemento de guerra santa que hacía de ellas conflictos cruentos y despiadados. Tómense al azar las descripciones de don Juan Francisco Ortiz: hacia 1857, dice él, los dos bandos acudían a guerrear gritando unos «¡Viva la libertad!» y los otros «¡Viva la religión!»

Los primeros eran «rojos, herejes»; los segundos, «godos, fanáticos» (1907, p. 301). En igual sentido se pronuncia don Luciano Rivera y Garrido, quien observa la intensidad del conflicto al nivel familiar, señalando cómo antiguos amigos ni se saludan, y transmiten a la próxima generación las antipatías y los odios entre familias. Los principios que se invocan son, por una parte, los de la religión, la moral, la propiedad y la familia; y por la otra, los antivalores y contranormas de la libertad, el progreso, la soberanía popular y el derecho de sufragio (1897, pp. 307-308). Las mismas características de guerra santa son observadas por diplomáticos extranjeros sobre la que se había terminado en 1861 (Shaw, 1941, p. 581).

Las tensiones religiosas suben al decretarse en 1861 la desamortización de bienes de manos muertas, por Mosquera, que afectan los intereses de la Iglesia. Alcanzan el clímax al expedirse la Constitución «atea» de Rionegro en 1863, con sus restricciones al clero y su reto a la Moralidad acrítica. Además, se expulsa al arzobispo don Antonio Herrán, de Bogotá. Pronto se coligan las fuerzas de derecha, estimuladas por la condena del liberalismo que hizo el Papa Pío IX en 1864. Aprovechan una división interna del partido de gobierno y varios incidentes con Mosquera (lo del barco «El Rayo», etc.), se fragua un golpe de Estado para derrocar al Gran General. Este es apresado el 23 de mayo de 1867, antes de poder expedir medidas adicionales que hubieran empeorado las relaciones entre los partidos e impedido los necesarios ajustes, lo que marca el ocaso definitivo de la subversión liberal (Liévano, 1966, pp. 49-84). Sobre este particular se destacan los arreglos a que llegaron los jefes de la fracción «radical» del liberalismo con el jefe del conservatismo, don Carlos Holguín, para rectificar la política de Mosquera frente a las comunidades eclesiásticas (p. 62).

El conflicto religioso aflora nuevamente, y con total desfachatez, durante la contienda civil originada en el Cauca en 1876, que es considerada por muchos como una verdadera «revolución clerical». En efecto, su consigna era «Dios, Patria y Libertad», y según parece recibió gran estímulo con la segunda guerra carlista en España y la restauración de la

monarquía católica con Alfonso XII, al desplomarse la República en 1875 (Lema, 1927; Strobel, 1898).

Acusaban los clericales-conservadores al liberalismo de imponerse fraudulentamente en las elecciones, aplicando el aforismo de que «el que escruta elige», al que se debía contestar con «el santo derecho de insurrección» (Briceño, 1878, pp. 3, 59). Pero, ante todo, los clericales protestaban por la imposición de la política educativa del presidente Eustorgio Salgar y de su director de Educación, Dámaso Zapata, cuyas iniciativas de implantar escuelas normales (bajo la dirección de profesores alemanes protestantes) y libertad de enseñanza y de cátedra olían a masonería y a «plagio de la monárquica Prusia» (Zapata, 1960). En el Cauca, los obispos organizaron sus propias escuelas y sociedades, desobedeciendo los dictados del presidente del Estado, don César Canto. Este cierra «a bala» la Sociedad Católica de Popayán (establecida para contrarrestar la Democrática local), y se prende la guerra en la parte sur del país.

Los católicos del Cauca buscan inmediatamente el apoyo de los de Antioquia, proponiendo como *casus belli* la aprobación de leyes o decretos sobre tuición de cultos, o la insistencia en la educación libre. Se levanta casi simultáneamente una guerrilla en Guasca, cuya Acta de Pronunciamiento «en el nombre de Dios», fechada el 22 de agosto de 1876, sintetiza la Exposición de Cuervo (Briceño, 1878, p. 212). Este aspecto de guerra santa se encuentra también en las diversas proclamas que aducen la acción como «en guarda de nuestras creencias religiosas» (p. 289), y en las cartas suscritas por creyentes bogotanos (p. 322). Se dramatiza aún más con la aparición de soldados que concurrieron a la batalla de Los Chancos con cuadros de Pío IX y de Cristo con charreteras, y aun algunos cargados de cruz y con el pelo largo, a imitación del Nazareno; y otros insistían en ostentar sobre el uniforme un escapulario, con lo que irritaban más a los liberales (pp. 228, 281).

La sola amenaza del «gobierno teocrático» conservador sirve para unir a los liberales alrededor del gobierno del presidente Aquileo Parra, lo cual no había sido anticipado por los rebeldes. Pero también tuvieron en su contra a la burguesía

que empezaba a enriquecerse y cuya prosperidad corría grave riesgo con la guerra. Así, a la primera señal de reveses, el fortín antioqueño cede y su presidente Recaredo Villa, cabeza de los burgueses del Estado, urge a sus generales para que hagan la paz e impidan que la guerra entre a Antioquia (Briceño, 1878, pp. 244-246). Esta se termina poco después. Pero alcanza a consagrar las profundas divisiones partidistas que el elemento religioso había producido en el pueblo colombiano, como mecanismo de compulsión para asegurar el triunfo conservador dentro del nuevo orden social.

Ajuste y Captación Reaccionaria

El hecho de que queden derrotadas las fuerzas conservadoras en 1877, no quiere decir que triunfen los principios subversores de la sociedad. Por el contrario, ya para entonces corría una fuerte tendencia dentro del liberalismo -especialmente el aburguesado- para hacer arreglos con los opositores ideológicos, siendo uno de los más visibles capitanes de este movimiento don José María Samper, el antiguo furibundo anticlerical. Para este, «el partido liberal se ha perdido por exceso de fuerza y falta de responsabilidad», produciendo una «oligarquía sapista» (por «el sapo» Ramón Gómez que organizó hacia 1862 una maquinaria política autónoma en Cundinamarca) que no merece perpetuarse en el poder (Briceño, 1878, pp. 115-122). Poco más adelante se incorpora al conservatismo, y le siguen Camacho Roldán, Camilo A. Echeverri, Ramón Santodomingo Vila, Nicolás Pereira Gamba, y muchos otros (p. 44). Viendo la escritura en la pared, el mismo vencedor de Los Chancos, el general Julián Trujillo, se compromete a realizar los siguientes ajustes: 1) libertad de sufragio; 2) respeto a la soberanía de los Estados (que se estaban conservatizando uno por uno); 3) libertad religiosa de la mayoría católica; y 4) enseñanza de la religión católica en las escuelas (Briceño, 1878, p. 69), programa que trata de llevar a la práctica como Presidente de la República.

En 1878, correspondió dar posesión al general Trujillo de la Presidencia al doctor Rafael Núñez, entonces presidente

del Senado, quien articula en ese momento la consigna maestra del ajuste político: «Regeneración fundamental o catástrofe». Núñez representa, en efecto, el prototipo de la captación reaccionaria realizada durante el período post-subversor (Soto, 1913, I, p. 27). En sus manos iría a consagrarse el triunfo definitivo del ajuste que modificó al liberalismo de fin de siglo y le acercó en parte, a la forma conservadora de manejo del poder.

Núñez comenzó como un liberal rebelde en su nativa Cartagena, donde fue presidente de la Sociedad Democrática en 1849, director de *La Democracia*, ardiente tribuna de las libertades proclamadas en la última revolución francesa, partidario del general José María Obando, y anticlerical de remate (Lozano y De la Vega, 1939, pp. 124-125). Sanciona la Constitución de 1853 e implementa con su firma los decretos sobre desamortización de los bienes de la Iglesia.

Un viaje a Europa le hace ver nuevos horizontes y le lleva a leer sociólogos entonces de moda, como Herbert Spencer, a quien llega a considerar como el «verdadero fundador» de la sociología, en vez de Comte (Núñez, 1885, pp. 393-416). Este descubrimiento de las ciencias sociales tiene un inesperado ingrediente ideológico que le permite a Núñez colocarse mejor, políticamente, a su vuelta de Europa. No solo Núñez, sino otros muchos de su corriente, como Camacho Roldán, descubren en Spencer un puente para unir el clericalismo conservador al impulso renovador, técnico y científico del liberalismo (C. A. Torres, 1935, pp. 155-157). Este, en afán de compromiso parcial con el conservatismo, rechaza el irreligioso (y anticlerical) positivismo de Comte (Jaramillo Uribe, 1964, pp. 440-444). En cambio, el sociólogo inglés se torna en héroe cultural de las generaciones burguesas de fin de siglo, y sus libros reemplazan en 1882, en la cátedra universitaria de Camacho, a los de Bentham y Destutt de Tracy, con la bendición de Núñez (Camacho Roldán, 1892, pp. 204-244).

Poco a poco, Núñez va derivando de la sociología spence-riana “una ideología más serena” para suceder “al pernicioso imperio de teorías extrañas, a la indigesta asimilación de principios utópicos» (Lozano y de la Vega, 1939, p. 177). En

1874 ya empieza Núñez a conceder que «la conjura jacobina contra el catolicismo en una nación católica, no suena bien» y, poco más tarde, le admite en carta a Carlos Martínez Silva que «no soy decididamente anticatólico» (p. 185). En esta forma, como político sutil que es, y con la *libido imperandi* que le anota el profesor López de Mesa, va preparando su acceso al poder, cortejando a los jefes y grupos burgueses conservadores y estimulando a los liberales disponibles.

Ideológicamente, Núñez va racionalizando su captación, a tono con la tendencia de los tiempos. Ya para él, «los conservadores se han liberalizado, y los liberales han comprendido que de la noche a la mañana ninguna semilla puede convertirse en productivo árbol» (cit. por Lozano y de la Vega, p. 206). En sus comentarios sobre la República Francesa, recuerda que «las repúblicas se han perdido frecuentemente porque sus fundadores y administradores han creído que marchaban más con solo acelerar el paso, cuando todo en la naturaleza indica que progreso significa efectivamente graduación; esto es, movimiento ordenado y paulatino. Todo mecanismo dinámico debe tener un regulador; es decir, un contrapeso, algo contrario al impulso predominante. Las monarquías requieren instituciones liberales accesorias, y las repúblicas instituciones restrictivas o conservadoras» (Núñez, 1885, p. 456). El mismo se casa por poder, en París, en 1877, con una matrona conservadora, lo que no deja de ejercer influencia en su conducta posterior (Liévano, 1946, pp. 125-131). El político se va despojando así de sus antiguas vestiduras radicales, causando confusión en la generalidad de las gentes. Con razón, había discusiones al nivel comunal sobre si Núñez, ya presidente, era en realidad liberal o «godo», como lo constató en Zipaquirá el general Foción Soto en 1884 (1913, I, p. 201).

Núñez, y los que le acompañaban, dan el salto a «las derechas» definitivamente, al fracasar la guerra civil de 1884 a 1885, que se monta por los liberales radicales para tumbar al que ya consideraban traidor. Fue una guerra en la que también jugó el elemento religioso, como lo señalan el general-médico Julio Corredor (Martín, 1887, p. 325), y el ministro de la Argentina en Bogotá, don Miguel Cané (1907, p. 138).

El conflicto de 1884 a 1885 es un tratado sobre cómo no hacer una revolución: hubo fallas en la táctica, descuidos en la organización, desprecio por la técnica, falta de recursos y un liderazgo errátil y falto de consistencia. Demuestra, además, lo fútil del empleo de la violencia en condiciones en que el pueblo no responde positivamente a ella. Son increíbles y descorazonadoras las descripciones que trae el general Foción Soto sobre la falta de entusiasmo entre sus copartidarios por la guerra contra Núñez, lo que impidió levantar la moral del ejército, obtener dineros para pagar los soldados y comida para alimentarlos y sostener el impulso de la contienda. Es difícil entender cómo se lanzaba a un partido a la guerra con solo un mecánico de Labateca para fabricar las municiones o con carpinteros que fueron incapaces de construir adecuadamente las escaleras necesarias para traspasar las murallas durante el sitio de Cartagena (Soto, 1913, I, p. 148, II, pp. 64-65). Las inconsistencias y deserciones del propio Director de la Guerra, el general Sergio Camargo, solo son comparables a las ineptitudes de sus subordinados. Entre todos llegan al holocausto de La Humareda, donde es acribillada la flor y nata de los rebeldes.

La derrota del partido liberal, con Núñez en el poder, compele a este a acercarse más al partido conservador, con cuyas almas se había defendido. Don Carlos Holguín, quien había dirigido hábilmente a la colectividad conservadora propiciando la captación de Núñez y de su grupo y capturando Estado tras Estado a través de elecciones locales, cede la palestra a su cuñado, don Miguel Antonio Caro, el artífice de la compulsión final, cuya marca histórica se registra en la Constitución de 1886 y en la adopción del Código Civil. Núñez imparte formalmente sus instrucciones al Consejo de Delegatarios en 1885 para redactar la nueva Constitución que suplante la de 1863. Pero es el señor Caro quien impone sus puntos de vista, para asegurar el triunfo de la nueva burguesía y del partido clerical (Torres García, 1956; Lozano y de la Vega, 1939, pp. 33-34).

Mientras Núñez, marginado al fin en su casa del Cabrero en Cartagena, cogitaba si volvía o no al poder -y entonces, con quién gobernaría-, los conservadores tomaron decidida-

mente las riendas del Estado. Imponen la centralización política, el régimen presidencial y, ante todo, protocolizan legalmente la nueva alianza del Estado con la Iglesia. Un Concordato con la Santa Sede es aprobado en 1888, que concede a la Iglesia pleno control sobre la educación nacional, total autonomía de gobierno, el fuero eclesiástico antes disputado y ventajas fiscales. Dispone también que se indemnice a la Iglesia del perjuicio por la desamortización de sus bienes, mediante pagos anuales *ab aeternitatem*, y que se proteja a la Católica de la competencia de otras iglesias.

Inevitablemente, aunque sin llegar a la etapa política precolonial en lo cual se había logrado el acuerdo entre la subversión y la tradición, se produce el retorno a antiguas pautas de la señorialidad. Ellas empiezan a sentirse en todas partes: vuelven por tercera vez los Jesuitas y reconstruyen sus instituciones, dentro del marco burgués; en las antiguas áreas de resguardos, donde los latifundistas, se empeñaron en formar haciendas, reaparece la institución colonial, del concertaje (Fals Borda, 1961a, pp. 137-138; Triana, 1951, p. xii). El renacer de la hispanidad clerical se siente también en el campo intelectual; saturándose con la reacción de Balmes y con el movimiento greco-latino capitaneado por los Caros y Cuervos, que motivó la queja por «el retorno a lo español» de Ezequiel Uricoechea (1871, pp. xlvii-xlviii). Se afirma la tendencia reaccionaria con las abrogaciones de los presidentes conservadores que sucedieron a Núñez; con las arbitrariedades y persecuciones de que se quejan repetidamente escritores como Fidel Cano, Nicolás Esguerra y Miguel Samper, tales como las del decreto sobre actos subversivos del 17 de febrero de 1888 (por publicaciones contra la Iglesia, las autoridades, y el sistema monetario, y por incitaciones clasistas) y la «ley de los caballos» del 25 de mayo de 1888; se afirma la reacción con las actitudes de desprecio al pueblo del común, «los indios», descritas en la literatura del período, que señalan la resurrección del espíritu de castas.

La captación post-subversora de Núñez y de su grupo, en la modalidad reaccionaria, enseña hasta dónde puede llevar el compromiso ideológico cuando se va en búsqueda de los gajes del poder concebido como un fin en sí mismo. Se pue-

de racionalizar la situación y considerarla como una «evolución» del pensamiento de Núñez, como han hecho los amigos de este. Por supuesto, se advierten las tendencias dominantes de la sociedad burguesa hacia la «democracia católica» (apoyada por el triunfo carlista-alfonsista en España), que pudieron haber llevado a Núñez a la entrega ideológica, para «evitarle mayores males al país» y mantenerle su unidad política hasta cierto punto amenazada (Liévano, 1946, p. 430). Puede ser una «política realista» que eliminó del liberalismo sus elementos utópicos (Jaramillo Uribe, 1964, p. 289). Sin embargo -y esto es fundamental- también puede juzgarse la captación según los resultados en los gobiernos que sucedieron a Núñez: estos, muy intolerantes y perseguidores, fueron la afirmación reaccionaria de muchas tesis a las que se oponían los liberales, aún durante la época más calmada del ajuste.

Los conservadores y los burgueses, con Caro y Holguín como sus campeones, emplearon todos los elementos a su disposición para lograr esos resultados: ofertas de posición, de prestigio, de ventaja económica; o amenazas de sanción social basadas en el temor y en la violencia. Supieron utilizar las ideas y las armas. Pero lo hicieron sin caer en cuenta de que, al buscar el aniquilamiento del contrincante ideológico, cerraban canales y destruían mecanismos que hubieran hecho de Colombia un país mucho más adelantado, moderno y próspero de lo que alcanzó a ser. La síntesis burguesa no fue del todo feliz, pues mantuvo incongruencias inaceptables, que volvieron a estallar más adelante.

Por eso el proceso estudiado enseña también cuán fácil es derivar del ajuste al compromiso, y de este a la reacción que frustra el progreso.

Télesis, Desarrollo y Avance

El elemento telético del cambio social intenso observado en estos años de la historia colombiana, queda muy en claro cuando se analizan los elementos de la transición.

Al alcanzarse el clímax de la subversión revolucionaria hacia 1854, el desarrollo se había iniciado con el impulso

colonizador antioqueño y con las aventuras tabacaleras de la gran burguesía bogotana y de otras partes. El crecimiento era acelerado, y se palpaba la creación del nuevo orden, aunque no del todo como lo querían los «utopistas». Pero con la frustración del élan subversor se inicia el acercamiento a las fuerzas contrarias, para conducir al anticlímax de la subversión y al avance económico posterior.

Consciente o inconscientemente, tanto los partidarios de la subversión como los defensores de la tradición, hubieron de ponerse de acuerdo para fijarle algunas metas generales o superiores a la nación, y para establecer algunas reglas en el juego político que permitiesen alguna durabilidad al orden social que emergía. Lo primero se alcanzó en cuanto al acuerdo de presentar al país como miembro de la comunidad de naciones independientes, «modernas» o «civilizadas», trabajando las fuerzas políticas conjuntamente hacia plataformas anti-coloniales. Lo segundo se obtuvo mediante ajustes y compulsiones entre los grupos iconoclastas liberales y los burgueses, para ganar un orden social con «libertad», «democracia» y *laissez faire*. Los burgueses -pequeños y grandes- resultaron, a la larga, no solo dominantes, sino alineados en su mayoría con el partido conservador.

Una vez superada la subversión hacia 1867, el país sigue creciendo en el sentido impuesto por los grupos claves. La gran burguesía se hace cada vez más rica, influyente y poderosa, sin dejar afectar mayormente la estructura de castas. Construye ferrocarriles, compra aparatos de vapor y establece sus vitales conexiones internacionales. Este avance económico -que no desarrollo socioeconómico como aquí se ha definido- lleva al dominio de la maquinaria política por el mismo grupo. Sin embargo, en este dominio se realiza una confrontación capital de fuerzas, relacionadas con el estilo de gobierno (si federal o central, por ejemplo), el usufructo del presupuesto y de los negocios estatales, la política educativa y la cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Con estos asuntos se va al juego del ajuste y compulsión por los grupos interesados, lo que les toma hasta la década de 1880, cuando se impone el conservatismo. Es la época cuando también nace el bipartidismo (que no divide en grupos

económicos a la sociedad), el cual se constituye en elemento estabilizante del nuevo orden al evitar la identificación y la lucha de clases y, al afianzar los canales conformistas de ascenso social.

Evidentemente, este juego de ajuste y compulsión no es cosa de niños. Es una prueba de persistencia, apremio y fuerza, dirigida a llevar al oponente a posiciones descubiertas. Mediante el ajuste, se aprovecha de las oportunidades para enfatizar determinados puntos de vista, que pueden ser los de la transformación o los de la tradición. Por la compulsión se trata de imponer dirección y dinamismo al cambio. Ambos procesos implican una ágil estrategia que combina la aplicación de la persuasión, la coerción y la violencia, la formación de cuadros directivos (técnicos e ideológicos) y la difusión de ideas en los momentos precisos, cuando las circunstancias de la sociedad y el estado mismo del conflicto lo van reclamando. Exigen un liderazgo de múltiples recursos, constante, tenaz, capaz de embestir y retroceder, hacer finta y contraatacar, que utilice con destreza los mecanismos y factores de la compulsión y estabilización atrás estudiados. El contrapunteo resultante debe producir una síntesis en la nueva topia que, al superar la subversión, lleva al más durable orden social.

Juzgando por el caso de Núñez y su grupo, en este juego vital del poder existe el peligro de que el ajuste se convierta en compromiso o claudicación, y que la compulsión se transforme en imposición. Ello depende en buena parte de los factores de poder y técnica que puedan llevar los grupos a la arena de las confrontaciones; depende de la respuesta misma del pueblo a los empeños subversivos; y también de la personalidad de los dirigentes. El ajuste es un arreglo de largo alcance, con adaptación a las tendencias históricas de un pueblo y en armonía con visiones de estadista. En cambio, el compromiso, que puede ser para el lado de la subversión tanto como para el de la tradición, es arreglo de corto alcance, una maniobra que tiende a oscurecer la visión de conjunto y a confundir la estrategia general del movimiento, tanto como también la oscurece y confunde el imprudente empleo de la violencia en momentos o lugares en que ella es contra-

producente.

En el período de ajustes post-subversores que cubre dos generaciones entre 1867 y 1925, es fácil ver que los dirigentes del partido liberal no lograron usar su primera preeminencia para mantenerse como impulsores del orden. Se colocaron a la defensiva en momentos cruciales o en regiones estratégicas, dándole oportunidad a sus contrarios para articularse e imponer sus propias metas. El papel que jugaron los antioqueños, por una parte, y los señores Caro y Holguín como representantes de la gran burguesía católica, por otra, en este sentido fue espectacular. Los antioqueños conquistan para el orden grandes comarcas y fomentan en ellas la pequeña burguesía por los minifundios cafeteros. Caro y Holguín luchan y triunfan con sus ideas: fueron estadistas de visión y envergadura que estaban convencidos de la moralidad y justicia de su causa frente a la de sus contrarios. Las huestes militares de su partido fueron vencidas casi siempre; pero estuvieron listas una vez que la campaña ideológica empezó a dar sus frutos en el ámbito nacional.

En cambio, fueron los radicales quienes perdieron el control de la situación por la forma absurda como dilapidaron su good will con el pueblo, alienándolo a lo último y fatigándolo con sus absurdos requerimientos belicosos en un momento cuando estos no ofrecían ninguna solución racional. No había comparación entre Aristides Calderón, el jefe conservador de la guerra de 1885, y Sergio Camargo, su oponente liberal. A la larga, fue el pueblo el que determinó, con su apatía o con su participación, qué grupo habría de imponer la compulsión, o aplicar exitosamente la violencia y darle dirección al cambio dentro del nuevo orden social. La supervivencia de valores del orden señorial, con las fallas en la difusión ideológica y en la diáspora para saturar de subversión a la sociedad, impidieron que el pueblo andino oriental y el costeño se rebelaran para pedir mayor participación en los beneficios del avance económico; y por el contrario, permitieron conservatizarlos para preservar la secular resignación de las gentes humildes. Así no se democratizó suficientemente el impulso de la transformación social.

En esta forma se implanta el orden burgués. El triunfo de

«las derechas» y del partido clerical no pudo ser arrebatado, a pesar de las sangrientas y destructivas guerras civiles que se sucedieron en 1895 y de 1899 a 1902, que casi eliminan al partido liberal y arruinan al país. Evidentemente, en el nuevo período histórico tales guerras eran impolíticas o contraproducentes, aunque al partido liberal no le quedaba abierta sino la posibilidad de la violencia, en vista de que las otras salidas para realizar una acción política legítima le habían sido cerradas por gobiernos intolerantes. El efecto apocalíptico de la «guerra de los mil días», seguida por la intervención norteamericana en 1903 que culminó en la secesión de Panamá, hizo despertar al país a la realidad de que, en efecto, se estaba andando en el nuevo orden social. Para asegurar la transformación se necesitaba ganar la paz e iniciar formalmente todo el ciclo del desarrollo, empezando con la búsqueda de una nueva utopía que levantara los ánimos y justificara la eventual rebelión, así como la necesaria articulación nacionalista frente al «Coloso del Norte». Esto se lograría un poco más tarde.

De todos modos, el predominio político y económico del conservatismo que surge de esa época, ayuda a explicar la intolerancia básica, la profunda resistencia al cambio y la tendencia a mantener formas obsoletas de conducta política y social que se observa hoy en muchos sectores del país. Permite también que sobreviva el orden burgués hasta la década de 1920 a 1930, cuando fuerzas sociales y económicas organizadas de distinta manera, hacen un desafío más radical, comenzando nuevamente todo el ciclo de la subversión.

7. Subversión y Frustración en el Siglo XX

Desde finales del siglo pasado y durante los primeros años del actual, va ocurriendo, casi insensiblemente, una acumulación de cambios mayores y menores dentro del margen de tolerancia del orden burgués, que presagian transformaciones profundas en la sociedad (cf. Moore, 1963, pp. 50, 71; Cooley, 1909, p. 328). Algunos políticos, inclusive Núñez y Caro, se fueron inclinando hacia diferentes concepciones del Estado, prefiriendo, en teoría, el intervencionismo y algunas formas de «socialismo cristiano» (Torres García, 1956, pp. 226-228). Estas metas las adopta parcialmente el partido conservador. Pero la acumulación se ve más clara en el componente tecnológico. Por la naturaleza misma de las innovaciones mecánicas y otras análogas en este campo, se van descubriendo «instrumentos» para producir algunos cambios sociales y económicos, concebidos dentro de una nueva racionalidad: la de los fines «modernos» (como la meta de «nación civilizada») relacionados con determinados medios.

Esta tendencia instrumental se refuerza con la adopción de la ética empresarial («calvinista») con sus consecuencias en la estructura económica y política y en el libre comercio. Sin embargo, éste no es un nuevo ethos, porque no satura la

sociedad. Solo segmentos de ella, como la alta burguesía y los colonos antioqueños de clase media -en su mayoría conservadores-, siguen la tendencia instrumental de la época. Los otros grupos y las comunidades rurales señoriales siguen cobijadas por el ethos del Urbanismo de castas. Tampoco es desarrollo este proceso, excepto en cuanto a la forma como asegura la superación del reto liberal en los años del anticlímax o poco después, promoviendo y reforzando el orden burgués y alcanzando aumentos de productividad y riqueza en la industria y en otras actividades económicas.

Los procesos sociales, que hacen su aparición en este siglo tienen una dinámica similar a los de mediados del anterior. Pero existe una diferencia básica entre ellos: mientras que la introducción de la utopía liberal en 1848 no aseguró la coadyuvancia de la tecnología para los grupos subversores del momento, sino que la pasó al control de los burgueses, en el siglo XX ocurre una acumulación autónoma en el componente tecnológico que multiplica el impacto descomponedor potencial de otra utopía. La que aparece es la socialista en 1904, que no viene a tener efectos concretos sino en la década de 1920. Hasta cierto punto, el efecto total de la utopía en este caso quedó condicionado por el avance económico y social anterior cuya potencialidad de cambio, por las tensiones e incongruencias inherentes en el orden, llevaba eventualmente a una subversión. Por qué ocurre en 1925 y no antes, se debe a que aquella combinación entre el avance económico con sus consecuencias en la diferenciación y configuración de clases, los otros factores sociales, demográficos e internacionales ya mencionados y la aparición e impacto de la utopía socialista, solo se registra en los años inmediatamente anteriores.

Aquel impulso cismogenético del cambio va abriendo diques para la adopción de actitudes nuevas incompatibles con las tradicionales. Como se explica más adelante, empieza a emerger un nuevo ethos, el de la Secularidad instrumental, que incorpora los nuevos antivalores y las nuevas contranormas. Debido a que surge este ethos al mismo tiempo que aparecen los primeros planteamientos utópicos del socialismo, el ethos de la Secularidad aparece envuelto en el manto

ideológico de éste. Pero no deben confundirse las dos cosas. La Secularidad es una categoría analítica sociológica; el socialismo es una ideología política, con expresión concreta en la organización social. El análisis que sigue trata de reconocer la importancia del impacto de la Secularidad y la instrumentalidad rudimentaria que se venía incubando desde atrás, para hacer mover a la sociedad burguesa colombiana hacia un punto crítico a partir del cual se plantean cambios en los componentes valorativos, normativos y organizativos, que llevan a otra subversión. No se trata de analizar necesariamente el pensamiento socialista o su influencia.

Puede verse que, en una u otra forma, el orden burgués, que logra sedimentarse en dos generaciones, no puede hacerle frente al impacto combinado de la utopía socialista, la secularidad y la acumulación técnica, y empieza a descomponerse durante la década entre 1919 y 1929. El conflicto a que da lugar vuelve a enfrentar a los elementos tradicionales con los de la nueva situación de subversión, llevando a uno de los períodos más trágicos y confusos de la historia colombiana, el que desemboca en la corta revolución de 1948 y en la subsiguiente frustración implicada por la violencia. Después se logra, a duras penas, una síntesis táctica en el orden social-burgués del Frente Nacional que empieza en 1957. Para alcanzar la nueva topía se observan los procesos básicos de ajuste y compulsión, de captación y frenación o refrenamiento, en busca del dominio de los mecanismos compulsores y estabilizantes diseñados para el posible advenimiento de un orden social que, si los disórrganos respectivos hubiesen seguido dominantes, podría haber sido uno de tipo socialista.

Siendo que estos aspectos conceptuales fueron presentados y discutidos en capítulos anteriores, solo queda describir en éste lo pertinente y ello muy sucintamente.

Acumulación Técnica y Punto Crítico.

Las innovaciones técnicas en la agricultura, en el uso de la energía y en los complejos culturales relacionados con la industria, el transporte, la defensa, la comunicación, la medicina y actividades similares, que se habían ido acumulando

desde mediados del siglo XIX, fueron llevando insensiblemente a un punto crítico que inducía y exigía transformaciones importantes en los valores, las normas y la organización social del orden burgués. Estaban variando fundamentalmente las relaciones de producción.

En el capítulo anterior quedaron descritas algunas de las innovaciones principales que fueron básicas para el desarrollo de mediados de siglo y el crecimiento económico posterior, incluyendo la introducción del barco fluvial, el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, el tranvía, algunas segadoras y trilladoras mecánicas y otros aparatos de vapor. El ahorro acumulado en años anteriores por la burguesía le permite pronto pensar en la industrialización, y así se instalan los primeros telares mecánicos, una fábrica de aparatos de beneficiar café, y la industria del chocolate, el fique, el vidrio y la cerveza. Al mismo tiempo aparecen instituciones bancarias y entidades de seguros.

La acumulación en el componente tecnológico del nuevo orden y en la riqueza del país, no bien distribuida entre los grupos que la hacían posible, se acelera cuando el gobierno del General Rafael Reyes (1904-1909) echa por tierra las disposiciones anteriores e implanta el proteccionismo aduanero. Al amparo de este general, cuya concepción del progreso era la máquina y cuyo paradigma era don Porfirio Díaz, florecen las grandes industrias que hoy existen en Colombia: Telares Medellín (1906), Coltejer (1908), Obregón y Cervecería Bolívar (1908), Cemento Samper (1909), y muchas otras fundadas después; mientras en el campo comienzan en firme las grandes plantaciones modernas e instalaciones de beneficio del banano y la caña de azúcar (Ospina Vásquez, 1955, pp. 326-344; Eder, 1959). Las mismas tendencias se mantienen durante la Primera Guerra Mundial.

Hubo también una aceleración en el aumento de la población a partir de la última guerra civil, llegando a casi seis millones en 1918, cifra singular si se compara con las muy modestas del lento aumento durante el siglo XIX. Esto también inducía modificaciones al orden a través de los componentes demográficos, al variar las condiciones en la «escala social» (Wilson y Wilson, 1945, pp. 24-26).

Las innovaciones técnicas, al cambiar las relaciones de producción y fomentar la «instrumentalidad», además del aumento de población con sus consecuencias cismogénéticas, van exigiendo y propiciando un proceso natural o «normal» de diferenciación social, dando origen a nuevos grupos, roles e instituciones que sirven como mecanismos para mantener las mismas innovaciones: bancos, seguros, casas de comercio, fábricas, compañías de transportes y, en general; empresas. Con ello se crean algunos canales nuevos de ascenso social, se amplía la pequeña burguesía urbana y se dibuja un proletariado. Claro que todo este proceso de diferenciación y cismogénesis se verifica dentro del margen de supervivencia del ethos del Urbanismo de castas, dentro del marco de tolerancia a la variabilidad, y por lo tanto no es desarrollo social como se define en este libro. Sin embargo, el hecho de su aparición, formando una compleja estructura en los componentes de la sociedad, quebrando algunas tradiciones, fomentando algunas actitudes nuevas adaptables al orden burgués, y sobre todo alimentándose del «efecto de demostración» de los grupos asalariados, no podía dejar de tener consecuencias en las relaciones entre las castas, para llevarlas a una mayor conciencia de sí mismas y convertirlas en clases más abiertas y flexibles. El descubrimiento del espíritu de clase es en estas circunstancias, un punto crítico que determina el curso de acontecimientos posteriores, para lo cual los grupos afectados buscan el apoyo ideológico pertinente.

Los intelectuales de la gran burguesía, siempre alerta a sus intereses, ya habían observado los movimientos político-sociales que habían sacudido a Europa hacia finales del siglo XIX, y particularmente la creación de la primera República Española, con sus tildes de anarco-sindicalismo y socialismo. Las tendencias del parlamentarismo en otros países de Europa eran síntoma de grandes cambios. La escritura en la pared estaba cada vez más clara: se acercaba una gran revolución económica que retaría la estructura de castas del orden señorial-burgués, por acción simultánea sobre dos de sus componentes: el tecnológico y el valorativo. Aníbal Galindo lo expresó así en 1880:

«Las fases características de esta revolución económica son tres: 1) la accesión de todas las clases, hasta las más ínfimas, a los bienes y comodidades de la riqueza, por el extraordinario incremento de la producción y por la ínfima baratura a que salen los productos fabricados con la ayuda de esos autómatas que trabajan por salarios infinitesimales: la fotografía, la oleografía, la telegrafía, la litografía, la imprenta, la máquina de coser, las máquinas de hilar y tejer el algodón, han puesto al alcance de las últimas clases sociales, comodidades, placeres y fruiciones que eran antes el privilegio de los potentados de la tierra; 2) la anulación creciente del trabajo muscular, del trabajo de bestia de carga, impuesto al trabajador antes del progreso, y su reemplazo por el trabajo intelectual y moral de la atención y de la vigilancia, a que van quedando reducidas las funciones del obrero en el taller moderno. Por todas partes, *mutatis mutandi*, el carguero pasa a la categoría de guarda o vigía de un camino de hierro...; y 3) la dislocación de los grandes centros de población, para buscar el nivel del trabajo y del salario en el mercado del mundo, merced a la rapidez, a las facilidades y a la baratura con que pueden efectuarse los viajes por las modernas vías de comunicación» (Galindo, 1880, p.308).

La pequeña burguesía que resulta de este primer proceso tiende a identificarse con las clases altas, de quienes depende su subsistencia; pero no se desvincula aún de sus orígenes humildes, y en los primeros momentos de crisis, se pone de parte de los obreros y artesanos. Solo más adelante, aumentados sus efectivos y asimilados más profundamente por los elementos de la élite, tiende la nueva clase media a ser conservadora y decidida partidaria de la acomodación social. No obstante, su surgimiento tiene, de rebote, consecuencias profundas en la conciencia de clase de los elementos proletarios y campesinos, que empiezan a entender las diferencias en su posición social, a traducir dinámicamente el efecto de la posesión de recursos, ventajas y prebendas, y a aspirar al usufructo y goce de los diversos medios de la producción económica. El descubrimiento de que es posible ganar una forma de vida diferente de la rutinaria por el esfuerzo, por la educación, por el comercio o la industria, despierta la ener-

gía latente del pueblo y le hace estar alerta a las oportunidades de mejoramiento. Esta nueva conciencia en el tiempo la identifican los proletarios y campesinos ancianos de hoy, al recordar los eventos pasados y exclamar: «Cuando llegó el progreso...» El «progreso» resultaba de la acumulación tecnológica del «efecto de demostración», de las oportunidades instrumentales de avance y mejorar, de los nuevos mecanismos de empleo, de las posibilidades de salir de la provincia y de dejar el nicho comunal.

Todo esto no pudo ser intencional. Los grupos dominantes, aún con su admirable inteligencia, no podían anticipar las consecuencias inherentes al proceso tecnológico y económico que propiciaban, sino en la forma lejana y teórica como lo hacía Galindo, para quien los efectos de semejante «revolución» no podían llegar a Colombia sino cien años más tarde y sin embargo, tuvo características de inevitabilidad: en efecto, la acumulación tecnológica, con sus consecuencias en la división del trabajo para hacerla más compleja y con resultados en cuanto a la identificación clasista, no podía menos que llevar al orden burgués a un punto crítico de descomposición.

Un primer síntoma de tensión social entre las clases ocurrió en 1919, a raíz de la Primera Guerra Mundial y el período de estrechez económica que sufrió el país. El gobierno de don Marco Fidel Suárez (ilustre escritor de origen humilde, aunque captado y asimilado por las oligarquías a través de vínculos educativos y matrimoniales) había decidido adquirir en el exterior algunos centenares de uniformes para la policía. Los obreros sastres de Bogotá y otros artesanos se organizaron para solicitar al presidente que solo se comprara la tela en el extranjero, y que los trajes se confeccionaran en el país. Determinaron salir a las calles para expresar su sentir, el domingo 16 de marzo de 1919. La policía atacó a la multitud y hubo muertos y heridos. Los acontecimientos dieron pábulo al descontento nacional e impulsó al conflicto clasista y obrero-patronal, para el cual el gobierno se encontró completamente impreparado.

En especial, a raíz de los negocios e inversiones que surgieron de la bonanza económica por la indemnización de

Panamá desde 1924 («la danza de los millones»), fue quedando más y más claro que los beneficios de ella no se estaban irradiando con ninguna atención a la equidad. La bonanza no llegaba a los grupos menos privilegiados sino en escala muy reducida. Esto dio mayores perfiles a la nueva perspectiva de clase, y agravó la situación de conflicto. En efecto, la intensificación de la construcción de carreteras y ferrocarriles en esos años tiende a atraer un buen número de campesinos que abandonan sus parcelas y se emplean en las obras públicas, con jornales artificialmente más altos. La agricultura sufre en todas partes por esta causa. Se encarecen los alimentos, se produce una inflación y descende el nivel de vida. Las gentes se agitan en las ciudades, pero no regresan al campo. Los jornaleros de vías pasan a las nacientes industrias y se convierten en obreros de fábricas, en el proletariado industrial, en condiciones no muy satisfactorias (Nieto Arteta, 1962, pp. 326-328; García, 1955, p. 242).

En cambio, los grupos dominantes de orientación centrífuga seguían en plan de mayor enriquecimiento. Consiguieron explotar ampliamente la mano de Obra, oprimiendo a los obreros mediante actitudes derivadas del antiguo ethos del Urbanismo de castas, con arrogancia y la imposición de fuerza. Esto invitó eventualmente a una reacción obreril. Una primera huelga de los trabajadores del petróleo empleados por la Tropical Oil Company, en Barrancabermeja, es reprimida en 1927 y son muertos sus promotores. Una masacre peor ocurrió a fines de 1928 en la zona bananera de Santa Marta, para liquidar una huelga de obreros de la United Fruit Company que querían mejores condiciones de trabajo. Estos conflictos sirvieron para destacar el punto crítico a que había llegado el orden social y la naturaleza instrumental de la subversión que estaba propiciando. Ni el gobierno ni la burguesía parecían estar listos a hacerle frente, ni podían entenderla.

Sin embargo, allí comienza el desarrollo socioeconómico del presente siglo. Los observadores más autorizados han fijado el año de 1925 o sus vecinos como aquellos en que se observa más claramente el proceso, con el aumento casi inmediato de las tasas de «desarrollo económico» (Mesa, 1965; Nieto Arteta, 1962, p. 326; Ospina Vásquez, 1955, p. 420;

García Cadena, 1943, pp. 126, 130). Entre 1925 y 1929, gracias al impulso provocado por la indemnización de Panamá, la rata anual de crecimiento del producto bruto per cápita fue de 5.2 por ciento (CEPAL, 1955, I, p. 27). Desde 1919 opera la Sociedad Colombo-Alemana de Transportes Aéreos (SCADTA), cuya subsecuente conversión en AVIANCA tuvo grandes efectos positivos en la economía burguesa, así como en los procesos de integración regional y nacional. Las líneas telefónicas suben de 5.005 en 1913 a 34.680 en 1927. El volumen del correo se cuadruplica en el mismo período (Fluharty, 1957, pp. 16, 32; Currie, 1950, pp. 133 y sigs.). Había ya 15.350 automóviles en 1929. Se fundaron 842 establecimientos entre 1930 y 1933, incluyendo todas las actuales industrias colombianas básicas, y los índices industriales volvieron a subir entre 1939 y 1948, de 100 a 243. Hasta 1953, el producto bruto de las actividades industriales, el transporte, la energía, y los servicios públicos, aumentó a ratas anuales que iban de 7.8 a 9.1 por ciento. En 1953, el número de obreros industriales subía a 200.000 y el valor del producto de la industria de transformación era de 3.917 millones de pesos, comparado con 641 millones, como era en 1945 (Mesa, 1965, pp. 9, 14). Hacia esta misma época se funda la primera industria pesada en Colombia, la Siderúrgica de Paz de Río.

La agricultura mientras tanto, había quedado casi estacionaria, pues las introducciones de aparatos agrícolas de vapor fueron muy reducidas. Algunas haciendas se beneficiaron con estas innovaciones. Sin embargo, en la década de 1920 a 1930 empiezan a adaptarse algunos elementos nuevos, como abonos químicos y aspersores en la región andina (Deutschmann y Fals Borda, 1963, pp. 46-50). Son los hacendados quienes primero los adoptan; luego les siguen los agricultores medianos que los arriendan a sus vecinos minifundistas, llevándolos así, poco a poco, a una importante transformación en las técnicas agrícolas, quizás la mayor desde cuando el arado rudimentario fue introducido al orden áylico en la época colonial. Algunas fábricas de instrumentos agrícolas mecánicos, como la trilladora, se fundan con éxito (en Pasto). Los campesinos empiezan a acostumbrarse al

paso de esas máquinas periódicamente, tiradas por yuntas de bueyes. Hacia 1950 ocurren otras innovaciones: herbicidas químicos, nuevos líquidos de aspersión.

Muy importante fue la rápida adopción del tractor agrícola, cuyo número sube de 3.821 en 1938 a 16.493 en 1956. El uso de este aparato se extiende de las haciendas a los minifundios a través de formas de arriendo, principalmente para la preparación de barbechos. Provoca también un reto a la fuerza de trabajo, especialmente la juvenil, cuyas aspiraciones se tornan de la agricultura del azadón y el esfuerzo físico directo, a la mecánica y el manejo de los nuevos aparatos. Las consecuencias de este impacto en la agricultura (desaparición de yuntas de bueyes, por ejemplo) y en la conducta (creación de nuevas posiciones, roles y expectativas) son de una importancia estratégica para estimular la cismogénesis en el orden burgués, gracias al alcance del punto crítico a que se ha hecho referencia (Fals Borda, 1959).

Esta tendencia pronunciada hacia, la técnica en Colombia se demuestra también en otras formas: las ciencias modernas y tecnológicas van desplazando a la abogacía, la teología y la filosofía en las universidades del país; se empiezan a ensayar los servicios de extensión agrícola; las empresas comerciales de fomento prosperan a la par con los primeros institutos agrícolas especializados; las profesiones de agrónomo y veterinario adquieren prestigio; se ensayan los primeros distritos de irrigación en el Tolima y se construyen las primeras represas grandes para controlar el río Bogotá; se multiplican las líneas de buses en todas partes, fomentando la creación de nuevos mercados y unidades económicas metropolitanas; y la medicina moderna empieza a entrar a los pequeños poblados y a los lejanos vecindarios con convincentes efectos de demostración.

Todos estos elementos técnicos innovadores, auspiciados por empresarios o intelectuales conservadores y liberales, debían afectar el orden burgués, así se estuviesen haciendo esfuerzos para frustrar sus efectos en las actitudes de casta. Al converger la tecnología y el cambio económico sobre la organización social, al mismo tiempo que se atacaba, por otro lado, el sistema tradicional de valores, el resultado no

podía ser otro que una inducción subversiva. Según Mesa, «en los primeros años de la post-guerra, el desarrollo de las fuerzas productivas era de tal naturaleza que chocaba ya violentamente con todas las relaciones de propiedad establecidas, con todo el sistema jurídico, con todas las normas de la sociedad, con todos los planos de la cultura. La contradicción entre el país agrario y semi colonial y la nación moderna y predominantemente burguesa, empezaba a llegar al clímax» (Mesa, 1965, p.8).

Por supuesto, el clímax lleva a una frustración un poco más adelante, pues la subversión del orden burgués no alcanza a culminar en la síntesis del posible orden socialista a que lo llevaba el reto instrumental en los valores. Pero los esfuerzos para neutralizar el impacto de la tecnología moderna y de la naciente conciencia de clases no fueron suficientes. El solo paso de la etapa del arado de madera a la de la mecanización agrícola, implicaba una transformación profunda en las actitudes y en las pautas de vida de las gentes del campo; y la más amplia difusión de la fábrica provocaba asimismo el cambio en las costumbres y en el Weltanschauung de los grupos proletarios de la ciudad, capaces ahora de hacerle frente a sus patronos.

Por tanto, el impulso tecnológico e instrumental de los grupos burgueses de los distintos partidos, que permitió alcanzar y sobrepasar el punto crítico de acumulación, cumplió su papel de promotor de la subversión, para animar a las gentes a rebelarse en pos de un nuevo orden social, que se esperaba fuera más satisfactorio y productivo que el anterior.

La Utopía y los Campos Claves.

Aníbal Galindo estaba profundamente equivocado en cuanto a la velocidad a que venía andando su «revolución económica»: no cien, sino veinticuatro años más tarde de la profecía, un miembro de su propia clase el General Rafael Uribe Uribe, desertó de ella para hacer un primer ataque formal a los valores vigentes.

El propósito manifiesto de la actitud iconoclasta del General Uribe fue buscar una ideología que sirviera para revitali-

zar el partido liberal, que acababa de salir exhausto y diezmado de la guerra civil de 1899 a 1902. Uribe, que fue uno de los jefes rebeldes, se había convertido en campeón de la paz para reconstruir al país luego de la dolorosa secesión de Panamá. Sus meditaciones sobre la literatura pertinente (y el ejemplo de algunos reformistas, como Gladstone) le fueron llevando al socialismo como una ideología capaz de darle el vuelco que necesitaba la nación en esa nueva época (Santa, 1962, pp. 411-423).

Quería Uribe que el partido liberal fuera el campeón de las reivindicaciones populares y que tomara, la bandera del sindicalismo, de las prestaciones sociales, de la justicia distributiva, de la reforma agraria y tributaria, todo lo cual podía hacerse, en su opinión solo a través de un estado intervencionista. Sus ideas fueron difundidas a través de una conferencia pública en 1904 que, como era de esperarse, fue recibida con extrañeza, por los jefes políticos y grupos dominantes de los dos partidos tradicionales (Uribe, 1904). Poco más tarde salió en viaje por la América del Sur y, años después de su regreso, insistiendo aún en sus tesis, cayó asesinado en las calles de Bogotá, el 5 de octubre de 1914.

Un pequeño grupo socialista llegó a formarse las oportunidades de difusión que se le presentaron después, por las tensiones que empezaba a experimentar el orden burgués, fueron elementos que aceleraron la subversión, de éste. Hacia 1925, que es el año cuando comienza claramente la subversión, ya habían quedado visibles aquellos grupos o disórganos cuya filiación ideológica les llevaba a retar profundamente el orden vigente.

El primer disórgeno era el grupo socialista mismo, que se constituye en una antiélite. Compuesta esencialmente por universitarios de familias distinguidas de las clases altas y media, entre los 20 y 25 años de edad, eran jóvenes que empezaban a entender el sentido de los nuevos tiempos. Como los de la Escuela Republicana de 1850, también ahora estos reaccionaban de manera crítica y revolucionaria, en son de protesta por las desigualdades sociales y las incongruencias e inconsistencias morales del orden burgués. Aunque la Revolución Mexicana les atraía por su dramatismo y cerca-

nía, era la Rusa la que inflamaba su imaginación. Empezaron a reunirse periódicamente en una nueva institución, «el café», que había desplazado a las antiguas «botellerías». Así, en el Café Windsor de la calle 13 se forma en 1922 el rebelde e iconoclasta grupo de «Los Nuevos», al que ingresan entre otros, Gabriel Turbay, Alberto Lleras Camargo, Juan y Carlos Lozano y Lozano, Germán Arciniégas, Moisés Prieto, Guillermo Hernández Rodríguez, Luis Tejada y, marginalmente, por razón de su origen social, Jorge Eliécer Gaitán, quien se había distinguido por sus arengas durante el sangriento domingo del 16 de marzo de 1919, y cuya tesis doctoral había versado precisamente sobre «las ideas socialistas en Colombia» (Osorio Lizarazo, 1952, pp. 64-65, 210, 255; Fluharty, 1957, p. 29). El grupo se estimula poco más tarde con la adhesión del importante escritor y periodista, don Luis Cano, la del antiguo radical, don Antonio José Restrepo, y la de los señores Gerardo Molina, Antonio García, Luis Carlos Pérez, Luis Rafael Robles y otros, quienes también hacen profesión de fe socialista. El Partido Socialista Revolucionario (PSR) se formaliza en 1926.

En el Windsor se oía «la voz de la futura Colombia». Se discutían los objetivos de la revolución rusa junto a las modernas tendencias literarias y artísticas, y se agitaba la bandera del cambio social en Colombia y la lucha contra «el pretérito reaccionario»; De allí surgen ideas seminales que luego se difunden ampliamente, como la organización estudiantil y la organización sindical. Son tendencias que poco más adelante encuentran amplia realización, creándose la primera Federación Nacional de Estudiantes a finales de la década bajo el acicate adicional del movimiento autonomista de Córdoba (Argentina); y los primeros sindicatos quedan firmes al entrar a gobernar el partido liberal, en 1930.

Poco después llega a Bogotá un tintorero ruso, llamado Savinsky (Sawadsky, según otros), y se conecta con «Los Nuevos». A petición del grupo, expone Savinsky los principios de la economía marxista, con lo que los jóvenes caldean su entusiasmo. Así, determinan en 1924 formar una célula comunista, la primera en Colombia, y proceden a reunirse periódicamente y en secreto en el local de una iglesia (pro-

testante o adventista) situada en el barrio de Las Nieves. Conforman esta primera célula: Lleras, Turbay, Prieto, Tejada y Hernández Rodríguez del grupo del Windsor y, además, Alejandro Vallejo, José Mar, Diego Mejía y Luis Vidales (Rodríguez Garavito, 1965, p. 60; osorio Lizarazo, 1952, pp. 78, 90; Fluharty, 1957, p. 29). Pensaron estos jóvenes realizar algún terrorismo; pero el estímulo resultante de estas reuniones fue más bien intelectual y espiritual. Así, por ejemplo, Tejada llegó a concluir que a Lenin y al comunismo les debía «mi adquisición de un motivo puro de lucha, mi razón de ser y de obrar, la visión fuerte y optimista que tengo del porvenir, mi convicción sincera de que el mundo puede llegar a ser amable y más justo y de que el hombre adquirió sobre la tierra una actitud de ennoblecida dignidad humana» (cit. por Rodríguez Garavito, 1965, p. 64). A Turbay mismo le atraía «el mito de la fraternidad universal, de la absoluta igualdad entre los hombres, el desarme de los agresores, el advenimiento de los bienes del mundo para los humillados y ofendidos» (p. 66). Era así un grupo de jóvenes visionarios, entusiastas y decididos a luchar por la transformación del país, según las pautas de la utopía socialista que empezaban a descubrir y cuyos principios ansiaban adoptar y difundir, por considerarlos superiores a los del orden burgués. El Partido Comunista Colombiano (PCC) se formaliza y reconoce internacionalmente en 1930.

Por las razones que estudiaremos más adelante, la antiélite de esa época se va desintegrando poco a poco. Pero ocurre con sus miembros una diáspora muy semejante a la de los ladinos y mestizos de la época colonial. Tal como se difundió la señorialidad y el cristianismo en esos días, ahora con la diáspora se busca saturar de socialismo a los organismos más importantes de la transición: van, como grupos de referencia, a los sindicatos y a los grupos obreros entre 1927 y 1931, cuya organización es impulsada por Gaitán; hacia 1929 llegan a los campesinos, que son estimulados por el grupo comunista para ocupar tierras de hacienda, en lo que tienen éxito parcial; despiertan a los universitarios entre 1929 y 1936, cuya Federación, con, Carlos Lleras Restrepo como presidente, se inclina al socialismo consistentemente,

para llevar en 1940 al doctor Molina a la propia rectoría de la Universidad Nacional. Dan en esta forma una inyección de vitalidad al mismo partido liberal, cuyos cuadros directivos captan y asimilan a los rebeldes socialistas sin que estos necesariamente claudiquen. La influencia del grupo de referencia subversor, sea a través de su propio partido -que al fin se articula seriamente con el doctor Antonio García a la cabeza-, sea por la diáspora, le convierte en grupo clave de la nueva subversión. De allí que se denomine esta la «subversión socialista».

Puede verse, en fin, cómo la antiélite socialista como activo catalizador de actitudes instrumentales, sembró su semilla ideológica en el momento preciso en que el orden burgués llegaba al punto crítico: crecía la población, se diferenciaba la sociedad por el desarrollo tecnológico, se perfilaban los conflictos de clase en la ciudad, y se hacían más visibles las incongruencias valorativas y normativas de la sociedad. Como tal, los disórdenes hicieron un efectivo trabajo de zapa, que dio fruto seis años más tarde en la caída del partido conservador y en la iniciación de la «revolución en marcha» del resucitado partido liberal.

Difusión de la Secularidad Instrumental

La introducción en Colombia de la Secularidad instrumental como reto al del Urbanismo de castas debe diferenciarse, como proceso social, de la explotación que de él hicieron los diversos grupos políticos. Hemos dicho que la Secularidad instrumental fue resultado de una combinación de situaciones causadas por el contacto sociocultural, la acumulación tecnológica y el descubrimiento de la conciencia de clases, que destacaban las incongruencias de la sociedad señorial-burguesa. Al añadirse activamente el ingrediente ideológico del 'socialismo, una vez que el proceso acumulativo y tensional se había adelantado en el orden social vigente, se dramatizaron las incongruencias latentes de este. Evidentemente, los primeros grupos socialistas, es decir, los que se organizaron políticamente para imponer su respectiva ideología y alcanzar el poder, dieron dinámica a la situación social y la

catalizaron para convertirla en subversión, y por eso fueron grupos claves. Pero las ideas, los valores y las normas contenidas en el ethos de la: ‘Secularidad instrumental no fueron propiedad exclusiva de aquellos grupos socialistas, puesto que algunos elementos les fueron anteriores, y otros, al difundirse y adoptarse, resultaron ser también propiedad de diversas organizaciones políticas que buscaban renovarse y sobrevivir, especialmente el partido liberal. Más adelante la Secularidad instrumental se extendió parcialmente a los grupos burgueses que también debían adaptarse al *élan* subversor para sobreaguar el cambio, y aún el partido conservador en el poder implementó» proyectos que respondían a la necesidad de difusión de aquellas ideas novedosas.

Por lo mismo, como se anuncia al comienzo del capítulo, no es adecuado confundir el análisis de los componentes sociológicos del período de la subversión de 1925 a 1957 con la ideología política del socialismo que apareció entonces. Este análisis ideológico va más allá de las intenciones del presente libro, y es algo que, en todo caso, ha sido realizado con competencia por otros autores. Aquí simplemente se trata de organizar los datos del análisis histórico del período según el marco de referencia sociológico que hemos adoptado, en cuanto a los componentes valorativos y normativos, para contrastarlos con aquellos de periodos anteriores de orden y subversión. En otras palabras, no interesa la ideología política en si misma, sino en cuanto se traduce, al plano colectivo a través de los elementos sociológicos cuya adopción o rechazo ejecuta la sociedad. Estos elementos en manos de los disórdenes socialistas del período que, en buena medida, interpretaron impulsos populares; pero también de hallan en manos de otros grupos competidores, como si la difusión del ethos secular-instrumental les obligase a todos a revisar sus preconceptos y plataformas y a remozarse según las urgencias de los tiempos.

En todo caso, no es difícil destilar de los documentos contemporáneos los lineamientos generales de las metas que se proponían alcanzar –o los modelos que querían seguir- tanto los socialistas como los liberales renovados, los comunistas y otros grupos colombianos de la época. Su análisis demues-

tra, entre otras cosas, la adaptabilidad de la visión socialista a las necesidades de la acción política inmediata en diversas partes del mundo y en diferentes contextos culturales. Evidentemente, una cosa era la utopía transmitida por Uribe Uribe y por Savinsky y entendida en toda su fuerza, sentimental por Tejada y Turbay y otra la traducción de la misma a las condiciones de la lucha diaria contra el *statu quo*. Así de la lectura a veces superficial de Marx, Engels, Lenin y los Fabianos, nuestros políticos de avanzada derivan fórmulas para las proclamaciones de plaza pública: se habla entonces de «revoluciones integrales», reformas agrarias y tributarias, el «anti-imperialismo», la necesidad de alcanzar una verdadera integración nacional frente al mundo exterior, y el derecho de autodeterminación de los pueblos. Los pontífices de la revolución socialista son vertidos a la realidad americana a través de la obra de intelectuales y políticos como José Carlos Mariátegui, José Vasconcelos, José Ingenieros, Víctor Raúl Haya de la Torre, Vicente Lombardo Toledano y Rómulo Betancourt, de quienes sus seguidores colombianos obtienen combustible adicional. Más adelante, además del socialismo, tienen también su papel en la articulación de las nuevas metas instrumentales, la organización de la República Española, el New Deal de Franklin D. Roosevelt, las teorías Keynesianas y póstumamente, el descubrimiento del interés que León XIII había demostrado en la renovación sindical en el siglo anterior.

No hay duda de que los socialistas y sus congéneres, en ese momento histórico, representaban “el cambio”. Buscaban un cambio radical en la sociedad colombiana, tan radical que su sola enunciación implicaba el polo opuesto al del orden señorial-burgués en muchos aspectos. Por eso son catalizadores que reúnen mucho del *élan* de la subversión. Sus antivalores demuelen las costumbres de la colonia; sus contranormas derrumban las tradiciones del señorío y de la estructura económica anterior. Así, de haber mantenido el conflicto para imponerlas y la dirección inalterada de este nuevo impulso de desarrollo (como se ha definido aquí) por más de una generación, hubieran llevado a la formación de un orden social radicalmente diferente. Aunque el orden que

surge no es el que buscaban los subversores, producen una sociedad en la que se observan ya claras muestras de la batida en retirada de las fuerzas señoriales y burguesas.

En primer lugar, la idea fundamental que agita a los grupos claves de este período subversor, en armonía con la corriente secular-instrumental incipiente, envuelve el deseo de alcanzar la liberación física, mental y espiritual del hombre, especialmente la del hombre del común, la gente humilde, cuyos recursos de toda índole hasta entonces se habían desperdiciado. Había que darle un nuevo sentido de la dignidad. Este es el gran plan para la humanidad, la nueva grande meta que rompe la estructura tradicional de castas. No podía haber más «indios» o siervos de la gleba en la ciudad o en el campo, ni tampoco potentados cuya prosperidad fuera una consecuencia de las privaciones del campesino y del obrero (García, 1953). La potencialidad humana había de hallar salida en todas sus formas constructivas, dejando atrás las cadenas que la habían sujetado al «subdesarrollo», la injusticia, la pobreza, la ignorancia, el hambre y la enfermedad.

Por tal razón, y con tal finalidad, había de estimularse la corriente valorativa e ideológica de la secularidad que legitimara los antivalores y las contranormas emergentes. Principalmente, la nueva secularidad había de libertar al hombre de sus antiguas presuposiciones metafísicas y de su desueta religión, para permitirle vivir en el mundo y entenderlo como realmente es, con su multiplicidad de expresiones y su variabilidad cultural. Cae así el dogma, y se abre la posibilidad de la escogencia entre diversas alternativas, todas las cuales resultan institucionalizadas, y se acepta normativamente la posibilidad de la variación, y la responsabilidad autónoma del hombre para tomar sus decisiones (De Vries, 1961, cap. 2).

El reconocimiento de estas metas lleva otra vez a pensar en los «instrumentos» para alcanzarlas, y con más obsesión que en el período burgués. Necesariamente, los instrumentos van a tener una esencia impersonal, pues no encajan dentro del mundo provinciano y primario del orden tradicional. La idea del instrumento complementa la concepción básica de la secularidad, permitiendo concebir el ethos de la nue-

va sociedad como uno de *Secularidad instrumental*. Esta instrumentalidad, como se dijo antes, expresa el reconocimiento de la interdependencia entre los medios y los fines, especialmente la capacidad humana de modificar el medio ambiente mediante el desarrollo del auto-control psíquico, la tecnología, la planificación y la invención social (Mannheim, 1941, páginas 336-347; Mannheim, 1958). Estos parecen ser ahora los instrumentos humanos de la mayor capacidad, para provocar la transformación más profunda en la vida social de que se tenga memoria.

Las metas implícitas en este ethos y las necesidades que se deben satisfacer exigen, además, que se impongan criterios de utilidad y eficiencia en las relaciones sociales y económicas, distintos de los que imperan en un sistema abierto de mercado o de libre empresa; y busca también que se justifique la intervención del Estado, como otro instrumento para alcanzar las metas de la nueva sociedad. Esto se siente como una necesidad fundamental, al constatar que la sociedad no se desarrolla armónica o sincrónicamente, sino que permite que haya atrasos en el avance según la habilidad de las instituciones para responder al proceso, surgiendo de allí contradicciones entre los componentes del orden social (cf. Ogburn, 1950; Hart, 1959). El apropiado funcionamiento del nuevo orden depende, por lo mismo, de que se adopte el ethos de *Secularidad instrumental*, para señalar cómo debe procederse en la planificación de los recursos y en la escogencia de los medios o alternativas de conducta y procedimiento adecuados, para alcanzar los fines de la transformación socioeconómica de una manera lo más armónica y sincronizada posible.

En fin, implica este ethos un nuevo tipo de acción social, mucho más impersonal, secundario y calculador que suplante la acción prescriptiva del orden señorial: es el tipo de la acción electiva. Con ella se institucionaliza la actitud positiva hacia el cambio y se sociabiliza el tránsito del hábito a la elección deliberada (Germani, 1962, pp. 71-75; Costa Pinto, 1963, pp. 174-175; 180-191).

El reto secular-instrumental no se reduce al plano individual y a la sociedad nacional (como quedó explicado atrás),

sino que tiene dimensiones internacionales y hasta mundiales. Los subversores hablan de la causa de los humildes de Colombia en común con la de los del resto de América, África y Asia. Se proclama la unión de los trabajadores de todas las naciones: se destaca la similitud de los problemas sociales que afectan a países donde los grupos indígenas aún son importantes, como México, Guatemala, Ecuador; Perú y Bolivia. Se fabrica el mito de la «raza cósmica» de los mestizos de toda América (Vasconcelos, 1930). No se descarta totalmente el nacionalismo, por supuesto, sino que se considera como una etapa, transitoria para alcanzar una integración social y económica regional o supra-nacional, mediante las nuevas estructuras de la sociedad. El propósito latente de este *Supra-nacionalismo* es evitar las aberraciones, las absurdas guerras, los despilfarros y las debacles culturales y económicas experimentadas por Europa durante el eferescente período nacionalista desde finales del siglo XVIII (cf. Toynbee, 1947, pp. 285-290). No convence a los grupos claves del nuevo orden el de la nacionalista a secas, ni la pancea del Estado-Nación como meta final; estos son útiles como medios temporales en la marcha hacia el progreso humano total o hacia la integración regional económica, cultural y política de Estados similares hoy separados por accidentes geográficos o históricos.

En esta forma, el estado clásicamente concebido en un invento tradicionalista que permite la perpetuación del orden burgués y de sus grupos dominantes. Estos se benefician con las tensiones y los tratados entre los gobiernos. Por eso, las nuevas lealtades debes ser para con la raza humana en general, para con el hombre. El nacionalismo como fin único resulta ser en grave mal social, un error en el que los americanos no deben incurrir. Solo se justifica como un medio para alcanzar metas aún más ambiciosas y racionales. Semejante sistema de antivalores destruye o debilita la contraparte del orden burgués, que solo promueve un nacionalismo e internacionalismo de élites, basado, en perpetuar valores señoriales. Por eso, el Nacionalismo burgués adquiere un reflejo irracional en el nuevo contexto, quedando fuera de él (cf. Mendes, 1963).

El nuevo ethos debía modificar asimismo las actitudes de las gentes ante la naturaleza. Hasta entonces, salvo los cambios iniciales impuestos en el siglo XIX, los valores del Animismo y el Naturalismo habían buscado un acomodo con la madre natura, respetándola y admitiendo su yugo. Ahora, en cambio, surgían con mayor fuerza los antivalores del Tecnicismo, por cuanto se debía aspirar a dominar y transformar el medio ambiente natural, con eficiencia y con los instrumentos técnicos diseñados para la liberación secular del hombre (Cottrell, 1955).

De manera semejante, el Ultramundismo señorial de sumisión y el Neomaniqueísmo burgués sufrían el golpe de la Secularidad instrumental, porque se ponía en entredicho la solución fácil de refugiarse en la opinión y en el deseo de los miembros de los grupos dominantes, que habían inducido la pasividad y la fatigabilidad en las gentes, unos por relaciones gamonalescas, otros a través del confesionario. Ahora había de abrir la puerta a la perfectibilidad del hombre aquí mismo, para «romper las cadenas del control monástico» y crear la «verdad, la belleza y la bondad» a que se referían, los estudiantes de la Universidad de Córdoba en su manifiesto de 1918. De allí que surjan los antivalores del nuevo *Humanismo*, que reconoce en el contexto dinámico de la Secularidad el valor de la dignidad humana y del individuo en comunidad, desarrollados en el pleno florecer de la historia, en esta vida y no en la otra.

Del componente valorativo del orden señorial-burgués solo parecían quedar en los valores del familismo, pero reinterpretados para armonizar con el resto de la nueva matriz valorativa. Ahora se quiere darles un sentido de familismo colectivista o de *Comunalismo*. No había necesidad de pensar en la familia nucleada como unidad del cambio, aunque ella se mantuviese; por el contrario, quizás era más necesario conservar el sentido de la parentela y de la cooperación familiar y vecinal primaria, para promover las transformaciones. Parte de la atracción del APRA residía, precisamente, en rescatar del orden áylico los valores familistas del grupo vecinal Incaico -que había sido peculiarmente colectivista y socialista- para colocarlos en el marco de la acción política

moderna, con un sentido comunal.

Finalmente, en cuanto al marco normativo, se observa también la confrontación aguda. Derivadas del nuevo ethos, las contranormas de la subversión socialista buscan eliminar las señoriales normas de Rigidez prescriptiva y Moralidad acrítica, en forma similar a como ocurrió en 1850. Respaldadas en los antivalores ya descritos, las contranormas buscan la disolución de la estructura de castas con su discriminación según raza, tenencia de la tierra, riqueza, ocupación, educación y posición social. Tornan en incongruentes las antiguas normas sobre pureza de sangre, la propiedad individual absoluta, el *laissez faire*, y el rechazo al trabajo manual, así como las normas que se basan en prescripciones, dogmas y creencias de las instituciones señoriales y burguesas, las mismas que habían servido para fomentar la resignación, la ignorancia y la desigualdad social. Asimismo, los antivalores del Tecnicismo (estimulados antes por los burgueses sin anticipar todas sus consecuencias) y del Comunalismo imponen modificaciones en el sentido de la Providencialidad y la Estabilidad tradicionales para producir personas dispuestas a aceptar innovaciones materiales y sociales, modificando la concepción antigua de riqueza, y admitiendo, de buena voluntad, las implicaciones de la movilidad social, el igualitarismo, la comunicación y la apertura del *Weltanschauung*.

Por todo esto, las contranormas instrumentales del período de la subversión socialista pueden resumirse en el siguiente marco:

1. *Movilidad*: contranormas que llevan a una amplia participación social, económica y política, y a una forma de vida igualitaria en la sociedad, cuyas estructuras deben tomarse más abiertas.

2. *Moralidad telética*: contranormas que buscan la eficiencia en la acción según las metas seculares e instrumentales propuestas para el nuevo orden social, y que facilitan el progreso, concebido como actividad planificada del hombre (cf. Ward, 1883, II, pp. 108-109; Spencer, 1911, pp. 153-197; Mannheim, 1950; Moore, 1963, p. 43).

3. *Control técnico*: contranormas que impelen al empleo de elementos que transforman o controlan el medio ambien-

te natural, como los provenientes del conocimiento empírico, tecnológico o científico.

Con tales metas ideológicas y elementos valorativos y normativos (con la posible excepción del Supra-nacionalismo, que no halló en Colombia ningún campeón connotado, aunque se reconociese su importancia en círculos intelectuales y académicos) trabajan las personas y los grupos claves subversores hacia 1925, haciendo diáspora y difundiéndose en los diversos niveles. Estimulan el ambiente necesario para una transformación profunda. Sus primeros efectos catalíticos se registran en las ciudades, entre los obreros y los estudiantes. En el campo el proceso es más lento, avanzando solo en algunas partes de Cundinamarca y el Tolima. Pero se suplen así, ampliamente, las bases para el juego de la compulsión y el ajuste de los años siguientes.

Evidentemente, las gentes envueltas en esta transformación no podían legitimar su conducta dentro del orden social vigente, cuyas normas y valores rechazaban ideológica y moralmente. Lo hacían como visionarios, mirando hacia el futuro, legitimando sus nuevas actitudes en el orden social emergente, y buscando justificación y estímulo en sus propios grupos rebeldes de referencia.

Captación Positiva y Refrenamiento Cruento

Pocas veces se registra en la historia de América Latina un *élan* tan impetuoso como el de la subversión socialista en Colombia. La labor pionera de Rafael Uribe Uribe, la constitución de células socialistas, comunistas y neo-liberales como grupos de referencia para obreros, estudiantes y campesinos, la difusión de las nuevas ideas entre el proletariado, el campesinado y el cuerpo estudiantil universitario, sumadas a la ineptitud de los gobiernos conservadores de la época, fueron abriendo cauce a la transformación del orden.

Si a esos ingredientes ideológicos se añaden los factores provenientes de la situación económica y política mundial que afectaban al país (la hecatombe en las finanzas de 1929 a 1931, la consolidación socialista en Rusia y la nueva política petrolera y agraria en México), bien puede entenderse el

monto del impacto.

Una consecuencia casi inmediata fue la resurrección del partido liberal, cuyos jefes, con Benjamín Herrera a la cabeza, propiciaron el acercamiento a «las izquierdas» ideológicas. Con ello se cumple un proceso de captación positiva de la antiélite de «los Nuevos», que lleva a la toma del poder por el partido liberal en 1930 dispuesto a adelantar la transformación de que tanto se hablaba en la década precedente. La captación positiva permite atraer a la antiélite y otros disórrganos mediante la entrega, por parte de los grupos dominantes, de posiciones a través de las cuales se puede mantener el ritmo original de la subversión. Es la modalidad seguida en otros países en determinados períodos históricos, donde se ha logrado ganar un nuevo orden social sin causar una suplantación total de las antiguas castas superiores. Para ello los disórrganos mantienen el control de la compulsión, gracias al dominio de factores como la argumentación moral, la posibilidad real de la rebelión y la superior o más eficiente organización (véanse las definiciones en el Apéndice B).

En efecto, la presión de «Los Nuevos» del café Windsor empezó a surtir efecto de manera imprevista. Gracias a esta presión y a los llamamientos de Uribe Uribe y Herrera, la élite política vuelve a leer las encíclicas sociales del Papa León XIII y encuentra en ellas el lazo con que atar la tradición católica del país a la corriente secular-instrumental. El partido liberal convoca a una convención en Ibagué, en 1922, que adopta una plataforma de tendencias socialistas. Dos años más tarde, en Medellín, se observan con mayor claridad las ventajas de este movimiento, y se confirma la nueva orientación socialista del partido (Morales Benítez, 1962, página 167; Ospina Vásquez, 1955, p. 300). Fue una jugada hábil. Con ella empiezan a volver a las «toldas gloriosas» del partido liberal, algunos «Nuevos».

Pero estos no regresan en son de claudicación. Por el contrario, siguen convencidos de la bondad de sus ideas y de la justicia de su causa, procediendo a imponerlas dentro de la maquinaria partidista regular. Herrera hubo de aceptar esta situación hasta su muerte (aunque le llamaran «comunista»), pues demostraba ampliamente sus ventajas. Por una

parte, se incorporaba el movimiento estudiantil, cuya intervención en la caída de Reyes en 1909 y en los sucesos de 1919 (y más tarde en los del 7 y 8 de junio de 1929) abría nuevas perspectivas de acción partidaria. Por otra, se agudizaban los conflictos obrero-patronales con las represiones sangrientas del ministro de guerra, don Ignacio Rengifo, para quien cualquier reclamación de salarios, la más mínima señal de descontento, era prueba de la «subversión comunista» (Osario Lizarazo, 1952, p. 103). Y se comenzaban las invasiones de tierra con las nuevas comunas de Viotá.

Seguramente había diferencias de criterio con los personeros burgueses del partido, especialmente con los antiguos, llamados «la generación del Centenario», o «Los Notables», entonces en la plenitud de su vida, que estaban listos a mantener su dominio de la maquinaria partidista. Pero «Los Nuevos» supieron aprovechar las coyunturas de la debilidad del gobierno, complicada con la depresión económica mundial que incidía sobre el país. El impulso del grupo fue tal que, por lo menos al principio, logró conservar su cohesión como disórgano, imponiéndose en los actos de los primeros gobiernos libérrales, los de Enrique Olaya Herrera y Alfonso López Pumarejo. En esta cohesión jugó papel importante la identificación clasista de «Los Nuevos», que pertenecían a la emergente clase media o se identificaban con esta, en lo que tendían a encabezar a los nuevos grupos proletarios de Bogotá frente a los burgueses y los patronos, como se ha descrito atrás.

El conflicto interno del partido y la manera como ejercieron su compulsión «Los Nuevos» para inducir la transformación social, quedaron bien descritos en una carta del joven Alberto Lleras dirigida al centenarista Armando Solano. «Somos inconformes», declara Lleras en aquel entonces. «La generación del Centenario no tuvo ni tiene el sentido de lo contemporáneo como lo tiene la nuestra. En ideologías hemos ido más allá de Rojas Garrido y de Aquileo Parra. No hemos sentado nuestros reales en los viejos partidos, tranquilos y a la sombra de las tradiciones, sin hacer ruido ni con calma. Hemos llegado impetuosos... No hemos temido desvincularnos con el pasado para alzarnos a las nuevas corrientes»

(cit. por Rodríguez Garavito, 1965, pp. 175-176).

Con esta tónica activista con acentos nacionalistas, y una vez que el partido liberal llega al gobierno en 1930, los personeros de este ceden ante los subversores, ofreciendo posiciones importantes sin exigir claudicaciones radicales. El grupo socialista de Molina, García, Pérez y Robles avanza en todo sentido a través de posiciones claves en instituciones del Estado y de la Universidad. Gaitán acepta ministerios y alcaldías entre 1936 y 1942 y llega a ser Segundo Designado a la Presidencia. El doctor Lleras Restrepo, el antiguo presidente de la Federación Nacional Estudiantil, llega a ser Contralor General, ministro de Hacienda en 1938. Alberto Lleras, Gabriel Turbay, Carlos Lozano, Jorge Zalamea, Moisés Prieto y otros compañeros de generación, se convierten durante el mismo también en ministros, embajadores, senadores y representantes a la Cámara durante el mismo período. Entre todos montan la impresionante «revolución en marcha» del presidente Alfonso López, «centenarista» él mismo, pero dispuesto a auspiciar la captación positiva de la antiélite del momento, a la que llamó cordialmente «audacias menores de treinta años».

La «revolución en marcha» constituye el clímax de la subversión socialista en el contexto del partido liberal de gobierno. Con la hegemonía, se reforma un poco más la Constitución «clerical y goda» que habían expedido Núñez y Caro en 1886. El reformador del momento es el doctor Darío Echandía, quien encuentra bases para su tarea en la Constitución de la nueva República Española, y apoyo nacionalista preparado por el conflicto de Leticia con el Perú (Wood, 1966, pp. 169-251). Las contranormas instrumentales de la Moralidad telética quedan incorporadas a la Constitución a través de esas reformas de 1936, cuando se aprueba la intervención estatal y se sientan las bases para el futuro ensayo de la planificación. Se establecen los mecanismos para hacer el Estado asistencial, verdadero reto a las antiguas normas de Providencialidad, que acostumbraban dejar los problemas, como los de la vejez y la pobreza, en manos del destino o al arbitrio de la naturaleza, o a cargo de las caridades de la Iglesia. Se declara que «la propiedad es una función

social que implica obligaciones», con lo que se sientan los fundamentos para reformar el régimen de propiedad y las normas burguesas del *laissez faire*. Se plantea la separación de la Iglesia y el Estado, en desarrollo secular que acarrea las protestas del clero. Además, se adoptan nuevos sistemas tributarios, nuevas prestaciones sociales para los obreros, y el salario mínimo. También se da un vuelco a la educación nacional y a la universitaria, se reconoce el derecho de huelga y se estimula la agremiación de los trabajadores frente a los empresarios, con todo lo cual se aspira a estimular la difusión de las contranormas de Movilidad.

La captación de la antiélite liberal podía haber ido más lejos quizás, si no hubiera sido por la terminación del período presidencial de López en 1938. La posibilidad de una reversión en las tendencias del cambio había empezado a vislumbrarse por varios grupos: los de «derechas» del partido conservador, el «centenarista» del partido liberal que quería hacerles el juego, y los burgueses y empresarios que volvían a prosperar y surgir gracias a las medidas proteccionistas implantadas por el gobierno (y después por el aislamiento provocado por la segunda guerra mundial). Los intereses de todos ellos se veían en peligro por algunas de las tesis «extremistas» de la subversión. Además, la pugna generacional socavaba la obra de López para producir una diferenciación Interna entre sus seguidores. Así se distinguen aquellos elementos que fueron captados en la modalidad positiva, y cuyo élan dejaba una marca profunda en el partido de gobierno y en el país, de aquellos otros que se sometieron a la captación reaccionaria: en efecto, el grupo pro-socialista, con Gaitán a la cabeza, levanta la frente en rebeldía y decide mantener la compulsión inicial a través de contactos con el pueblo, proclamando su consigna: «Por la restauración moral de la República, a la carga» Los otros, que postulan al doctor Eduardo Santos para la primera magistratura ceden al empeño «centenarista», burgués y patronal de manera similar a como habían sido captados por la élite señorial, los ilustres miembros de la Escuela Republicana; en 1854.

Con la elección del doctor Santos se inicia abiertamente el juego del ajuste entre las fuerzas enfrentadas del libera-

lismo socializante y la burguesía. No se detiene del todo el impulso anterior, ya, que por su ministro de hacienda, el doctor Carlos Lleras Restrepo, sé adelanta una política de intervencionismo y capitalismo de Estado, con la creación de varios institutos descentralizados. Sin embargo, poco a poco se registra un refrenamiento del desarrollo, producido por la poderosa organización oligárquica que se montó para destruir o regatear las reformas del régimen anterior, por la polarización de fuerzas provocada en el país por la intensidad y características político-religiosas de la guerra civil española, y por la misma tendencia a la inercia -producida por la institucionalización de las innovaciones realizadas en los años anteriores, como la de los sindicatos.

La reacción tuvo características muy parecidas a las del siglo XIX. Aparte de las insurrecciones aisladas de campesinos conservadores y católicos en varias partes del país (algunos inducidos por copartidarios, otros por abusos de los liberales), los grupos económicos burgueses que defendían el *statu quo* ante se organizaron para buscar cómo repeler las leyes lopistas. Comienzan creando la Asociación Patronal Económica Nacional (APEN), establecida en 1936 por latifundistas y empresarios. Allí se traza la estrategia para la reacción, incluso el sabotaje a la Ley 200 de 1936 sobre régimen de tierras, que se torna en un boomerang para el Campesinado. Siguen luego, la Unión de Trabajadores Colombianos (UTC), encomendada a los Padres Jesuitas, para contrapesar a la «más izquierdista» Confederación de Trabajadores Colombianos (CTC); la Asociación Nacional de Industriales (ANDI) y la Federación Nacional de Comerciantes (FENALCO), nuevas asociaciones de patronos. La antigua y venerable Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC) también destaca su realidad de latifundista.

La reacción burguesa sigue barriendo en lo posible durante la segunda presidencia de López y el año que le correspondió al doctor Alberto Lleras Camargo. Los esfuerzos para detener el impulso subversor encontraron que éste ya se había institucionalizado en parte, el adquirir tendencias rutinarias que debilitaban los movimientos sociales de los años anteriores. Por ejemplo, el movimiento obrero perdió

impulso y autonomía, y no alcanzó a arraigar firmemente en el pueblo. De allí que hubiese sido relativamente fácil al Presidente Lleras Camargo debelar una huelga de braceros del río Magdalena que implicaba la terminación de la CTC como fuerza obrera organizada (cf. Fluharty, 1957).

Alineados los grupos burgueses frente a aquellos que querían el cambio, se produce una complicación política en el partido liberal, al dividirse éste en dos corrientes, lo que permite el triunfo del partido conservador en 1946, en la persona del acaudalado empresario doctor Mariano Ospina Pérez. Con la presidencia del doctor Ospina se mantiene la presión controladora de la gran burguesía, y en efecto, se impulsan grandes empresas técnicas y sociales. Pero se frustran los deseos de cambios instrumentales y seculares más profundos en las mayorías liberales agitadas por Gaitán al dinamizar la lucha de clases. Los últimos restos de los disórganos subversores se agrupan entonces alrededor de Gaitán, luego de haber capturado éste la maquinaria del partido liberal y confirmado su lucha contra “los grupos plutocráticos que en lo externo actúan como fuerzas imperialistas y en lo interno como oligarquías» (Osario Lizarazo, 1952, pp. 281-285).

La confrontación final es cruenta. Ante la seria amenaza de un triunfo rotundo de Gaitán en la campaña presidencial siguiente, lo que podía imponer al fin, desde el gobierno, el élan subversivo que tanto temían los grupos burgueses de «derechas», la élite del poder juega la última carta que le quedaba: la represión violenta. Gaitán es asesinado el 9 de abril de 1948.

Este incidente –acelerador o precipitante del cambio–, como la descarga de un rayo, desencadena inmediatamente las fuerzas reprimidas del desarrollo, que en ese momento se convierte en revolución. Los disórganos gaitanistas, socialistas, liberales, comunistas y de otros grupos, esparcidos por todo el país, se levantan espontáneamente para tomar el poder y mantener así la compulsión del desarrollo en este período histórico. Con la ayuda de la Policía Nacional que se coloca de parte de los rebeldes, se logra ocupar los edificios públicos en muchas ciudades y pueblos. En algunas partes se proclamó la presidencia del nuevo director del liberalis-

mo, el doctor Darío Echandía. El movimiento fue tan grande que se dio por hecha la caída del gobierno central del doctor Ospina Pérez. En ese momento ya el gobierno no tenía ni el respaldo de la mayoría del pueblo, ni contaba con la sanción moral que legitima la coerción estatal.

Pero la dirección liberal se acogió a las fórmulas de la legalidad constitucional (quizás afanosa de evitar el bochorno de un golpe ante la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores que se realizaba en Bogotá), y rodeó al Presidente Ospina para evitar su caída. Desfallecientes y desilusionados, los disórrganos fueron aplacándose, desarmando la revolución a fines de abril. La oportunidad de culminar la subversión socialista había pasado. Ahora seguía el anticlímax de la violencia, estimulado con el poder desde el mismo gobierno. Así se acabaría de frustrar el élan y se pondría dique al avance de la Secularidad instrumental.

Sin embargo, los liberales en un último esfuerzo de resistencia, se agrupan alrededor de su nuevo jefe, el doctor Lleras Restrepo. Tratan de hacer frente a la represión gubernamental con la resistencia civil, desconociendo la elección impuesta del doctor Laureano Gómez como Presidente de la República, y rechazando los actos de éste una vez en el gobierno. El desenlace inevitable es la Violencia, que desangra al país desde 1949 hasta 1957, en sus etapas culminantes.

Esta Violencia no es revolucionaria sino muy parcialmente, porque no ayuda a alcanzar directamente las metas valoradas del cambio instrumental. Por lo contrario, es el mayor y más dramático monumento al esfuerzo para frustrar el élan de la subversión socialista, por los amenazados capitanes de la tradición señorial-burguesa. Estos encuentran, desgraciadamente, quien les haga el juego al nivel de las comunidades rurales, dentro de la antigua estructura gamonalesca. Comienza el proceso como un expediente político del partido conservador (en la nueva modalidad falangista y cuasi-franquista que había adoptado antes), para impedir que los liberales saliesen a votar, en vista de sus mayorías (López de Mesa, 1962). El uso de la fuerza y la amenaza por parte del Gobierno a través de la policía y de copartidarios armados -lo cual era índice de su falta de autoridad para go-

bernar (Johnson, 1966, p. 97)-, pronto se escapó del control de aquellos dirigentes que, habían pensado aprovechar la situación para sus propios fines, destapando la caja de Pandora de las pasiones y las vendettas del mundillo rural y fomentando la creación de bandas, guerrillas y contra-guerrillas. Al principio, diversas cuestiones se hallaban en juego: el goce del poder y del presupuesto; el uso y el control de la tierra; la defensa de gamonalías regionales; la tradicional supremacía de la Iglesia, qué había recibido duro golpe el 9 de abril; en una palabra, la supervivencia de intereses creados con profundas raíces en el pasado señorial.

Gran parte del pueblo, en vida de Gaitán, había apoyado el cambio de tales instituciones sociales, en armonía con el ethos secular-instrumental. Pero desaparecido él jefe carismático, esas energías acumuladas y entonces frustradas de sus anhelos y esperanzas se tornaron amargas y dementes, produciendo una oleada de destrucción. La Violencia es así un escape espontáneo y frustrante del desarrollo revolucionario de 1948.

Pero todavía más: no puede llegar a ser al fin sino un conflicto ciego y acéfalo que destruye costumbres añejas de la población campesina, demoliéndole al mismo tiempo sus ansias de cambio y desorientando su acción iracunda. No es probable que este fenómeno hubiera sido anticipado por los grupos dominantes, aun con todas las artimañas a su disposición. Pero indudablemente sirvió para alejar aún más al pueblo de la meta de sus ideales anteriores. Aunque se hicieron esfuerzos para encauzar y racionalizar la violencia campesina y darle una organización formal, ella se salió de todo molde hasta llegar a ser una confusa expresión de conflictos predominantemente personales, ejecutados por gentes de baja condición, perdidas en la búsqueda de lo inmediato, con solo una confusa visión de la gran transformación que hubiese podido realizarse. Se olvidaron de buscar apoyo en alguna ideología -ni la socialista, ni la cristiana o señorial- y no hubo ningún dirigente nacional, ni ninguna institución que les mostrase el camino y les rescatara de su honda tragedia.

Solo en los llanos orientales y en la parte sur del Tolima

las guerrillas y sus gentes lograron cierta estabilidad y disciplina formales, alcanzando a dictar sus propias normas (contranormas para la burguesía) y expidiendo códigos extraordinarios por su autenticidad y funcionalidad locales, que recuerdan en parte a los antiguos fueron hispánicos.

Sin una ideología definida, los campesinos resucitan su agresividad básica y vuelven a las estériles luchas primarias y familiares, religiosas y políticas del siglo XIX, cuando se enfrentaba el rojo al godo, el hereje al fanático, el ateo condenado al clerical «lambeladrillo»; y también se tornan en pújiles para arrebatarse mutuamente sus mujeres y sus jirones de tierra, con invasiones a haciendas y usurpaciones de mayordomos, para expulsarse de sus casas y vecindarios, y para homogeneizar políticamente las regiones. Por eso, con sus energías despilfarradas en venganzas y crímenes sexuales y en el trueque forzado y cruento de su única pobreza, los campesinos no podían dar el paso subsiguiente hacia la revolución verdadera y completa. Esta se frustra por el uso, el abuso y la final rutinización de la violencia bruta y la agresividad personal. En esta forma el pueblo corriente, la gente del común, fue inducida a identificar sus enemigos entre sus propios vecinos y parientes y no entre los miembros de la élite o de los grupos dominantes que habían empezado toda la tragedia (Fals Borda, 1965b, pp. 197-198; Guzmán et al, I, 1962, pp. 367-381, II, 1964, Parte 1).

Bien puede imaginarse la situación anímica de los colombianos durante este período de intenso conflicto. Se reconocía que había una «crisis moral y religiosa» peor aún que aquella de 1854 (Canal Ramírez y Posada, 1955). Este grado de anomia se mide por dos hechos aislados, pero altamente elocuentes: uno de los grandes jefes liberales, iniciador de la subversión del período, el doctor Carlos Lozano y Lozano, se suicida; otro jefe, del partido conservador, el doctor Luis Ignacio Andrade, por razones que guardó en su conciencia, ingresa a un convento. Ni siquiera consuela el corto período de tregua entre 1953 y 1957, facilitado por el golpe de Estado del General Gustavo Rojas Pinilla, pues éste practica una política bifronte apoyada en grupos empresariales e industriales, política que no da cuartel ni a los liberales «izquier-

distas» ni a los conservadores que seguían al presidente depuesto, el doctor Laureano Gómez. Aunque el conservatismo se despoja de sus vestiduras falangistas y vuelve a su cauce republicano, más bien resucitan con Rojas los días del totalismo clerical, cuando el gobierno adopta como sus patronos a «Cristo y Bolívar» y se desencadenan persecuciones a liberales y protestantes. La influencia de Perón lleva luego al gobierno a adoptar posturas autocráticas que le alienan de la oligarquía tradicional.

Eliminado o marginado totalmente el grupo inicial de la subversión -el de estampa socialista o comunista-, frustrada la antiélite liberal que había intentado, de buena fe, trabajar desde dentro de la maquinaria de su partido en la modalidad positiva de la captación, y arrepentidos y atribulados aquellos liberales que habían claudicado ante la reacción, se llega a un período en que no queda otra salida que el acercamiento para producir la paz relativa y reconstruir el orden social. Se acerca él año de 1957. Han pasado treinta y dos años desde aquellos días de misteriosas reuniones en la iglesia protestante, y el resultado del esfuerzo colectivo es desgarrador. Ya no es el país la primera democracia de la América Latina, ni tampoco su capital puede ostentar más el título de «Atenas de Sur América». Su pueblo ha sido diezmado, y sus castas superiores amilanadas por las furias que surgieron del cofre de Pandora abierto con afanes egoístas.

Pretendiendo los grupos oligárquicos frenar así el cambio social, fueron ellos los principales engañados. Es cierto que no se gana el nuevo orden que perseguía la subversión, ni se adopta del todo el ethos secular-instrumental. Pero queda imposible también retornar al orden burgués en su vitalidad inicial. Ni el neo-liberalismo ni el conservatismo lograron todos sus propósitos de refrenamiento. La violencia resultó ser, de manera inesperada para las élites, un mecanismo singular, que partió el monolito del orden vigente, mostrando sus varias grietas institucionales y demoliéndolo en buena parte. De la Violencia, como anticlímax de la subversión, surge una Colombia muy distinta, con un pueblo que empieza a dejar definitivamente las tradiciones que lo encadenaban al pasado señorial (Torres, 1963, pp. 109-142).

Cansados de guerrear en toda una generación, agotados anímica y físicamente, las facciones enfrentadas propician entre sí el retorno al ajuste y al arreglo pacífico. Se anhela llegar nuevamente a la estabilidad relativa, a lo más durable, a la topía. De allí sale en 1957 la síntesis actual del Frente Nacional, que es la maquinaria política y gubernamental de un nuevo orden, el orden social-burgués, cuyas bases generales se estudian enseguida.

Algunos Resultados del Desarrollo

Paradójicamente (aunque lo anticipe la teoría y su costo social fuera elevado), hubo desarrollo socio-económico durante el período de la subversión socialista. No fue posible volver atrás el reloj de la historia, porque por un lado, los grupos burgueses conservadores y liberales habían propiciado una importante acumulación en el componente tecnológico y auspiciado innovaciones instrumentales de gran potencialidad de cambio, como la industria mediana y pesada y los seguros sociales, cuya dinámica propia no podía detenerse. Y por el otro lado, porque los grupos subversores lograron aplicar durante el clímax de la subversión, los mecanismos compulsivos de la dominación hegemónica, la habilidad directiva y la difusión social, antes descritos. La revolución y el refrenamiento cruento que siguieron se resolvían precisamente alrededor del control de esos mecanismos: se trataba de disminuir la marcha ya inevitable del desarrollo secular-instrumental implícito en la subversión. No obstante, hacia el final del período se refrenó el proceso del cambio, lo cual pudo ser más visible en unas instituciones que en otras, mostrando el fenómeno del «retardo cultural» (Ogburn, 1950; Guzmán et al, 1962, I, Cap. 13). En el caso colombiano puede verse que algunas instituciones económicas marcharon adelante a pesar del freno de la Violencia, mientras que se constituyeron en rémoras las políticas, religiosas y otras. Pero el ritmo del cambio acelerado se detuvo. Hubo, además, otros factores condicionantes para detener este cambio en lo posible y asegurar el advenimiento del orden: se sentía por aquella época la influencia de la “guerra

fría» entre el Oriente y el Occidente, que llevaba a los dirigentes nacionales a unirse por temor al comunismo, y por el expediente conexo de la defensa del hemisferio, que caía en manos de los Estados Unidos de América como nación dominante.

Estos factores modificaron la dirección del proceso del cambio llevándolo de las metas socialistas y neoliberales ya explicadas para el campo político, a otras implicadas por un híbrido social-burgués, impuesto por la transformación real de la sociedad colombiana, el conflicto internacional, y la necesidad de un ajuste maestro o síntesis que satisficiera las nuevas urgencias.

Aún con los factores internos o externos descritos que refrenaron el impulso, puede sostenerse que la transformación de la sociedad colombiana se realizó mal que bien durante aquel período crucial. En primer lugar, se modificó el equilibrio rural-urbano del país. Las migraciones internas hacia las ciudades, iniciadas en los años de desarrollo posteriores a 1925, se aceleran y multiplican con el establecimiento de nuevas industrias, el incremento del comercio, el crecimiento de las actividades estatales, la tecnificación de la agricultura y un nuevo factor expulsivo en el minifundio. Esta tendencia recibe adicional estímulo por los desplazamientos de la ruralía causados por la Violencia, y el aumento mismo de la población, en tal forma que Colombia deja de ser un país eminentemente rural, para pasar a la categoría de los cuasi-urbanos. Las tasas de este desarrollo socioeconómico son de entidad, como se constata atrás.

Sabidas son las implicaciones sociales y económicas que esta transición eminentemente secular conlleva: cambia el sentido primario de lealtad y afiliación emotiva de las gentes, induciendo modificaciones en su personalidad, y en su concepción y visión del mundo; se descubren nuevas dimensiones de vida, especialmente las que eran difíciles de ganar por la falta de equidad y justicia; se amplía la conciencia de clase social y se refuerza el nacionalismo político. La tierra deja de ser un valor esclavizante en sí mismo, y con la nueva imagen personal se derrumban las antiguas relaciones de subordinación con los patronos, gamonales y hacendados, con el

cura y el alcalde, y con los partidos políticos. Se gana así, por la puerta de escape, una de las metas de la subversión de este período implícita en el ethos de Secularidad instrumental: la liberación mental y física del hombre del campo y del obrero, para infundirle un nuevo sentido de dignidad.

La movilización urbana y el descubrimiento de las nuevas modalidades de la civilización y de la nación, extendidas al campo, modifican el significado de algunos elementos culturales. Sobresale la educación, a la que se le da el valor que antes tenía la tierra dentro del marco naturalista, destacándola como un medio para alcanzar metas no señoriales, en lo que también se acercan al campesino las contranormas de la Moralidad telética. El prestigio empieza a ganarse ahora por la participación en actos novedosos, como los conectados con adopciones en la agricultura técnica, o por ocupaciones extrañas como la de motorista, tractorista, agente de venta o cajero de cooperativa; ya no se deriva tanto el prestigio de las pautas tradicionales, como aquellas impuestas por el rito de la chicha o la cerveza o por el simple machismo. Surgen además dirigentes capaces de moverse por canales impersonales que los antiguos gamonales no dominan. Se facilita cada vez más la comunicación y el transporte a las clases bajas, lo que destruye su sensación de entes anclados a la tierra.

Así, por todos estos medios que surgen del impacto de la Secularidad instrumental, del desarrollo económico-técnico y del aumento y redistribución de la población, se abren nuevas perspectivas sociales y económicas, se tiende hacia la «modernización» de la conducta y aparecen inusitadas expectativas en el mejoramiento del nivel de vida de las gentes. Especialmente se descubre una nueva dimensión del país.

Son muchos los estudios que documentan este desarrollo socioeconómico, que es el paso del país de «quimba y cachumbo» al de «calzado y texto», y el del humilde siervo de la gleba, incapaz de mirarle la cara a los patronos, para convertirse en altivo ser de aspiraciones instrumentales modernas. Solo cabe recordar los adelantados por el Departamento Técnico de la Seguridad Social Campesina (1956-1959); los de cultivadores de café (Guhl, 1953); los de

la zona tabacalera santandereana (Pineda Giraldo, 1955); los del campesinado en general (Pérez, 1959); y los del elemento rural afectado por la Violencia (Torres, 1963). Estudios posteriores para Barrancabermeja (Havens y Romieux, 1966) y Candelaria (Parra, 19(6) confirman las mismas tendencias. Estamos frente a un nuevo campesinado y frente a un nuevo grupo de ciudadanos y obreros, descubriendo un país que se ha alejado bastante de las pautas de conducta del orden señorial-burgués⁸.

-
- 8 Gracias a sus contactos desde 1950 con el vecindario rural de Saucío en el altiplano cundiboyacense, el autor ha tratado de establecer esta tendencia de la Señorialidad hacia la Instrumentalidad, logrando medirla estadísticamente con base en escalas valorativas sincrónicas aplicadas en diversos años. El estudio preliminar titulado «Pautas conservadoras en el salto a propietario» presentado en el Seminario sobre Problemas Agrarios de América Latina bajo el auspicio del Centre National de la Recherche Scientifique (París, octubre 11 a 17 de 1965), incluye los resultados de aquella medición, utilizando grupos tenenciales agrarios. Las doce variables empleadas para el análisis estadístico están concebidas dentro del marco normativo instrumental presentado en este libro. Según ese estudio, el vecindario de Saucío era todavía predominantemente señorial-burgués en 1950, con un índice de Instrumentalidad de 0.30 (lo que confirma el estudio antropológico y sociológico realizado entonces). El índice sube a 0.55 en 1961 y a 0.58 en 1964. El índice para 1950, nos dice cuán lentamente se producían en ese entonces las transformaciones en el campo colombiano, siendo que los primeros impactos claros de la Instrumentalidad se registran en el país desde principios de siglo. Esto demuestra una falla organizativa en la difusión subversora de 1925 ya que los movimientos políticos iniciados no pudieron llegar con toda efectividad al campesinado. Pero la tendencia está ya definida y la dirección es hacia una mayor Instrumentalidad, como lo demuestran los índices más altos de 1961 y 1964. Esta tendencia queda aún más clara si se analiza el vecindario según sub-grupos tenenciales. En efecto, el subgrupo de propietarios jóvenes que empieza su ciclo empresarial, sea por herencia o compra, tiene un índice de Instrumentalidad de 0.67, con diferencias significativas con otros subgrupos, según pruebas Q de asociación y Chi cuadrado. Esta última cifra es interesante porque representa las actitudes del sub grupo que está tomando o ha tomado las posiciones de comando en la localidad; demuestran ser un conjunto de personas que han dejado atrás radicalmente las pautas del orden señorial-burgués, lo que se refleja en sus prácticas agrícolas mejoradas y en un nuevo tipo de sociabilidad. Otros estudios del autor, que documentan o describen la transición del campesinado hacia la Secularidad instrumental, son los de 1956, (Pasividad), 1959a (Teoría y realidad), 1959b (Nariño) y 1960 (Reforma agraria).

La Paz Burguesa

A esta compulsión instrumental transformista desde la base popular se añade el ingrediente del agotamiento producido por la Violencia. Si en los tiempos coloniales se ganó la «paz del cementerio», en la era posterior a la Violencia se imponía, además, la «paz del cuadrilátero», ya que los contrincantes se hallaban exánimes en sus respectivas esquinas.

El agotamiento anómico, con efectos negativos en la personalidad, fue naturalmente más visible en las gentes humildes que sufrieron el impacto de la Violencia, muchas de las cuales acudieron al santuario de la ciudad para guarecerse y recuperarse. El único estudio empírico sobre este particular, realizado en Bogotá en 1962 bajo el auspicio de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, concluye que entre muchos desplazados por la Violencia crece una sensación derrotista en que la vida pierde sentido. «La víctima de la Violencia no mira más hacia el futuro, sino que desea refugiarse en el pasado, al tiempo de antes de la Violencia. El proceso aparentemente le ha hecho incapaz de controlar a la naturaleza, y su ambiente social se torna impredecible y amenazante. Además, todas las instituciones antiguas a las que acudía antes en busca de guía parecen impotentes para detener la violencia o para brindarle a su víctima algún apoyo dentro del mundo del terror, [en especial] el gobierno y la Iglesia», (Lipman y Havens, 1965, p. 244).

La anomia y el agotamiento qué produce un conflicto tan cruel y, hasta cierto punto, estéril, impide que progrese más la subversión, llevándola en curva parabólica a la reconciliación y a la búsqueda de la tregua. Como se dijo antes, se necesitaba reconciliar a los contrincantes y acordar nuevas reglas del juego, para evitar la disolución de la nacionalidad, la pérdida del respeto internacional a la integridad y la soberanía de Colombia, y la rutinización del caos, de la arbitrariedad y de la misma anomia considerados como «caldo de cultivo» de la «subversión comunista». Así, al combinarse la compulsión transformadora popular con la anomia de la Violencia, se impone la síntesis que trata de protocolizar los cambios

inevitables, salvaguardando en lo posible, los intereses creados (Plus ça change, plus c'est la meme chose»). Los grupos burgueses se imponen políticamente ante él General Rojas Pinilla. Pero deben rendirse al impacto de algunas normas y valores instrumentales, batiéndose en retirada en cuanto a diversos aspectos de las relaciones con grupos que antes les estaban plena y señorialmente subordinados. De allí que se adopten durante el gobierno conservador innovaciones instrumentales y seculares, tales como la seguridad social, las prestaciones, los servicios del aprendizaje para operarios y obreros calificados, el derecho de agremiación y el régimen sindical, disposiciones oficiales sobre salarios y condiciones de trabajo, participación en acciones, control de precios e importaciones, etc., y se acepte el «mal necesario» de la planificación y la intervención estatal. Algunos capitalistas colombianos adoptan también la postura humanitaria o social, que distingue a sus compañeros de países más adelantados. Seguramente todos estos elementos caen dentro del margen de dominación de los grupos burgueses en el poder; pero en el fondo constituyen ajustes a la compulsión secular-instrumental que viene del período histórico anterior.

La modalidad gubernamental del Frente Nacional es el mecanismo político que se concibe para alcanzar la estabilidad relativa buscada en el nuevo orden social-burgués. Sus metas, con las últimas reglas del juego político, se derivan de un pacto suscrito el 20 de marzo de 1957 por los representantes de los partidos liberal y conservador, en desarrollo de compromisos anteriores realizados en los pueblos españoles de Sitges y Benidorm por los doctores Lleras Camargo y Gómez.

Dicho pacto no es un documento revolucionario, ni busca adelantar la transformación social, excepto en cuanto a preservar algo del ritmo instrumental y popular del desarrollo en los pocos años posteriores al anticlímax de la subversión, sin llegar al temido orden comunista que era motivo de lucha en el plano mundial. Quiere primordialmente plantear la necesidad de una «convalecencia democrática», para «restaurar» las instituciones anteriores y «restablecer la Constitución» a través del «entendimiento y conjunción

de los dos partidos tradicionales para presentar una cívica resistencia a la destrucción sistemática del patrimonio moral, institucional y jurídico de Colombia». El procedimiento a seguir es el de «crear un gobierno civil que se ejerza a nombre de los dos partidos, que los represente por igual, en el cual ambos colaboren y que esté sostenido por una sólida alianza que no permita su naufragio ni los deje inclinarse hacia la hegemonía; [que haya] una ordenación de carácter permanente que provea gobiernos mixtos y permita la alternabilidad en la suprema dirección de los destinos nacionales; [y que se garantice] la equidad en la representación de los partidos» dentro del gobierno (Zalamea, 1957).

Estas reglas del ajuste y la topía quedan protocolizadas en el plebiscito del 1 de diciembre de 1957, cuyos artículos - que en parte modifican las enmiendas constitucionales aprobadas en 1936- son clara evidencia de los compromisos entre los partidos. El liberal acepta la declaración clerical sobre el catolicismo como religión oficial; el conservatismo no se opone a respaldar las normas sobre mayor participación política del pueblo y la planificación estatal. En general, sin embargo, los acuerdos se van nivelando prudentemente hacia el lado conservador, castrando al neo-liberalismo de los días de la subversión y produciendo la deserción de millares de sus miembros de todos los niveles sociales. Aparentemente, vuelve a producirse el fenómeno peculiar de que los conservadores son los que compelen y los liberales los que se ajustan, como ocurrió en la época de Caro y Núñez.

El cumplimiento de estos compromisos políticos explica por qué los últimos gobiernos de los Presidentes Alberto Lleras Camargo y Guillermo León Valencia no hubieran podido promover ninguna transformación social profunda, sino que se hubieran reducido, con las mejores intenciones, a tranquilizar al paciente con un desarrollo limitado, para que convaleciera mejor. Así se entiende que movimientos sociales de potencialidad revolucionaria como la acción comunal y la reforma agraria, auspiciados por el Frente Nacional, no alcanzaran a levantar vuelo. La acción comunal cayó en manos de maquinarias partidistas o de entidades ineficaces que permitieron desvirtuar sus intenciones de desarrollo

popular; la reforma agraria fue desafiada impunemente por latifundistas y gamonales que perpetúan su dominio señorial en el campo, y hubo de dirigirse hacia el fomento agrícola predominantemente (aunque es admisible alguna falta de presión, campesina motivada por la transición secular en los valores agrarios a que se ha hecho referencia). También se entiende por qué la acción universitaria, y hasta la acción guerrillera y terrorista urbana pudieran tener efectos catalíticos tan notorios durante el período de la subversión (como ocurrió también entre 1852 y 1854), mientras que disminuyera su efectividad, al aplicar las mismas tácticas, en los años del retorno colectivo al orden social.

Con un mecanismo político como el del Frente Nacional, cualquier funcionario puede quedar prisionero de las inflexibilidades y equilibrios del aparato en el que le toca actuar, y con el cual, por definición y por el pecado original de su concepción, es sumamente difícil impulsar un verdadero cambio en el país. Es tarea de cíclopes alcanzar el desarrollo cuando quizás la mitad de los servidores del Gobierno (por la regla de la «paridad») están comprometidos doctrinalmente a mantener el *statu quo*, o cuando más, a tolerar el desarrollo limitado que sigue como rezago de la subversión, buscando que no afecte los intereses de los grupos dominantes, nacionales y extranjeros.

La homogeneidad económica y social de la clase dirigente formalizada ahora en el Frente Nacional es una ventaja para imponer los compromisos inherentes y asegurar que el orden se mantenga y el cambio siga su curso por la «dirección adecuada», dentro del margen de tolerancia. Por eso, se aplican los factores estabilizantes de la sociabilización del desarrollo alcanzado; se induce la legitimación, de la coerción en el nuevo contexto histórico; se estimula la persistencia ideológica del orden por los personeros autorizados en diversas instituciones; y se fomenta la coadyuvancia o apoyo al *statu quo*, por la última tecnología que importan los industriales y empresarios. Existe así una verdadera compulsión burguesa para mantener el «sistema».

Evidentemente, sigue favoreciendo a los nuevos grupos dominantes la acumulación tecnológica. Esta tiene todavía

efectos negativos sobre la tasa de creación de nuevos empleos y aumenta la concentración del ingreso (cf. Furtado, 1966, p. 389). Así, al adelantar la importación y adopción de nuevos elementos de la ciencia moderna (super-abonos, super-combinadas; ciudadelas de silos, mecanizados, etc.), además de la electrónica y la automatización, los grupos dominantes se hacen aun más poderosos y pudientes. No parece preocuparles el efecto adverso que estas innovaciones -totalmente útiles en otras circunstancias- pudieran tener en la masa del pueblo, especialmente su impacto en el aumento del desempleo y de la pobreza general. En cambio, se difunde entre las masas el consumo del radio de transistores, que tiene consecuencias en el control de la conducta del pueblo por estar las radioemisoras más sintonizadas en manos de los amigos del *statu quo*; aunque esto pueda llegar a ser, a la larga, un boomerang, por ampliar, el *Weltanschauung* de la gente humilde y acercarla a un nuevo punto crítico de acumulación tecnológica.

Esta compulsión de dominio para el orden a través de la tecnología moderna encuentra otro sostén en el complejo de la defensa nacional. Las armas fueron elemento positivo para imponer el orden señorial, y jugaron papel en las dos últimas subversiones, especialmente al implementar la revolución en 1854 y parcialmente en 1948. Fueron mayormente ineficaces para dominar las guerrillas de la Violencia, porque no puede exigírseles que cumplan una función ideológica, educativa, económica o religiosa. Allí se demostró lo que la humanidad viene aprendiendo y olvidando periódicamente desde tiempo inmemorial: que las ideas son, a la larga, más fuertes que las armas. Pero al acelerarse en éstas la tecnificación moderna en el momento de buscarse el nuevo orden, las Fuerzas Armadas pierden su antigua autonomía, entregan la potencialidad subversora que históricamente habían utilizado, y se tornan en elemento coadyuvante de los grupos claves.

La compulsión burguesa de éstos lleva a aburguesar a la oficialidad, especialmente la alta, separándola de las clases populares y constriñéndola a defender el orden aún hasta el punto de consagrar normas que contradicen las deriva-

das de la democracia formal adoptadas en el siglo XIX. Esta manera de sancionar, con normas represoras incongruentes, situaciones que no se compadecen con la estructura clásica legal del país, es lo que el doctor Umaña Luna ha llamado el «desorden jurídico» (*Anales del Congreso*, Cámara, Año IX, No. 86, agosto 30 de 1966). El «desorden jurídico» dentro del orden lleva al ejército a colocarse en posiciones antipopulares, por no permitirle advertir el sentido real de movimientos que los personeros del orden o los agentes de la «guerra fría» le inducen a reprimir.

Además, se extiende por el «sistema» a la jurisdicción penal militar una serie de tipos delictivos que llevan a las Fuerzas Armadas, aun contra su voluntad, a tomar partido político contra los subversores, lo cual no es exactamente constitucional. Pero se consigue de paso que los políticos acomodados con la situación «ganen gracias electorales con avemarías castrenses» (*La Nueva Prensa*, No 134, julio 19 de 1965, pp. 22-23). Por fortuna las nuevas promociones de oficiales, suboficiales y soldados, sociabilizados en el ethos secular, tienen actitudes abiertas a la problemática social, y por eso entienden las implicaciones contraproducentes de aquella posición antipopular. Un grupo ha tratado de vincularse a la «transformación nacional» a través de la acción cívica, para cambiar la imagen pública del ejército y hacer de éste una más activa agencia de cambio social y económico. Aunque este esfuerzo no es sino un paliativo, como lo reconocen los investigadores norteamericanos semi-oficiales Barber y Ronning (1966, pp. 223, 236), no deja de ser sintomático de la preocupación que sienten aquellos oficiales por la situación de las gentes. Sin embargo, debido al peso específico de la institución colocada en un solo platillo de la balanza, el efecto total de las armas hoy es el de servir de soporte al orden social-burgués.

Por otra parte, al resucitar el concepto suarista del siglo XVI sobre la tiranía absoluta como única justificación de la revolución, el señor Cardenal Primado da a la Iglesia Católica colombiana también el papel de soporte central para el mantenimiento del *statu quo*: la Iglesia se retira del debate social y se acoge solo a la verdad que es eterna (*El Tiempo*,

mayo 12 de 1965). La «verdad» es aquí un eufemismo que encierra la defensa del orden vigente, lo cual es comprensible al evocar el papel histórico que la Iglesia ha jugado en Colombia como aliada del Estado desde la época colonial, y si se recuerda, además, la composición social de la jerarquía eclesiástica, que es porción intrínseca de la alta sociedad, sea por familia, por captación o por asimilación cultural (Torres, 1963, p. 129). Así, la paz burguesa es bendecida por la mano jerárquica sacra del orden existente, y la Iglesia se recluye con toda su potencialidad creadora a los conventos, casas parroquiales, campanarios y palacios episcopales, para esperar la llegada del «tirano absoluto» y resucitar entonces a la acción social.

La burguesía también cuenta con otro apoyo importante en sus conexiones internacionales o «imperialistas», como las definió Gaitán. Existe una alianza económica supraestatal de orientación centrífuga, que se beneficia de la situación y cuya influencia es de vieja data. En Colombia, como se ha visto (Capítulo VI), las relaciones de dependencia con países dominantes comienzan en firme a raíz de la subversión liberal, cuando los nuevos ricos se alucinan con el prospecto del gran imperio económico y político, a través de la explotación del tabaco, el añil, el índigo, el caucho y el café. Uno de ellos, el mismo Florentino González, llegó a proponer, en 1858, la anexión del país como un Estado de la Unión Americana (de la Vega, 1913, pp. 214-215). Nada podía ser más «herodiano» (cf. Toynbee, 1947, pp. 280-290). Los empresarios y comerciantes de la actualidad no tienen necesidad de tales extremos, porque la moderna tecnología que manejan les permite llegar por rutas más sutiles y efectivas a las mismas metas de dominio y explotación local. Son también los que se aprovechan de la «guerra fría» para hacerse más fuertes en el campo occidental, organizando actividades adecuadas, como las notorias campañas macartistas que recibieron el apelativo de «La Mano Negra».

Una consecuencia de los factores estabilizantes mencionados y del mutuo apoyo entre los elementos de la organización política, militar, religiosa y económica del orden actual, es el de protocolizar el Frente Nacional como gobierno de

un partido único, el de los intereses burgueses, para llevarlo más allá de 1974, cuando termina constitucionalmente. Para ello se advierte una tendencia natural en la nivelación del ajuste entre los partidos. Ahora no hay diferencias muy radicales entre los liberales y conservadores que se turnan en el gobierno y que comparten el botín del presupuesto. El partido único es posible porque quienes usufructúan del poder están en su mayoría comprometidos a mantener el país en el cómodo período de convalecencia, suministrándole solo paliativos para prolongar su exhausta condición, detener los restos de la subversión anterior y hacerse fuertes para enfrentarse a la siguiente. Los síntomas son alarmantes: hay liberales que piensan, escriben y actúan como conservadores, en forma reminiscente a lo que el mismo Núñez describía sobre los partidos en su día; y hay conservadores que se han movido hacia el clásico liberalismo. Pero casi ninguno se ha acercado realmente al pueblo, con el afán altruista de velar por sus graves necesidades y de brindarle las oportunidades de avance y superación, para satisfacer las justas urgencias que siguen allí, latentes y activas.

El orden social del Frente Nacional lleva así, implícitamente, los elementos potenciales para su eventual subversión, porque sigue frustrando el ansia nacional de ganar el progreso y la justicia económica y social, según las pautas seculares e instrumentales que se le presentaron antes al pueblo, y que se le presentan aún, como metas valoradas. Porque aunque el pueblo ansía la paz, no deniega por ello su afán de conquistar un mundo mejor para sí y para sus hijos, por vías distintas de las que ha visto fracasar en años anteriores, y que el orden del Frente Nacional no le suministra.

La desilusión con el «sistema», dentro de ese marco de agotamiento físico y moral, no ha señalado hasta ahora sino salidas nihilistas, como la desbandada al general Rojas Pini-lla, nuevo símbolo de protesta que tiene probabilidades de ir aumentando sus efectivos; o algún masoquismo ante sucesivas devaluaciones monetarias; o la búsqueda de chivos expiatorios, como los grupos activistas universitarios, o los perennes «comunistas», o las últimas guerrillas dispersas. Las gentes están perplejas. Pero ya ven el «sistema» como

una imposición que no traduce sus urgencias y anhelos. Por eso las tendencias indican que el pueblo no va a estar pasivo por mucho más tiempo, especialmente si se alimenta ideológicamente con «visiones transformistas», como es el caso hoy. Hasta ahora, debido a la difusión del ethos secular, el pueblo ha logrado registrar su inconformidad con el «sistema» a través de la abstención electoral, que ha aumentado cada año desde 1958, y con el voto o la acción local a favor de grupos rebeldes. Estos indicadores son elocuentes, porque demuestran una fisura interna importante en la sociedad actual.

Así, las incongruencias dentro del orden, las inconsistencias normativas, las contradicciones valorativas y morales, las diferencias entre los grupos económicos, la falta de equidad en el control y el beneficio tecnológicos, todas ellas han que dado otra vez visibles, y su realidad hiriente hace plantear y anhelar otra vez una nueva subversión. La velocidad a que se mueve el mundo moderno puede producir variaciones en los factores estabilizantes del orden social -que, como se ha visto, ya están en plena actividad a favor del actual- para llevar a otra crisis de serias proporciones. El orden social-burgués, que a pesar de todo representa en la perspectiva histórica un retroceso importante de las fuerzas señoriales, puede ser de corta vida y descomponerse como los órdenes anteriores. Porque buena parte del pueblo colombiano no ha olvidado aún las metas a que le llevaba la pasada generación de disórganos. Porque muchos de los antivalores fueron adoptados -y han empezado a ser valores- a través de la difusión del ethos de Secularidad instrumental. Y porque hay claros síntomas de que reiteraciones de la utopía socialista, ahora con acento mucho más raizal o autóctono, han hecho su irrupción en los últimos días, para desafiar otra vez el *statu quo*.

Hacia esas alternativas, en esfuerzo de proyección o anticipación telética, se dirige finalmente la atención, en el próximo capítulo.

8.

Reiteración de la Utopía

No era posible que el país pudiera soportar por más tiempo el proceso de indecisión y conflicto que había comenzado treinta y dos años atrás. Una generación completa había pasado sin lograr culminar su acción renovadora, y las consecuencias se envolvían en un negro manto de anomia colectiva y desilusión popular. El élan original de la década de 1920 se había frustrado. Ahora lo natural era propiciar un respiro para otear nuevos horizontes.

La oportunidad se presentó a la caída del General Gustavo Rojas Pinilla, por el pacto del 20 de marzo de 1957 que fija nuevas reglas del juego político y protocoliza el paso del país por el umbral del nuevo orden. En éste, como queda descrito, se sintetizan elementos socializantes liberales y burgueses para conformar la última topía, aquella en la que Colombia se encuentra hoy día. Termina en aquel año el último proceso de desarrollo secular-instrumental y comienza el del ajuste para producir la «convalecencia democrática», el retorno a la Constitución y la restauración de las instituciones anteriores. En la práctica se detiene el impulso socioeconómico del país, por la necesidad de efectuar compromisos en aras de la concordia partidista y de la supervivencia de la maquinaria del Frente Nacional, que sirve a los propósitos de frustrar la peligrosa subversión de las décadas anteriores.

Esta frustración del impulso subversor original no ha sido suficientemente discernida en Colombia, porque se vive aún del miraje y últimos reflejos de su anticlímax. Pero todos los síntomas históricos observados llevan a la misma conclusión: existe ahora un orden social con posibilidades de duración, y quienes busquen la renovación del país deben volver a empezar todo el ciclo de la subversión. Aquel engañoso resplandor ha llevado a las fuerzas progresistas y a los restos de los disórdenes anteriores a realizar tácticas de resultados debatibles, como la organización de algunas guerrillas insulares y la aplicación incoherente del terrorismo en las ciudades. Con esos actos solo se produjo, en esos años, el refuerzo del orden existente y el colapso de cuerpos rebeldes y campañas revolucionarias, aparte de la pérdida de dirigentes muy promisorios. Y en cambio, se descuidó la formación de aquellos cuadros humanos que se necesitarían para la acción en el eventual desafío racional al «sistema» imperante.

Empero, la diferencia de los procesos históricos anteriores, el comienzo del orden social-burgués en 1957 se ha visto acompañado de varios portentos que permiten anticipar un desenlace inusitado. Sea por la continuada aceleración acumulativa en el componente tecnológico, por el aumento en la «escala social» y en la participación popular, por el avance secular-instrumental, o por la cambiante naturaleza del equilibrio internacional en el hemisferio y fuera de él, no ha pasado mucho tiempo desde la inepción del nuevo orden, cuando en 1965 cae sobre él el rayo de otra utopía.

Se articula en ése instante el grito de protesta de una generación hasta entonces marginada por la del Centenario y por « la que había sido captada en los años anteriores, que pretendían mantener al país estancado en el sistema monolítico del Frente Nacional e inmerso en el húmedo mundo del compromiso y de la componenda. Los miembros de estos grupos de protesta, nacidos hacia 1925 o a partir de aquel año, no habían conocido otro mundo que el de la subversión. Es la generación de la Violencia, que creció en su ambiente de terror, observándola en sus sanguinolentas deformidades, sufriendo sus intolerancias e injusticias y participando

de sus miserias⁹. Es la juventud víctima que puede vapulear moralmente a sus progenitores y a los pares de éstos que propiciaron aquella hecatombe, y a quienes puede imputar la culpa de la tragedia nacional. Es la que pone en jaque a los grupos oligárquicos y a las élites tradicionales, para enrostrarles el crimen de lesa patria. Estos grupos de jóvenes y adultos, sin compromisos con la implementación original de la Violencia, surgen ahora para dejar su impronta en la historia.

La generación de la Violencia, con todo el resto del país, saludó al principio con alborozo el advenimiento del orden. Pero pronto advirtió que la «convalecencia democrática» y la recuperación nacional traían también los vicios anteriores. La experiencia de la Violencia no era suficiente escarmiento y, como en los días de la «Patria Boba», la situación servía predominantemente para efectuar un relevo de equipos en el mando de la República, sin producir mayores consecuencias sociales y económicas. Una primera voz de alerta surgió del grupo del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), encabezado por el doctor Alfonso López Michelsen, quien recogió el descontento en aquel momento histórico. La contribución de este movimiento es importante, porque cerró los diques para evitar una captación reaccionaria total en el partido liberal, destacando la necesidad de renovar la lucha por los ideales originarios. Mientras tanto, el ala del partido que ingresó al «sistema» se erosionó ideológicamente, al anquilosarse y petrificarse el Frente Nacional.

Al momento crítico de la campaña presidencial de 1965, la generación de la Violencia encuentra un campeón en un sacerdote católico, sociólogo, influenciado por el ambiente ecuménico de la Europa occidental y cuyo mensaje y ejemplo se haría más vibrante cada día: el Padre Camilo Torres Restrepo, creador del aparato político «pluralista» del Frente Unido, que expresa una propia utopía inicial. Esta

9 *Como documentos típicos de las actitudes de esta generación entre el cuerpo estudiantil, que le hace rebelde e iconoclasta y al mismo tiempo le impulsa a luchar por una sociedad más justa, pueden verse los documentos suscritos en diversas oportunidades por los antiguos dirigentes estudiantiles universitarios, Jaime Arenas, Julio César Cortés y Armando Correa.*

utopía tiene ingredientes nuevos, como aquellos derivados de convicciones religiosas y del examen de la realidad de las revoluciones latinoamericanas contemporáneas. Pero en el fondo es una reiteración de ideales socialistas, en respuesta al impulso del cambio secular-instrumental del pueblo y de la época.

Así entendida, la utopía pluralista del Padre Torres ha tenido eco no sólo nacional, sino internacional. La suya es un tipo de orientación que al trascender la realidad y pasar al plano de la práctica, tiende a modificar profundamente el orden de cosas existente; produciendo crisis sociales y personales, induciendo el auto examen de la sociedad e impulsando el cambio. No disminuye este impacto el afán inquisitorial de los personeros de instituciones políticas y religiosas tradicionales que quisieran echar tierra o contestar con balas a tales planteamientos. El Padre Torres se convierte así en paradigma de la generación de la Violencia, en el portavoz de su protesta reprimida, inyectándole vigor a la confrontación ideológica e iniciando una cuarta subversión en Colombia, la «neo-socialista».

En contraste con lo ocurrido a las subversiones raizales anteriores, cuando el efecto de las utopías sobre sus campeones y sobre la sociedad se siente después de varias décadas, en el presente caso se registran consecuencias casi inmediatas. La utopía pluralista se decanta y desvirtúa casi inmediatamente; y el Padre Torres, es muerto once meses después de haberla expuesto. Pero la influencia y el arraigo de su generación rebelde, con el respaldo del pueblo secularizado, llevaron estímulo a grupos políticos diferentes, dieron pábulo a movimientos de protesta contra el «sistema», permitieron articular dos antiélites, una en los medios universitarios y otra nuevamente socializante en un ala del partido liberal, e impulsaron el refuerzo a guerrillas y otros disórrganos similares. Existen ya, por lo tanto, los elementos ideológicos y organizativos mínimos que pueden iniciar un nuevo ciclo de desarrollo en Colombia para llegar a otro orden, el quinto dentro de la serie histórica.

Nacimiento del Pluralismo Utópico

De partida debe aclararse que el análisis siguiente se basa en documentos y experiencias muy recientes, a las que es difícil, por lo mismo, adjudicarles un valor definitivo. Muchos aspectos de los hechos relatados o analizados todavía están oscuros, y es posible que al cabo de un tiempo la interpretación aquí ofrecida deba ser revisada a la luz de nuevas evidencias. Así se procede en la evaluación sociohistórica, cuyo proceso de estudio puede empezar en cualquier momento. Se ha decidido hacer aquí una interpretación temprana, para presentar el pluralismo del Padre Torres según lo que se sabe en la actualidad, porque el impacto de la vida y del pensamiento de éste dirigente en la historia de Colombia no va a pasar desapercibido, y menos puede ignorarse dentro del marco analítico que acoge este libro.

En la «Plataforma para un movimiento de unidad popular» (marzo 17 de 1965), preparada de manera sencilla y simple para llegar a las masas, el Padre Torres declara que uno de los objetivos del movimiento del Frente Unido «es la estructuración de un aparato político pluralista, no un nuevo partido, capaz de tomar el poder» (Torres, 1966, pp. 24-25). Detalla la naturaleza de ese mecanismo en el punto octavo de la misma plataforma: «El aparato político que debe organizarse debe ser de carácter pluralista, aprovechando al máximo el apoyo de los nuevos partidos, de los sectores inconformes de los partidos tradicionales, de las organizaciones no políticas y en general de las masas» (p. 18).

El pluralismo de Camilo Torres constituye el elemento esencialmente utópico de su pensamiento, y como tal debe ser estudiado por los efectos que tuvo en los primeros pasos del movimiento del Frente Unido. Para entenderlo, debe colocarse dentro del contexto político y religioso de donde lo derivó el Padre Torres, de donde también parten diferencias con planteamientos similares contemporáneos.

El objeto de este pluralismo no es simplemente el de protocolizar la tolerancia, el vivir y dejar vivir que ha caracterizado a otras sociedades y cuyo resultado es reforzar y cimentar mejor el *statu quo* alrededor del cual giran los

diversos grupos, y en el que se acomodan y conviven. En efecto, un «pluralismo» tal podría discernirse en el sistema político del Frente Nacional, en el que se respetan legalmente las divergencias de liberales y conservadores; o en el sistema político actual de países como los Estados Unidos de América, Francia y Chile, donde hay tolerancia de puntos de vista divergentes, siguiendo las reglas del juego diseñadas para preservar un orden social que se considera básicamente funcional. Esta es, la ideología del consenso democrático que prima en círculos políticos y eclesiásticos, cuando se define el «pluralismo social» como «un sistema en el que todas las clases sociales y grupos de intereses funcionales, más o menos a base de igualdad de oportunidades, pueden competir por lo que la nación ofrece», lo cual iría a reemplazar el «consenso de la tradicionalidad» (D'Antonio y Pike, 1964, pp. 7, 260; cf. Frei Montalva, 1964; Silva y Chonchol, 1965). No es éste el pluralismo del Padre Torres, aunque tales ideas puedan llegar a ser parte de las normas instrumentales de la Movilidad y haya convergencia en puntos de vista como la «propiedad social», el Comunalismo y el Supra-nacionalismo latinoamericano.

La concepción utópica del Padre Torres es más dinámica: el pluralismo no es una condición, ni un sistema dentro del orden, ni sigue actuales reglas del juego; sino más que todo es una herramienta o aparato para unir o fundir grupos diversos, inclusive los socialistas y cristianos, para moverlos hacia una misma dirección. Se diseña como una estrategia que busca cambiar las reglas del juego y que al hacerlo propende a alcanzar el cambio del orden social en que se ejecuta. Pero su meta final es el desarrollo socioeconómico concebido como la creación, resolución y superación de una subversión neo-socialista que deba dar por resultado una sociedad superior, en que las diversas tendencias progresistas se entiendan entre sí.

Si se insiste en las analogías, podría concederse que algo semejante pudo haber ocurrido en la inepción colonial de los Estados Unidos, cuando las diversas sectas religiosas aceptaron convivir y trabajar juntas en aras de las metas superiores que concibieron para reconstruir su sociedad en estas

tierras de América. Y la idea tuvo sus antecedentes inmediatos en Colombia cuando se trató de «unir a las izquierdas» en organizaciones como el Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR) y el Movimiento Obrero-Estudiantil-Campesino (MOEC), que trataron de ejecutar, infructuosamente, una acción política revolucionaria y popular en los últimos años.

Como en los otros casos, la utopía pluralista del Padre Torres lleva una crítica implícita a la cultura y la civilización reinantes, tratando de descubrir la potencialidad de instituciones existentes que faciliten el advenimiento de un nuevo orden. Pero no produce el tipo de concepción autoritaria, de disciplina monolítica, que Mumford anota en la mayoría de las utopías clásicas (1962, p. 4). En éstas se crea un orden social inflexible y dogmático, con un sistema de gobierno de Big Brother, centralizado y absoluto. No aparece, como efecto del pluralismo utópico, una sociedad cerrada que frustre o canalice excesivamente el libre crecimiento de la humanidad. Aparece más bien una sociedad en que se encuentran las diversas tendencias, cuyas metas valoradas pueden ser principalmente las derivadas del ethos secular-instrumental. Con tal fin se unen todas en un impulso común de creación, se les permite una amplia libertad de cruce ideológico interno con mutua polinización de iniciativas, y se les presentan alternativas diversas para escoger con base en una moderna racionalidad.

La utopía pluralista, con tan heterogéneo aparato político para impulsarla, se complica con el elemento religioso. El concepto mismo del pluralismo ha sido más corriente en círculos eclesiásticos, donde sin embargo, se ha reducido su sentido al reconocimiento del valor de la convivencia de personas de distinta fe en una región. El Padre Torres ganó esta idea de su permanencia como estudiante en la Universidad de Lovaina, donde se halla una avanzada del pensamiento católico renovador. Lo derivó también de su contacto con la atmósfera secular y religiosa a la vez, que hizo posible organizar en Europa experiencias heterodoxas como la de los sacerdotes obreros (que estimuló el acercamiento de la Iglesia al marxismo) y la adoración conjunta de católicos y

protestantes. Este pluralismo tiene un soporte importante en el movimiento ecuménico moderno, cuando empiezan a olvidarse las reglas de la coexistencia no muy cordial de diferentes de nominaciones religiosas y las de la imposición autocrática al estilo luterano (*Cuius regio eius religio*) (cf. Van Leeuwen, 1966, pp. 294-295). Encuentra campeones destacados como Richard Niebuhr en el baluarte protestante, y el Padre Francois Routart en el campo católico, quien fue profesor y amigo del Padre Torres.

El concepto teológico en que se basa este pluralismo secular remonta sus orígenes al concepto más básico de *koinonia* («comunidad»), resultado de un «pacto divino-humano», como el que surgió de la subversión de Moisés en Egipto. Una vez creada la idea de la «comunidad del pueblo de Dios», el concepto sigue su curso hasta hacerlo abarcar a todas las razas, naciones y lenguas. Posteriormente, serán los apóstoles cristianos los que harán suya esta concepción telética de la «comunidad» original, aplicándola a «la práctica mediante la superación de barreras entre judío y gentil, hombre y mujer, griego y bárbaro, como anticipo de la reunión de todos los hombres (Castillo, 1967). Hoy la *koinonia* busca fomentar un sentido de ecumenismo, o unidad universal (cf. Visser't Hooft, 1966), Y para tal, efecto la «comunidad pluralista» cuenta con tres principios: amor, libertad (justicia) y sabiduría, que se convierten en una «teofanía» o «templo de Dios» (Verghese, 1966, pp. 373-381). Es una meta hacia la cual deben moverse los, cristianos, así como también los creyentes de otras confesiones (Hontart, 1964). Es la meta cuya visión llevó al Padre Torres, indirectamente, a tomar una posición ideológica definida ante el país y la sociedad, como veremos

en seguida; aunque él mismo, paradójicamente, hubiese estado, derivando hacia actitudes anti-pluralistas requeridas por la necesidad de tener un partido homogéneo («no alineado»), una vez cayó en cuenta de lo irrealizable de su utopía, poco antes de ingresar a la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional en Santander, en noviembre de 1965.

La concepción pluralista, cristiana, y política a la vez, que fue fundamento inicial de la acción personal y pública del

Padre Torres se encuentra en el documento clímax de su carrera, la declaración del 24 de junio de 1965, cuando pidió su liberación de las obligaciones clericales. Sostiene allí que «la suprema medida de las decisiones humanas debe ser la caridad, debe ser el amor sobrenatural» y, en consecuencia, se entrega a una revolución justa «para poder dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y realizar el bienestar de las mayorías de nuestro pueblo. Estimo que la lucha revolucionaria es una lucha cristiana y sacerdotal. Solamente por ella, en las circunstancias concretas de nuestra patria podemos realizar el amor que los hombres deben tener a sus prójimos» (Inquietudes, 1965, p. 41). Como antes había sostenido que llegaba a esa decisión también como sociólogo («al analizar la sociedad colombiana»), se conjugan en él los tres principios ideales del pluralismo que postula Verghese.

Una vez entendidas las bases político religiosas del pensamiento utópico del Padre Torres, quedan en su apropiada perspectiva los dos conceptos sociológicos centrales sobre los cuales construye su ideología neo-socialista: el de la «dignidad», basada en los valores existenciales del Humanismo contemporáneo, y el de la «contraviolencia», o rebelión justa, 'que se apoya en la Moralidad telética.

El sentido de la dignidad en Torres es esencialmente una recapitulación del ethos secular. Habla de la dignidad con grande énfasis en su última proclama «desde las montañas» (Torres, 1966, p. 102), y la Plataforma de marzo se dirige casi exclusivamente a señalar los elementos que permiten darle su verdadero valor al pueblo, a «las mayorías populares». Subraya los síntomas que últimamente van llevando a la liberación del hombre humilde, así en el campo como en la ciudad, á través de la difusión de las normas instrumentales de la Movilidad (pp. 54-56, 97-98). Elabora el amplio sentido moral que esa tarea tiene para la redención del pueblo y el progreso nacional.

Conectados con esa meta de revaloración del ser humano se mueven también, dentro de la concepción del Padre Torres, los otros elementos del ethos de la Secularidad instrumental. El Supranacionalismo se expresa en la Plataforma

al apoyar el ideal de la integración latinoamericana (p. 21) y al proponer que Colombia tenga relaciones con todos los países del mundo (p. 23). Condiciona esos valores al fomento adecuado del nacionalismo, especialmente el económico, para lo cual el pueblo necesita «objetivos concretos de desarrollo socioeconómico» (p. 98), y declarar la independencia de los intereses oligárquicos que mantienen al país subordinado a los Estados Unidos de América. Por eso, el pluralismo así concebido debe ser necesariamente «anti-imperialista» y «anti-intervencionista», condenando las actitudes entreguistas de grupos nacionales (pp. 38, 68, 102).

El Tecnicismo -y las normas derivadas del Control técnico- lo enfatiza el Padre Torres en innúmeras formas, especialmente en su deseo de crear la «unidad en torno a bases técnicas y racionales» a través de la aplicación de las ciencias sociales y económicas traducidas a la realidad colombiana, por «líderes que sean capaces de abandonar todo elemento sentimental y tradicional que no esté justificado por la técnica, prescindiendo de esquemas teóricos importados. . . para buscar los caminos colombianos» (pp. 98-99). Su Plataforma propone, además, la planificación y la intervención estatal con nacionalización de varias instituciones, la educación pública gratuita y obligatoria, y la autonomía universitaria.

El Comunalismo tuvo en el Padre Torres un defensor decidido. Las reformas agraria y urbana que propone en la Plataforma se basan en un tipo u otro de acción colectiva. Cita a la «acción comunal» como «fundamento de la planeación democrática», auspicia el cooperativismo y busca una mayor participación de los obreros en las empresas (pp. 18-21, 59, 60).

Por otra parte, el Padre Torres respalda la revaloración del ser humano con la idea telética de la justificación moral de la rebelión, o la *contraviolencia*, lo que le lleva también a postular el antinomio «pueblo-antipueblo». Su pensamiento queda plasmado en cuatro de sus «Mensajes»: los dirigidos a los cristianos, a los campesinos, a la oligarquía, y a los presos políticos. Plantea en primer lugar que «la oligarquía tiene una doble moral de la cual se vale, por ejemplo, para condenar la violencia revolucionaria mientras ella asesina y

encarcela a los defensores y representantes de la clase popular» (pp. 80, 83-86); o dividiendo al pueblo en grupos enfrentados artificialmente, combatiéndose entre sí por asuntos académicos como la inmortalidad del alma y distrayéndolo de descubrimientos radicales como el de que «el hambre sí es mortal». El hambre es un común denominador de los pobres. Dice luego, que como «tenemos que buscar medios eficaces para el bienestar de las mayorías... [que] no los van a buscar las minorías privilegiadas que tienen el poder... es necesario entonces quitarles el poder... para dárselo a las mayorías pobres. La revolución puede ser pacífica si las minorías no hacen resistencia violenta» (pp. 33-34). Y como esta revolución busca la justicia y el pan para todos los grupos, ella es «no solamente permitida sino obligatoria para los cristianos» (p. 34).

No es posible entrar aquí a la polémica sobre la justificación del uso de la violencia, que lleva ya varios siglos, y en la que se empeñan hoy teólogos y filósofos muy distinguidos (cf. Shaull, 1966; Wendland, 1966). Tampoco es necesario acudir a las clásicas tesis de Santo Tomás de Aquino sobre la «guerra justa», aunque es sugestivo recordar la forma como aquellas fueron resucitadas en el siglo XVI para legitimar la conquista española y la subversión cristiana. Entonces se buscaba justificar el empleo de la violencia para subvertir el orden áylico; éste era un patrón de vida normativa y moralmente autónomo que se quería suplantarse por otro cristiano, considerado superior. Vertido a situaciones actuales de conflicto interno, en las que también se batalla por el control del orden social y con igual ímpetu moralista, aparece el mismo, argumento para el empleo de la violencia, solo que esta no armoniza con la legitimidad del orden social vigente, sino con la del orden emergente. Se basa en otra normatividad, la de la Moralidad telética, y por eso es contraviolencia. La idea es semejante a la distinción que hace Lenin entre «violencia revolucionaria» y «violencia reaccionaria» («La revolución proletaria y el renegado Kautsky», 1934-1938, VII, p. 175), cuando se refiere a su utilización por movimientos socialistas modernos.

Evidentemente, como decía Ortega y Gasset, la violencia viene a ser la «razón exasperada», la última *ratio*; para

Marx, ella es la «partera de la historia». El problema no es tanto su justificación absoluta cuanto lo concerniente a las condiciones y límites de su empleo. La utilización de la violencia acarrea problemas de estrategia, porque puede ser un catalizador de las masas tanto como un alienador de ellas, como hemos visto en páginas anteriores. La estrategia depende de las circunstancias históricas y sociales, según las metas inmediatas y de largo alcance que se proponen los disórrganos en los períodos, de desarrollo, lo que determina el grado de visibilidad de los grupos subversores y su eficacia en general (cf. Torres, 1966, p. 58). En todo caso, es una estrategia que evoca la seguridad Hobbsiana de que existe una violencia latente o manifiesta para mantener el *statu quo*, y que se expresa en muchas formas de coerción, algunas legítimas y otras ilegítimas (Míguez Bonino, 1966; M. Weber, 1922). El Padre Torres sostenía que esta violencia es inmoral cuando se dirige contra el pueblo y que se torna tiránica cuando éste no respalda a los gobiernos (Torres, 1966, p. 34; cf. Johnson, 1966, p. 91). Le enfrenta la contraviolencia, en la medida e intensidad en que actuara el antipueblo o las minorías en el poder, dejando así a estas con la grave responsabilidad moral de desencadenar la revolución cruenta.

Finalmente, declara el Padre Torres que hay dos índices por los cuales se puede medir la eficacia de la mística revolucionaria: la pobreza y la persecución (pp. 65, 74, 81). El ideal de la pobreza le facilita observar otro flanco vulnerable en la Iglesia colombiana; y la prueba de la persecución demuestra si se está siendo fiel o no a los ideales de la subversión. La mística rebelde, por supuesto, la mantienen los disórrganos. Los más importantes son los conformados por obreros y estudiantes (pp. 53, 63-66), que fueron precisamente quiénes más apoyaron el movimiento del Frente Unido. A la muerte del dirigente, muchos de ellos se dispersaron. Pero su devoción por la causa sigue latente o manifiesta en muchos sectores, actuando como sus antecesores de la década de 1920.

He ahí la utopía pluralista que el Padre Torres presentó al país como metas para adoptar «un sistema orientado por el amor al prójimo» (p. 35). Puede verse que sintetiza y sim-

plifica algunas de las tendencias instrumentales del mundo moderno, reiterando anteriores ideales socialistas, vertiéndolos en moldes culturales colombianos, y buscando la autenticidad, local. No es una utopía clerical, pues el Padre Torres hubo de dejar precisamente la estructura clerical de la Iglesia colombiana para poder divulgar su ideal y combatir por él, aunque ninguna de sus tesis contradiga las enseñanzas de la Iglesia, especialmente las del Papa Juan XXIII. No es una utopía liberal ni conservadora, porque la dinámica política de hoy ha superado el marco ideológico en que funcionaban, aquellos partidos, a los que nunca perteneció Camilo Torres. Ni tampoco es copia servil de planteamientos ideológicos concebidos por filósofos europeos -excepto en cuanto a la reiteración de temas socialistas-, ni traducción de constituciones o preceptos de países más adelantados, como ha sido hábito entre los políticos y los intelectuales colombianos. Es mas bien, como se dijo antes, la visión de una sociedad completamente abierta, en la cual se respetan las divergencias de opinión, creencia o actitud, con el fin superior de, alcanzar mancomunadamente el progreso dentro de una estructura justa. Si se le mira desde el punto de vista religioso, sería una, sociedad reconstruida con justicia, amor y sabiduría dentro de un marco totalmente renovado del cristianismo, muy diferente del que se ha conocido hasta hoy en Colombia. Hasta cierto punto, sería un cristianismo del futuro; y su propugnador, un símbolo de la «nueva cristianidad» (Athayde, 1966), que no campeón del retorno a la clerical utopía isabelina, cuyos residuos del Cristo de Tánger, con su pasiva religión ritualista, autocrática y basada en el temor deprimente, han venido entorpeciendo el progreso de Colombia.

Este reto idealista a la tradición lleva a una introspección dinámica de gran potencialidad. Como en los otros casos históricos anteriores, comprometerse en tal tarea es partir Cuentas con el pasado histórico, rescatar de él lo meritorio y útil a la luz de las nuevas metas, y trabajar racionalmente por un orden de cosas superior. Se puede articular así un nuevo Weltanschauung colombiano con un ethos secular que suministre a los habitantes una imagen social propia

y del mundo, y un estilo de actuar, percibir y evaluar que abra las compuertas del desarrollo y levante al pueblo de su postración moral y física.

Decantación de la Utopía Pluralista

No obstante, se cumple con el pluralismo utópico el indefectible proceso de decantación que afecta a las utopías absolutas, para convertidas en relativas. Quizás una tan exigente e idealista no podía ser seguida con fidelidad ni por los grupos activistas ni por los simples espectadores.

Uno de los primeros en demostrar incompreensión fue un grupo de sacerdotes de la Iglesia Católica colombiana, que empezaron a abandonar al Padre Torres y aún a atacarle, declarando que sus doctrinas eran «erróneas y perniciosas» (*Inquietudes*, 1965, p. 35). Juzgando por la historia de la Iglesia en el país, el «caso Camilo Torres» destacó algunos anacronismos e incongruencias de esa institución en el siglo XX, especialmente en la era post-conciliar: he ahí una Iglesia cuyos grupos más representativos, ante el drama del subdesarrollo humano y social de su pueblo, prefieren cerrar los ojos, evitar la autocrítica, seguir la rutina de las obras de caridad y educación dentro de modalidades tradicionales, y aferrarse a postulados coloniales sobre la tiranía, para sostener un orden social que objetivamente es injusto (pp. 44-59). Para un sacerdote convencido e ilustrado como el Padre Torres no podía haber otra salida que separarse de la estructura clerical de aquella institución que paradójicamente le alienaba de Dios y de su obra en la historia. En el documento del 24 de junio no solo confirmó su ideal pluralista, sino que puso a prueba la sinceridad de sus hermanos y superiores en la fe. Y así, aún después de la muerte en las montañas de Santander, otro sacerdote colombiano pretendió excusar el hecho sosteniendo que el Padre Torres había sido víctima, no del orden social y religioso contra el cual batallaba, sino de las taras e inmadureces de su persona y de su falta de preparación intelectual, que solo hasta entonces se hicieron notorias (Andrade Valderrama, 1966, pp. 177-181).

No solo ocurrió la deserción e incompreensión de muchos

«hermanos en la fe» del Padre Torres, sino que también se registraron dificultades de aplicación de la utopía por el propio innovador. En los casos anteriores de decantación hubo cierto período prolongado de discusión y difusión, y hasta determinado empeño para experimentar las innovaciones, como en La Española, Cumaná y Michoacán bajo la inspiración de Las Casas y Quiroga. Ahora todo se desvirtúa en ocho meses durante el año de 1965.

El estudio de esta decantación merece atención por parte de sociólogos. En la actualidad solo se sabe que el «aparato pluralista» del Padre Torres no logró resultados en la práctica y que al nivel comunal y vecinal los diversos comandos del movimiento (desde el demócrata cristiano hasta el comunista), en vez de aplicar la tolerancia esperada, tornaron los disórdenes en una torre de Babel. Esto pareció ser un error táctico que hizo dispersar el movimiento del Frente Unido, cuyo núcleo se fue reduciendo a miembros «no alineados», es decir, personas que no pertenecían formalmente a ningún grupo político y cuyas tendencias eran progresistas y activistas, como decididos amigos del cambio.

Hay indicaciones que muestran que el Padre Torres, poco antes de ingresar a la guerrilla empezaba a reorganizar su movimiento con base en los «no alineados», lo cual le habría permitido homogeneizar su grupo y crear en verdad otro partido. Con esto, sin embargo, se condicionaba el origen pluralista del movimiento, y se protocolizaba la decantación de la utopía. Esta quedaba en esencia, como una ideología neo-socialista afín a la introducida preliminarmente en la década de 1920, pero más diáfana y autóctona, y más comprometida que aquella con la acción revolucionaria.

No es necesario elaborar más el fenómeno de dilución de la utopía pluralista, porque este proceso es lo normal: toda utopía, por definición, es inalcanzable. Lo realmente esencial es reconocer el impacto utópico como una idea potencialmente salvadora, que destaca las metas hacia las cuales se trata de llegar colectivamente. Esto en sí mismo tiene efectos refractantes sobre el orden social. Por eso la ideología socialista reiterada a través del aparato pluralista vuelve a ganar toda su potencialidad original.

Anticipando los hechos por el estudio de la historia que precede, es lógico esperar que el impacto real de la utopía pluralista, que lleva al neo-socialismo revolucionario, tome aún algún tiempo, para hacerse sentir otra vez más adelante, con toda su renovante fuerza subversora.

9.

Alternativas para la Proyección

Al reiterarse la utopía socialista en la forma dramática e intensa como ha ocurrido, se han vuelto a sentir las incongruencias del orden vigente y a descubrirse por el pueblo las inconsistencias normativas, contradicciones e injusticias existentes. Según el marco que vamos siguiendo, se puede anticipar ahora una refracción o descomposición del orden social-burgués actual, con la creación de disórganos apropiados en diáspora constante, que lleven el nuevo mensaje de anti-valores y contranormas a todos los niveles de la sociedad. Este último reto vuelve a poner en jaque a los personajes de la condición de tradición.

El proceso de la descomposición del orden ya debe estar muy claro. El estudio de la historia colombiana y la conducta de los prohombres del pasado lo ha enseñado plenamente. Ellos han indicado cuáles son los mecanismos compulsivos que permiten darle dirección al desarrollo económico y social. Han demostrado cuáles son los factores estabilizantes que suministran durabilidad mínima a los elementos valorados que se ganan en los nuevos órdenes. Han ilustrado también sobre los mecanismos de ajuste con que se frustran o promueven las subversiones, a través de la captación de antiélites, el control de la tecnología y la economía y la utili-

zación de la violencia física y de la hegemonía política. Han hecho palpable además, que hay factores contemporáneos que han fortalecido el *statu quo*, como son el mayor control centralizado del Estado y de otras instituciones sociales (en lo que los grupos burgueses aprovecharon del período anterior), y el apoyo internacional a élites herodianas.

Mal parecería ahora que con éstas lecciones de la historia patria no se lograra proyectar, resolver y superar una subversión que permita ganar al fin el desarrollo y alcanzar las metas valoradas de índole secular-instrumental que la sociedad colombiana ha venido persiguiendo desde hace tanto tiempo, para que el país se afirme orgullosamente y por sí solo ante el mundo.

Al entrar a discutir las alternativas de proyección hacia el próximo orden social, el quinto de la serie, que presenta la anticipación en 1965 de un nuevo ciclo subversor en Colombia, es necesario recordar las limitaciones de la «auto-realización profética».

Cuando el científico anticipa o prevé, procede con base en las tendencias observadas y en la existencia de factores cuyo efecto tiene probabilidades de registrarse en repetidas ocasiones. No tiene otro recurso del que pueda responder con seriedad.

Esta práctica, tan común en las ciencias exactas, se complica en el campo de lo superorgánico por los efectos que la exposición pública de los resultados de una investigación social pueda tener en los eventos subsecuentes con ella relacionados. Este fenómeno puede ser inevitable en el presente caso, lo que debe llevar a anticipar igualmente su consecuencia, para hacer más adelante las distinciones empíricas necesarias. Habría que discriminar entre las divergencias con la proyección misma, y aquella porción del cambio (o de su refrenamiento) condicionada por la exposición y discusión del estudio que hoy se hace público en Colombia.

Para simplificar la presentación siguiente, y tomando en cuenta que a la larga los disórdenes neo-socialistas, con el catalítico del pluralismo revolucionario, tendrían las mayores probabilidades de convertirse en grupos claves del nuevo movimiento, se identifica este período como el de la «subversión neo-socialista» o «pluro-socialista». Además, se busca

determinar, como antes, cuáles serían las condiciones que afectarían a la población colombiana, que espera y busca un cambio genuino en su vida personal y colectiva.

Debe recordarse que hay diferencias entre el socialismo clásico introducido en la década de 1920 y el de hoy, cuyo temple es más autóctono. La esencia de este «socialismo a la latina» es revolucionaria, es decir, no teme reconocer la importancia de la rebelión justa adaptada al medio, e incluye racionalmente la contraviolencia dentro de sus planes y proyectos, como parte de su estrategia política. Por eso el neosocialismo actual, comprometido con el desarrollo integral, es distinto al socialismo adoptado por grupos que tienden a una política reformista o evolutiva, exclusivamente.

Bases para la Proyección del Desarrollo

Hay seis puntos de partida para considerar, de manera general, las alternativas de proyección a mediano y largo plazo de la subversión contemporánea que se esboza hoy en Colombia: 1) al pasar a la categoría de semi-urbano, por diversas causas, el país ha alcanzado un nivel mayor de integración regional, aún en las secciones campesinas; 2) el aumento demográfico durante el período subversivo anterior, sujeto a un nuevo ethos, ha producido una gran masa de población, especialmente la joven, que se ha sociabilizado en los anti-valores de la Secularidad instrumental; 3) el aumento en la escala y densidad sociales, que incide en las formas de interacción en las comunidades, no ha llevado a mayores oportunidades de avance socio-económico y en cambio ha producido el descenso del nivel de vida en sectores mayoritarios de la población; 4) la acumulación progresiva en el componente tecnológico, que afecta a la industria, la defensa, el transporte, la medicina, la agricultura, etc., ha seguido produciendo incongruencias y tensiones, como ocurrió en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del actual; 5) los grupos subversores de la generación de la Violencia tienen consigo la ventaja de la compulsión moral frente a la de sus mayores cuyos esfuerzos sé frustraron; y 6) las metas valoradas de índole secular-instrumental no solo están ahora mucho más claras y delineadas contra los elementos que deben comple-

mentar o suplantar, sino que han sido adoptadas por grupos de diversas tendencias políticas.

Hay también otra clara definición que afecta la proyección general contemporánea y las pautas del conflicto: la de la visibilidad de los grupos tradicionales enemigos del desarrollo, contra los cuales se dirigiría principalmente la subversión, por ser aquellos que usufructúan del *statu quo* y que van a defenderlo, sin tomar en cuenta las urgencias de la sociedad. Son ellos: los grandes terratenientes que viven del engorde de tierras y del, trabajo de sus aparceros; los industriales y banqueros que no dejan irradiar con equidad los recursos de que disponen, que abusan de sus empleados y obreros y que prefieren especular y atesorar ganancias para enviarlas al exterior o despilfarrarlas «como nobles en París»; los miembros que del alto clero siguen identificándose con los regímenes y partidos políticos y desconocen o desvirtúan lo aprobado en el Concilio Vaticano II; los militares, políticos y periodistas que actúan en razón de intereses egoístas de grupo y que van en plan de acomodación al orden y no de servicio al pueblo; y las personas que, en general, podrían reunirse con las anteriores bajo la designación de oligarquía tradicional, que mantienen vivo el espíritu de castas y que en un momento crítico, por su orientación centrífuga, se plegarían a los requerimientos de entidades extranacionales hoy incongruentes con las metas instrumentales de desarrollo regional.

Sobre estas bases generales actúan factores específicos que intervienen en la predicción a corto plazo: 1) el efecto de la «guerra fría» entre el Oriente y el Occidente que ha llevado al país más y más a una relación de dependencia dentro de la esfera de influencia y acción de los Estados Unidos de América, como parte dominante, hasta el punto de, convertir a una sección de las clases dirigentes colombianas en cónsules del «modo de vida americano» y a los países latinos en satélites (Jaguaribe, 1966); 2) la conversión del «Frente Nacional para que sea de «Transformación Nacional», bajo la presidencia de uno de los «jefes natos» del partido liberal cuyas intervenciones históricas quedaron registradas en capítulos anteriores, el doctor Carlos Lleras Restrepo; 3) la aparición de una posible antiélite socializante dentro del

partido liberal, el llamado «grupo de La Ceja»; y 4) la intensificación de movimientos populares en las ciudades y en los campos, que responden a las tensiones producidas por las incongruencias del «sistema».

Siendo que tanto las seis bases generales para la proyección como sus efectos en las relaciones de dependencia y dominación entre los países del hemisferio fueron presentados atrás, es pertinente describir ahora lo concerniente a los otros tres factores específicos.

La campaña presidencial del doctor Lleras Restrepo, bautizada como de la «Transformación Nacional», hizo saber a los colombianos que el nuevo gobierno iría a luchar por una sociedad más justa, ofreciendo igualdad de oportunidades para todos; abriendo la educación a la totalidad del pueblo; garantizando el acceso fácil de éste a los servicios médicos y hospitalarios; acelerando la reforma agraria e impulsando el cambio en la estructura de la sociedad campesina; adoptando nuevas formas de capitalización social que impliquen una modificación gradual del sistema capitalista; modificando las instituciones que favorecen la concentración creciente de la riqueza y del ingreso; atendiendo especialmente a las clases marginales para incorporarlas plenamente a la vida de la comunidad; dándole participación al trabajo en el planeamiento del desarrollo económico y social; amén de otros aspectos igualmente importantes sobre el mejoramiento de la función del Estado (Acción Liberal, 1966, p. 43).

Indudablemente, tan ambicioso plan necesita de una gran, decisión para superar las dificultades intrínsecas que le presenta el «sistema» político-económico del Frente Nacional, en el cual debe actuar el Presidente: el «sistema» no le permite formar un equipo homogéneo de gobierno y el Congreso Nacional se traba frecuentemente con sus mismas reglas. Pero el Presidente Lleras, durante el corto período desde la toma de posesión (agosto 7 de 1966), ha demostrado que es hombre de empeño y que su gestión puede ser favorable al cambio en sectores importantes.

En primer lugar, la delicada situación económica ha llevado al gobierno a adoptar una política más claramente intervencionista, de amplio desafío al *laissez faire* del orden burgués, provocando así resistencias en la oligarquía empre-

sarial. Uno de sus portavoces, el doctor Guillermo Herrera Carrizosa, con argumentos tomados casi exclusivamente de las escuelas económicas del siglo XIX, rechazó los puntos de vista del Presidente, agitando el fantasma del socialismo (*El Espectador*, noviembre 20 de 1966). Las relaciones con la oligarquía terrateniente e industrial pueden resentirse aún más cuando el Presidente visita a las gentes humildes en frentes populares de acción, sea en regiones de guerrilla o en tugurios y barriadas, en vez de asistir a banquetes en clubes sociales. Se toman tirantes a raíz de la ruptura transitoria con el Fondo Monetario Internacional, aunque aflore a la superficie, por decoro nacional, un pleno apoyo al gobierno. Evidentemente, el Presidente está urgiendo a la clase empresarial para que adopte una nueva filosofía económica a tono con los tiempos modernos y para que propicie mejores formas de relación con los grupos subordinados que hacen posible la riqueza nacional.

En segundo lugar, el gobierno ha impulsado en varias regiones rurales una acción comunitaria basada en el reconocimiento de derechos adquiridos por colonos, lo que hace salir de su retraimiento a dirigentes «izquierdistas» de influencia nacional. Se acelera también el proceso de extinción del dominio y de expropiación de tierras para facilitar la acción del Instituto Colombiano de Reforma Agraria, hasta entonces casi limitada al fomento agrícola, y se presentan proyectos de ley que convertirían a arrendatarios y aparceros en propietarios. Esto naturalmente provoca la reacción adversa de algunos latifundistas influyentes, en especial los de la costa atlántica.

Por último, declara el Presidente Lleras que aspira a que en breve tiempo los colombianos puedan decir: «Soy miembro de una sociedad que marcha por los caminos de la equidad y no estoy gobernado por una oligarquía; pertenezco a una sociedad igualitaria» (*El Espectador*, noviembre 30 de 1966). Repite el Presidente las consignas sobre la sociedad igualitaria ante el Congreso Pedagógico Nacional, destacando los anacronismos y «orgullos egoístas» que carcomen el orden social actual, para combatidos y «levantar una sociedad nueva que no lleve en sí el germen de la injusticia y de la desigualdad... sino el signo de la justicia social con igualdad

de oportunidades para todos» (*El Tiempo*, diciembre 13 de 1966; enero 15 de 1967). Además, propone e impulsa el mantener relaciones diplomáticas y comerciales con los países socialistas. Esta *apertura a sinistra* parece ser una respuesta al descubrimiento de las incongruencias del orden social-burgués y de la rigidez del Frente Nacional, dramatizadas últimamente por los actos de rebeldía y por las investigaciones socioeconómicas de la generación de la Violencia.

Obviamente, si el gobierno se orienta hacia un genuino cambio, no podrá contar con el apoyo de aquellas personas y grupos oligárquicos y tradicionalistas que «hacen de nobles en las capitales europeas» y cuyos intereses quedan afectados por la política esbozada. Pero esta sería un hito en la historia de Colombia solo comparable a los del General Reyes y Alfonso López. Una decisión reaccionaria que pretendiese detener este avance tendría que anticipar el empleo de la fuerza armada; o su amenaza podría llevar a modificaciones en la política oficial, como un mayor acercamiento a las «derechas».

En todo caso, la situación social del país tiene los ingredientes suficientes para tomar la posible frustración de impulsos de avance en un boomerang. No puede compararse la situación colombiana con la de países latinoamericanos, donde han ocurrido golpes armados en los últimos años porque en ellos no se ha experimentado la anomia de la Violencia ni tampoco su peculiar cura de reposo que es el Frente Nacional. En Colombia, el recuerdo de la violencia anterior hace de la subversión que se inicia algo mucho más consciente y profundo. Aunque medio dispersos hoy, los grupos subversores son reales y pueden articularse con decisión una vez motivados suficientemente. Y en fin, la intervención armada significaría la terminación del Frente Nacional, lo cual es contraproducente para los grupos dominantes bien acomodados a su vigencia y que querrían más bien prolongado. Ello no sería sino una victoria pírrica.

Más realista es reconocer la existencia de los disórdenes pluralistas, neo-socialistas, del MRL y otros núcleos en todo el país, a quienes se les añadieron los liberales del grupo que se reunió en el pueblo antioqueño de La Ceja, entre el 19 y el 24 de agosto de 1966. Según el doctor Hernando Agudelo

Villa, el ideólogo de este grupo, los liberales del nuevo cuño (cuyos planteamientos pueden considerarse de origen socialista según el mismo dirigente, *El Espectador*, enero 15 de 1967) deben luchar contra cinco mitos: 1) la libre empresa, con el *laissez faire* y el capitalismo liberal del siglo XIX, para adoptar en cambio una economía mixta; 2) ,el Estado «diabólico» que entraba la actividad y la iniciativa privada, para seguir más bien con el intervencionismo y la planificación modernas; 3) la prosperidad basada en disparidades en la capacidad de inversión y consumo de los diferentes grupos sociales, para promover en cambio la sociedad igualitaria; 4), el crecimiento económico sin esforzarse por acumular capitales propios con conciencia colectiva; y 5) la «revolución del desarrollo» sin llevar a cabo paralelamente la «revolución política» y ganar un sistema democrático eficaz (*El Tiempo*, noviembre 19 de 1966). En efecto, en el discurso inaugural de la reunión de La Ceja, el doctor Agudelo Villa define la «teoría del desarrollo» como «un conjunto práctico de tesis, de políticas y de instrumentos elaborados... para orientar el esfuerzo colectivo a la tarea de incrementar la producción y repartir con equidad los frutos del progreso». Busca establecer sociedades «basadas en la, justicia más que en la utilidad, en la planeación racional más que en la ciega operación del mercado, en la industrialización de las economías en oposición a la orientación de estas para la producción de materias primas en provecho de intereses extranjeros». El movimiento de La Ceja persigue así dos objetivos fundamentales: «Asegurar un creciente nivel de vida para todos los ciudadanos y alcanzar la justicia social, que implica Igualdad de oportunidades y reducción de las desigualdades de ingreso, riqueza y poder económico'» (*El Espectador*, agosto 20 de 1966). En ello, como puede apreciarse, se encuentran áreas de concordancia con las tesis del socialismo clásico de la década de 1920, y hasta con algunas del pluralismo, excluyendo las implicaciones de la contraviolencia y condicionando aspectos del desarrollo económico. Muchas ideas del grupo de La Ceja, en general, armonizan también con el ethos de la Secularidad instrumental, porque son propuestas por una generación que creció sociabilizándose en sus contranormas y antivalores, y sufriendo el impacto de la Violencia.

Además, el grupo quiere propiciar una renovación ideológica dentro del antiguo partido liberal actualmente debilitado por el ajuste burgués del Frente Nacional y por la compulsión conservadora que domina el ambiente político desde la instauración del nuevo orden. Busca igualmente un acercamiento al MRL. Para el efecto, el doctor Agudelo pide el «relevo de una clase política obsoleta» por las nuevas generaciones «que nada tuvieron que ver con la Violencia»; y aconseja alistarse para el pleno juego político al terminarse el frente Nacional en 1974, para cuando el partido liberal debe «definirse cada vez con mayor claridad como un partido realmente de izquierda, auténticamente popular». Esto es indispensable porque el Frente Nacional además de haber debilitado al liberalismo, «es un sistema artificial que crea muchas rigideces y limitaciones a la acción pública para llevar acabo la transformación que el país requiere, por lo cual su prórroga traería el peligro de que se apoderara de la nación un clima mental de conformismo y rutina, de inercia y apatía políticas» (*El Espectador*, agosto 20 de 1966).

Las analogías de este movimiento de renovación ideológica (y «su antecedente del MRL) con el que apareció en los días de los generales Uribe y Herrera, son muy sugerentes. Junto con los jefes del MRL, los del grupo de La Ceja constituyen una antiélite en potencia, y como tal nació luchando, enfrentándose a la «clase política obsoleta» y provocando en ella los naturales pases de defensa y contraataque, como en efecto ocurrió.

Pero la lucha y la confrontación es la función dialéctica propia de las antiélites -así la de La Ceja como las universitarias- que pueden vigilarla- y sin ellas habría pocas posibilidades de renovación institucional por lo alto, o de crear y superar la subversión que lleve al completo desarrollo socioeconómico en el país. Por el método proyectivo podría anticiparse no solo la posibilidad de la captación frustrante que fa los grupos de La Ceja y del MRL le apliquen los antiguos y mayores del partido liberal, sino el efecto positivo que tendrían como antiélites en el progreso del país, y en la corrección de muchas de las injusticias del orden social vigente. Esto último ocurriría solo si no claudican en sus convicciones y mantienen por un tiempo el control de la compulsión, aún

si retornan a las «toldas gloriosas» del partido, hoy precariamente apuntaladas por la Constitución Nacional.

Por último, se han registrado recientemente algunos movimientos populares que demuestran la vitalidad de los cambios ocurridos en las gentes durante los últimos años. Parece que, a diferencia con períodos históricos anteriores, existen hoy grandes masas juveniles y adultas -y campesinos y obreros- que han declarado su independencia total o parcial a través del ethos secular-instrumental. Pero no se han movilizado políticamente, aunque supieran responder al estímulo de la corta campaña del Padre Torres en 1965, y se hubieran organizado en comunidades autónomas y en «repúblicas independientes». Evidentemente, allí están las masas, tanto en el campo como en las ciudades, esperando que se les «motive» y que se les lleve a constituir disórganos adecuados.

El único jefe político que ha logrado últimamente acercarse a las masas, especialmente las urbanas, cuyas necesidades se han agudizado por la situación económica, ha sido hasta ahora el General Gustavo Rojas Pinilla, director de la Alianza Nacional Popular (ANAPO). Su estrategia ilustra la forma como se pueden utilizar los temas del ethos secular-instrumental en la actividad política. En efecto, se advierte que el apoyo popular que la ANAPO ha alcanzado proviene, no solo de su papel como imán de una protesta, sino de la adopción de metas seculares, adobadas con alguna medida de lucha de clases dirigida contra la «gran prensa» y los grupos dominantes. Los últimos discursos y escritos de los jefes de este movimiento van salpicados de consignas como las de la «revolución nacional» y el nacionalismo, y la lucha contra la ignorancia, el latifundismo, la desigualdad económica, el fraude electoral, el imperialismo y el poder de los monopolios. Se busca que de la revolución nacional surja «un nuevo orden, más justo, más humano, más cristiano» a través de un Estado técnico y planificador que impulse «el despegue de nuestro país hacia el desarrollo». La meta inmediata es romper el molde del Frente Nacional, creando un tercer partido conformado por personas liberales y conservadoras de origen popular, que se imponga en los comicios y que

pueda llevar a su jefe por segunda vez a la Presidencia de la República (*Somatén*, Bogotá, N° 2, febrero de 1967).

El factor popular, dramatizado hoy por la ANAPO y sus tácticas, no puede ignorarse mientras exista el Frente Nacional y se Identifique éste con las incongruencias, fallas e inconsistencias del orden social vigente.

Estrategia de la Subversión

Bien se puede apreciar la tremenda potencialidad del movimiento de cambio que se dibuja hoy en el país y que debería llevar eventualmente a la topía del Quinto Orden. Esta posibilidad invita a los grupos claves del período a considerar los factores ya mencionados, en sus modalidades controlables y no controlables, con el fin de adoptar una estrategia a corto y a largo plazo para adelantar la subversión neo-socialista, y comenzándola desde el principio, como lo imponen las circunstancias históricas actuales. El análisis anterior permite anticipar por lo menos los siguientes desarrollos.

En primer lugar, los mecanismos compulsores se aplicarían en momentos y sitios adecuados, para neutralizar la acción de los factores estabilizantes que ya están asegurando la continuidad del orden social-burgués (pues el conservatismo ha dominado hasta ahora el juego de la compulsión en Colombia). Se buscarán así los lados ventajosos de la inevitable síntesis que habrá con la tradición. En los grupos claves pueden anticiparse no solo tácticas de ajuste para aprovechar aquellas oportunidades que aceleren el cambio y arrinconen a los personeros del *statu quo* atrás identificados, sino también maniobras de compulsión para ir imponiendo dirección al cambio, llevándolo, en lo más posible, a las metas valoradas estipuladas por el ethos de la Secularidad instrumental.

1. Obviamente, la meta permanente de los grupos claves en períodos de subversión a corto o a largo plazo, ha sido y es el control hegemónico del mecanismo del poder. Ya se ha observado que el sistema actual de control compartido del gobierno del Frente Nacional produce «rigideces y limitaciones a la acción política para llevar a cabo la transformación que el país requiere» (Agudelo Villa, 1966). Existe un plazo legal hasta 1974 para que el sistema termine; pero las

incongruencias del orden social-burgués, destacadas por la abstención electoral de origen secular y las repetidas crisis económicas y políticas pueden irse acumulando a tal velocidad, que exijan una revisión total de las reglas del juego político antes de ese año, como ha ocurrido periódicamente en Colombia (1886, 1910, 1936, 1957).

La aceleración del cambio, con la sensación de inseguridad e indecisión que acompaña a toda subversión, puede llevar a la oligarquía y grupos dominantes a experimentar lo que Chalmers Johnson llama el «vacío del poder», que es uno de los síntomas que indican la cercanía de la revolución, es decir, la entrada del desarrollo a su modalidad violenta (Johnson, 1966, p. 91). Para esta eventualidad también pueden anticiparse las salidas. Al no quedarle otra esperanza a las clases dominantes que el apoyo de la fuerza armada o la inducción de golpes fascistoides, se produce el enfrentamiento pueblo-antipueblo. El vacío del poder llevaría a las masas populares encabezadas por nuevos líderes iconoclastas (o por jefes que las agitan al estilo del general Rojas) a considerar ilegítimo el uso de la violencia institucionalizada en tal gobierno, proclamando la rebelión justa o contraviolencia.

Este conflicto tendría definidos contornos de lucha de clases, porque el orden del Frente Nacional debilitó, la tradicional polaridad bipartidista y policlasista, identificando con mayor claridad a la oligarquía, vista contra el subfondo del pueblo en general. A este reciente y excitante descubrimiento del pueblo se añade la incidencia de la Violencia, a la que vuelve a interpretar esta vez en términos de conflicto clasista. El desenlace de tal conflicto podría ser un desplazamiento completo de las élites actuales y de las clases superiores, y la caída de sus regímenes de fuerza. En todo caso, llevaría a una catástrofe nacional. En efecto, no ayuda a los grupos dominantes ni la moralidad de su posición, cada vez más indefendible, ni su ethos económico y caudillista del siglo XIX que se evapora a ojos vistas, ni sus tendencias consulares o herodianas. Si para frustrar la subversión anterior se inmolaron más de cien mil vidas campesinas en Colombia (factor que diferencia esta proyección de la de países americanos donde han triunfado temporalmente movimientos neo-fas-

cistas), sería doblemente inmoral y criminal que la élite del poder repitiera el hecho para frustrar el nuevo impulso del cambio, aún más sabiendo que las circunstancias históricas no le favorecen en el conflicto.

La real posibilidad del conflicto violento para ganar el control del mecanismo compulsor de la hegemonía política lleva a estudiar el papel de las operaciones especiales revolucionarias que estipula Johnson como «aceleradores» del conflicto (1966, pp. 98-99; cf. Smelser, 1962, p. 352; MacIver, 1942, pp. 163-164). Si se acepta la tesis del Padre Torres de que el uso de la contraviolencia dependería de la represión que aplicara la élite para defender el orden social que se considera injusto (más aún si lleva a la denegación del desarrollo a través de un golpe de fuerza «derechista» o fascistoide), los disórganos de la subversión buscarían contar con los elementos necesarios para responder en calidad. Estos elementos constituirían en efecto, el equivalente de la coerción de que dispone y cuya utilización se anticipa normalmente por eso se puede prever la intensificación de grupos que exigen entrega total a la causa del cambio para llevado al punto revolucionario, como los guerrilleros, terroristas y clandestinos en general que, así en la década de 1950 como en los años del clímax de la anterior subversión socialista, y durante el clímax de la subversión liberal hacia 1850, han jugado papel crucial como «aceleradores» del cambio aplicados en momentos y lugares estratégicos. Ya existen núcleos de consideración en Santander (Ejército de Liberación Nacional, ELN) y en el Huila (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC), y no existe razón para que no se formen otras de diferentes corrientes ideológicas que se identifiquen con el cambio del «sistema».

Como se dijo antes, la organización de estas operaciones especiales requiere un empleo muy equilibrado. Además, los disórganos de esta clase pueden tener el efecto negativo de aislar y hacer visibles a sus miembros, exponiéndolos a la extinción en situaciones indefendibles, o anulándolos para otros trabajos positivos. Pero pueden acelerar la descomposición del orden al emplearse con habilidad y juicio. Históricamente, estos disórganos han sido los encargados de contrarrestar el factor estabilizante de la legitimidad de la coerción,

que va corriendo desde la iniciación del orden social, contra el cual se lucha.

2. En todo caso, la estrategia que llevaría al dominio hegemónico implica una dirección adecuada de la subversión. El segundo factor compulsor, *sine qua non*, que es la habilidad directiva, implica ante todo articular o formar los disórdenes o «cuadros» capaces de superar los obstáculos que les deparan los grupos opositores, tratando de mantener la iniciativa en la acción y destacando la superioridad moral de su posición renovadora. Naturalmente, uno de los grupos claves ha sido y sigue siendo la antiélite universitaria que jugó papel esencial en las subversiones de 1848, 1925 y años posteriores. Los jóvenes tienen el afán y el derecho de conocer los detalles de la realidad nacional y de las soluciones que se perfilan a través de los análisis y estudios de la misma. El complementar la enseñanza normal con la ideología del desarrollo ha demostrado ser, en Colombia y en otros sitios, factor suficiente. En el caso actual existen los marcos normativos y valorativos de la Secularidad instrumental como meta del desarrollo, traducidos a programas políticos concretos de los grupos que buscan el progreso. Por eso puede anticiparse la lucha por una universidad verdadera, autónoma y de recursos, que capacite a los alumnos en todo sentido, especialmente a mantener su afán constructivo de ganar el nuevo orden social, y que los defienda de la captación y el conformismo que les azotan cuando dejan los predios universitarios.

Recordando la significación que las antiélites han tenido en determinados momentos históricos (la Escuela Republicana de 1850, «Los Nuevos» de 1922), la aparición de grupos socializantes como los de La Ceja y el MRL abren perspectivas de interés. Puede ser otro síntoma favorable de refracción del orden. No obstante, en estos casos se anticipa el doble curso que podrían seguir en el futuro. Por una parte, pueden inducir la captación positiva rompiendo su propio molde ideológico en el momento adecuado, con lo que el país avanzaría hacia el nuevo orden social, a juzgar por el período entre 1925 y 1938. O producir, eventualmente, una captación reaccionaria con el antiguo partido liberal, lo que sería elemento de una nueva frustración nacional al

advertirse una táctica de distracción que tendería a repetir el trágico ciclo postgaitanista. Es posible que la compulsión de la antiélite universitaria y la presión de grupos políticos competidores de estirpe popular les impidan tomar a las antiélites liberales el curso reaccionario, que pareciera ser el más fácil en determinados momentos.

Por último, puede verse que a través del mecanismo de la habilidad directiva se equilibra también el efecto estabilizante que sobre la sociedad tiene la persistencia ideológica ejercida por los personeros del orden. Estos, por regla general, cuentan con el control de los medios de comunicación y en parte, con el confesionario y el púlpito. Pero no les asiste la fuerza racional de la convicción, y una labor tesonera por parte de los disórrganos no puede dejar de causar desasosiego entre ellos.

3. En cuanto al otro mecanismo de compulsión, el de la difusión del desarrollo, se anticipa una apropiada aceleración, especialmente en los niveles de la comunidad, el vecindario y la familia, para llevarles los antivalores y las contranormas instrumentales de la subversión neo-socialista, mediante una organización social eficaz, como en los exitosos casos anteriores desde los días de la conquista española. Siempre ha contado allí el ejemplo personal, la imaginación creadora, la indoctrinación práctica, el ideal y la mística de servicio. Sobresalen todavía, naturalmente, los movimientos estudiantiles, obreros y campesinos, los sindicatos, clubes, juntas, sociedades, asociaciones; células, etc., a través de los cuales se satura la sociedad como en diáspora que estimula nuevas actitudes y formas de vida. Este es el campo real de la batalla con la tradición, que tiene allí a su favor los factores estabilizantes de la sociabilización del orden. De lo que allí ocurra dependerá que el movimiento subversor no se convierta en simple «populismo» o en demagogia, y se frustre, como ha ocurrido antes en Colombia y en otros países americanos, sino que prosiga al clímax del proceso.

En este campo puede proyectarse también la: influencia renovadora de las Iglesias, con obispos, párrocos y ministros ilustrados que apoyen activamente el devenir del nuevo orden y que trabajen hombro a hombro con los disórrganos neo-socialistas y otros grupos claves del período. Ya se encuen-

tran, por fortuna, sacerdotes y ministros inspirados en el *aggiornamento*, capaces de enfrentarse a las injusticias de los sistemas imperantes, inmovibles aunque algún obispo les llame «brazos de Satanás», como ocurrió en Donmatías en enero de 1967. Aquellos curas pueden llegar a ser voces proféticas del cristianismo y salvar así, de paso, a la misma Iglesia colombiana para que recupere su funcionalidad institucional. «Son los nuevos Amós y Oseas, líderes potenciales de la protesta social que tienen respaldo carismático, con cuyo concurso se aseguraría la difusión del desarrollo liberante al nivel comunal y familiar en muchas partes del país.

4. La interpretación proyectiva permite igualmente anticipar lo estratégico del control de la tecnología, no solo para imponer la subversión, Sino para mantener la dirección de ella y estabilizar la topia y el orden subsecuente. En esto la lección de la historia ha sido especialmente clara, al estudiarse los períodos de la subversión cristiana y el del ajuste del siglo XIX. Aparte de contar hoy con los medios más avanzados, de comunicación, los instrumentos de la producción, la industria, la electrónica, la automación, la medicina avanzada, etc., se consideran especialmente importantes los medios para la defensa militar del orden. En vista del aburguesamiento de la alta oficialidad (y de la interferencia extranacional), los casos anteriores de adoctrinamiento e infiltración en las fuerzas armadas por grupos progresistas pueden anticipar un curso adecuado. Sería difícil a la larga para las fuerzas armadas no fraternizar con el pueblo en rebelión justa, porque son parte de él. Especialmente los oficiales jóvenes, suboficiales y soldados modernos, que se han secularizado y adoptado una mentalidad abierta a la problemática social, no podrían quedar al margen del esfuerzo de sus propios amigos o parientes para ganar las metas que son de todos. Tarde o temprano habrían de reconocer y respetar la lucha que ello implica.

Además del esfuerzo indoctrinador y fraternizante en las fuerzas armadas, sobresale la utilización de todos los conocimientos que ofrece la ciencia moderna para adelantar una labor creadora. Un esfuerzo tan gigantesco como es el reconstruir una sociedad, requiere de la mayor inventiva y de la más aguda ingeniosidad en sus miembros para pro-

ducir los elementos técnicos necesarios para el desarrollo. La universidad vuelve a destacarse en este sentido; pero el pueblo mismo, con algún estímulo, también puede producir soluciones técnicas (cf. Fals Borda, 1958, pp. 39-42). Indudablemente, cómo se constata en la historia, mucho del éxito será de aquellos grupos que logren controlar y compulsar para su lado la tecnología coadyuvante, así la importada como la endógena.

5. Finalmente, como parte de la estrategia más amplia que puede proyectarse para el desarrollo en Colombia, se discierne el impulso hacia una alianza de los disórganos nacionales neosocialistas con fuerzas progresistas similares de otras partes del mundo, para contrarrestar la antigua y poderosa conspiración internacional de los amigos del *statu quo*. Evidentemente, hasta ahora la ventaja ha sido para éstos, por estar apoyados en gobiernos y entidades oficiales y por no haberse institucionalizado el cambio secular casi en ninguna parte. Las últimas salidas de ése hábil grupo han sido la captación de la «Alianza para el Progreso», para convertirla de elemento potencialmente subversor como es, en refuerzo de sistemas políticos decadentes; y la instauración de regímenes dictatoriales en varios países americanos, también con mutuo apoyo hemisférico. Sin embargo, la existencia de grupos afines en países avanzados que han estado históricamente vinculados a Colombia, como los Estados Unidos de América, Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, Gran Bretaña y otros en Europa, que entienden la situación y simpatizan con los disórganos colombianos y latinoamericanos, hace posible la alianza progresista internacional, cuya actuación podría detener un desenlace cruento en el hemisferio.

Este es uno de los papeles que podría desempeñar también el grupo de países socialistas, con la República de Cuba a la cabeza, cuyo estímulo simbólico para la revolución latinoamericana parece haberse perdido por no haber caído en cuenta quizás de los diferentes ritmos históricos de los países del hemisferio. Para el caso de Colombia, ahora parece tocarle el turno al neo-socialismo o al «socialismo a la latina», enmarcado como solución autóctona en realidades nacionales y basado en procesos históricos concretos.

La asistencia socialista externa iría lejos si se ajustara a esa realidad.

Con el caso de la Revolución Cubana, tan necesaria y valerosa como fue, parece que está ocurriendo algo semejante a la Mexicana, que solo logró difundirse parcialmente, en su día, al resto de la América Latina. Pero ya se sabe que las revoluciones deben concebirse desde el principio en cada sitio (aunque sin ignorar la experiencia de otras partes y otras épocas), implementarse y superarse con fuerzas propias, buscando adaptación a las circunstancias sociales, económicas, históricas y geográficas de los pueblos que las necesitan. Esa es, precisamente, la lección que han enseñado los pueblos que una vez fueron revolucionarios y subversores, como el norteamericano y el francés, cuando eran atalayas del porvenir y faros para las naciones pequeñas que surgían al mundo.

En conclusión, pueden advertirse los principales elementos utópicos, mecanismos y factores que entran al actual juego de la compulsión y el ajuste en Colombia, de cuyo contrapunteo dependerá la descomposición del orden social-burgués y la síntesis y reconstrucción de otro superior. Por la aplicación del marco telético, se determinan los elementos del presente orden de cosas que pueden producir incongruencias en el nuevo, según las metas reiteradas de la Secularidad instrumental. Al estudiar el pasado y el presente, ante el reflejo del futuro, podemos anticipar y documentar algunas posibles áreas de tensión y conflicto.

Solo resta ahora abrigar la esperanza de que la explicación de los fenómenos sociales estudiados sea útil, para que ayude a la sociedad colombiana a alcanzar las metas valoradas y se evite la tragedia a la que llevaría la ignorancia de esos hechos, o la criminal demencia de aquellos «a quienes los dioses quieren destruir».

10.

El Ritmo Social de la Historia

El marco de referencia que se ha seguido en este libro fue diseñado primordialmente para tratar de entender mejor la naturaleza de los procesos del cambio social en la historia de Colombia, no solo en el pasado, sino como se dibujan en el presente. Con ese fin -y como un primer intento que debe ser corregido y superado- se propuso combinar lo discrónico con lo sincrónico siguiendo una pauta proyectiva, para ir estudiando la historia y deducir de ella algunas proposiciones generales que pudieran ser útiles para conformar una sociedad superior. Los problemas sociales del país han sido y son de tal modo críticos, que el científico debe concederles prioridad en su análisis, para ver de aliviar la situación, y comprometerse además a proponer y trabajar por soluciones positivas.

El libro parte del clásico concepto del orden social, limitándolo para hacerlo manejable y determinándole componentes valorativos, normativos, organizativos y tecnológicos, los mismos de donde partieron los sociólogos del conflicto que orientaron a la sociología en la era problemática del siglo XX. Se postula que, en determinadas circunstancias propicias, condicionadas por factores históricos, económicos o demográficos, estos componentes reciben el impacto

de ideologías de origen utópico para acelerar la descomposición del orden, refractarlo y dar paso a una subversión.

El conflicto que aparece en tales condiciones, como hemos visto en los capítulos anteriores, tiene no solo variaciones regionales, según el estado en que se encuentre la coherencia del orden social vigente, sino también modalidades históricas, según el tipo de acción subversora que se lleve a efecto. En general, pueden distinguirse dos tipos de subversión del orden: 1) la producida por conquista militar-ideológica; y 2) la raizal o nacional. Tanto en la una como en la otra se busca o impone el cambio radical en las pautas de vida de un pueblo, lo cual se verifica dentro de un determinado período de tiempo y con similares mecanismos y factores.

La conquista española en América tuvo definidas características de subversión del orden local, provenientes del impacto de la ideología cristiana y de los valores dominantes en la península ibérica al momento del Descubrimiento, adoptados por grupos claves americanos que tendían a identificarse con los conquistadores. No fue una simple ocupación militar y económica, sino un esfuerzo aculturador. De allí que hubiese tenido tan duraderas consecuencias en la sociedad americana de la post-conquista.

Las subversiones raizales, para el caso colombiano, sólo ocurrieron al surgir la nacionalidad como fenómeno moderno, en los siglos XIX y XX. En ellas, por supuesto, no aparece el elemento externo de imposición de conquista, sino que hay rebelión o revolución interna con acentos ideológicos que pueden ser exogenéticos. Pero el efecto es muy semejante al anterior en cuanto al impacto que tiene en las formas de vida del pueblo. Los mecanismos y factores de la subversión producen transformaciones significativas en los órdenes sociales vigentes.

En ambos tipos de subversión, y bajo condiciones apropiadas, los planteamientos utópicos absolutos sobre nuevas metas sociales se decantan por la realidad ambiente, y se convierten en utopías relativas con su porción de ideología. Esta ideología de temple utópico lleva a descubrir y especificar las incongruencias latentes en los elementos por los cuales se articula el orden social. En estos casos, la utopía aparece

como un conjunto de ideas y de valores sociales que tienden a dominar sobre el sentido de dirección que debe tomar el cambio social. Busca expresión en las normas y apoyo en la organización social.

Pero como se observa por el análisis de los capítulos anteriores, también surgen otros fenómenos que inducen al cambio significativo, que son condicionantes promovidos por la cismogénesis latente, por diferencias regionales, por crisis o necesidades en las vinculaciones económicas y políticas entre naciones o en sus relaciones de dominación y dependencia, o por el intercambio interno entre los componentes del orden social. Puede ocurrir, además, que la acumulación en el complejo tecnológico produzca efectos secundarios, como el del perfeccionamiento científico del control de las enfermedades infantiles en la población de un lugar.

Estos fenómenos -en aislamiento o en acumulación- tienen efectos sobre el orden social, tendiendo a descomponerlo en sus elementos internos al llegar al punto crítico adecuado. Sería algo semejante a la refracción de la luz solar a través de un prisma. Ocurre un fenómeno análogo de refracción, peculiar a la entidad superorgánica estudiada aquí, que destaca las contradicciones del orden social, hasta entonces latentes, inconscientes o encubiertas.

El impacto o *élan* del conflicto desencadenado por las utopías o por los cismas en los componentes tiene la virtud de iluminar las incongruencias en las formas actuales de vida. Además, por el proceso dialéctico inherente y en condiciones sociales, económicas e históricas adecuadas, dicho impacto hace que una serie de valores, normas, instituciones y grupos, con los elementos tecnológicos que le son coadyuvantes, mantengan su ritmo y dirección, polarizándose y coligándose alrededor de la condición o situación natural de tradición.

Pero debido al desgaste interno del orden vigente o a la derrota de su sociedad, y al efecto de las tendencias irrealizadas que representan las necesidades y urgencias de la época (vistas a través de los mismos cismas) se refractan los elementos contrarios, hasta entonces latentes, que se manifiestan ya abiertamente para retar a los elementos tradicio-

nales. Estos contra-elementos, que son respuestas dialécticas a los de la condición de tradición, son los antivalores, las contranormas, los disórganos y las innovaciones técnicas¹⁰. Ellos se integran y polarizan a su vez entre sí, conformando una situación o condición competidora en el seno de la misma sociedad, que se denomina subversión. La subversión se define, por lo tanto, como aquella condición que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de este en un período histórico determinado, a la luz de nuevas metas valoradas que una sociedad quiere alcanzar. Al proceso de resolución y superación total o parcial de la subversión (según sectores institucionales) se le denomina desarrollo socioeconómico; y la revolución es la modalidad acelerada e intensa del desarrollo, para ganar el poder político por el empleo de la violencia.

Hemos visto que la subversión tiene una trascendencia: su aparición implica contradicciones de tal categoría, que pueden causar la transformación del orden social en que se experimentan, en uno distinto. Por eso, la subversión no debe confundirse con cualquier aspecto del cambio social: es Índice de inconsistencias y discordancias valorativas, normativas y organizativas de significación, que van desde las agregaciones mayores de la sociedad hasta los grupos del nivel local y la propia personalidad. Cuando el *élan* lleva la subversión al clímax apropiado, se van creando organismos, técnicas y actitudes conducentes al cambio, produciendo una aguda sensación de perplejidad, anomia o inseguridad en las pautas de interacción social. Esto se realiza por la aplicación de tres *mecanismos de compulsión*: la hegemonía política

10 Los elementos que se integran en la subversión son respuestas a la condición contraria, y por eso se reúnen en cuatro categorías que replican las de la tradición. No se implica con ello que exista una realidad dual o dicotomía, que de lugar a las conocidas tipologías polares. Es posible concebir, dentro del espacio de la refracción del orden social, diferentes grados de agudez en la subversión, y aún el caso de asimilación o captación de grupos por uno u otro lado, ajustes ideológicos o fenómenos similares. Sin embargo, para fines de análisis del fenómeno de transformación social en Colombia y en la América Latina, especialmente hoy día, el prestar atención directa al extremo concreto de la subversión permite fijar, aislar y examinar los hechos sociales más pertinentes. Futuras investigaciones podrían sondear el espacio de la refracción del orden que queda entre los dos extremos enfrentados claramente en una subversión.

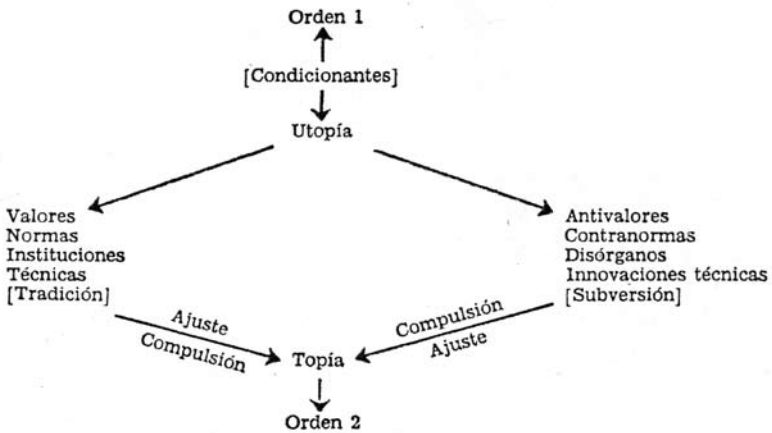
(a través de conquista o rebelión), la habilidad directiva y la difusión social con saturación de lo nuevo y diáspora de elementos rebeldes. Estos mecanismos le van imponiendo dirección al cambio social, y son manejados en turno tanto por los grupos tradicionalistas como por los subversores, que buscan imponer sus respectivos puntos de vista y sus metas valoradas.

Naturalmente, la sensación de perplejidad brota del enfrentamiento en los sistemas valorativos y normativos, expresados por los grupos. Esta indecisión puede durar mucho tiempo. Sin embargo, una situación permanente de indecisión no es posible, porque ésa no es la meta que persiguen ni la subversión ni la tradición. El proceso lleva así a un anticlímax, sintomático de que los grupos van buscando el avinimiento. La habilidad con que lo hacen y la estrategia de captación de oponentes que aplican en momentos cruciales, pueden ser factores suficientes para el éxito de sus respectivos puntos de vista. Del vigor, la persistencia y la resistencia de los elementos subversores o de sus contrarios, dependerá también la duración del período agudo y el anticlímax del conflicto.

Se inicia entonces un proceso maestro de *ajuste* entre la condición de tradición y la condición de subversión, que busca la estabilización relativa en un nuevo orden social. Para el efecto se aplican no solo los mecanismos compulsivos que tratan de mantener la dirección del cambio, sino también los *factores estabilizantes* que implantan las raíces para que crezca la futura tradición, y se asegure la supervivencia de los elementos transformados. Estos factores toman en cuenta: 1) las incompatibilidades de los elementos en conflicto, para imponer o buscar la sustitución, el compromiso, la tolerancia mutua, o la acomodación; 2) las compatibilidades de los elementos, para producir la asimilación, la amalgama, la adición, o la acumulación; y 3) la capacidad de difusión, saturación y control de los nuevos elementos en los niveles básicos de integración. Los factores estabilizantes que hemos estudiado son: la sociabilización del desarrollo, la legitimación de la coerción, la persistencia ideológica y la coadyuvancia tecnológica.

Durante este período de ajuste, con la compulsión que le acompaña, empieza a surgir la nueva topía, con los residuos que deja la confrontación. Entonces se forma el nuevo orden social. Este, convertido en otra tradición, llevará implícitos los residuos contradictorios para una eventual subversión y así se repite el proceso (cf. Hegel, 1896). (Véase la Gráfica N° 1 que muestra el impacto descomponedor del conflicto y la utopía con sus condicionantes, la refracción del orden y el ajuste-compulsión de la tradición y la subversión que lleva al nuevo orden social).

GRAFICA No. 1
Descomposición Dialéctica del Orden Social



No se implica con este esquema que exista una tendencia en la historia de Colombia por la cual se repita un ciclo de cambio periódicamente en idénticas secuencias, y sin reversiones. Se establecen mecanismos y factores que son comunes a los cuatro casos estudiados, ya que los cuatro pertenecen a la misma categoría conceptual de «subversión». Pero se determinan también las diferencias culturales de cada época, y el diverso papel que las ideas y las condiciones económicas y sociales juegan en las cadenas de causalidad de los cambios.

Para fines de la presente investigación, se trató de seguir seis reglas de procedimiento (Capítulo 2): aislar los elementos contradictorios para analizarlos; especificar la naturaleza socio cultural de ellos; relacionarlos a tiempo y lugar concretos; determinar consecuencias al nivel popular y ver los eventos desde esta perspectiva, en lo posible; reunir los elementos afines bajo conceptos generales; e identificar los grupo claves de cada período histórico. Esta metodología dio por resultado establecer cuatro órdenes sociales en historia de Colombia, seguidos por otras cuatro subversiones, durante los siglos que van desde antes de 1493 hasta 1966. La última subversión parece que apenas se inicia. Con el fin de estudiar todas ellas se encontró adecuado aplicar principios y métodos anticipantes, que reconocen la finalidad o *telos* en las instituciones humanas.

El ritmo social de la historia de Colombia que resulta de este análisis puede apreciarse en forma resumida en la Gráfica N° 2.

Partiendo del orden áylico de antes del descubrimiento de América se observan valores autónomos en el pueblo Chibcha dominados por un ethos de Sacralidad tolerante, y conformados por el Animismo, el Familismo, el Naturalismo y el Futurismo. El marco normativo incluía normas de Estabilidad comunal y Providencialidad. Los grupos claves de la organización social eran los *sybyn*, con integración vecinal, roles prescriptivos y estratos sociales semi-cerrados. En cuanto al complejo tecnológico, los americanos poseían una cultura de surcos y tubérculos, el palo cavador y la azada, algunas artesanías y técnicas de defensa manual.

La conquista española trajo consigo el impacto poderoso y cruento de la utopía misional concebida en 1493 y decantada ideológicamente poco después, por la cual se aliaron la Iglesia y el Estado en ambicioso intento de realizar en el nuevo mundo una sociedad cristiana. La imposición de la conquista hizo surgir una antiélite y grupos claves ladinos que, con los otros grupos subversores o disórganos hispanos, dieron casa a la primera subversión de la historia colombiana, la cristiana, entre 1537 y 1595. Durante este período se asimilan los antivalores y las contranormas traídos por los

españoles y se cierran los grupos sociales para dar lugar a una estructura de castas.

La síntesis entre el orden áylico y el traído de Europa origina una topía nueva, la del orden señorial, que cobija por igual a la colonia y a la metrópoli. A través de la compulsión y diáspora de los disórganos, en el orden señorial se adoptan y difunden valores nuevos con un ethos de Urbanismo de castas, que incluye el Ultramundismo, el Neo-maniqueísmo y versiones adaptadas o asimiladas del Animismo, el Familismo y el Naturalismo áylicos. Estos valores se traducen a normas de Rigidez prescriptiva y Moralidad acrítica, que se añaden a las de Estabilidad comunal y Providencialidad del orden anterior. Los grupos claves de este período son los de los señores (con los clérigos) y los ladinos de diferentes clases y niveles; y los mecanismos sociales más importantes para efectuar la transición, son los de la encomienda, la doctrina y la hacienda, con instituciones de imposición sobre los americanos, como el resguardo, el concertaje y el tributo. Elemento importante en el éxito del orden señorial en el Nuevo Reino de Granada fue la tecnología superior de que disponían los grupos subversores, incluyendo las técnicas del arado de madera con instrumentos de hierro, la cultura de granos, la rueda y la defensa montada con arreos. Más adelante se añadió la pólvora a este componente. Tuvieron éxito los españoles en su subversión y fueron capaces de implantar un orden social que perduró en ocho generaciones, desde 1595 hasta 1848.

Las incongruencias y las inconsistencias latentes del orden señorial, producidas en parte por la decantación de su utopía, fueron quedando más y más' visibles con el paso del tiempo, creando tensiones y conflictos internos como el de los Comuneros, hasta cuando se dramatiza la crisis con la llegada de la utopía liberal-democrática en 1794. No obstante aunque se prepara la escena del cambio con las guerras de Independencia y con normas anti-hispánicas, el verdadero impacto ideológico de aquella utopía solo se registra en 1848, cuando se estimulan los grupos progresistas con el furor romántico de la segunda revolución francesa, realizando a su vez en 1854, uno de los dos casos de revolu-

ción en Colombia. No todos los antivalores y contranormas de entonces se asimilan en esa oportunidad, porque hubo una pronta coerción y captación reaccionaria de antiélites por parte de los grupos dominantes. Se frustran así los efectos de la revolución, por un adecuado refrenamiento. En cambio, se introducen valores y normas afines, como los del Mecanicismo, la ética empresarial, el Nacionalismo, el *laissez faire* y la Democracia formal, que dan base a la creación de grupos claves burgueses de los dos partidos tradicionales. Estos utilizan como factores coadyuvantes la tecnología del vapor, las relaciones comerciales con otros países y la cultura de la vertiente en plantaciones tabacaleras y en fincas cafeteras. Más adelante incorporan la industria, el ferrocarril y otros medios de comunicación, y se forma una clase media rural en la región meridional antioqueña. El resultado es la frustración de la subversión liberal en 1867 y el advenimiento del orden señorial burgués que rige hasta 1925, el cual representa la síntesis entre el orden señorial anterior y los elementos de compulsión de los grupos claves burgueses que asimilan parcialmente la subversión liberal. Aparece al mismo tiempo, como apoyo del orden, el sistema bipartidista poli clasista con sus hondas raíces en las confrontaciones religiosas del período, impidiendo la identificación con clases sociales o grupos económicos. Pero se experimenta una acumulación en el complejo tecnológico que, junto con otros factores, va llevando al orden a un punto crítico que exige modificaciones en los otros componentes.

En esas circunstancias, se registra en 1904 la llegada de otra utopía, la socialista, como elemento para renovar ideológicamente al derrotado y exhausto partido liberal. Sus consecuencias dramatizadas por las condiciones económicas y sociales del período, solo se sienten hacia 1925, con el desarrollo estimulado por la indemnización de Panamá, el crecimiento de la población y la más creciente diferenciación social. La subversión socialista se caracteriza por graves conflictos de todo orden que desembocan en el segundo intento revolucionario, al morir Gaitán en 1948. Se frustra él plan de ganar acceso al poder político, y la situación degenera en la Violencia, que va de 1949 a 1957. Durante todo este pe-

río subversivo se acelera la difusión de un nuevo ethos, el de la Secularidad instrumental, que comprende los antivalores del Supra-nacionalismo, el Tecnicismo, el Humanismo y el Comunalismo, traducidos a contranormas de Movilidad, Moralidad telética y Control técnico. Constituye éste un reto fundamental al orden señorial-burgués cuyos personeros aplican nuevamente los mecanismos de refrenamiento y captación de antiélites para inducir la frustración. Pero esta vez no logran del todo su objetivo y deben batirse en retirada, por haberse sociabilizado el pueblo en los nuevos valores seculares-instrumentales, parcialmente, pero de manera significativa. En ello tuvo papel la Violencia, pero también cuentan los otros factores sociales, económicos y demográficos. Sin embargo, se alcanza a producir una nueva síntesis en el orden social-burgués del Frente Nacional, que se institucionaliza en 1957 y que perdura hasta hoy.

Aparece durante el período de la subversión socialista una estrategia antiélite, de corta vida, con la que ocurre un proceso de captación positiva que impulsa el cambio. Surge también una clase media urbana y un proletariado; los estratos sociales se abren parcialmente; la integración social pasa a un plano regional y nacional; y los roles empiezan a convertirse predominantemente en electivos, por la adopción de la Secularidad instrumental. En cuanto al componente tecnológico, su control queda aún en manos de los grupos burgueses, que establecen la industria pesada, mecanizan de primeros la agricultura, organizan el transporte aéreo e importan el motor de explosión. Esto agudiza las diferencias entre las clases y dramatiza la falta de equidad en la distribución de la riqueza. Más adelante la gran burguesía importa la automatización, la transistorización (que se difunde entre el pueblo en una sola modalidad), la ciencia moderna y la defensa tecnificada en un ejército moderno, todo lo cual coadyuva al orden, hace más prósperos y fuertes a sus personeros y protocoliza a través de contactos comerciales y políticos las relaciones de dependencia y dominación entre Colombia y los países más adelantados, especialmente los Estados Unidos de América.

Al nacer el orden social-burgués en 1957 y seguir su curso

los cambios instrumentales, demográficos y socioeconómicos iniciados antes, se estimula la aparición de otra utopía en 1965, la pluralista, que se relativiza casi inmediatamente. Le acolitan réplicas de antiélites neo-socialistas e igualitaristas en la universidad y en grupos del partido liberal, mientras surgen varios movimientos populares. Con esta reiteración ideológica estimulada con el ejemplo de las revoluciones latinoamericanas contemporáneas, se imparte un nuevo impulso el cambio social en Colombia que puede iniciar otra subversión, la neo-socialista, por la que vienen a descubrirse otra vez y con mayor participación popular-las incongruencias, contradicciones e injusticias del orden vigente. Los planteamientos proyectivos en que se basa el presente libro llevan a fijar algunas alternativas que este último esfuerzo de renovación institucional puede anticipar, con miras a alcanzar con éxito las metas valoradas de un Quinto Orden social.

Esta es la justificación principal del esfuerzo investigativo compendiado en este libro, pues se espera que con los datos y argumentos ofrecidos se ayude a detener la hecatombe que producirían los grupos dominantes al tratar de frustrar nuevamente la subversión social y su desarrollo implícito. A la generación actual de la Violencia, que no ha vivido sino los altibajos del período histórico anterior, le ha tocado el patriótico y a la vez oneroso deber de reconstruir el país casi deshecho que heredó de sus mayores. Le asiste la razón y tiene consigo la ventaja de la compulsión moral para realizar la subversión que se necesita para llegar al Quinto Orden. Por eso puede ser una «generación decisiva» en el sentido que quiso darle Ortega y Gasset (1933, pp. 51-52).

Desgraciadamente, no está en sus manos completamente decidir cómo será el desenlace, porque este depende en buena parte de lo que quiera hacer la actual oligarquía económica, política y religiosa. El tedio intelectual y espiritual y hasta el vacío del poder que empieza a sentir y que la envuelve indefectiblemente, la debilidad normativa y la poca autoridad real que le asiste a juzgar por sus hechos anteriores y el convencimiento de qué tarde o temprano deberá ceder para sobrevivir, puede llevarla a jugar de nuevo la carta

de la violencia, aún a sabiendas de que evocaría la rebelión justa. Pero el uso de la fuerza tampoco podría darle el éxito, porque ella nunca ha logrado detener realmente las ideas. En efecto, «el hombre es el hombre» y su resistencia puede ser invencible cuando sabe que la justicia le acompaña. Muchos ejemplos del pasado, y aún heroicos casos contemporáneos, pueden citarse para respaldar este aserto. El vacío histórico y social que semejante crimen de lesa patria produciría no podría ser llenado sino por la tromba de un nuevo orden social de temple socialista. Sería el jaque maté de la actual oligarquía. Por eso, la alternativa realmente constructiva que le queda no puede ser otra que ceder.

Los últimos indicios de renovación institucional en Colombia permiten abrigar la esperanza de que puedan primar la cordura y la racionalidad ante aquella gravé alternativa. Existe en diversos grupos un creciente interés de trabajar por el bienestar de las clases trabajadoras y de darles a estas la oportunidad para que realicen sus grandes potencialidades. No es esto suficiente; pero es un paso hacia la meta que se persigue. La subversión neo-socialista y la superación en todos los órdenes que ella exige, piden mucho más.

Por eso es lógico anticipar también, como punto final de esta exposición, que se sentirá como obligación moral de los grupos comprometidos en la renovación del país, el velar para que no se desvirtúen los justos objetivos del actual desarrollo. Afortunadamente, aquella vigilancia y esta evaluación son ya posibles, porqué la historia nacional enseña cómo utilizar juiciosa y patrióticamente los mecanismos sociales de la compulsión y el ajuste.

Epílogo

1. El clímax: guerra y uribismo.

2. ¿Hacia un Quinto Orden?

1. El clímax: guerra y uribismo

El propósito de este epílogo *post-scriptum* es el de actualizar el análisis histórico precedente que, por obvias razones, se detuvo en el año de 1965.

1. Un examen resumido de la historia reciente, a partir del régimen del Frente Nacional para llegar al año de 2008.
2. Un análisis de la política de “seguridad democrática” vista como clímax sumatorio y saturante de la problemática de la Violencia múltiple en Colombia.
3. Una propuesta para la construcción de un nuevo orden social, el Quinto de la serie histórica.

Método y Pertinencia

Para realizar estas tres tareas, como es de rigor, seguiré empleando el marco teórico que ha seguido mi análisis de la historia de Colombia a partir de los aborígenes, marco comparativo que incluye cuatro elementos: los valores sociales, las normas, las instituciones y las tecnologías, como se fueron presentando y variando en las épocas determinadas. En los capítulos 9 y 10 intentó proyectar estos elementos,

con resultados insatisfactorios por falta de desarrollos objetivos: No consideré necesario eliminar estos dos capítulos, porque teóricamente llevan al esquema triangular que explica el paso de un Orden Social a otro, empleando la teoría de retractación de la Utopía de Gustavo Landauer. Este esquema me propongo retomar, ya con bases reales provistas por la reciente historia como aparece en la última sección de éste epílogo.

Para el análisis de la historia más reciente a partir del Frente Nacional, que aquí he bautizado con el Orden Social – Burges, los cuatro elementos constitutivos del Orden se encuentran, en general, vinculados unos a los otros. Sin embargo se pueden enfatizar aspectos de uno u otro según la naturaleza de los procesos reclusos en las presidencias a partir de Guillermo León Valencia (1964) para terminar con Alvaro Uribe Vélez (2008). En el caso de este último he dado prevalencia a los factores valorativos relacionados con la característica principal de su gobierno, como es el “guerrismo” política cobijada bajo el manto de una “seguridad democrática” que seguramente combina los cuatro elementos teóricos aquí presentados. Lo he hecho así por el gran peso que tienen el belicismo, el armamentismo, las Fuerzas Armadas, los guerrilleros, los paramilitares, el narcotráfico y las mafias para la supervivencia de Colombia como país civilizado y respetable en el conjunto de las naciones. Además por los peligros que el guerrismo Uribista tiene por la deformación del ethos cultural afectado por la inhumanidad del conflicto causa por la Violencia que hemos venido sufriendo los colombianos.

Es pues, conveniente que al hacer la lectura de este epílogo no se olviden las imbricaciones elementales que afectan normas, valores, instituciones y técnicas y que cualquier plan alterno, como el Quinto Orden tendrá que tomar en cuenta para la reconstrucción Nacional.

De esta manera no sólo se da coherencia a este libro, a pesar de haberse comenzado hace cuarenta años, y sino que sigue siendo también para los estudios de la anti-historia, o la historia vista desde las bases populares, pertinente con los métodos y conceptos de aquella época, adaptados al presen-

te. Se abre la posibilidad de utilizar los mismos conceptos y métodos de análisis aunque hayan cambiado de nombre en algunos casos, como explique en el prólogo. Paso entonces a rememorar los tiempos recientes.

Como miembro de la Generación de la Violencia -nacido en 1925- me he preguntado muchas veces, junto a otros, si en el largo periodo de sesenta años de conflictos internos palpables y agudos, Colombia ha perdido definitivamente su reconocido temple de nación tranquila, progresista, sin guerras fronterizas, en una sociedad más bien bucólica y culta, sencilla aunque señorial de postín, para convertirse en un pueblo bélico, espartano, cruel e insensible a los horrores de enfrentamientos fatales, delincuentes, criminales y mercados de la muerte.

¿Habremos llegado a tales profundidades culturales, para sentir que la guerra y el conflicto sean cosas tan frecuentes y aceptables que hayan convertido en expresiones normales de la vida colectiva, sin que produzcan mayores preocupaciones? ¿Quedan aún resquicios de órdenes sociales anteriores donde la cooperación, el altruismo, la construcción, el amor y el respeto a la vida y heredad humanas puedan todavía ser recuperados y activados?

Verá el lector que ha habido periodos desiguales en los que el belicismo florece, seguido de otros caracterizados por búsquedas afanosas de la paz. Se dirá que ello puede ser lo usual en toda sociedad humana. Pero el caso de Colombia es único en el contexto latinoamericano, y ello no deja de ser motivo de preocupación. Porque sesenta años de guerra casi continúa puede ser un record mundial, de lo que no podemos enorgullecernos. Por lo menos, sería conveniente abrir el compás para entender si seguimos hoy aceptando una “normalización de la violencia” con todas sus aberraciones y distorsiones de cultura y personalidad, o si ya hemos tenido suficiente suplicio y merecemos llegar a la etapa de la reconstrucción social, moral, política y económica que nos merecemos.

Como lo desarrollo en este epílogo, creo que vamos en esta segunda dirección a causa de fenómenos de saturación guerrillera y acumulación criminosa de los últimos perío-

dos, en especial el actual de “seguridad democrática”, para plantear lo que puede ser el *Kaziyadu* o renacer de un orden nuevo y satisfacer, el Quinto Orden de la serie histórica que analicé en los capítulos precedentes.

El ritmo de la historia resiente

El Frente Nacional (Orden Social – Burgués de los capítulos 7 y 9) quiso ser un acuerdo de paz entre los dos partidos principales. Hubo gestos conmovedores. Sin embargo, esta alianza repartiéndose el gobierno resultó en su talón de Aquiles: fue freno para el cambio social necesario y raíz de la corrupción estatal que hasta hoy vuela impune por todos los niveles del Estado. Además coartó la plena expresión democrática de los partidos.

En vez de paz, se intensificó el conflicto interno con la absurda decisión del gobierno de Guillermo León Valencia (1964) de perseguir y bombardear a los grupos campesinos desplazados en Marquetaría, ya con la experimentada dirigencia de “Manuel Marulanda” o “Tirofijo”. De nada valieron los constructivos oficios de una comisión universitaria ante el gobierno y la Iglesia. Aquel irracional y fútil ataque selló el nacimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y de los reductos sureños de donde las FARC nunca volvieron a salir.

El belicismo como política de Estado, al afectar la estructura de valores, empezó a armar sus toldas, y las guerrillas anteriores, lejos de terminarse, pasaron a nuevas etapas de actividad.

Al análisis parcial sobre la presidencia de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970) ofrecido en el capítulo 9 se pueden ver ahora, en perspectiva, las limitaciones reales que tuvieron los gobiernos: el suyo, el de Misael Pastrana (1970-1974) y el de Alfonso López Michelsen (1974-1978). A aquella descripción se pueden añadir los siguientes desarrollos:

1. En cuanto a Lleras, su importante papel en reconocer el problema agrario como fundamental, creando la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) que recibió por un tiempo, de manos del presidente, las llaves del

arca de la paz. No fue una iniciativa cualquiera, respondía a una vieja inquietud desde los años de 1920 cuando empezó la migración del campo a las ciudades en Colombia, lo que llevó a fraguar las primeras iniciativas sobre “reforma agraria” que culminaron en frustradas leyes sucesivas.

La primera Violencia, que se alimentó de esta falla, produjo los desplazamientos forzados por la política, de una vereda a otra según voluntades partidistas. Con el correr del tiempo y sin soluciones, el desplazamiento se fue convirtiendo en problema mayúsculo, hasta hoy (2008). Sin embargo, el campo se fue tecnificando más y más, empezando con haciendas tractorizables.

Al recordar la primera ANUC, se habría visto con buenos ojos aquellas batallas por la tierra que casi cubren el mapa de Colombia. Yo mismo participé de aquel prodigioso esfuerzo, cuando se combatió al latifundio y a la pobreza rural, y se pusieron bases para concretar la “investigación telética”, hoy IAP. Era el mejor momento del desarrollismo oficial, al que algunos dirigentes siguen llamando “reformismo”. Pero las fuerzas reaccionarias revivieron ante el gran surgimiento popular de la ANAPO de Gustavo Rojas Pinilla (descrito en el capítulo 9), cuyo triunfo electoral de 1970, frustrado por el “chocorazo” ministerial de media noche, dio el triunfo a Misael Pastrana. Al mismo tiempo alentó a la formación de otra importante guerrilla, la del Movimiento 19 de Abril (M-19), de origen urbano y de clases medias. Una vez en el gobierno, Pastrana adoptó su “Operación Colombia” pro-urbes, e impulsó a los terratenientes con el Pacto de Chicoral, y se desató la guerra contra la ANUC provocando la división de ésta. El conflicto general siguió, y se multiplicaron los desplazados de la tierra. Para estos fines se utilizaron elementos tecnológicos y nuevas normas con las que se definió el orden social existente.

2. En cuanto a las antiélites posibles como se figuraban en 1967, se desata lo ocurrido con la disidencia liberal de La Ceja que en 1966 volvió a las toldas del “lopismo” e ingresó al gobierno de López Michelsen (1974-1978), allí pudieron constatar el desastre del paro nacional de septiembre de 1977 reprimido con furia y sin contemplar ni respetar los

justos motivos económicos de la protesta. Hubo pues crisis en el desarrollismo-reformismo de la época. Los otros disórdenes analizados en 1967, que daban cierta esperanza para la subversión neosocialista apenas si mostraron esbozos de su acción, tales como la antiélite universitaria, los grupos progresistas en las fuerzas armadas, el interés por la teología de la liberación en las iglesias y en los grupos estimulados por “la Alianza para el Progreso” del gobierno de Kennedy. Sin embargo, su repunte puede registrarse con más claridad hoy en los movimientos neosocialistas hacia el Quinto Orden presentados más adelante. Lo más lamentable fue que la guerra siguió.

Presidentes como Belisario Betancur y Virgilio Barco (1982 – 1990) fueron comprensivos de los componentes valorativos del Orden y buscaron la paz, a pesar de los primeros fuertes ataques del narcotráfico. Sufrieron el asesinato de cuatro candidatos presidenciales (los meritorios Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo Ossa, Luis Carlos Gálán, Carlos Pizarro, además de Manuel Cepeda entre otros). En noviembre de 1985 el país horrorizado observó cómo el Ejército Nacional enardecido por ideologías reaccionarias y por un triunfalismo ciego, ignoraba la Constitución y desobedecían al presidente Betancur buscando erradicar al M-19 que se había tomado el Palacio de Justicia en Bogotá. Error inútil que se pagó con la muerte de los guerrilleros y magistrados de la Corte Suprema y con la ruptura de los procesos de paz. Ocurrió el implacable genocidio de la Unión Patriótica. Evidente crime de estado.

Turbay Ayala (1978) no ayudo con su represivo estatuto de seguridad. Cesar Gaviria (1990 – 1994) auspicio la Asamblea Nacional Constituyente de la cual nació un nuevo pacto por la paz y el progreso: la Constitución de 1991. El desarme y retorno a la civilidad de un buen número de guerrillas fueron tareas sobresalientes en la necesaria pacificación: Movimiento 19 de abril (M-19), Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), Ejército Popular de Liberación (EPL), Quintín Lame, Corriente de Renovación Socialista (CRS). Sólo el ELN y las FARC no se plegaron en parte por un inoportuno bombardeo a la Uribe (Meta), sede de éstas.

Poco después se crearon las “autodefensas” o “paramilitares” con cuya actividad se intensificó la guerra.

Sin embargo, el desarrollismo asumió entonces su papel beligerante en la forma más salvaje del neoliberalismo capitalista. Los propósitos prácticos y regionalistas de la nueva Carta fueron quedando archivados, y las tentaciones del narcotráfico fueron corrompiendo a la política convirtiéndola en un travestismo inaceptable, el de la “parapolítica” de hoy. Alimentando la vieja espiral de la violencia que los tres autores de 1962 habíamos descrito como una gigantesca boa constrictor apretando y ahogando a la sociedad y la cultura colombianas. Y la guerra siguió.

Los presidentes Ernesto Samper y Andrés Pastrana (1994 – 2002) también se acercaron a las metas valorativas de la paz. Por primera vez se concedió suficiente espacio y tiempo a tan vital empresa. Hubo canjes y recuperaciones de secuestrados.

En la zona desmilitarizada del Caguán los colombianos pudimos estudiar diez asuntos estratégicos con los comandantes de las FARC. A éstos se les vió desarmados e informales. Con varios de ellos se pudo discutir sobre la crucial cuestión agraria. Fue pues, una rica oportunidad para recordar y retomar los principios ideológicos que habían dado origen a las guerrillas colombianas en general, y a las FARC en particular, cuando el paso de guerrilleros por una zona se acogía con beneplácito por las bases, con gestos de cooperación y mutuo beneficio, sesiones de formación política y avivamiento de esperanzas. Hechos ensombrecidos por posteriores errores de desinformación, inmadurez o arrogancia que no dejaron de tener dolorosas consecuencias en la eficacia militar y política. Las que en el Caguán se habrían podido empezar a corregir con honestidad y valentía, en apoyo a los objetivos superiores y éticos de la lucha armada. La experiencia se extendió demasiado, exasperó al público que esperaba decisiones. Se observaron abusos de poder y manejo que desacreditaron el esfuerzo y abrieron la puerta a nuevas y más extremas soluciones.

Raíces, grietas y perspectivas.

Los decibeles de la Violencia fueron subiendo año tras año, a partir del susurro del Ministro Conservador, Montalvo en el Senado en 1949, cuando impartió con bendiciones episcopales de hoy venerables beatos, la troglodita consigna de arremeter “a sangre y fuego” contra los oponentes liberales. El susurro se convierte en grito en cuello con la orden presidencial de no “dejar ni la semilla” (hijos) de los “enemigos de la patria”, orden a “pajaros” que inventan entonces el “corte de franela” y el de “la corbata” con filudos machetazos. Y la espiral violenta va subiendo con exquisita técnica para intimidar a la sociedad, al convertir los machetes en motosierras para facilitar los descuartizamientos y desplazamientos territoriales.

En Chapinero (Bogotá) y Medellín, centros magnos de descuartizadores, descubrieron nuevas técnicas: con cuhichos, martillos y palas; a pedacitos con trihinchas, como lo hizo una madre con su hijito. A la Senadora Piedad Córdoba, a raíz de sus bienvenidos esfuerzos en pro de los secuestrados, se le recibió con insultos a bordo de un avión, por parte de una caterva de gobiernistas energúmenos. “Una sobrecarga de la violencia a bordo”, comentó un cuerdo periodista, sobresaturado de lo mismo. No fue sorprendente que a raíz de la “Marcha” del 4 de febrero de 2008, los reaccionarios cavernícolas que siempre han usado el magnicidio como política de Estado – maldición del país durante el siglo XX, a partir del asesinato en 1914 de Rafael Uribe Uribe por herético y socialista – hubieran amenazado de muerte al presidente del Polo, Carlos Gaviria Díaz, “si se atrevía a salir a la Plaza de Bolívar a exponer las políticas pacifistas de su partido”. Amenaza que obligo a los medios a recalcar la necesidad de la “tolerancia”, para evitar desbordamientos incontrolables.

Las razones son claras: después del llamado “fracaso pacifista” de Pastrana, el péndulo de la opinión pública se inclinó hacia la intensificación de la guerra. Los electores encontraron un paladín en el exgobernador de Antioquia Alvaro Uribe Velez, donde habían nacido, con su venia, los nuevos “pajaros” o “chulavitas, ahora llamados “paramilitares, para

imponer orden y control. No hubo pausa para sopesar mejor esta polémica experiencia.

Pero los proyectos continuaron. El país, con Uribe al mando, se embarcó en la más intensa y dura opción bélica de los últimos tiempos. Y este paso fue complejo e intenso, dibujándose como un proceso acumulativo y saturante de todo el instrumental e historial de Violencia que provenía del siglo XX, con su trágica espiral. La pregunta es si seguimos paralizados por el monstruo de la Violencia, normalizando todavía su existencia, o si podremos darle el vuelco necesario.

Hay dos perspectivas nuevas que ahora parecen permitir mayor esclarecimiento. La primera es la sensación de que el conflicto interno colombiano no puede dar más, y que ha llegado al nivel de decantación sociocultural, económica y política más allá del cual puede por fin ocurrir la temida descomposición nacional interna de tipo estructural y superestructural, con pérdidas de soberanía como serían una balcanización territorial-regional o una disolución estatal, con o sin autogolpe, con o sin guerra civil. A estas temidas posibilidades se puede añadir la guerra externa, con los vecinos Venezuela y Ecuador, que a los “war mongers” guerrillistas nacionales y extranjeros satisfaría sobremanera por permitirles ensanchar sus negocios. Peligro con el que se ha cortejado de manera ligera en meses recientes. ¡Vaya opciones!

Hace un poco más de una década, a causa de los proyectos sobre regionalización que preparaba la Comisión de Ordenamiento Territorial, se me acusó de estar propiciando el fraccionamiento del país. Y con esa torpe campaña sólo se consiguió aplazar las disposiciones constitucionales sobre la materia. Hubo, no obstante, el significativo experimento de creación de la primera RAP (Región Administrativa y de Planificación) entre 2000 y 2004, por voluntad de los gobernadores de seis departamentos – Tolima, Huila, Nariño, Cauca, Caquetá y Putumayo;- que lograron demostrar ante el país y en el exterior las ventajas de la regionalización: la Región Surcolombiana, con sus provincias sigue viva con su secretaría en la gobernación de Nariño. La vanguardista de este movimiento ha pasado ahora (2008) a la Región Caribe

con la elección del gobernador del Atlántico, el exdelegatario Eduardo Verano de la Rosa.

Pero sigue habiendo obstáculos en la sombra, indicios de que se está llevando a cabo, casi a la fuerza, un ordenamiento territorial que refleja toda la Violencia existente. Muchos han reparado en los peligros de disolución nacional que ahorraís, se originan con el control del territorio, como es el caso, por ejemplo, la alianza que vienen construyendo ciertos dirigentes de la Costa Atlántica y Antioquia.

Desde hace muchas décadas con la compra de tierras en Córdoba, ahora a través de grupos armados que buscan reforzar intereses de lucro y poder, con la posible autonomía de una región nueva: la Costa-Paisa, con centros en Cauca y El Carmen de Bolívar, y con el sombrero vueltiao y el carriel como símbolos. Es una vergonzosa expansión paramilitar, guerrillera y mafiosa a la que le fue fácil imponerse sobre la gente costeña, cuyo ethos cultural había sido conformado por los valores de la paz, la apertura la tolerancia y la alergia a lo castrense.

Mancillada por la violencia andina, la clásica Región Costeña entró en crisis. De poco sirvieron las previsiones sobre este asunto que hicimos con el notable periodista Armando Benedetti Jimeno, en Sincelejo, durante la campaña presidencial de 2002. Difícil defenderse en el contexto del belicismo. Pero detener esa tendencia bélica sería un esfuerzo regional reconstructivo, y digno, sin esperar apoyos del gobierno central ni del interior de la República. A menos que cambien su tono y dejen de jugar con la suerte del país que va quedando.

Sesenta años de guerra, un record mundial, parecen ser más que suficiente. ¡Enough is enough! Decía Churchill en 1945 hacia el final de la Guerra Mundial. Aunque a veces no se vea, tal puede ser el sentimiento mayoritario colombiano de 2008. “¡Estamos ahítos de la actual situación de milicias, guerras y Violencias!” decimos aquí. Y ello puede ser índice de que la disolución nacional es hoy más posible que antes, a causa del autoritarismo imperante. Ahora hay una sumatoria en el destructivo proceso de nuestra Violencia múltiple, que solo se pagaría con la pérdida de las libertades. Quedaría

l oportunidad reestructuradora de la subversión moral en el punto crucial de interacción instrumental de nuestra sociedad, como adelante lo detallo. A menos que se quiera, de manera criminal, desbordar el conflicto interno y convertirlo en internacional.

La segunda perspectiva esclarecedora es que está ocurriendo lo que parecía más difícil: un comienzo de articulación del neosocialismo en su modalidad autóctona, rai-zal o radical, como solución *in extremis*, al abrirse paso un Quinto Orden, según nuestro esquema analítico general. Y en ello está envuelta la política de “seguridad democrática” del Uribismo, en su sentido real y no aparente o manipulado como se ha ejercido aquí.

Para empezar con el primer motivo, recapitulemos un poco: las referencias a la necesidad de rebeldes y herejes para trabajar por la paz y la pronta transformación socio-política, económica y cultural son recurrentes en este libro y tienen actualidad. Está aún vigente el sacro derecho a la Rebelión justa. Con excepción parcial de lo que empieza a hacer el Polo Democrático Alternativo, sus *ad láteres* y predecesores ¿cómo no han podido llegar al poder y desplazar a los responsables de la tragedia? ¿y por qué no se destapan las “causas objetivas” de los conflictos, a lo que se refirió el presidente Betancur? Es fácil descubrirlo: con la Violencia múltiple sembrada desde los palacios, la masacre premeditada, el magnicidio, el narcotráfico, y el paramilitarismo camuflado, como el que está organizando peligrosamente en las ciudades. Además, dejando que las mafias secuestren a los gobiernos, así los locales como el nacional.

Añádese otros índices de violencia y conflicto, como los usuales sobre delicunecia, pobreza, hambre, desplazamiento, violencia intrafamiliar, etc., más innumerables campos minados, fosas comunes y los patéticos ríos de sangre y cadáveres y obtendremos un tétrico retrato de la realidad colombiana actual, empeorada desde hace por lo menos dos generaciones. Así nunca habría ni seguridad ni democracia. Ni la ilusoria paz de las carreteras, apuntalada por tanques y tropas para solaz de bañistas e industrias de turismo.

El clímax de la Violencia acumulada

En efecto, puede verse que el régimen del Frente Nacional (Orden Social Burgúes que sigue hasta hoy) no cumplió su promesa pacificadora, y que la guerra continuó, adaptando nuevas formas de Violencia. Ya ésta no era sólo bipardista, ahora adquiriría dimensiones económicas, religiosas y del narcotráfico. La pobreza rural que afectaba a todos los elementos del Orden Social-Burgues se alivió y se frustró la reforma agraria por enésima vez, haciendo que el campesino se refugiará en los cinturones de pobreza de las ciudades, y acudiera más y más a las armas. Se levantaron en guerrillas contra el sistema y régimen dominantes. Las políticas neoliberales empeoraron la situación, sin crear suficientes empleos, pero abrieron cauces para introducción e inversión de dineros ilegales que fue apoderándose de las industrias nacionales y del Estado.

La delincuencia y criminalidad se agudizaron y llegaron a índices nunca vistos. De poco valieron las reformas constitucionales de 1991 que se dirigían a aliviar, por lo menos, las peligrosas situaciones creadas, como en el reordenamiento territorial que buscara un equilibrio regional e Inter-regional. Y el fracaso del Caguán dramatizó que sus gobiernos habían perdido el rumbo. Sólo la Violencia, ahora múltiple, subía en intensidad, formas y efectivos. Se movía hacia un clímax saturante en el que la militarización de la nación y la socialización de la guerra fueran políticas aceptadas por gran parte de una población que prosperaba materialmente pero que se empobrecía espiritualmente. En esta transición empezó a deformarse el ethos cultural y a destruirse el alma del colombiano reconocido.

Con estas nuevas tendencias pro-bélicas en pleno auge, apareció en el año 2001 la candidatura presidencial del doctor Uribe. Él había sido denunciado en 1997 por la *Revista Alternativa* como fundador e Impulsor de las cooperativas Convivir que se convirtieron en guaridas de paramilitares, los más temibles criminales conocidos del país, en adelante empleados para combatir las guerrillas con la anuencia directa o indirecta del gobierno. Llenó la copa de

la expectación, y barrió las otras candidaturas en la elección de 2002. Pero aquellas dudosas decisiones en Antioquia con sus muestras de ilegitimidad, han perseguido al presidente sin poderlas descartar, como si fuera el trágico destino del desgraciado navegante a quien le seguía, día y noche, la sombra del albatros, el pájaro de la muerte, según el poema de Coleridge. La posesión del cargo fue premonitoria: cayeron morteros en el Palacio de Nariño, con la acusación renovada de tratarse ahora de un régimen ilegítimo de origen, lo que quedó aún más claro en la re-elección de 2006, dominada por los “paramilitares” y Congresistas hoy en la cárcel. Y la Violencia subió de nivel, y el Orden Social-Burgués se vio en peligro de disolución, por quedarse con un Congreso Nacional sin solvencia moral.

Las tendencias a la intensificación de la guerra estaban marcadas, y el presidente Uribe se encargó de traducirlas a la práctica gubernamental, con relativa eficacia. Se reforzaron las Fuerzas Armadas. Las dos guerrillas ELN y FARC se replegaron a las selvas y al mismo tiempo se militarizó el espacio nacional con pleno cubrimiento, con ayuda de los Estados Unidos. También aumentó la presencia del capital subterráneo y la guerra entre mafias, que pasaron al dominio político y al control territorial. Las grandes comunidades afrocolombianas creadas en el Chocó empezaron a ser invadidas por los “para”, fomentando más pobreza y desplazamiento.

Las tensiones estructurales del Orden no se aliviaron y sus grietas se abrieron todavía más. La militarización de la sociedad procedió a su plenitud, con el beneplácito de mayorías electorales, que acudieron a reelegir al presidente. Algo inusitado, porque era apenas el segundo de cinco casos a partir de Rafael Nuñez, en que un mandatario lograba pasar a un segundo período. Semejante logro fue el premio adjudicado a quien ya personificaba a la nueva oligarquía que, apoyada con armas y en narcóticos, creía haber encontrado la mejor salida a su crisis secular: Alvaro Uribe fue reelegido en el 2006, y el conflicto continuó con fuerza. Veamos algunos de los principales factores involucrados en este proceso.

Socialización del guerrerismo

1. Con el mandato de la “seguridad democrática” re-frendado en las urnas, el nuevo régimen Uribista empezó a irradiar desde la Casa de Nariño los valores sociales adecuados a sus fines. El primero y más notable ha sido el del *autoritarismo*. Este se ha afirmado fácilmente en la tradición nacional del padre duro y gritón. Tal fue la imagen que el presidente proyectó, en especial, durante el primer período.

2. Se ha empleado un *lenguaje sibilino* inspirado en George Orwell y su novela *1984*, para convencer a las masas sobre las bondades del régimen cuando éste en realidad sólo trataba de mantener el *statu quo* y defender intereses creados. Hay elocuentes ejemplos de ello, como los siguientes.

En primer lugar, ha sido la manipulación del clásico concepto del “delito político” ligado a la idea de sedición que quieren poner en el mismo plano a la resistencia y la rebelión como eran, por ejemplo, Moisés, Espartaco y Catalina, lo eran por delitos políticos de alta motivación moral. Ahora la situación gubernativa colombiana es peor, y las motivaciones tienden a nublarse. Este gobierno olvida o pasa por encima de doctrinas ortodoxas como las de la guerra justa de Santo Tomás de Aquino, las motivaciones bélicas de un Cromwell, las luchas de la Gaitana de Choconta en la Independencia, seguida por las fuerzas de Nariño, Bolívar y Santander- bandas según los realistas- que eran los subversivos de la época hasta cuando, con su triunfo, quedaron consagradas como Libertadores. No pueden cortarse con la misma tijera al Padre Torres y a Jorge 4^o. Los gobiernos han estado terrible y quizás dolosamente desorientado. No parecen tener un norte ético.

Otra manipulación de informática es la del indiscriminado empleo del término “terrorismo” que, como se sabe, fue ideado, y utilizado hace muchas décadas para fines concretos de guerra en los países del Norte. De allí se exporto al Sur, y en Colombia se repite como loros. Puede haber sinónimos castizos más sonoros o específicos, menos vacíos de sentido.

El paroxismo presidencial sobre “terroristas” aplicado a

las FARC, ELN, y otros grupos armados, viene desde hace tiempo, pero de manera obsesiva en el caso de recuperación de presos o rehenes en el Guaviare por helicópteros venezolanos (enero 2008), son índices de la supina ignorancia de nuestros gobiernos colonos. Las autoridades mundiales sobre este tópico están en el Norte. Dejémosles a ellos esa dudosa distinción, con lo que disimulan sus crímenes de Estado actual, quedaría incurso de terrorismo al imponer las fumigaciones con glifosato sobre población y naturaleza, porque son causa de grave destrucción y muerte: el gobierno ha cometido, crímenes de lesa humanidad y de lesa naturaleza, comparables a los del AlQueda de Afganistán y el ETA en España. Recordemos que en estos países, - incluso en California- el gobierno norteamericano no ha permitido el uso de este veneno. En cambio, hay que especificar en cada caso de qué hechos o actos se trata y sus motivaciones. Y dejemos la famosa lista internacional en la pila de desechos que merece en la historia.

Resultó positivo emplear a fondo la labia convincente del “culebrero” paísa, apoyado por expertos mediáticos guiados por las técnicas del Gran Hermano que todo lo ve , en cuyo estado la verdad es mentira y la mentira es verdad. Para ello los medios de comunicación colaboraron sin ambages.

Además se inventaron consejos comunitarios en los municipios que se constituyeron en mecanismos de control gubernamental. Allí quedó evidente la gran capacidad de trabajo del presidente Uribe y su extraordinaria memoria (le ganó a Turbay Ayala). Se han diferenciado de los Consejos Comunales inspirados en la IAP (Investigación Acción Participativa) en los que la regla es proceder de las bases hacia arriba, privilegiando y respetando a los dirigentes locales auténticos.

3. La situación guerrerista se encamino en diversas direcciones, para asumir representaciones y *valores bélicos*, como es la creación de soldados campesino que han destruido la esencia de la familia rural; la mezcla de lo formal e informal en la sociedad al asumir patrones abiertos o encubiertos como en una presidenta del Congreso Nacional que aparece con uniforme de capitán del Ejército en los despa-

chos oficiales; el auge de universidades y colegios militares; la bendición de sables por capellanes eclesiásticos, la vigilancia privada; la promoción de la carrera militar como supremo sacrificio patriótico; el éxito a la veneración de vírgenes de sicarios con el culto de los capos y bandidos regionales tales como, San Pablo Escobar en Antioquia, y San Efraín González en Santander y Cundinamarca.

4. *Auge del armamentismo*, expresado en el aumento desmesurado de recursos fiscales para las Fuerzas Armadas lo que ha llegado a casi la mitad del presupuesto nacional, en detrimento de las obligaciones constitucionales para la educación, la salud, la vivienda, y otras necesidades de los pueblos. Evidentemente, cómo equilibrar esta tendencia y poner riendas a la maquinaria de guerra que vive del conflicto y de su permanencia es parte del problema que lleva al clímax trágico en el que estamos, y peso muerto para desarrollos.

5. *El inaceptable silencio* que sobre estos aspectos han mostrado las más respetables instituciones, como las Iglesias, las Academias, las Cortes, y las Cámaras, con algunas excepciones, además. El Congreso Nacional se ha desacreditado por la parapolítica, perdiendo su autoridad moral.

6. *Las guerrillas asediadas* –antes partes del paisaje– en sus reductos han venido perdiendo su antigua eficacia militar y política, envueltas en problemas estructurales que desbordan su personalidad e ideología, así dejando inconclusa su histórica misión de cambio social. Están dejando un vacío socializante difícil de llenar.

Saturación del guerrerismo

Se empiezan a expresar con fuerza las grandes mayorías que ya están cansadas de los procesos de socialización bélica atrás descritos. Hasta el momento, las mejores pruebas de esta positiva reacción se observaron en las marchas del 4 de febrero, y el 6 de marzo de 2008. Por varias veces ya repetibles, la manipulación mediática oficial recibió la tunda que ha venido mereciendo.

El pueblo llano fue más suelto y auténtico, descubrió

que estaba aún vivo y que podía pensar y actuar. Resultó más maduro que lo esperado. Presencia activa, que hizo imposible la controlada maniobra que ha buscado mostrar el unanimismo de otras campañas. Ahora se oye un grito que proviene del magma histórico. “No mas guerra”, “queremos el acuerdo humanitario”. Así inesperadamente, se despolarizó el país en instantes inolvidables. Es lo que en sus comentarios, algunos notables periodistas llamaron “el nuevo consenso”.

Por último, y para fines de reedición de este libro, está más claro que nuestro viejo conflicto interno no sólo llegó a su clímax en estos seis años de régimen Uribista, sino que alcanzó a erupcionar como un volcán para salpicar y llegar a países vecinos. Aunque esta extensión del conflicto venía de mucho atrás, en especial en forma de refugios guerrilleros y actos de retaliación oficial, contrabando de armas y drogas, los peligros quedaron en evidencia por el incidente fronterizo entre Colombia y Ecuador, por el ataque de las Fuerzas Armadas de Colombia al campamento del Comandante “Raúl Reyes”, el 1º de marzo de 2008. Este hecho demostró que el conflicto interno ya había desbordado las fronteras nacionales y que se había abierto el cráter del clímax de la Violencia acumulada y saturante. El manejo diplomático subsecuente, que debía destacar los principios universales de soberanía y defensa de los Estados sólo dramatizó que se abría paso el inevitable anticlímax.

Asomos del anticlímax

Lo que hemos visto parece demostrar que la Violencia y el guerrerismo se han aclimatado entre nosotros, como resultado de la socialización del conflicto. Hemos transformado y deformado nuestro ethos cultural. Pero se puede también interpretar como síntomas de una saturación patológica. Cada hecho o acto que afectan los cuatro elementos analizados (valores, normas, instituciones y técnicas) lleva consigo cargas recónditas de contradicción y rechazo de las conductas implicadas. Por eso se palpa el cansancio de las rutinas anteriores, el rechazo consciente a la “normalización de la

guerra”. En cambio, se perciben los síntomas positivos del anticlímax, los que serían nuestros pasos tácticos siguientes. Los últimos incidentes son prueba de las incompetencias de los gobernantes colombianos, que dejaron crecer el monstruo de la Violencia y dejaron que abortaran las posibles soluciones. El presidente Uribe recibió la herencia envenenada de aquellos fracasos anteriores, y no pudo detener la ola del *tsunami* creado por la acumulación patológica.

De allí el inevitable estallido de la Violencia secular que se ha observado durante su mandato. Cabe esperar que estas aguas tormentosas se vayan aquietando ante todo dentro de nuestras fronteras, porque aquí está la fuente originaria de los desastres. Y que los acuerdos políticos y diplomáticos cumplan su cometido. La otra posibilidad es la reducción de la erupción del clímax para revertir su energía a las rampas circundantes del sosiego colectivo interno, el progreso general con justicia social y la paz política, posibilidad que también sentimos proceder con la reacción popular, no manipulada, de las mayorías.

Así lo vimos en las grandes marchas, y en el más bello asomo del anticlímax por la paz fue el gigantesco concierto por “Paz sin Fronteras”, ejecutado el 16 de marzo de 2008, en Cúcuta, por siete maestros de la música popular, todos de fama mundial. Los signos antibelicistas fueron claros: no se invitó a los presidentes y los discursos, así breves, enfatizaron las consignas de todos los artistas, encabezados por Juanes, que seguramente, hicieron a los obdulios guerreristas y manipuladores Orwellianos de la Casa de Nariño castañetear los dientes de pura furia: “no queremos guerras”; “queremos que los soldados y policías vuelvan a sus hogares”; “vamos a una nueva era, como hermanos”. Doscientas mil personas vitorearon estas positivas consignas. Los pueblos quieren la paz como nunca, ahora debemos exigir de los gobiernos mayor respeto por las aspiraciones y necesidades de los pueblos.

“Vamos a una nueva era”, según los cantantes de Cúcuta. Y para ello debemos prepararnos desde ahora con generosidad, reparación y perdón. Es lógico que la dirección y la administración del anticlímax deben quedar en manos de un

equipo político y humano distinto del aquel que dirigió y administró el clímax guerrerista. Y hay asuntos de orientación valorativa, normativa, institucional y técnica que recomiendan este traspaso. Un cambio en el Congreso Nacional, hoy sin ninguna autoridad moral, incluyendo nuevas elecciones en todas las entidades territoriales sin las coacciones y aberraciones que convirtieron en ilegítimas a las corporaciones vigentes. Y adelantar con sobriedad y respeto por los valores fundantes una nueva elección presidencial, que permita con justicia remover al actual titular. No deberá ser difícil si se sigue el ejemplo del presidente Pedro Justo Berrío en Antioquia en 1874, cuando hizo abortar la campaña de su segunda re-elección porque, como lo dijera “él (Berrio) no era indispensable” (ver conferencias Fals Borda 2004 en Universidad de Antioquia, p. 7). Pruebas de grandeza, honestidad y verdadero patriotismo son las que se están necesitando para sortear tan difícil cruce de caminos.

La honorable revista británica *The Economist* vio con claridad el peligro subyacente al sostener que, aunque “Uribe sigue siendo visto por millones de colombianos como salvador, al punto de que pueda ser demasiado popular para el bien del país” (Citado por *El Tiempo*, abril 20 de 2008).

Una Asamblea Nacional Constituyente con los lineamientos mínimos de la de 1991, que era un acuerdo de paz, como lo ha propuesto el polo Democrático Alternativo sería indispensable.

Con todo el homenaje y el respeto que merezcan los anteriores y actuales mandatarios, y a pesar del dolor y las protestas que este paso pueda inducir en quienes han sido beneficiados por las políticas descritas. El país, apenas en convalecencia, no soportaría semejante desplante. Por eso, en este libro, me atrevo a proponer pasos y medidas de transición que considero posibles, como vienen explicado más adelante. Paz para Uribe, Paz a las guerrillas, Paz a Colombia y sus pueblos.

Por estas coyunturas dramáticas corre su curso el presente año de 2008, que cierran la presente obra. No puedo menos que pensar que la dinámica desatada lleve de la cúspide del clímax hacia la esperanza de solución de nuestro viejo

problema. Su continuación es intolerable.

De allí el tono positivo con el que cierro estas páginas y abro la discusión sobre el futuro dentro del marco teórico de los Ordenes Sociales intercalados por Subversiones Morales. Es consecuencia lógica de lo que viene descrito esperando que el problema quede claramente esbozado. Es el primer paso para su solución.

Según el esquema teórico adoptado en 1967, creo que el Orden Social – Burgués, aún vigente, no logró sus objetivos de paz y progreso, por lo mismo, que estamos entrando a otro período de transición, en lo que Camilo Torres Restrepo llamaría la Subversión Neosocialista. Así se prepararía el advenimiento de un Quinto Orden que, según nuestro esquema global, incluiría los cuatro elementos mencionados atrás. El juego de estos elementos es lo que examino en la siguiente y última sección de la obra.

2. ¿Hacia un Quinto Orden?

Semienterrado el Pluralismo Camilista por la incompreensión y la represión, cerrado el Frente Unido y clausurado su periódico, sólo tuve espacio para reiterar la Utopía (capítulo 9) y esbozar la llegada de un cuarto periodo subversivo moral, el “neosocialista”. Hasta aquí pudo llegar la profecía, una vez rota la ortodoxia. Y la profecía pudo apenas mencionar la llegada de un Quinto Orden postsubersivo que - muchos sospechan - puede identificarse con la reciente concepción política de un “Socialismo del siglo XXI”, distinto del Socialismo real que hemos conocido.

Aunque he criticado este mote por lo indeterminado, me sorprende que haya ocurrido semejante coincidencia en la idea. El “Socialismo del Siglo XXI” puede ser el que no alcanzó a detallar sino apenas recomendar en 1967. Pero por algo han corrido cuarenta años de nutrida historia, y por algo la teoría de la subversión moral se ha sostenido ante la crítica, ya incorporada en algunas enciclopedias filosóficas.

Por lo tanto, no voy a dejar aquel vacío y procederé a tomar lo esencialmente clarificado, como puntos de parti-

da. Uno es la definición formal de subversión como “aquella condición que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de este en un periodo histórico determinado, a la luz de nuevas metas valoradas que una sociedad quiera alcanzar”, definición muy distinta de la de “desarrollo socioeconómico” enseñada por la tradición. Otro punto de partida que proviene del capítulo 10 es el referente a los tres mecanismos de compulsión: hegemonía política, habilidad directiva, y difusión social y diáspora de elementos rebeldes. No sobra recalcarlo, para los nuevos movimientos políticos, como el Polo Democrático Alternativo (PDA).

Un importante fundamento histórico para estos fines es el hecho de que el socialismo no es nuevo en nuestro país. Desde mediados del siglo XIX hay dos periodos subversivos en los que los condicionantes del cambio van inspirados por esta ideología.

Desde los artesanos, estudiantes y campesinos, de Lorenzo María Lleras y el ejército de José María Melo en 1854, cuando llegaron al poder estatal, hasta los obreros de Francisco de Heredia, Luis Eduardo Mahecha y María Cano en 1927, hay que sumar al pionero Rafael Uribe Uribe, quien en 1904 predicó el socialismo, el grupo de Los Nuevos, y del café Windsor, la antiélite crítica de la época, constituida por las luminarias evocadas en el capítulo 7, encabezadas por don Luis Cano, León de Greiff, Carlos Lozano – el egregio suicida - y German Arciniegas, antiélite a la que pronto se uniría la juventud anti-Centenarista de Jorge Zalamea Borda y compañeros, más el contingente que hacia finales de la década apareció con Jorge Eliécer Gaitán, Gerardo Molina y Antonio García. Nacieron así los primeros partidos socialistas (1924) y comunistas (1930), sin los cuales el partido liberal no habría accedido al poder.

No seré plañidera porque aquellos primeros esfuerzos se afectaron por las ofertas y tentaciones de la cooptación, por la dura represión y errores de estrategia y cálculo. Los trabajos y desvelos por el pueblo de muchos de estos líderes y otros, se palpan y aprecian todavía. Colombia no sería la misma sin aquellos aportes, sería peor. No es éste el sitio

para hacer cargos ligeros sino para reconocer sumatorias. Por eso, a la espléndida lista de pioneros colombianos del socialismo conocido, podemos ahora añadir el nombre de Camilo Torres Restrepo, como fundador de la nueva modalidad del socialismo autóctono o endógeno aquí identificado como neosocialismo, el de nuestro siglo, el de raíces propias, inspirado en los logros de nuestros pueblos originarios del trópico y buscando su felicidad y progreso.

En lo que a juicios, evaluación y cargos se refiere, hay que ser justos, así puede a veces resultar doloroso. Me refiero al reconocimiento de los aportes y esfuerzos que en nuestro país han hecho por décadas disórrganos connotados, como las guerrillas ideológicas y grupos armados inspirados en causas superiores o justas en beneficio de nuestro pueblo, (como lo expliqué atrás). Para el claro e inobjetable advenimiento del Quinto Orden, se hace necesario que desde ahora mismo, sobre la marcha o en pasos escalonados o finales de procesos activos, se hagan cortes de cuentas al personal involucrado, exámenes serios de idoneidad moral, y ejercicios similares hasta en lo administrativo y comunicativo.

Es también motivo para intensificar los estudios propios y con personal externo comprometido, sobre la experiencia guerrillera y sus líderes, más de lo que se ha hecho hasta ahora, como por Arturo Alape, y Joe Broderick. Hay que estudiar y usar la cabeza, habría dicho Ingrid Betancur, la mas distinguida de los presos y retenidos de las FARC.

No son suficientes los consejos de guerra que por razones de jerarquía no son eficaces, así en las guerrillas como en las propias Fuerzas Armadas. Se necesitan vedores internos y/o externos de temple ético e idoneidad tecnica que, asemejanza de Comisiones de la Verdad en otros países, aislen, identifiquen y recomienden castigos por violencia y crímenes de lesa humanidad, con base en los propios idearios originarios o en leyes nacionales y disposiciones internacionales, que corrijan y rehabilite la memoria de las organizaciones históricas y sirvan de puentes para el enriquecimiento del Quinto Orden.

Suficiente con recordar estos antecedentes y trabajos que destruyen prejuicios de los grupos de la reacción. La tesis

se enriquece ahora con tales hechos y con la utilización de la hipótesis sobre refractación del Orden Social-Burgués, el cuarto de nuestra cuenta. Y que los condicionantes para la aparición del Quinto Orden, una vez cumplan la etapa subversiva del neosocialismo, ya pueden definirse e identificarse con mayor claridad que hace cuarenta años.

Elementos del Quinto Orden

En efecto, hay vestigios todavía de los valores clásicos positivos e importantes expresiones vivas de normas fundantes de nuestros pueblos originarios, tales como la solidaridad de los indígenas, el libertarismo de los afro descendientes, la dignidad de los campesinos y comuneros, y la defensa de la autonomía de los patricios y colonos internos. Estos son los verdaderos conformadores de la nacionalidad colombiana, aún soportando los abusos de las castas dominantes europeizantes y desaliños de foráneos explotadores. Son los grupos claves de la nueva subversión. Pueden ser pocos y parecen inermes; pero tienen el potencial de lo que Arnold Toynbee llamo “minorías creadoras”. Se hallan ya alertadas y activas en países como Bolivia, Ecuador, Venezuela, Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, Perú, México, Nicaragua y Paraguay.

Hasta en los Estados Unidos ha aparecido, como un rayo, un “candidato de la esperanza y del cambio”, Barak Obama, que propone trabajar de las bases hacia arriba, con y por los más pobres, que se precia de no ser “ciudadano de Wahington” y de ser bisoño en política, y otras tesis muy conocidas por nosotros los tropicales. El reto de Obama a los políticos tradicionales es fuerte y directo, en lo que le acompaña la juventud antes abstencionistas. “Acompáñeme”, dice Obama y la multitud ruge como antes sólo había hecho con Martin Luther King.

Tal es por lo menos la esperanza de quienes desde las izquierdas democráticas radicales de todos estos países, hemos querido sembrar las semillas de la comprensión y de la tolerancia, de la participación y la democracia directa, el mutuo respeto y el respeto por la vida y por la naturaleza, el

cariño por nuestros ancestros y la recuperación de la historia olvidada de los pueblos. Porque para nosotros ser de izquierda significa comprender y amar.

Hemos querido construir la sociedad con ideales compartidos. Y para ello fundamos movimientos, partidos populares, desde el Frente Unido de 1965 hasta Colombia Unida en 1987, Alianza Democrática-M19 en 1990 hasta el Frente Social y Político y el Polo Democrático Alternativo en el 2002, hoy afortunadamente presidido por el exmagistrado y profesor Carlos Gaviria Díaz, capitán de su unidad y guía de sus avances y triunfos como la gran fuerza política nacional.

En el nuevo orden hay que dar prioridad al retorno a la tierra para todo el campesinado víctima de la guerra, en particular para los millones de desplazados por los paramilitares desde su aparición como “pajaros” y en su criminal usurpación de las mejores tierras productivas, como las del minifundio. Ni el actual ni los anteriores gobiernos prestaron atención a lo que desde los años de 1950 se llamó “reforma agraria”, excepción hecha del cuatrienio de Lleras Restrepo. La situación del campo es hoy peor, siendo que la cuestión agraria ha sido abrevadero principal de las Violencias desde el fiasco de la Ley 200 de 1936.

A esa fuente de conflictos hay que volver los ojos y respetar, además, nuestra vocación agrícola tropical y autoalimentaria, y dejar de pensar que el “desarrollo” agrícola se hace enriqueciendo a los capitalistas del campo. Los gobernantes que así piensan y actúan, traicionan la esencia de la identidad nacional y demuestran que no tienen ceñimientos, como quedó demostrado en la vergonzosa entrega de los terrenos de “Carimagua” a intereses multinacionales ligados al neoliberalismo presidencial. Así pudiera haber razones técnicas en aquella decisión, no podía haber excusas.

El gobierno uribista mostró así tener corazón pequeño y bolso grande. Allí sus preferencias políticas deben ser reconvenidas por las Cortes y Procuraduría, y sustituidas lo más pronto posible por virtud de nuestras leyes.

A los desplazados debe dársele toda la reparación necesaria, de los recursos que hoy monopolizan las Fuerzas Armadas para continuar las políticas bélicas. Mantener la

propiedad de la tierra concentrada en pocas y muchas veces ensangrentadas manos, es aberrante, injusto y peligroso. Seguirían avivando indefinidamente la causa original de la Violencia secular de nuestro sufrido país.

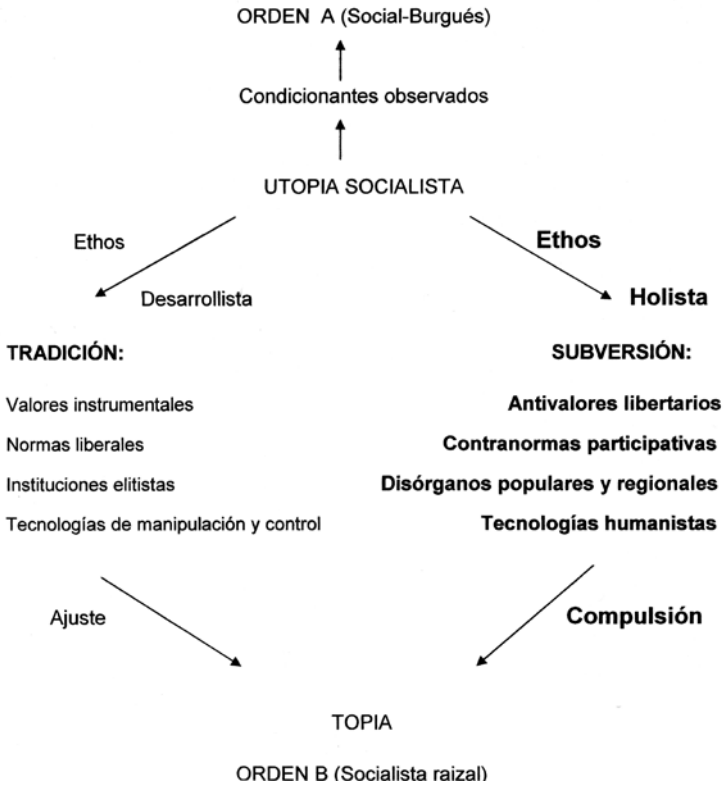
El aporte del Polo en esta estratégica materia, cómo grupo clave de la subversión moral hacia el neosocialismo viene a ser fundamental, en espera de que logre resolver sus dos tensiones: la interna que permita mantener las mayorías que favorecen el cambio social y político; y la externa, que busca atacar al radicalismo de izquierda democrática, y aplicar la visión del pragmatismo cortoplacista.

* * *

Siguiendo el marco telético de la subversión moral en su cuarta expresión neosocialista colombiana, podemos representar la refracción del Orden Social-Burgués vigente por el impacto de la Utopía Socialista Raizal, que como hemos visto se ha venido discutiendo desde hace tiempo.

Para plantear esquemáticamente el advenimiento del Quinto Orden contamos con la gráfica al final del capítulo 10 que muestra cómo, en teoría, se refracta el orden vigente en sus elementos condicionantes: valores instrumentales / antivalores libertarios; normas / contranormas participativas; instituciones elitistas / disórganos y grupos claves populares; y técnicas de control / tecnologías humanistas. Se crean así dos columnas opuestas: una la de la Tradición y la otra la de la Subversión moral. Las fuerzas sociales que inciden sobre el proceso son el ajuste y la compulsión que vienen suficientemente documentadas en los capítulos anteriores para crear la nueva "Topía".

Dos ethos se enfrentan: el desarrollista o reformista que defiende el orden, y el holista que busca transformarlo. El esquema se replica de la siguiente manera, para llegar al Quinto Orden.



Tales han sido los marcos, teorías, métodos y propósitos centrales del presente libro, como “visión del cambio social en la historia” de Colombia y de otros países colonizados por Europa. Queda una duda lacerante que se ha planteado muchas veces sobre el ritmo generacional, y el papel de grupos claves para el cambio. Llevamos dos generaciones frustradas por el inconveniente cambio realizado por los dirigentes. Es necesario revolcar no solo a los gobiernos sino al proceso cultural y educativo desde sus cimientos e insistir en ellos con diversos medios eficaces por otros treinta años. Colombia no puede seguir siendo el desgraciado Prometeo, condenado por los dioses a que devoraran sus entrañas por aves de rapiña, hasta el fin de los tiempos. ¿Lo soportaremos? La tarea es también ética en el fondo. Por eso conviene refrendar la gran consigna de Jorge Eliécer Gaitan y trabajarla: “Por la restauración moral de la República, ¡a la carga!”

Nuestras propias deidades no son tan crueles como las griegas. Apelemos a su ancestral compasión y a nuestros

grandes héroes y heroínas populares, tales son los retos para grupos claves como el Polo y sus componentes comprometidos con el revolcón radical necesario. Sí. A menos que sigamos con un pragmatismo corto y con la fatal mentalidad de borregos aguantadores, víctimas de manipuleo mediático. Por fortuna, hay ciertos hechos nuevos que permiten una pizca de optimismo: comentaristas cada vez más críticos, valientes, afanados por la rutina fatigante de la acumulación belicosa; la presencia masiva de participantes serenos e independientes en la Marchas de 2008, ciudadanos serios que no se dejaron impresionar por el sectarismo del régimen; el despertar de la juventud abstencionista, que están entrando cada vez con mayor fuerza, en la lid política que debe ser corregida; la presión internacional por el respeto humanitario que rompa el absurdo aislamiento de nuestro país por causas que los colombianos hemos visto con justificada desconfianza; el retorno a la tierra como vocación natural de nuestro pueblo tropical.

El magma refrenado por decenios, empieza a hacerse visible en erupciones sucesivas. El magma es vida, es síntoma de reconstrucción. El país esta dando muestras de cansancio ante los excesos guerreristas y paramilitares. Si las tendencias pacíficas continúan, como parece probable en lo que va corrido del presente año, habría espacio para tener alguna esperanza, de que Colombia vuelva a los ritmos de su vena civilizatoria y cultural.

Por eso –ojalá no se a víctima del deseo– al cerrar la presente obra, no puedo menos que gozar imaginándonos libres de la boa constrictor de la guerra, deteniendo la espiral de nuestra Violencia ancestral. Dos generaciones hemos resistido la tragedia nacional: es suficiente el castigo. El cambio viene y el Quinto Orden puede llegar. Y recordemos que, según nuestros abuelos, no hay quinto malo.

Orlando Fals Borda.
Paipa (Boyacá), 2008

Bibliografía

- Aguado, Pedro de, 1906. **Recopilación historial**. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Agudelo Villa, Hernando, 1966. «Hacia una revolución por consentimiento», **El Espectador**, agosto 20.
- Ancízar, Manuel, 1942. **Peregrinación de Alpha**. Bogotá: Editorial ABC.
- Andrade Valderrama, Vicente, 1966. «¿Quién es responsable de la tragedia de Camilo Torres?», **Revista Javeriana**, 65, pp. 177-181.
- André Edouard, 1884. «América equinoccial (Colombia-Ecuador)», en **América pintoresca: descripción de viajes al Nuevo Continente**, Barcelona: Montaner y Simón, Editores.
- Arboleda, Gustavo, 1933. **Historia contemporánea de Colombia**, Tomo I Cali: Editorial América.
- Arcila Farias, Eduardo, 1946. **Economía colonial de Venezuela**. México.
- Arensberg, Conrad M., 1961. «The Community as Object and as Sample», **American Anthropologist**, 63, 2, pp. 241-264.
- Athayde, Tristan de, 1966. «Exponentes de la nueva cristiandad», **Tercer Mundo**. Bogotá. Nos. 29-30 (septiembre-octubre), p. 13.
- Ballesteros y Beretta, Antonio, 1944. **Historia de España y su influencia en la historia universal**. Barcelona: Salvat Editores.
- Barber, Willard F. y C. Neale Ronning, 1966. **Internal Security and**

- Military Power: Counterinsurgency and Civic Action in Latin America.** Columbus: Ohio State University Press.
- Bames, Harry Elmer, 1952. **Society in Transition.** New York: Prentice Hall, Inc.
- Barnett, H. G., 1953. **The Basis of Cultural Change.** New York: McGraw-Hill Book Company.
- Bateson, Gregory, 1948. **Naven: A Survey of the Problems Suggested by a Composite Picture of the Culture of a New Guinea Tribe.** Stanford: Stanford University Press.
- Becker, Howard, 1957. "Current Sacred-Secular Theory and Its Development", en H. Becker y A. Boskoff (eds.), **Modern Sociological Theory.** New York: The Dryden Press, pp. 133-185.
- Becker, Howard, 1960. "Normative Reactions to Normlessness", **American Sociological Review.** 25, 6, pp. 803-810.
- Bendix, Reinhard y Bennett Berger, 1959. "Images of Society and Problems of Concept Formation in Sociology" en Llewellyn Gross (ed.), **Symposium on Sociological Theory.** Evanston: Row Peterson, pp. 92-118.
- Bergson, Henri, 1930. **L'évolution créatrice.** Paris: Librairie Félix Alcan.
- Bierstedt, Robert, 1959. «Nominal and Real Definitions in Sociological Theory», en Llewellyn Gross (ed.), **Symposium on Sociological Theory.** Evanston: Row Peterson, pp. 121-144.
- Bishko, Charles J., 1952. «The Peninsular Background of Latin American Cattle Ranching», **Hispanic American Historical Review**, XXXII, pp. 509-516.
- Blumer, Herbert, 1966. "The Idea of Social Development", **Studies in Comparative International Development**, II, N° 1.
- Boskoff, Alvin, 1953. "Postponement of Social Decision in Transitional Society". **Social Forces**, 31, No 3, PP. 229-234.
- Boskoff, Alvin, 1964. "Social Indecision in Two Classical Societies", en Cahnman & Boskoff, (ed.), **Sociology and History.** New York: Free Press of Glencoe, pp. 246-257.
- Boskoff, Alvin, 1964. "Recent Theories of Social Change", en Cahnman, Werner J. & Alvin Boskoff (ed.), **Sociology and History.** New York: Free Press of Glencoe, pp. 140-157.
- Boskoff, Alvin, 1959. "Social Indecision: A Dysfunctional Focus of Transitional Society", **Social Forces**, 37, No 4, pp. 305-311.
- Bottomore, T. B., 1964. **Elites and Society.** New York: Basic Books, Inc.
- Briceño, Manuel, 1878. **La Revolución, 1876-1877. Recuerdos para la**

- historia.** Bogotá: Imprenta Nueva.
- Brinton, Crane, 1952. **The Anatomy of Revolution.** Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice Hall.
- Broadbent, Silvia M., 1964a. **Los Chibchas: Organización sociopolítica.** Bogotá: Facultad de Sociología.
- Broadbent, Silvia M., 1964b. "Agricultural Terraces in Chibcha Territory, Colombia", **American Antiquity**, 29, No 4, pp. 501-504.
- Bushnell, David, 1966. **El Régimen de Santander en la Gran Colombia.** Bogotá: Facultad de Sociología.
- Cahnman, Werner J. y Alvin Boskoff, 1964. "Sociology and History: Reunion and Rapprochement", en Cahnman y Boskoff (eds.), **Sociology and History: Theory and Research.** New York: Free Press of Glencoe, pp. 1-18.
- Camacho Roldán, Salvador, 1889. "Prólogo" a **Manuela** de Eugenio Díaz, I, pp. i-xv. París: Garnier Hermanos.
- Camacho Roldán, Salvador, 1892. **Escritos varios.** Bogotá: Librería Colombiana.
- Camacho Roldán, Salvador, 1893. **Escritos varios.** Segunda Serie. Bogotá: Librería Colombiana.
- Camacho Roldán, Salvador, 1923. **Memorias.** Bogotá: Librería Colombiana.
- Canal Ramírez, Gonzalo y Jaime Posada, 1955. **La crisis moral colombiana.** Bogotá: Editorial Antares.
- Cané, Miguel, 1907. **Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia.** Bogotá: Imprenta de La Luz.
- Castellanos, Juan de, 1886. **Historia del Nuevo Reino de Granada.** Madrid: A. Pérez Dubrull.
- Castillo, Gonzalo, 1967. Comunicación personal al autor, enero 17. CEPAL, 1955. "The Economic Development of Colombia". Bogotá (edición mimeografiada).
- Comte, Auguste, 1851-1854. **Système de politique positive, ou traité de sociologie instituant la religion de l'humanité.** París.
- Cooley, Charles Horton, 1902. **Human Nature and the Social Order.** New York: Charles Scribner's Sons.
- Cooley, Charles Horton, 1909. **Social Organization.** New York: Charles Scribner's Sons.
- Coser, Lewis F., 1956. **The Functions of Social Conflict.** New York: The Free Press of Glencoe.

- Costa Pinto. L. A., 1963. **La sociología del cambio y el cambio de la sociología**. Buenos Aires: Eudeba.
- Cottrell, Fred, 1955. **Energy and Society**. New York: McGraw Hill.
- Cuervo Ángel y Rufino José Cuervo, 1954. "Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época", en **Obras de Rufino José Cuervo**. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Cuervo, Rufino José, 1914. **Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano**. París: R. Roger y F. Chernoviz.
- Currie, Lauchlin, 1950. **The Basis of a Development Program for Colombia: Report of a Mission**. Washington: International Bank for Reconstruction and Development.
- Dahrendorf, Ralf, 1958. "Toward a Theory of Social Conflict", **The Journal of Conflict Resolution**, II, N° 2, pp. 170-183.
- Dahrendorf, Ralf; 1959. **Class and Class Conflict in Industrial Society**. Stanford: Stanford University Press.
- D'Antonio, William V. y Frederick B. Pike, 1964. **Religion, Revolution and Reform: New Forces for Change in Latin America**. New York: Frederick A. Praeger.
- De la Vega, José, 1913. **La Federación en Colombia (1810-1912)**. Madrid: Editorial América.
- De los Ríos, Fernando, 1927. **Religión y Estado en la España del siglo XVI**. Madrid.
- Departamento Técnico de Seguridad Social Campesina, 1956. **Caldas: Estudio de su situación geográfica, económica y social**. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones.
- Deutschmann, Paul J. y Orlando Fals Borda, 1963. **Communication and Adoption Patterns in an Andean Village**. San José: Programa Interamericano de Información Popular.
- Devanandan, P. D. Y M. M. Thomas (eds.), 1960. **Christian Participation in Nation Building**. Bangalore.
- De Vries, Egbert, 1961. **Man in Rapid Social Change**. Geneva: World Council of Churches.
- Díaz, Eugenio, 1889. **Manuela**. 2 vols. París: Garnier Hermanos.
- Díaz del Castillo, Bernal, 1943. **Historia verdadera de la conquista de la Nueva España**. México.
- Dilthey, Wilhelm, 1922. "Einleitung in die Geisteswissenschaften. Versuch einer Grundlegung für das Studium der Gesellschaft u. der Geschichte", en **Gesammelte Schriften**. I. Leipzig, Berlín.
- Duque Gómez, Luis, 1963. **Reseña Arqueológica de San Agustín**. Bogotá: Imprenta Nacional.

- Durkheim, Emile, 1897. **Le Suicide**. Paris: F., Alcan.
- Edel, Abraham, 1959. «The Concept of Levels in Social Theory», en Llewellyn Gross (ed.), **Symposium on Sociological Theory**. Evanston: Row, Peterson & Co., pp. 167-195.
- Eder, Phanor V., 1959. **El Fundador, Santiago M. Eder**. Bogotá: Editorial Antares.
- Eisenstadt, S. N., 1954. “Reference Group Behavior and Social Integration: An Explorative Study”, **American Sociological Review**, 19, No 2, pp. 175-185.
- Eisenstadt, S. N., 1964. **From Generation to Generation: Age Groups and Social Structure**. New York: The Free Press of Glencoe.
- Emerson, Alfred E., 1956. “Homeostasis and Comparison of Systems”, en Roy R. Grinker (ed.), **Toward a Unified Theory of Human Behavior**. New York: Basic Books, Inc., pp. 147-163.
- Engels, Frederick, 1885. “History of the Communist League”, en Engels, **Germany: Revolution and Counter-Revolution**. New York: International Publishers, Appendix I, pp. 120-131.
- Engels, Frederick, 1933. **Germany: Revolution and Counter-Revolution**. New York: International Publishers.
- Engels, Frederick, 1925. “Introduction” to Karl Marx, **The Class Struggles in France (1848-50)**. New York: International Publishers, pp. 9-30.
- Erasmus, Charles J., 1961. **Man Takes Control: Cultural Development and American Aid**. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Etzioni, Amitai y Eva Etzioni (eds.), 1964. **Social Change: Sources, Patterns and Consequences**. New York: Basic Books, Inc.
- Fals Borda, Orlando, 1953. “Notas sobre la evolución del vestido campesino en la Colombia central”, **Revista Colombiana de Folklore**, Segunda Época, No 2, pp. 139-147.
- Fals Borda, Orlando, 1955. **Peasant Society in the Colombian Andes**. Gainesville: University of Florida Press, 2ª ed., 1962.
- Fals Borda, Orlando, 1956. “El campesino cundi-boyacense: conceptos sobre su pasividad”, **Revista de Psicología**, 1, 1, pp. 74-83.
- Fals Borda, Orlando, 1957. **El hombre y la tierra en Boyacá**. Bogotá: Editorial Antares.
- Fals Borda, Orlando, 1958. “La introducción de nuevas herramientas agrícolas en Colombia: resultados de varios experimentos agro-sociológicos”. **Agricultura Tropical**, 14, No 1, pp. 23-44.
- Fals Borda, Orlando, 1959a. **La teoría y la realidad del cambio socio-cultural en un sistema social rural**. Bogotá: Facultad de Sociología,

- Monografía No 2.
- Fals Borda, Orlando, 1959b. “El vínculo con la tierra y su evolución en el Departamento de Nariño”. **Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales**, 10, N° 41.
- Fals Borda, Orlando, 1960. “La Reforma Agraria”. **Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales**, 11, No 42.
- Fals Borda, Orlando, 1961a. **Campesinos de los Andes**. Bogotá: Editorial Iqueima.
- Fals Borda, Orlando, 1961b. **Acción comunal en una vereda colombiana**. Bogotá: Facultad de Sociología, Monografía No 4.
- Fals Borda, Orlando, 1962. **La Educación en Colombia**. Bogotá: Facultad de Sociología.
- Fals Borda, Orlando, 1965a. “**La esencia de la transformación rural: Estudio de una comunidad**”. Bogotá: Facultad de Sociología (mimeografiado).
- Fals Borda, Orlando, 1965b. “Violence and the Break-Up of Tradition in Colombia”, en Claudio Veliz (ed.), **Obstacles to Change in Latin America**. London: Oxford University Press, pp. 188-205.
- Fernandes Florestan, 1960. “Atitudes e motivações desfavoráveis ao desenvolvimento” en Centro Latinoamericano de Pesquisas en Ciencias Sociais, **Resistencias a mudança: fatores que impedem ou dificultam o desenvolvimento**. Rio de Janeiro: Editora Lioro S. A., pp. 219-259.
- Fruharty, Vernon Lee, 1957. **Dance of the Millions**. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Foster, George M., 1960. **Culture and Conquest: America’s Spanish Heritage**. New York: Werner-Gren Foundation for Anthropological Research.
- Foster, George M., 1962. **Traditional Cultures: And the Impact of Technological Change**. New York: Harper & Brothers.
- Frank, Lawrence K., 1956. “Social Systems and Culture”, en Roy R. Grinker (ed.), **Toward a Unified Theory of Human Behavior**. New York: Basic Books Inc., pp. 201-222.
- Frei Montalva, Eduardo, 1964. “Paternalism, Pluralism, and Christian Democratic Reform Movements in Latin America”, en William V. D’Antonio y Frederick B. Pike (eds.), **Religion, Revolution and Reform: New Forces for Change in Latin America**. New York: Frederick A. Praeger, pp. 25-40.
- Friede, Juan, 1944. **El indio en lucha por la tierra**. Bogotá: Ediciones Espiral Colombia.

- Furtado, Celso, 1959. **Formação económica do Brasil**, Rio de Janeiro: Editora Fundo de Cultura.
- Furtado, Celso, 1961. **Desenvolvimento e subdesenvolvimento**. Rio de Janeiro: Editora Fundo de Cultura.
- Furtado, Celso, 1965 “Development and Stagnation in Latin America: A Structuralist Approach”. **Studies in Comparative International Development**, I, No 11.
- Furtado, Celso, 1966. “Hacia una ideología del desarrollo”. **El Trimestre Económico**. México, 33, No 131.
- Fussel, G. E., 1952. **The Farmers Tools, 1500-1900: The History of British farm Implements, tools and Machinery before the Tractor Came**. London: Andrew Melrose.
- Galindo, Aníbal, 1880. **Estudios económicos y fiscales**. Bogotá: Imprenta a cargo de H. Andrade.
- Galindo, Aníbal, 1900. **Recuerdos históricos: 1840 a 1895**. Bogotá: Imprenta de La Luz.
- Ganivet, Angel, 1923. **Idearium Español**. Madrid: Suárez.
- García, Antonio, 1953. **La revolución de los pueblos débiles**. Bogotá: Fondo Socialista de Publicaciones.
- García, Antonio, 1955. **Gaitán y el problema de la revolución colombiana**. Bogotá: Cooperativa de Artes Gráficas.
- García, Antonio, 1961. “Colombia: esquema de una república señorial”. **Cuadernos Americanos**, México, 20, No 119, pp. 76-133.
- García, Genaro, 1907. **El clero de México durante la dominación española**. México.
- García, Cadena, Alfredo, 1943. **Unas ideas elementales sobre problemas colombianos**. Bogotá.
- Geertz, Clifford, 1963. **Peddlers and Princes: Social Change and Economic Modernization in Two Indonesian Towns**. Chicago: University of Chicago Press.
- Gellner, Ernest, 1965. **Thought and Change**. Chicago: University of Chicago Press.
- Germani, Gino, 1962. **Política y sociedad en una época de transición**. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Gilmore, Robert Louis, 1956. “New Granada’s Socialist Mirage”. *Hispanic American Historical Review*, 36, pp. 192-203.
- Gómez Hurtado, Álvaro, 1958. **La revolución en América**. Barcelona: Editorial AHR.
- Goode, William J., 1960. “A Theory of Rale Strain”. **American Sociological**

- Review**, 25, N° 4, pp. 483-496.
- Goodenough, Ward Hunt, 1963. **Cooperation in Change**. New York: Russell Sage Foundation.
- Groot, José Manuel, 1889. **Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada**: Bogotá: M. Rivas y Cía.
- Guhl, Ernesto, 1953. «El aspecto económico-social del cultivo del café en Antioquia». **Revista Colombiana de Antropología**, I, N° 1, pp. 197-257.
- Gutiérrez, José, 1961. **De la pseudo-aristocracia a la autenticidad: psicología social colombiana**. México: Imprenta Laura.
- Guzmán, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, 1962 y 1964. **La Violencia en Colombia**. Bogotá: Facultad de Sociología y Ediciones Tercer Mundo, 2 vols.
- Hagen, Everett E., 1962. **On the Theory of Social Change**. Homewood, Ill: The Dorsey Press. Inc.
- Hanke, Lewis, 1935. **The First Social Experiments in America**. Cambridge: Harvard University Press.
- Hanke, Lewis, 1949. **The Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America**. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Harrison, John P., 1952. "The Evolution of the Colombian Tobacco Trade, to 1875", **Hispanic American Historical Review**, 32, p. 167.
- Hart, Hornell, 1959. "Social Theory and Social Change", en Llewellyn Gross (eds.), **Symposium on Sociological Theory**. Evanston: Row, Paterson & Co., pp. 196-238.
- Havens, A. Eugene, 1966. **Támesis: estructura y cambio. Estudio de una comunidad antioqueña**. Bogotá: Facultad de Sociología.
- Havens, A. Eugene y Michel Romieux, 1966. **Barrancabermeja: conflictos sociales en torno a un centro petrolero**. Bogotá: Facultad de Sociología y Tercer Mundo.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 1896. **The Philosophy of Right**. London: George Bell.
- Heilbroner, Robert L., 1963. **The Great Ascent: The Struggle for Economic Development in Our Time**. New York: Harper and Row.
- Heinrich, Max, 1964. "The Use of Time in the Study of Social Change". **American Sociological Review**, 29, N° 3, pp. 386-397.
- Hempel, Carl G. "The Logic of Functional Analysis", en Llewellyn Gross (ed.), **Symposium on Sociological Theory**. Evanston: Row Paterson, pp. 271-307.
- Henoa, Jesús María y Gerardo Arrubla, 1952. **Historia de Colombia**.

- Bogotá: Librería Voluntad.
- Hernández Rodríguez, Guillermo, 1949. **De los Chibchas a la Colonia y a la República**. Bogotá: Universidad Nacional.
- Hinojosa, Eduardo de, 1905. **El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media**. Madrid: Victoriano Suárez.
- Hirschman, Albert O., 1963. **Journeys Toward Progress**. New York: Twentieth Century Fund, Inc.
- Hobbes, Thomas, 1950. **Leviathan**. New York: E. R. Dutton and Company; Inc.
- Hobsbawm, Eric J., 1959. **Primitive Rebels: Studies in the Archaic Forms of Social Movements in the 19th and 20th Centuries**. Manchester, England: Manchester University Press.
- Hoenigsberg, Julio, 1940. **Santander, el clero y Bentham**. Bogotá.
- Höffner, Joseph, 1957. **La ética colonial española del Siglo de Oro: cristianismo y dignidad humana**. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- Horowitz, Irving L., 1966. **Three Worlds of Development: The Theory and Practice of International Stratification**. New York: Oxford University Press.
- Houtart, François, 1964. **The Challenge to Change: The Church Confronts the Future**. New York: Sheed and Ward.
- Ingenieros, José, 1922. **Por la unión Latino Americana** (Discurso pronunciado el 11 de octubre, ofreciendo el banquete de los escritores argentinos en honor de José Vasconcelos). Buenos Aires: L. J. Kosso y Cía.
- Inquietudes, 1965. **El "caso" del Padre Camilo Torres**. Bogotá: Tercer Mundo.
- Jaguaribe, Helio, 1966. "Political Models and National Development in Latin America". Estudio presentado en el VI Congreso Interamericano de Planificación, Caracas, Venezuela.
- Jaramillo Uribe; Jaime, 1964. **El pensamiento colombiano en el siglo XIX**. Bogotá: Editorial Temis.
- Johnson, Chalmers, 1966. **Revolutionary Change**. Boston: Little Brown and Company.
- Jovellanos, Gaspar Melchor de, 1887. **Obras escogidas**. París: Garnier Hermanos.
- Kluckhohn, Florence, 1956. "Value Orientations", en Roy R. Grinker (ed.), **Toward a Unified Theory of Human Behavior**. New York: Basic Books Inc., pp. 83-93.
- Kluckhohn, Florence y Fred L. Strodtbeck, 1961. **Variations in Value Orientations**. Evanston: Row Paterson & Co.

- Kolb W. L., 1957. "The Changing Prominence of Values in Modern Sociological Theory"; en Howard Becker y Alvin Boskoff (eds.), **Modern Sociological Theory**. New York: Dryden Press, pp. 93-132.
- Kubler, George, 1946. "The Quechua in the Colonial World", en **Handbook of South American Indians**. Washington: U. S. Government Printing Office, II, pp. 321-375.
- Lambert, Jacques, 1960. "Les obstacles au développement provenant de la formation d'une société dualiste", en Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais, **Resistencias a mudança**. Río de Janeiro, pp. 27-50.
- Landauer, Gustav, 1919. **Die Revolution**. Frankfurt am Main: Literarische Anstalt Rütten Loening.
- La Piere, Richard T., 1965 **Social Change**. New York: Mc. Graw Hill Book Co.
- Las Casas, Bartolomé de, 1929. **Historia de las Indias**. Barcelona.
- Lasswell, Harold D., 1935. **World Politics and Personal Insecurity**. New York: Mc Graw Hill.
- Lasswell, Harold D., 1950. **Power and Society**. New York: Yale University Press.
- Lasswell, Harold D. y Daniel Lerner, 1965. **World Revolutionary Elites: Studies in Coercive Ideological Movements**. Cambridge, Mass: The M. I. T. Press.
- Lee, Alfred M., 1945. "Levels of Culture as Levels of Social Generalization", **American Sociological Review**, 10, pp. 485-95.
- Lehmann, Paul J., 1963. **Ethics in a Christian Context**. New York: Harper & Row.
- Lema, Marqués de, 1927. **De la Revolución a la Restauración**. Madrid: Editorial Voluntad.
- Lenin, V. I. U., 1934-1938. "The Proletarian Revolution and the Renegade Kautsky", en **Selected Works**. New York: International Publishers, VII.
- Liévano Aguirre, Indalecio, 1946. **Rafael Núñez**. Bogotá: Librería Siglo XX.
- Liévano Aguirre, Indalecio, 1963. **Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia**. Bogotá: Ediciones Nueva Prensa.
- Liévano Aguirre, Indalecio, 1966. **El juicio de Mosquera ante el Senado**. Bogotá: Editorial Revista Colombiana.
- Linton, Ralph, 1936. **The Study of Man**. New York: Appleton-Crofts.
- Lipman, Aaron y A. Eugene Havens, 1965. "The Colombian Violencia: An Ex

- Post Facto Experiment". **Social Forces**, 44, N° 2, pp. 238-245.
- Loomis, Charles P., 1960. **Social Systems: Essays on Their Persistence and Change**. Princeton: D. Van Nostrand Co.
- López, Alejandro, 1927. **Problemas colombianos**. París: Editorial París-América.
- López de Mesa, Luis, 1934. **De cómo se ha formado la nación colombiana**. Bogotá.
- López de Mesa, Luis, 1956. **Escrutinio sociológico de la historia colombiana**. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.
- López de Mesa, Luis, 1962. "Un historial de la violencia". **El Tiempo**, septiembre 30.
- López Michelsen, Alfonso, 1955. **Cuestiones colombianas. (Ensayos)**. México: Impresiones Modernas, S. A.
- Lozano y Lozano, Carlos y Fernando de la Vega, 1939. **¿Quién fue Núñez?** Cartagena.
- Mackay, John A., 1933. **The Other Spanish Christ**. New York: The Macmillan Company.
- Mac Iver, Robert M., 1942. **Social Causation**. New York.
- Mac Iver, Robert M., 1947. **The Web of Government**. New York: Macmillan Co.
- Malthus, Thomas R., 1894. **Essay on the Principle of Population**. New York: The Macmillan Co.
- Mannheim, Karl, 1941. **Ideología y utopía**. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mannheim, Karl, 1943. **Diagnosis of our Time: Wartime Essays of a Sociologist**. London: Routledge & Kegan Paul Ltd.
- Mannheim, Karl, 1950. **Freedom, Power and Democratic Planning**. New York: Oxford University Press.
- Mannheim, Karl, 1958. **El hombre y la sociedad en la época de crisis**. Buenos Aires: Ediciones Leviatán.
- Marias, Julián, 1949. **El método histórico de las generaciones**. Madrid: Revista de Occidente.
- Mariátegui, José Carlos, 1934. **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**. Lima: Librería Peruana.
- Martín, Guillermo E., 1887. **Campaña del ejército del Norte en 1885**. Bogotá: Imprenta de La Luz.
- Martindale, Don, 1960. **The Nature and Types of Sociological Theory**. Boston: Houghton, Mifflin Company.
- Marx, Karl, 1911a. **A Contribution to the Critique of Political Economy**. Chicago: Charles H. Kerr & Co.

- Marx, Karl, 1911b. "Introduction to the Critique of Political Economy", en **A Contribution to the Critique of Political Economy**. Appendix, pp. 265-312.
- Marx, Karl, 1920. **The Class Struggles in France (1848-1850)**. New York: International Publishers.
- Mendes de Almeida, Cândido, 1963. **Nacionalismo e desenvolvimento**. Rio de Janeiro: Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos.
- Mendieta y Núñez, Lucio, 1959. **Teoría de la revolución**. México.
- Merton, Robert K., 1957a. **Social Theory and Social Structure**. Glencoe: The Free Press.
- Mertan, Robert K., 1957b. "The Role-Set: Problems in Sociological Theory", **British Journal of Sociology**, 8, No 2, pp. 106-120.
- Mesa, Darío, 1965. **Treinta años de nuestra historia**. Bogotá: Facultad de Sociología, Lectura No 161 (mimeografiada).
- Míguez Bonino, José, 1966. "Christians and the Political Revolution", **Motive**, 27, No 3, pp. 37-40.
- Mill, John Stuart, 1843. **A System of Logic, Ratiocinative and Inductive**.
- Mills, C. Wright 1959. **The Sociological Imagination**. New York: Oxford University Press.
- Misión "Economía y Humanismo", 1958. **Estudio sobre las condiciones del desarrollo de Colombia**, Bogotá: Aedita Editores.
- Mojica Silva, José (ed.), 1948. **Relación de visitas coloniales**. Tunja: Imprenta Oficial.
- Montaña Cuéllar, Diego, 1963. **Colombia: país formal y país real**. Buenos Aires: Editorial Platina.
- Montjoie, Christophe Félix de la Touloubre (Galart de), 1789. **Les causes et commencement de la Révolution**. Paris.
- Montjoie, Christophe Félix Louis Ventre de la Touloubre (Galart de), 1796. **History of the Conspiracy of Maximilian Robespierre**. London: T. Egerton, Whitehall.
- Moore, Wilbert E., 1963. **Social Change**. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice Hall.
- Moore, Wilbert E., 1966. "Social Structure and Behavior", en Gardner Lindzey y, Elliot Aronson, **Handbook of Social Psychology**. Reading, Mass.: Addison-Wesley Publishing Co.
- Morales Benítez, Otto, 1951. **Testimonio de un pueblo**. Bogotá: Antares.
- Morales Benítez, Otto, 1957. **Revolución y caudillos**. Medellín: Editorial Horizonte.

- Morales Benítez, Otto, 1962. **Muchedumbres y banderas**. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Mosquera, Manuel José, 1858. **Documentos para la biografía e historia del episcopado, defensa de la Iglesia**. Paris: Tipografía de Adriano Le Clere, II.
- Mumford, Lewis, 1962. **The Story of Utopias**. New York: The Viking Press.
- Munch, Peter A., 1956. **A Study of Cultural Change: Rural-Urban Conflicts in Norway**. Oslo: H. Aschehong & Co.
- Myrdal, Gunnar, 1953. "The Relation Between Social Theory and Social Policy", **British Journal of Sociology**, 23.
- Nichols, Theodore E., 1954. "The Rise of Barranquilla", **Hispanic American Historical Review**, 34, pp. 158-174.
- Nieto Arteta, Luis E., 1962. **Economía y cultura en la historia de Colombia**. Bogotá: Tercer Mundo.
- Novikoff, Alex B., 1945. "The Concept of Integrative Levels and Biology", **Science**, 101, pp. 209-215.
- Núñez, Rafael, 1885. **La Reforma política en Colombia: colección de artículos publicados en "La Luz" de Bogotá y "El Porvenir" de Cartagena, de 1881 a 1884**. Bogotá: Imprenta de La Luz.
- Ogburn, William F., 1950. **Social Change with Respect to Culture and Original Nature**, ed. rev. New York: Viking Press.
- Ortega, Alfredo, 1932. **Ferrocarriles colombianos**. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Ortega y Gasset, José, 1923. **El tema de nuestro tiempo**. Madrid.
- Ortega y Gasset, José, 1933. **En torno a Galileo**. Madrid.
- Ortiz, Juan Francisco, 1907. **Reminiscencias (Opúsculo autobiográfico, 1808-1861)**. Bogotá: Librería Americana.
- Ortiz, Venancio, 1855. **Historia de la revolución del 17 de abril de 1854**. Bogotá: Imprenta de Francisco Torres Amaya.
- Osgood, Charles E., George J., Suci, y Percy H. Tanenbaum, 1957. **The Measurement of Meaning**. Urbana: University of Illinois Press.
- Osorio Lizarazo, J. A., 1952. **Gaitán: vida, muerte y permanente presencia**. Buenos Aires: Ediciones López Negri.
- Ospina, Vásquez, Luis, 1955. **Industria y protección en Colombia**. Medellín: E. S. F.
- Ots Capdequí, José María, 1946. **El régimen de la tierra en la América Española**. Ciudad Trujillo: Editora Montalvo.
- Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de, 1852. **Historia general y natural**

- de las Indias.** Madrid: Real Academia de la Historia.
- Park, Robert E., 1925. **The City.** Chicago: University of Chicago Press.
- Park, Robert E., 1952. **Human Communities.** Glencoe: Free Press.
- Parra, Aquileo, 1912. **Memorias.** Bogotá: Imprenta de La Luz.
- Parra Sandoval, Rodrigo, 1966. **El caso de Candelaria, Valle.** Bogotá: Facultad de Sociología y Tercer Mundo.
- Parsons, James J., 1949. **Antioqueño Colonization in Western Colombia.** Berkeley: University of California Press.
- Parsons, Talcott, 1951. **The Social System.** Glencoe: The Free Press.
- Parsons, Talcott, 1956. "The Relation Between the Small Group and the Larger Social System", en Roy R. Grinker (ed.), **Toward a Unified Theory of Human Behavior.** New York: Basic Books, Inc., pp. 190-200.
- Parsons, Talcott, 1956. "The Social System: A General Theory of Action", en Roy R. Grinker (ed.), **Toward a Unified Theory of Human Behavior.** New York: Basic Books, Inc., pp. 55-69.
- Parsons, Talcott y Neil J. Smelser, 1956. **Economy and Society.** Glencoe: Free Press.
- Pérez de Barradas, José, 1950-1951. **Los Muisca antes de la conquista española.** Madrid: Instituto Bernardino de Sabagún.
- Pérez Ramírez, Gustavo, 1959. **El campesinado colombiano. Un problema de estructura.** Bogotá: Editorial Iqueima.
- Piedrahita, Lucas Fernández de, 1942. **Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada.** Bogotá: Editorial ABC.
- Pineda Giraldo, Roberto, 1955. **Seguridad Social Campesina: Estudio de la zona tabacalera santandereana.** Bogotá: Ministerio del Trabajo.
- Posada, Eduardo, 1933. **La esclavitud en Colombia.** Bogotá.
- Posada, Eduardo y Pedro M. Ibáñez (eds.), 1903. **El Precursor: Documentos sobre la vida pública y privada del General Antonio Nariño.** Bogotá: Imprenta Nacional.
- Posada Gutiérrez, Joaquín, 1929. **Memorias histórico-políticas.** Bogotá: Imprenta Nacional.
- Rapoport, Anatol, 1956. "Homeostasis Reconsidered," en Roy R. Grinker (ed.), **Toward a Unified Theory of Human Behavior.** New York: Basic Books Inc., pp. 225-246.
- Redfield, Robert, 1956. **Peasant Society and Culture: An Anthropological Approach to Civilization.** Chicago: University of Chicago Press.
- Redfield, Robert, 1957. **The Primitive World and Its Transformations.** Ithaca: Cornell University Press.

- Restrepo, José Manuel, 1849. "Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada", en el **Semanario de la Nueva Granada**. París: Librería Castellana.
- Restrepo, José Manuel, 1858. **Historia de la revolución de la República de Colombia**. Besanzon: José Jacquín.
- Restrepo, José Manuel, 1952. **Historia de la Nueva Granada. I**. Bogotá: Editorial Cromos.
- Restrepo, José Manuel, 1963. **Historia de la Nueva Granada. II**. Bogotá: Editorial El Catolicismo.
- Restrepo, Vicente, 1895. **Los Chibchas antes de la conquista española**. Bogotá: Imprenta de La Luz.
- Restrepo Sáenz, José María y Raimundo Rivas, 1928. **Genealogías de Santa Fe de Bogotá**. Bogotá: Librería Colombiana.
- Ríos, Fernando de los, 1927. **Religión y Estado en la España del siglo XVI**. Nueva York: Instituto de las Españas en los Estados Unidos.
- Rippy, J. Fred., 1943. «Dawn of the Railway Era in Colombia». **Hispanic American Historical Review**. 23, N° 4, pp. 650-663.
- Rivas, Medardo, 1946. **Los trabajadores de tierra caliente**. Bogotá: Universidad Nacional.
- Rivera y Garrido, Luciano, 1897. **Impresiones y recuerdos**. Bogotá: Librería Nueva.
- Rodríguez Garavito, Agustín, 1965. **Gabriel Turbay, un solitario de la grandeza: Biografía de una generación infortunada**. Bogotá: Internacional de Publicaciones, S. A.
- Rodríguez Piñeres, Eduardo, 1950. **El Olimpo Radical: ensayos conocidos e inéditos sobre su época, 1864-1884**. Bogotá: Talleres Editoriales de Librería Voluntad.
- Rodríguez Plata, Horacio, 1958. **José María Obando, íntimo**. Bogotá: Editorial Sucre Ltda.
- Rojas, Ricardo, 1928. **El Cristo invisible**. Buenos Aires: Librería La Facultad.
- Ryan, Bryce, 1964. "Social Values and Social Change in Ceylon," en Cahnman y Boskoff, **Sociology and History**, pp. 197-205.
- Ryan, Bryce, 1965. "The Resuscitation of Social Change," **Social Forces**, 44, N° 1, pp. 1-7.
- Sahlins, Marshall D. y Elman R. Service (eds.), 1960. **Evolution and Culture**. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Samper, J. M., 1861. **Ensayo sobre las revoluciones políticas y la con-**

- dicción social de las Repúblicas colombianas.** París: E. Thunot y Cía.
- Samper, José María, 1873. **Los partidos en Colombia.** Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos.
- Samper, José María, 1886. **Derecho público interno de Colombia.** Bogotá: Imprenta de La Luz.
- Samper, José María, 1946-1948. **Historia de un alma.** Bogotá: Editorial Kelly.
- Samper, Miguel, 1898. **Escritos político-económicos.** Bogotá: Eduardo Espinosa Guzmán.
- Santa, Eduardo, 1961. **Arrieros y fundadores.** Bogotá: Editorial Cosmos.
- Santa, Eduardo, 1962. **Rafael Uribe Uribe, un hombre y una época.** Bogotá: Ediciones Triángulo.
- Santa, Eduardo, 1964. **Sociología política de Colombia.** Bogotá: Tercer Mundo.
- Sarmiento, Domingo F., 1915. **Conflicto y armonías de las razas en América.** Buenos Aires: La Cultura Argentina.
- Sauer, Carl O., 1952. **Agricultural Origins and Dispersals.** New York: American Geographical Society.
- Shaull, Richard, 1966. "The Revolutionary Challenge to Church and Theology," World Conference on Church and Society, Geneva, N° C. A. 16.
- Shaw, Jr., Carey, 1941. "Church and State in Colombia as Observed by American Diplomats, 1834-1906", **Hispanic American Historical Review, XXI.**
- Sheils, Howard Dean, 1964. "The Cross-Cultural Measurement of Value Orientations", M. A. Thesis. Madison: University of Wisconsin.
- Shils, E., 1956. **The Torment of Secrecy.** Glencoe: The Free Press.
- Silva Michelena, José A., 1967. Comunicación personal al autor, enero 10.
- Silva Solar, Julio y Jacques Chonchol, 1965. **El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina.** Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Simmel, Georg, 1955. **Conflict, the Web of Group-Affiliations.** Glencoe: The Free Press.
- Simón, Pedro, 1953. **Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales.** Bogotá: Editorial Kelly.
- Small, Albion W. y George E. Vincent, 1894. **Introduction to Sociology.** New York: American Book Co.
- Smelser, Neil J., 1959. **Social Change in the Industrial Revolution: An Application of Theory to the Lancashire Cotton Industry, 1770-1840.** London: Routledge y Kegan Paul.

- Smelser, Neil J., 1962. **Theory of Collective Behavior**. London: Routledge y Kegan Paul.
- Smith, T. Lynn, 1948. **Land Tenure and Soil Erosion in Colombia**. Extract from the proceedings of the Inter-American Conference on the Conservation of Renewable Natural Resources. Denver, Colorado.
- Smith, T. Lynn, 1953. **The Sociology of Rural Life**. New York: Harper and Brothers.
- Solórzano, Juan de, 1647. **Encomienda indiana**. Madrid.
- Sorokin, Pitirim A., 1957. **Social and Cultural Dynamics**. Boston: Porter Sargent.
- Sorokin, Pitirim A. y Robert K. Merton, 1937. "Social Time: A Methodological and Functional Analysis," **American Journal of Sociology**, 42, N° 5, pp. 615-629.
- Soto, Foción, 1913. **Memorias sobre el movimiento de resistencia a la dictadura de Rafael Núñez, 1884.1885**. Bogotá: Arboleda y Valencia.
- Spencer, Herbert, 1911. "Progress, Its Law and Cause", **Westminster Review**, 1857, en Spencer, **Essays on Education, Etc**. London: J. M. Dent & Sons, pp. 153-197.
- Spinden, Herbert J., 1930. **Maya Dates and What They Reveal**. New York: The Museum of the Brooklyn Institute of Arts and Sciences, Science Bulletin, IV.
- Spiegel, John P., 1956. "A Model for Relationships Among Systems", en Roy R. Grinker (ed.), **Toward a Unified Theory of Human Behavior**. New York: Basic Books, Inc., pp. 16-26.
- Stouffer, Samuel A., 1949. "An Analysis of Conflicting Social Norms." **American Sociological Review**, 14, No 6, pp. 707.717.
- Strobel, Edward Henry, 1898. **The Spanish Revolution, 1868-1875**. Boston: Small, Maynard & Co.
- Teggart, Frederick J., 1960. **Theory and Processes of History**. Berkeley: University of California Press.
- Thompson, Laura, 1956. "The Societal System, Culture and the Community", en Roy R. Grinker (ed.), **Toward a Unified Theory of Human Behavior**. New York: Basic Books, Inc., pp. 70-82.
- Torres, Camilo, 1963. "La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas", en Asociación Colombiana de Sociología, **Memoria del Primer Congreso Nacional de Sociología**. Bogotá: Editorial Iqueima, pp. 94-142.
- Torres, Camilo, 1966. **Biografía, plataforma, mensajes**. Medellín: Edi-

- ciones Carpel-Antorcha.
- Torres, Carlos Arturo, 1935. **Idola fori**. Bogotá: Editorial Minerva, S. A.
- Torres García, Guillermo, 1956. **Miguel Antonio Caro: su personalidad política**. Madrid: Ediciones Guadarrama S. L.
- Touraire, Alain, 1965. **Sociologie de l'action**. Paris: Editions du Seuil.
- Toynbn, Arnold J., 1947. **A Study of History**. London: Oxford University Press.
- Toynbee, Arnold J., 1955. **México y el Occidente**. México: Antigua Librería Robledo.
- Triana, Miguel, 1922. **La civilización Chibcha**. Bogotá: Tipográfica Salesiana, 1951, Bogotá: Editorial ABC.
- Umaña Luna, Eduardo, 1952. **Camilo Torres y el Memorial de Agravios**. Bogotá.
- Umaña Luna, Eduardo, 1967. "Urgencia de un derecho social", comunicación al autor, febrero 8.
- Unamuno, Miguel de, 1922. **Andanzas y visiones españolas**. Madrid: Renacimiento.
- Unamuno, Miguel de, 1945. **Mi religión y otros ensayos breves**. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina.
- Urdaneta Arbeláez, Roberto, 1960. **El materialismo contra la dignidad del hombre**. Bogotá.
- Uribe Uribe, Rafael, 1904. "Discurso sobre el Liberalismo", **Santo y Seña**, Bogotá, No 22.
- Uricoechea, Ezequiel, 1871. **Gramática, vocabulario, catecismo, etc., de la lengua Chibcha**. París: Maisonneuve.
- Uricoechea, Fernando, 1966. "Una política para el desarrollo", **El Espectador**. Bogotá, (septiembre 23).
- Van Leeuwen, Arend Th., 1966. "Cultural Unity and Pluralism", en Egbert de Vries (ed.), **Man in Community: Christian Concern for the Human in Changing Society**. New York, London: Association Press, S. C. M. Press, pp. 293-307.
- Vasconcelos, José, 1930. **La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana**. París: Agencia Mundial de Librería.
- Vasconcelos, José, 1924. **Los últimos cincuenta años**. México.
- Vergara y Vergara, José María, 1903. **El Precursor**. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Verghese, Paul, 1966. "Secular Society or Pluralistic Community?" en Egbert de Vries (ed.), **Man in Community: Christian Concern for the Human in Changing Society**. New York, London: Association Press,

- S. C. M. Press, pp. 359-382.
- Visser't Hooft, W. A., 1966. "The World Conference on Church and Society", World Council of Churches, Geneva, No C. A. 5.
- Von Schenck, Fr., 1953. Viajes por Antioquia en el año de 1880. Bogotá: Banco de la República.
- Weber, Max, 1922. **Wirtschaft und Gesellschaft**. Tübingen: J. C. B. Mohr.
- Weber, Max. 1964. **Economía y Sociedad**. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, Max, 1858. **The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism**. New York: Charles Scribner's Sons.
- Wendland, Heinz-Dietrich, 1966. "The Church and Revolution", World Conference on Church and Society, Geneva, N° C. A. 6.
- White, Jr., Lynn, 1962. **Medieval Technology and Social Change**. Oxford: Clarendon Press.
- Wilson, Godfrey y Mónica, 1945. **The Analysis of Social Change**. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wirth, Louis, 1941. "Prefacio" a Karl Mannheim, **Ideología y Utopía**. México: Fondo de Cultura Económica, pp. xiii-xxxi.
- Wood, Bryce, 1966. **The United States and Latin American Wars, 1932-1942**. New York and London: Columbia University Press.
- Yinger, J. Milton, 1960. "Contraculture and Subculture", **American Sociological Review**, 25, No 5, pp. 625-635.
- Zalamea, Alberto (ed.), 1957. **El diez de mayo**. (Documentos). Bogotá: Editorial Antares.
- Zamora, Alonso de, 1945. **Historia de la provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada**. Bogotá: Editorial ABC.
- Zapata, Ramón, 1960. **Dámaso Zapata, o la reforma educacionista en Colombia**. Bogotá: El Gráfico Editores, Ltd.
- Zavala, Silvio, 1935. **Encomienda indiana**. Madrid: Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.
- Zavala, Silvio, 1937. **La "Utopía" de Tomás Moro en la Nueva España**. México.
- Zavala, Silvio, 1947. "The American Utopia of the 16th Century", **The Huntington Library Quarterly**, 10, No. 4, pp. 337-347.
- Zerda Liborio, 1883. **El Dorado: estudio histórico, etnográfico y arqueológico, de los Chibchas**. Bogotá: Silvestre y Cía.
- Znaniecki, Florian, 1952. **Modern Nationalities: A Sociological Study**. Urbana: University of Illinois Press.

REFERENCIAS ADICIONALES (Prólogo y epílogo)

- Archila, mauricio, **2001 movimientos Sociales, Estado y democracia en Colombia**, Bogotá, Universidad Nacional/Instituto Colombiano de Antropología e Historia, paidos.
- Bateson, Gregory 1972. **Steps to an ecology of Mind**. San Francisco, Chandler.
- Bonilla, Víctor Daniel. 1968. **Siervos de Dios y amos de indios**. Bogotá. Tercer Mundo.
- Camacho Guizado, Álvaro. 1988. **Droga y sociedad en Colombia: poder y el estigma**. Bogotá, CEREC-CIDSE.
- Capra, Frijot. 1982. **El Punto Crucial**. Barcelona, Integral.
- Cataño, Gonzalo. 1999. **Historia, Sociología y política: ensayos de sociología e historia de las ideas**. Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional- Plaza & Janes.
- De Souza Santos, Boaventura. 2003. *La caída del Angelus novus*, Bogotá, ILSA.
- Escobar, Arturo. 1995. **Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World**. Princenton University Press.
- Escobar, Arturo y Álvaro Pedrosa, 1996. **Pacífico: ¿Desarrollo o diversidad?** Bogotá, CEREC.
- Fals Borda, Orlando, 2007. **Hacia el Socialismo Raizal y otros escritos**, Bogotá, CEPA y “desde abajo”.
- **Entre los Países**, 2004. Conferencia Honoris Causa, Medellín, Universidad de Antioquia.
- **Historia Doble de la Costa** (4 tomos), 1978-1986, Bogotá Ancora Eds.
- Gadamer, H.G. 1960. **Truth and Method**, New York, Continuum.
- Galeano, Eduardo. 1988-87,90. **Memorias de Fuego** (3 Tomos). Habana – México, Siglo XXI y Casa de las Américas.
- Gallón, Gustavo (ed.), 1989. **Entre movimientos y caudillos**, Bogotá, Cinep – Cerec.
- García, Antonio, 2006. **De la República Señorial a la nueva Sociedad**, Bogotá, Contraloría General.
- Guillen Martínez, Fernando, 1978. **El Poder Político en Colombia**, Bogotá, Punta de Lanza.

- Gutiérrez de Pineda, Virginia. 1963. **La familia en Colombia: Transfondo histórico**. Bogotá, facultad de Sociología, Universidad Nacional.
- IAP. (Investigación – Acción Participativa). Consúltense: Bateson, Capra, Escobar, Participación, Reason, Premio Diskin, Premio Malinoski, Stavenhagen.
- Iriarte, Alfredo, 1995. **Historias en Contraloría General**. Espalsa, Colpe.
- Leal Buitrago, Francisco. El oficio de la Guerra
León de Leal, Magdalena.
- Mogollón C., Julio, 1992. **Las Ideas políticas de los Radicales Boyacenses, 1850-1886**, Tunja, Academia Boyacense de Historia.
- Molano Bravo, Alfredo. 1989. **Siguiendo el corte: Relatos de guerras y de tierras**. Bogotá, Ancora.
- Molina, Gerardo, 1987. **Las Ideas Socialistas en Colombia**. Bogotá, Tercer Mundo.
- Mora-Osejo L. E. y Orlando Fals Borda, 2003. La Superación del Eurocentrismo. Bogotá, Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Física y Naturales.
- Munera, Leopoldo, 1988. **Rupturas y continuidad del poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988**, Bogotá, Universidad Nacional -CEREC.
- Ospina, William, 1997. **¿Dónde está la franja amarilla?**, Bogotá, Norma.
- Participación Popular: Retos del futuro**. 1998, Bogotá, U.N. ICFES.
- Posada Carbó, Eduardo, 1998. **El Caribe colombiano, una historia regional**, Bogotá, Ancora ed. /Banco de la República.
- Premio Diskin (Latin American Studies Association - LASA), 2007. **“La IAP y contactos interdisciplinarios”**, Orlando Fals Borda, FORUM 38 (4), 16=22.
- Premio Malinoski (Society for Applied Antropology), 2008, **Human Organization** (en imprenta).
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo, 1968. **Desana Tukanos del Vaupés**. Bogotá, universidad de los Andes.
- Reason, Meter y H. Bredbory (ed.) 2000. **Handbook of Action research**. London: SAGE.
- Salazar de Fals, María Cristina. 2005. **Los esclavos invisibles: autoritarismo, explotación de los niños**. Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Sánchez, Gonzalo, 1985. **Ensayos de Historia Social y Política del siglo XX**. Bogotá, ILSA.

- Sánchez Angel, Ricardo. 2007. Claves de la ilegitimidad, Bogotá, Revista Cepa N° 3. pp. 5-10.
- Sarmiento Anzola, Libardo, 2002. **Vendimia: Biopolítica y ecosocialismo**. Bogotá, Editores desde abajo.
- Stavenanhegen, Rodolfo, 1971. "Decolonializing Applied Social Sciences", **Human Organization**, Vol. 30 N° 4, 33-44.
- Taussig, Michel, 1987. **Shamanism, Colonialism and the wild man**. Chicago: University of Chicago Press.
- Torres Restrepo, Camilo, 1965, **Frente Unido (Periódico)**. Archivo general de la Universidad Nacional, Fondo Orlando Fals Borda.
- Vega Cantor, Renán. 2002. **Gente muy rebelde** (4 tomos), Bogotá, Panamericana.
- Zalamea Borda, Jorge. 2006. **El Departamento de Nariño y Carta de Londres a Los Nuevos (1932)**. Pasto: Gobernación del Departamento de Nariño.

La subversión en Colombia, el cambio social en la historia,
se terminó de imprimir en los Talleres de Fica, el Primero de
mayo de 2008.

